



LUIS  
AMIGÓ,  
*rasgos  
espirituales*

*AGRIPINO GONZÁLEZ, T. C.*



**LUIS AMIGÓ,  
rasgos espirituales**



**LUIS AMIGÓ,  
rasgos espirituales**

AGRIPINO GONZÁLEZ, T.C.



*A mis hermanos y hermanas,  
los religiosos terciarios capuchinos,  
en el 150 aniversario del nacimiento  
de nuestro buen Padre y Fundador*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,  
sin el previo permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados

2ª Edición corregida

© Agripino González Alcalde, T.C.

Depósito Legal: V-4278-2004

Maquetación e impresión: Martín Impresores, S.L. - Valencia



# ÍNDICE

## **Carta prólogo**

### **Adoradores del Padre:**

1. Amor de Dios . . . . . 15
2. Voluntad de Dios . . . . . 21
3. Gloria de Dios . . . . . 29
4. Justicia y misericordia . . . . . 39

### **Jesucristo Nuestro Señor:**

5. Cristo, ejemplar y modelo . . . . . 47
6. Seguimiento de Cristo . . . . . 55
7. Imitación de Cristo . . . . . 63
8. Cristo, nuestro Redentor . . . . . 73

### **Espíritu Santo Paráclito:**

9. Vida en el espíritu . . . . . 81
10. Camino de perfección . . . . . 89
11. Ansias de cielo . . . . . 97
12. Salvación de las almas . . . . . 105

### **Obediencia y reverencia a la iglesia:**

13. Veneración, reverencia y sumisión . 113
14. Eucaristía, liturgia y palabra . . . . . 121
15. Autoridad eclesial . . . . . 129

**María Nuestra Madre:**

- 16. Señora Nuestra . . . . . 137
- 17. Nuestra Madre de los Dolores . . . . . 145
- 18. La Sagrada Familia . . . . . 153

**Nuestro Padre San Francisco:**

- 19. Amor seráfico . . . . . 161
- 20. Fraternidad . . . . . 169
- 21. Minoridad . . . . . 177
- 22. Actitud contemplativa . . . . . 185
- 23. Paz interior . . . . . 193
- 24. Sentido penitencial . . . . . 201
- 25. Desapropio franciscano . . . . . 209

**Estilo de vida:**

- 26. Espíritu propio . . . . . 217
- 27. Caridad fraterna . . . . . 225
- 28. Sencillez y humildad . . . . . 233
- 29. Camino de la cruz . . . . . 241
- 30. La pobreza. . . . . 249
- 31. La obediencia . . . . . 257
- 32. Sentido providencialista. . . . . 265
- 33. La gratitud . . . . . 273
- 34. Gozo interior . . . . . 281

**Zagales del Buen Pastor:**

- 35. Ministerio específico . . . . . 289
- 36. Actitud del Buen Pastor. . . . . 297
- 37. Moralización . . . . . 305
- 38. Catequesis y misiones . . . . . 313
- 39. Doctrina y ejemplo. . . . . 321
- 40. Emulación y trabajo . . . . . 329
- 41. Circunspección y silencio. . . . . 337

**Carta testamento . . . . . 345**

## CARTA PRÓLOGO

Venerable Padre Luis: Paz y Bien.

Perdona, Venerable Padre, mi osadía de escribirte al cielo. Pero tengo que hacerlo. Deseo presentarte a ti, antes que a ningún otro mortal, este librito que hemos elaborado un poco a medias y a pesar de la distancia. Y al mismo tiempo quiero implorar tu benévola bendición sobre esta criaturita, apenas nacida.

Sabes que estamos orando y trabajando insistentemente por tu pronta canonización. Y pensé: para tan estupenda efemérides seguramente necesitarás de un trajecito nuevo, para que estés presentable y guapo ese día. Y me decidí a escribir este libro sobre tu fisonomía espiritual. No creo que haya conseguido delinearla plenamente por cuanto cortar un traje, así a distancia y a ojo de buen cubero, no resulta nada fácil, ni tampoco es la mejor manera de que éste salga ajustado. ¡Sea todo por el amor de Dios..., y de tu personal!, claro.

De todos modos a fe mía que intentarlo lo he intentado, bien lo sabe mi Dios. Eso sí, no estoy tan seguro de haberlo conseguido. Como tampo-

co estoy seguro de si has sido tú quien ha dicho lo que yo quería, o más bien he sido yo quien ha referido lo que tú pensabas. De todos modos, si falta ha habido, yo asumo la culpa por los dos. Y también por entrambos prometo cumplir la condena. Porque, ¿cómo se va a pasar hoy factura a quien camina ya por tales alturas?

Por otra parte, a raíz del Concilio Vaticano II, o en todo caso muy poco tiempo después, yo comprendí la necesidad de volver a las fuentes, es decir, me convencí de la obligación que tenemos, tanto religiosos como religiosas, de ser fieles al espíritu de los fundadores, a sus intenciones evangélicas y al ejemplo de su santidad.

Además estoy convencido, y cada día que pasa me reafirmo más en tal convicción, que el religioso y la religiosa del siglo XXI o será místico y espiritual o, simplemente, no será. Por ambos convencimientos he querido que elaboráramos juntos este libro sobre los rasgos espirituales de tu persona, sobre tu fisonomía espiritual como modelo de identidad para tus hijas e hijos espirituales.

¡Ah!, ¿que cuál ha sido el hilo conductor desde las fuentes? Pues mira, del Cristo evangélico -el Cristo misericordioso y redentor- he ido bajando a Pablo de Tarso, a Francisco de Asís, a la Orden Capuchina y a las Órdenes Terceras, hasta llegar a tu persona. Ignoro si ha sido acertada la elección y el camino de acercamiento a tu espiritualidad el más adecuado. Tampoco sé si he sido preciso en delinear tus rasgos espirituales. ¡Dios lo sabe!

Desde luego a lo largo de los 42 capítulos del libro -que han venido apareciendo en la Hoja Informativa durante los diez últimos años- he procurado ir alternando el monólogo con el diálogo, lo narrativo con lo descriptivo, y lo biográfico con lo autobiográfico, para que el conjunto final resulte delicioso y también variado al mismo tiempo.

Eso sí, he tenido un especial interés por escribirlo siguiendo la estructura del libro ***Pensamientos***. He querido resaltar tu silueta evangélica, franciscana y amigoniana. Y he querido que resalte por sus tonos sencillos, claros, deliciosos. He querido que sea así tu traje para el día en que, si Dios quiere, seas elevado al honor de los altares.

Tan sólo me resta enviarte de nuevo mi más cordial saludo filial, manifestarte mi gratitud por tu desinteresada colaboración, y suplicar de tu persona una bendición benevolente sobre esta obrita conjunta. ¡Que, al fin y al cabo, obra de entrambos es...!

*Afmo.*

**Fr. Agripino G.**



# 1. AMOR DE DIOS

**Y**a sabes, carísimo Padre Luis Amigó (porque en ese cielo de luces infinitas en que vives lo sabéis casi todo), ya sabes, digo, que existe una gran diversidad de espiritualidades. Y que todas ellas rivalizan para hermoear a la Iglesia Santa de Dios.

Las hay de corte marcadamente monacal. La austeridad corporal y la mortificación interior son sus medios de perfeccionamiento espiritual. Su ambiente, un clima de soledad y de recogimiento. Otras espiritualidades, en cambio, inculcan, sí, la soledad y el silencio, pero en un marcado ambiente de mortificación y de trabajo, de meditación bíblica y de piedad litúrgica.

- Sí, tienes razón, hijo mío, me dice mi buen Padre Luis. Y prosigue con un minucioso análisis de las espiritualidades.

Y también las hay, como tú bien sabes, me dice, de carácter preferentemente especulativo. Favorecen la mística. Unen contemplación y acción apostólica y pastoral. Y también hay espiritualidades de corte más afectivo, centradas en la humanidad de Cristo. Bien en el misterio de su

pasión, bien en las parábolas de la misericordia divina.

Por supuesto que las hay, asimismo, centradas en la santificación personal dentro del propio ambiente, en la propia vocación, en el diario trabajo.

- Y también las hay...

- Sí, sí. Ciertamente, me responde. Las hay de infinitud de formas, modos o maneras, como casi infinitas son también las aspiraciones y matices del espíritu humano. Pero todas tienen como centro el gran amor que todo un Dios profesa al hombre. Un amor que le lleva a proyectarse en tres personas. Un amor tal que le obliga primeramente a crear el mundo y el hombre. Y a redimirlo y salvarlo después. Por eso puede decir muy bien el apóstol san Juan: "Hermanos, amemos a Dios, porque Él nos amó primero".

- Y el apóstol Pablo: "Si Dios no perdonó ni a su propio Hijo, ¿cómo no nos dará todo con él? Siendo Dios quien justifica, ¿quién condenará?" ¿No, Venerable Padre Luis?

- Claro, claro. Y es que cimentados en el amor que Dios nos ha tenido y nos sigue teniendo, (vamos, creo yo, me remacha mi buen Padre Fundador) la llamada a la santidad constituye la base de toda espiritualidad. El centro es siempre el amor de todo un Dios, uno y trino, el solo Santo, el solo Amable, el todo Bien.



- Perdona, Padre Luis, pero esa forma de expresarte me recuerda un poquito a Francisco de Asís, aquel gran enamorado de Dios, ¿no?

- Por supuesto. Claro que sí. Por eso Francisco nos quería a sus frailes adoradores del Padre, en espíritu y en verdad, con corazón limpio y mente pura.

- ¡Ah!, y ahora que lo recuerdo, tal vez por eso el Seráfico Padre escribe que aquellos hermanos a quienes el Señor ha dado la gracia del trabajo, trabajen fiel y devotamente, de tal forma que no apague el espíritu de la santa oración y devoción.

- Sí, claro que sí. Recuerda si no que, ante tal derroche de amor de Dios, Francisco de Asís, anonadado, extasiado, compone sus *Alabanzas al Dios Altísimo*. Y las escribe de rodillas, como dicen que pintaba el Beato Angélico sus madonnas. ¿Recuerdas cuando dice: “Tú eres el santo, Señor Dios único, que haces maravillas. Tú eres el fuerte. Tú eres el grande. Tú eres el altísimo. Tú eres el rey omnipotente. Tú eres el padre santo, rey del cielo y de la tierra. Tú eres el Dios trino y uno, el señor de los dioses. Tú eres el bien, el todo el bien, el sumo bien, señor Dios vivo y verdadero?”

- Verdaderamente. ¡Qué palabras efusivas de amante! Con menor vehemencia, pero no con menor amor, también tú escribiste, Padre: “Todo lo que somos, podemos y valemos lo hemos de poner, amados hijos, al servicio del Señor, de quien lo hemos recibido, y a cuya gloria se ordena”.

- Ciertamente que mi buen Padre Francisco tenía alma de poeta, corazón de lis, como dice Rubén Darío en su poema *Los Motivos del Lobo*. Por eso es único en sus alabanzas al Señor Altísimo. No ahorra epítetos, ni superlativos. Son algo connatural a su espíritu: “Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios (así escribe el Seráfico Padre), Tú que eres el sumo bien, todo el bien, todo bien, que eres el solo bueno, haz que te rindamos toda alabanza, toda gloria, toda gracia, todo honor, toda bendición y todos los bienes”.

- ¡Ah!, mi buen Padre Luis. *Nuestra Regla y Vida, la deliciosa Regla y Vida* de nuestra Orden Tercera, recoge asimismo el pensamiento. Pero, a fe mía, que no resulta tan brillante y espontáneo. Dice así: “Dondequiera y en todo lugar, a toda hora y en todo tiempo, los hermanos y las hermanas crean sincera y humildemente, y tengan en el corazón, y amen, honren, adoren y sirvan, alaben, bendigan y glorifiquen al altísimo y sumo Dios eterno, Padre, Hijo y Espíritu Santo”.

- Sí, es verdad, es verdad. Pero dicha alabanza, en sentir de la *Regla y Vida*, se hace trinitaria y cósmica. Por eso casi a continuación dice: “Alaben al Señor, rey del cielo y de la tierra, los hermanos y hermanas con todas las criaturas y denle gracias porque, por su santa voluntad y por medio de su único Hijo con el Espíritu Santo, creó todas las cosas espirituales y corporales y nos creó también a nosotros a su imagen y semejanza”.

En pocas palabras: adoradores del Padre con toda la creación, que el hombre es el rey de ella, como tantas veces os dije.

- A propósito del amor, ¿Por qué nos escribiste, Padre, que “formado nuestro corazón para amar, y amar a Dios, el amor es su vida, como dice San Agustín. Amar, su función capital y el centro a que naturalmente se dirige?”

- Pues porque así conviene que sea. Pero, además, ese amor a Dios ha de tener su natural reflejo en los hermanos; una vez que me puse un tanto poético, algo infrecuente en mí, escribí: “No es posible amar a Dios sin amar también por él al hombre, su obra predilecta, ni amar a éste con verdadero amor de caridad si se prescinde del amor de Dios. Ambos amores son como rayos emanados de una misma luz y como flores del mismo tallo”.

- Siguiendo esta tradición agustiniana, que pasa por Fray Luis de León en su *Oda al músico Salinas*, en que la armonía del universo canta la gloria de Dios y pregona la obra de sus manos, dices: “Este lenguaje mudo, pero elocuente, de la naturaleza lo entendía muy bien el gran Padre de la Iglesia cuando, hablando con las flores del campo mientras paseaba, decía: Callad, ya sé lo que me queréis decir: que ame a Dios”.

- Esto tal vez te suena a música celestial, ¿no? Pues posiblemente de ahí provenga la frase.

Mi buen Padre Luis, conduciéndome como de la mano, desde la fuente encimera del evangelio,

a través del espíritu agustiniano y franciscano, capuchino y terciario, me conduce hasta su misma persona, ilustrándome las fuentes de donde brota ese amor a Dios, que nos debiera transformar a los religiosos en *adoradores del Padre*, pues que así conviene.

- Y hoy por hoy ya vale, ¿no?, me dice el Venerable Padre Luis esbozando una media sonrisa. Y concluye... pues como casi siempre concluye:

*¡Sea todo por el amor de Dios!*

## 2. VOLUNTAD DE DIOS

**M**e pareció oírte decir en cierta ocasión, Venerable Padre Luis, que interpretar entonces la voluntad de Dios, cuando tú eras todavía estudiante (¡con lo difícil que eso debe de resultar!), era privilegio exclusivo de los guardianes y maestros de novicios. ¡Y, vete tú a opinar lo contrario!, me decías. Te la jugabas... Y concluías:

- Te lo digo yo, Fray Luis de Masamagrell.

Lo cierto es que, quien más quien menos, todos estamos de acuerdo en admitir que el cumplimiento de la voluntad de Dios es la base de toda virtud, de toda santidad y, por consiguiente, de la propia salvación. Pero (vamos, creo yo), el problema no es tanto admitir el hecho, que a todas luces resulta evidente, cuanto hallar la voluntad de Dios sobre cada uno de nosotros y, luego, ponerla en práctica. Y tanto es así que con harta frecuencia afirmamos que Dios escribe recto con renglones torcidos. En fin, tal vez sea así, pero seguramente convenga también distinguir muy bien lo que es voluntad de Dios de lo que con demasiada frecuencia no pasa de ser mera obstinación humana.

¡Oh, cuántas veces se encubre la propia voluntad, mejor dicho, el propio egoísmo bajo capa de personalidad!

A pesar de todo yo creo que tú, Padre Luis, tuviste la idea clara. Y su realización, también porque... ¿qué clase de santo puede ser quien no busque y cumpla la voluntad de Dios, por lo menos en los últimos momentos de su vida, cuando vislumbra ya el *dies natalis*?

A propósito, tú nos dijiste:

- La obra más perfecta y, por lo tanto, al Señor más agradable, en que podemos ocuparnos, es aquella que fuere más conforme a su voluntad santísima, la cual se nos comunica y declara por medio de los superiores, que son sus vicegerentes en la tierra.

Sí, señor. No cabe duda de que por esta vez la frase te sale redonda. Y, además, de un espíritu y sabor netamente franciscanos. Sí, señor. Aunque a mí me da la impresión de que no es sino una deducción lógica y natural de aquella idea, tan manida, de que quien obedece al superior obedece a Dios.

¡Ah!, se me olvidaba. No recuerdo a quién le oí decir que lo único verdadero, o por lo menos seguro, de la sentencia es que ésta seguramente no se le ocurrió a ningún súbdito, sino más bien a algún padre prior. ¡Y sea todo por el amor de Dios!, como tú, mi buen Padre Luis, acostumbras concluir los párrafos notablemente serios.

Por lo demás, Venerable Padre Luis, a este pobre diablo siempre se le ocurre alguna pregunta curiosa, alguna que otra pregunta de las que siempre lleva en la recámara. He aquí una de ellas como ejemplo:

- Si quien obedece al superior obedece a Dios, quien obedece a tres superiores, ¿a cuántos dioses obedece? No, ya sé que así a primera vista hasta parece un sencillo problema matemático. Vamos, de regla de tres simple. Pero, al menos a mí, no me parece tal. Pues si ya resulta hartamente difícil buscar la voluntad de Dios por cuenta propia, ¡figurémonos lo que será, por cuenta ajena! Mucho más si los buscadores son numerosos, como cazadores en rastrojo ajeno allá por las calendas de Nuestra Señora de Agosto.

Bueno, bromas aparte, ya conozco yo tu gran amor por la búsqueda de la voluntad de Dios y también por llevarla a la práctica. Que tú, Padre Luis, siempre pasaste por persona seria y coherente. Además tú mismo lo escribiste:

- Tened entendido que a Dios no se le agrada sino cumpliendo su voluntad santísima que, respecto de nosotros, no es otra que nuestra salvación; cumpliendo para ello su santa ley y procurando llegar a aquel grado de perfección que Él quiere de nosotros.

También deseo recordar que escribiste una vez que la conformidad con la voluntad de Dios es el acto más grande que puede hacer el hombre, y que en él tienen ejercicio todas las virtudes. Y es la pura verdad, pero siempre nos queda

el interrogante de saber cuál es la voluntad de Dios sobre cada uno de nosotros aquí y ahora. Que también tú escribiste al reverendísimo padre general pidiendo autorización para fundar la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, sabiendo bien (o tal vez presintiendo) que si pedías el permiso al superior provincial -¡a pesar de ser tú su consejero!- no te hubiera autorizado, “convencido como estaba de que él no había de protegerte”, según el mismo ministro provincial confesará años más tarde.

Sí, ya sé que tu forma de obrar en este caso fue correcta. Y que más que hacer la voluntad del superior es preciso cumplir la voluntad de Dios. Y que tú en la Orden Capuchina siempre procediste conforme a ley, que para eso eres hijo de abogado. Y también sé muy bien que a las Órdenes se les llama Regulares a razón de que en ellas todo va en orden y se mide con la regla. Que tú mismo lo dices y repites con harta frecuencia. Pero también es verdad que, al menos en esta circunstancia, el ministro provincial parece ser que no tiene clara la voluntad de Dios, al menos sobre tu persona. O que su interpretación tal vez no fue la más correcta, al menos en esta ocasión. Y, ¡vete tú ahora a saber por qué!

¡Sea todo por el amor de Dios!

Recuerdo perfectamente que respecto de la voluntad de Dios tú nos escribiste en cierta ocasión, muy solemne por cierto:



- Nada más perfecto, ni más santo, ni más grato a los divinos ojos podemos hacer en este mundo, amados hijos, que la omnímoda conformidad de nuestra voluntad con la divina.

Sí, señor, tienes toda la razón. Tampoco se puede negar que esta vez la frase te salió bien redonda y cumplida, aunque me da la impresión de que no es original. De todos modos yo también lo pienso así, y así lo creo, y así lo admito a pie juntillas. Que los problemas intelectuales ciertamente no suelen ser los que mayor dificultad de solución presentan. Al fin y al cabo la sola razón únicamente sirve para certificar evidencias, y para bien poco más. Por eso las grandes decisiones de la historia, al menos de la historia sagrada, han venido siempre por la vía de la voluntad y del amor. Dígalo, sino, el acto de la creación, el de la encarnación, o el de la vida, pasión y muerte del Señor y de su Santísima Madre.

A propósito del cumplimiento de la voluntad de Dios, la actitud del Señor y de su Santísima Madre son ejemplos que convencen. Cuando Cristo planta su tienda entre nosotros dice:

- Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Y al final de su vida terrena exclama:

- Padre, hágase tu voluntad.

Y María, en el hecho de la encarnación, dice al ángel:

- He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra.

Y de este hacer la voluntad de Dios brotan las maravillas de la creación, de la encarnación y de la redención. ¡Ah!, y de esa serie interminable, casi infinita, de piadosas anunciaciones, todas ellas sencillamente deliciosas, que se muestran en nuestros museos y que no son si no la manifestación de que la actitud propia del hombre es de rodillas, de hinojos.

¡Hágase en todo, Señor, tu voluntad!

También Francisco de Asís, sí, también el mínimo Francisco de Asís, tiene esto claro. Bueno, claro, claro..., lo que se dice claro, lo han tenido siempre los santos. Y por eso ruega al Señor con estos preciosos epítetos:

- Omnipotente, eterno, justo y misericordioso Dios, concédenos por ti mismo a nosotros, miserables, hacer lo que sabemos que quieres y querer siempre lo que te agrada.

No, si yo ya sé que tú, Venerable Padre Luis, nos dices que procuremos ponernos como niños en manos de la santa obediencia. Y que roguemos a Dios, de quien procede toda luz, para que Él nos ilumine en todas las circunstancias difíciles y nos muestre en cada momento cuál es la voluntad divina para acatarla y seguirla.

No, si yo ya sé que cuando tú escribes al ministro general de la Orden para que te permita ir a convivir con tus religiosos terciarios capuchinos, concluyes tu misiva diciendo:

- Todo esto supuesto, declaro que no deseo ni pretendo otra cosa que hacer en todo y por todo la

voluntad de Dios, que se me declara por medio de vuestra paternidad reverendísima.

Eso ya lo sé. Pero hasta en estos mismos casos el excesivo énfasis en las afirmaciones permite ya poner en duda de la verdadera intención de las mismas. Que no siempre quien con mayor fuerza afirma con mayor razón prueba después.

No, si ya sé que hacer la voluntad de Dios es algo muy en sintonía con la corriente de pensamiento franciscano capuchino y, sobre todo, con tu propia vida y espiritualidad. Pero también sé que buscar y hacer la voluntad de Dios en cada uno es una empresa lo suficientemente seria e importante como para no abandonarla en manos de los hombres, sino en las amables y misericordiosas de nuestro Padre y Señor.

Por eso, en fin, Padre Luis, Venerable Padre Luis, para que no te formes un concepto diferente de mi persona permite que concluya con aquella actitud, tan bellamente poética, de santa Teresa de Jesús, la monja inquieta y andariega de Ávila, y que es también la mía:

- Vuestra soy, Señor, para vos nací. / ¿Qué mandáis hacer de mí?

O si lo prefieres, con aquella otra plegaria, siempre antigua y siempre nueva, de nuestro inolvidable Juan Ramón Jiménez, que empieza y concluye así:

- Sea lo que Vos queráis. / Lo que Vos queráis, Señor; / sea lo que Vos queráis.

O simplemente con aquella tuya mucho más sencilla, y hasta en prosa, que no impresiona tanto, pero que no es menos profunda y siempre resulta más cercana a nuestra espiritualidad amigoniana, hecha de minoridad y de sencillez, que suena a reposo en las manos de Dios y que no es otra cosa sino amable providencia divina:

- *¡Hágase en todo, Señor, tu voluntad!*

### 3. GLORIA DE DIOS

**P**ara mayor gloria, pues, de Dios y humillación de mi alma...

Así, breve, conciso, apretado.

Con este leve golpe de timón, Venerable Padre Luis, das comienzo a tus *Apuntes sobre mi vida*. Así entras con paso firme y pie seguro en tu biografía, mejor dicho, en tu *Autobiografía*.

Nada, que te pareces a don Fermín de Pas, el Magistral de *La Regenta*, quien en un santiamén se sube a la torre más elevada de la ciudad o al picacho más empingorotado del pueblo. Di que sí. Que vale más vuelo de águila que ciento de avutarda. Y, claro, desde arriba, desde lo alto, lo ves todo muy bien y muy claro. A vista de pájaro, vamos, que es como mejor se ven y calibran las sencillas realidades humanas.

Sin duda no existe nada tan exacto y tan cordial en tu *Autobiografía* como este comienzo. Lo demás se me antoja material de relleno. Los hechos, los datos, los proyectos, las realizaciones -incluso tus mismas ilusiones- vienen a confirmar tu espíritu seráfico, tu alma franciscana, tu vida en frater-

nidad y minoridad... para mayor gloria de Dios y humillación de tu alma.

- Para mayor gloria, pues, de Dios...

*Ad maiorem Dei gloriam*, proclama San Ignacio de Loyola y sus hijos jesuitas.

Y éste es el lema de tu existencia. Tu espíritu desprendido y seráfico, tu amor a la Providencia Divina, tu estilo gozoso, transparente y bendito proclama la gloria de Dios, de un Dios paternal y misericordioso, lento a la ira y rico en piedad.

Francisco de Asís se deshace en alabanzas para gloria de su Señor, ponderando la laboriosidad de las abejas y la excelencia de su ingenio. Tanto que, a veces, se pasa todo un día en alabanza de éstas y de las demás criaturas de la campiña asiense. Así lo cuentan sus biógrafos.

Y tú nos dices -así, amablemente- que las obras de la creación pregonan, cada cual a su manera, la gloria de Dios y al unísono entonan un himno de alabanza a su infinito poder, sabiduría y bondad.

El Seráfico Padre (¿lo recuerdas, Padre Luis?) al encontrarse en presencia de muchas flores, les predica, invitándolas a dar gloria al Señor, como si gozasen de razón. Y lo mismo hace con las mieses y las viñas, con las piedras y los árboles, y con todo lo bello de los campos, las aguas y las fuentes, la frondosidad de los huertos, la tierra y el fuego, el aire y el viento, invitándolas con ingenua fuerza al amor divino y a una gustosa fidelidad. A todas las criaturas las llama hermanas, como quien ha llegado ya a la gloriosa libertad de los

hijos de Dios. Que así se expresa, según quiero recordar, Tomás el de Celano.

Y tú, Venerable Padre Luis, proclamas que las obras del Señor, las magníficas obras del Señor -¡y lo son todas!-, las que hace a precio de su poder, como las que realiza a precio de su amor, y hasta las que ejecuta a precio de la sangre de su propio Hijo, son hechas para su gloria... y confusión y humillación de quienes sencillamente las admiran y contemplan.

Francisco de Asís vive cantando las misericordias del Señor, y muere con una loa a su Señor en los labios:

- ¡Loado seas, mi Señor! A ti las alabanzas, la gloria, el honor y toda bendición...

Y tú concluyes:

- Todo lo que somos, podemos y valemos, lo hemos de poner, amados hijos, al servicio del Señor, de quien lo hemos recibido y a cuya gloria se ordena.

Y finalizas este pensamiento tan franciscano y tan bello con otro no menos seráfico:

- Cuanto existe en este encantador palacio del mundo no tiene otro objeto, después de la gloria de Dios, que facilitar al hombre en este transcendental negocio de su salvación.

- Para mayor gloria, pues, de Dios...

Cuando Francisco de Asís, apenas finalizado el capítulo general de 1217 (el que tuvo en la humilde Campa de Nuestra Señora de los Ángeles, de Asís)

envía algunos hermanos a países de ultramar, su espíritu queda intranquilo. Parece como que le queda dentro un desasosiego y dolor grandes. Y desea animarles con su ejemplo. Que un capitán jamás de los jamases se queda en retaguardia. De lo contrario, como escribe Santa Teresa:

- Ni merecen nombre de capitanes ni permita el Señor salgan de sus celdas.

A Francisco de Asís no le parece correcto quedarse en las trincheras. Y ordena a sus hermanos:

- Id y orad al Señor para que yo acierte con la provincia donde pueda trabajar para mayor gloria de Dios, provecho y salvación de las almas, y buen ejemplo de nuestra Religión.

Gloria de Dios,... salvación de las almas,... buen ejemplo de la Religión Seráfica,... ¿Acaso no es lo que tan insistentemente también tú nos repites, Padre Luis? A mis hermanas, tus hijas en Colombia, les recomiendas allá por el lejano año de 1923:

- Deseo que seáis muy santas para gloria de Dios, honor de nuestra Congregación y salvación de muchas almas que el Señor pondrá bajo vuestra dirección y custodia.

Y a tus hijos, mis primeros hermanos de Italia, les escribes muy gozoso años después, allá por la primavera de 1931:

- Me alegro sobre manera del creciente progreso de esa familia seráfica, plantel hermoso que dará,



sin duda, mucha gloria a Dios en Italia y honra a nuestra Madre Congregación.

Gloria de Dios,... honra de la Congregación,... salvación de las almas,...

Y para unas y otros, tus hijas e hijos espirituales, concluyes tu carta testamento recordándoles algo muy querido a tu corazón:

- El Señor nos tiene ya trazado, en las Reglas y Constituciones de vuestra Congregación, el camino que debemos seguir para su glorificación, salvación de muchas almas y santificación de la nuestra.

Gloria de Dios,... salvación de muchas almas,... santificación de la nuestra,...

¡Ah!, siempre me ha llamado la atención que en tus *Apuntes sobre mi vida*, tu deliciosa *Autobiografía* (ese canto a la misericordia divina que brilla en la pequeñez humana, tu escrito más franciscanamente bello, con ribetes de *Floreillas de San Francisco*) hayas encadenado maravillosamente bien la gloria de Dios y la providencia divina, concluyendo con una loa o suspiro de gratitud a entrambas.

Si por desgracia, como humildemente comienzas a escribir, eres ingrato a los beneficios de Dios, que para levantarte siempre te tiende la mano la Divina Providencia, exclamas:

- ¡Gracias sean dadas al Señor!

Si el Señor, en su misericordia infinita, te concede unos padres muy católicos, tú siempre ponde-

ras las virtudes de tus padres, pues ello redunda en gloria de Dios. Y concluyes:

- ¡Benditos sean mis Santos Patronos!

Si narras la especial providencia del Señor para con vuestro convento capuchino de la Magdalena, en Masamagrell (Valencia), refieres la milagrosa multiplicación del pan y del aceite para gloria suya:

- ¡Milagro de la Divina Providencia, exclamas, que debiera consignarse en las crónicas del convento de la Magdalena para mayor gloria del Señor!

Y si refieres la especial intervención de Dios en la reconciliación del alcalde y párroco de Alboraya, o en el suministro providencial de pan desde la Punta de Ruzafa al convento de Masamagrell, lo consignas para gloria de Dios. Y dices:

- ¡Loado sea Dios de quien procede todo bien!

Y si trasladas la escuela seráfica del convento de Orihuela, Alicante, al de La Ollería en Valencia, tú confiesas, para gloria de Dios (¡siempre para mayor gloria de Dios!), que de tal modo movió los corazones su Divina Providencia que nada de lo necesario os faltó. Y también finalizas con una loa:

- ¡Sea Dios bendito por todo!

Y si te ves obligado a partir para Orihuela, aunque con el corazón lacerado al dejar tan sin apoyo a las dos Congregaciones que, a tu parecer, debían de dar mucha gloria a Dios, lo haces confiado en

que su Divina Providencia las ampararía y resultaría todo en mayor provecho aún de las mismas Congregaciones. Y concluyes:

- ¡Gracias sean dadas al Señor por sus bondades!

Gloria de Dios,... providencia divina,... gratitud humana,... Tres pilares de tu espíritu seráfico.

Padre Luis, Venerable Padre Luis, ¡qué claro tienes tú que todo ha de ser para gloria del Señor! Tu vida, como la de Francisco de Asís, como la de los primeros hermanos menores, hecha de despropio y misericordia, es todo un canto a la providencia divina para mayor gloria de Dios y salvación de las almas.

¡Qué claro tienes tú que la creación entera canta la gloria de Dios! Que todo es creado para su mayor gloria, que la gloria del Señor se refleja en la perfección de sus santos y que los santos transparentan la gloria de Dios.

Sin duda una de las raíces más profundas de tu espíritu seráfico, tal vez la fuente encimera de tu espiritualidad de hermano menor franciscano, y por añadidura capuchino, es ese tu reconocimiento humilde y sincero de que todo es para gloria del Señor. ¡Loado seas, mi Señor!, como canta Francisco de Asís, aquel juglar del gran Rey.

Acabo de presenciar, venerable Padre Luis, una canonización allá en San Pedro de Roma, en la plaza mayor del mundo, con su columnata del Bernini como los brazos abiertos de un padre gigante, bondadoso, que desea abrazar en su

regazo a todos sus hijos. Los peregrinos hablan de la gloria de los santos, de que antes se colocaba su imagen dentro de la basílica, en la gloria del Bernini. ¡De qué van a hablar, claro, en tan grata jornada! ¡Si hasta el tibio sol del otoño romano se asoma y aplaude la gloria del Señor!

Se habla de la gloria de los canonizados. De la gloria para sus hijos. Pero lo más claro es que Dios se refleja en la gloria de sus santos, pues todo, como tú bien dijiste en cierta ocasión, Padre, todo es para gloria de Dios. Y hasta la mañana del otoño romano, que rompe en luz, acompaña. Que la naturaleza canta la gloria de Dios y el firmamento pregona la obra de sus manos, como escribe el salmista. Que también tú lo recuerdas.

En la mañana romana se dan cita la gloria de Dios, el honor de la Orden, la salvación...

¡Que la gloria de Dios se manifiesta en la humildad y gratitud humana!

- Para mayor gloria, pues, de Dios, y humillación de mi alma...

¡Gloria humana!... ¿Cómo podréis creer, vosotros que buscáis gloria unos de otros? En cambio ¿quién podría decir, quién podría comprender cuán lejos está Francisco de gloriarse si no es en la cruz del Señor? Que es lo que también tú, Venerable Padre Luis, insistentemente nos repites:

- Esté, amados hijos, muy lejos de nosotros gloriarnos en otra cosa que en la cruz de Jesucristo. Amémosla y vivamos crucificados con ella para el

mundo, y el mundo para nosotros, como dice el Apóstol.

Y es que en esto, sólo en esto, es en lo que podemos gloriarnos. Que también el Seráfico Padre San Francisco lo dice:

- En todos los demás dones de Dios no podemos gloriarnos, ya que no son nuestros, sino de Dios; por eso dice el Apóstol: ¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo has recibido de Él, ¿por qué te glorías como si lo tuvieras de ti mismo? Pero en la cruz de la tribulación y de la aflicción podemos gloriarnos, ya que esto es nuestro.

*- A él siempre loor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.*



## 4. JUSTICIA Y MISERICORDIA

**A**penas llego a Segorbe, la ciudad ducal, saludo a mi buen Padre Luis y tomo asiento en una sillita de enea en su sencillo despacho, le digo:

- No sé por qué, Venerable Padre, pero... me resulta muy difícil poder armonizar en el Señor justicia y misericordia. Sí, ya sé que Dios es paciente porque es eterno y es piadoso porque es omnipotente. Que esto se lo escuché yo a alguien hace muchos, muchos años y, la verdad, me impresionó.

- Entonces... ¿no crees, pues, que justicia y misericordia se le suponen a Dios Padre con mayor razón que la magnanimidad se le supone a los reyes o la valentía a los soldados?

- Tal vez tengas razón, Padre, pero no me explico, ni nunca me he podido explicar, el sufrimiento de los inocentes, el dolor de los niños o la muerte de los infantes, aún antes ya de haber nacido. ¡¡¡Por qué,...!!! Cuando pienso esto, créeme Padre Luis, que me duele hasta el aliento, como dice el clásico.

Sí, yo recuerdo aquello de que Dios es paciente porque es eterno, y es piadoso porque es omnipotente, pero... ¿por qué un Dios impassible permite el dolor aparentemente sin sentido?

- Mira, hijo, tal vez la duda sea fruto de la limitación humana, como la crítica suele serlo de la irreflexión y de la inmadurez. Por otra parte no olvides que todo cuanto sucede tiene una explicación lógica y natural. Y que para apreciar una realidad en su conjunto no es suficiente con situarse en un punto de mira elevado, es necesario, además, cambiar frecuentemente de punto de vista, de perspectiva.

Por lo demás para el creyente acaso el dolor nunca sea irracional del todo. Y hasta tal vez el sufrimiento de los inocentes tenga siempre un sentido. Seguramente pone de relieve la profunda solidaridad del hombre con los demás hombres, sus hermanos. Y del hombre con toda la creación, tanto en el bien como en el mal. ¡Si conociésemos la extraordinaria repercusión de cada una de nuestras acciones, aún de las más pequeñas, no podríamos vivir!, dice Bernanos. Tal vez un dolor, aparentemente sin sentido, pueda ayudar a completar lo que falte a la pasión de Cristo, según la frase feliz de San Pablo. ¿No crees?

- Puede ser; puede ser, Padre. Pero, ¿por qué la muerte afrentosa del Hijo inocente de Dios tiene que ser el precio de la redención? ¿Por qué razón, me pregunto, Padre mío, por qué razón Dios Padre amó a los culpables más que al inocente? ¿Por qué el inocente primogénito fue el precio de los segundones? Casi nunca en la historia humana es así.



- Es verdad que la historia casi nunca se comporta así. Pero la nuestra (no lo olvides) no es sólo una historia humana, es sobre todo una historia religiosa y sagrada.

- No, si ya sé, Venerable Padre Luis, que tú unes y armonizas maravillosamente bien justicia y misericordia en el Señor. Y hasta te cuesta muy poco. Mucho más ahora que habitas los espacios infinitos de luz inmarcesible del sábado eterno.

- Tal vez. Y tal vez por eso te dije en cierta ocasión que el Señor nunca nos trata en este mundo cual merecen nuestras culpas, sino que, de tal modo atempera el vino de la justicia con el óleo de la misericordia que se cumple lo que dice el profeta: “Que la justicia y la paz se abrazan”.

Mi Venerable Padre Fundador llega a este punto como quien llega el primero a la meta: satisfecho, radiante, transfigurado. Que los santos son así. Y no se lo podemos discutir. Por eso despaciosamente tengo que asentir con la cabeza a su aseveración.

- Sí, es verdad. Creo habértelo escuchado ya alguna que otra vez. Y esto me recuerda, le digo, la parábola evangélica del Hijo Pródigo, que más bien debiera llamarse del Padre misericordioso ya que, como Padre omnipotente, no ejercita la autoridad de la ley, sino la autoridad de la misericordia. El Padre, apoyando sus manos sobre la espalda del hijo extraviado, se funde con él en una bendición interminable. Y el hijo, descansando en el pecho paterno, recobra una paz eterna. La justicia y la paz se besan, como bien dice el salmista, Venerable Padre Luis.

- A mí personalmente la escena bíblica del Hijo Pródigo me recuerda la actitud misma de mi Seráfico Padre San Francisco vistiendo con su propio manto al pobre en la llanada de Asís. ¿Lo recuerdas?

- Sí, cómo no, claro que lo recuerdo. ¡Cómo no lo voy a recordar! Y a mí me trae a la memoria tu misma actitud paternal imponiendo las manos sobre el anciano Abilio, acartonado y reviejo, en el penal de Santoña allá por 1929, o recibiendo a Honorio Maura a la puerta de palacio, luego de aquella su escapadita a Barcelona, o imponiendo la mano a los penitentes en la capillita, oscura y pacificadora, de Nuestra Señora del Claustro en Solsona.

- ¡Qué quieres que te diga, hijo! Yo creo que quien ama armoniza justicia y misericordia, y las armoniza admirablemente bien. El viejo patriarca, en su encuentro con el Hijo Pródigo, ha convertido su soledad en una soledad infinita; su ira, en una gratitud sin fronteras. Y su estampa, de oros viejos, representa el amor y la misericordia divinas con su gran poder de transformar la muerte en vida.

- La verdad, Padre. ¡Qué bien lo entendió el autor sagrado! ¡Y qué bien lo expresó así mismo Francisco de Asís en el abrazo con el leproso!

- Sí, creo que te lo indiqué ya en otra ocasión. De todos modos permíteme recordártelo una vez más. ¡Con qué limpieza de miras lo escribe también nuestro Seráfico Padre San Francisco! “Que no haya en el mundo hermano alguno que, por

mucho que hubiere pecado, se aleje jamás de ti después de haber contemplado tus ojos sin haber obtenido misericordia, si es que la busca. Y, si no busca misericordia (le escribe al ministro provincial) pregúntale tú si la quiere. Y, si mil veces volviere a pecar ante tus propios ojos, ámale más que a mí, para atraerlo al Señor. Y compadécete siempre de los tales.”

- En la tradición espiritual franciscano capuchina es esencial ese talante y aire de familia misericordioso y compasivo. ¿No, Venerable Padre Luis? Que el contemplar a diario la pasión del Señor invita, convida a ello. Crea espíritus sensibles y misericordiosos.

- Es verdad, es verdad. Tienes razón. Así es, sí.

Llegados a este punto me parece adivinar que mi Venerable Padre Fundador se remonta imaginativamente a los años dorados de su ministerio inicial y a los años de su primer sacerdocio por pueblos y barracas de la huerta levantina. Su misericordia, de la que tan ampliamente le dotó su Señor, le lleva a la renovación de las órdenes terceras y a la fundación de dos congregaciones amigonianas dedicadas ambas a obras de misericordia, naturalmente.

Yo me quedo pensando que el hombre, por limitado y humano, frecuentemente se queda en la virtud moral de la justicia. El Señor, por omnipotente y divino, se sitúa siempre, como Padre amoroso, en la meta de la misericordia a la que invita a todos los mortales. Y algunas almas elegidas hasta tienen la gracia y el valor de seguirle.

Seguidamente mi Venerable Padre Fundador, como en un intento supremo por precisar aún más su pensamiento, me dice piadosamente:

- Mira, hijo. El árbol de la cruz, que simboliza la justicia por lo recto y largo del tronco y la misericordia por sus brazos, fue el punto céntrico donde convergieron estos dos divinos atributos, para darse el ósculo de paz que salvó al linaje humano de la muerte eterna.

Entonces comprendí que a la base de lo más valioso de la persona se encuentra siempre un estrato de profundo sufrimiento y de cruz. En la base del amor se halla siempre una buena dosis de sacrificio. Y la oración más penetrante, la que llega mayormente al corazón del Padre, es la de un espíritu sufrido y doliente.

- Por cierto, me dice mi buen Padre Luis, así es, sí. Recuerda si no lo que yo escribí en aquella circular que acertadamente has titulado *guerra y paz*, con motivo de la primera contienda mundial.

Y mi buen padre Fundador me lee amablemente: "Si puede mucho la penitencia, mayor, sin comparación, es el poder de la oración, pues no hay cosa que le sea imposible".

Y a continuación, como en un intento por completar su pensamiento, añade: "Ella es el canal conductor de las gracias del Altísimo; la escala de Jacob por donde suben nuestras súplicas al cielo y vuelven despachadas favorablemente; la llave que abre el seno de la misericordia de Dios y el poder que sostiene el brazo de su justicia".

Y, como sin querer, nuevamente me pone de manifiesto el equilibrio y la armonía de que gozan la justicia y misericordia divinas.

Naturalmente que mi buen Padre Luis Amigó tiene bien asimilado, por su sentido tan franciscano y providente de la vida, que Dios es el Padre justo y misericordioso, lento a la ira y rico en misericordia y piedad.

Por otra parte los religiosos de la restauración, y mi buen Padre Fundador fue uno de ellos, estaban como anclados en la presencia divina. Eran sumamente pobres y gozosos, y vivían el sentido penitencial como en su ambiente. Por eso no me extraña ese su sentido equilibrado de la vida, ese su estilo piadoso y paciente, ese su gozo en el espíritu.

Algunos de los devotos del Padre Luis todavía recuerdan con qué entusiasmo invitaba a los hermanos a que celebrasen franciscanamente el amor del Padre para con el mundo, el cual nos ha creado, nos ha redimido y por su sola misericordia nos salvará. Y con qué gozo les recordaba que el plan divino, al hacernos sentir su justicia, es bien manifiesto, pues Dios aflige y atribula a los pueblos cuando se apartan de él; pero les acoge, cual padre amoroso, si, arrepentidos, le invocan.

Yo no puedo por menos de reconocer en la espiritualidad de Luis Amigó ese extraordinario equilibrio entre la justicia y la misericordia; ese su sentido para reconocer y armonizar ambos atributos en Dios; ese su acatamiento a la voluntad divina. Ciertamente que el diálogo no me deja

totalmente satisfecho. Y una y otra vez viene a mi mente el sufrimiento de los inocentes, el dolor de los niños, la muerte de los infantes, aun de los no nacidos. Y hasta me pregunto: ¿Qué sentido tiene el dolor de los extraviados de nuestros centros de reeducación, aún antes de haber podido iniciar el sendero de la vida? Y me hace exclamar: ¡¡¡Por qué!!! Pero es evidente que el Venerable Luis Amigó a mi pregunta desgarrada no puede ofrecer respuesta satisfactoria por vía de razón, y hasta por vía de fe resulta un tanto incomprensible, por lo menos como guía de peregrinos.

Y mi Venerable Padre Luis Amigó también esta vez se retira, como siempre, con un semblante de misericordia y bondad extraordinario. Semblante que refleja una expresión azul, conformada, como la suelen mostrar los ancianos que son piadosos y buenos. Semblante que es un trasunto de la felicidad y de la gloria. Pero, vaya usted a saber por qué, concluye con una jaculatoria que es como un suspirillo de alivio:

¡Bendito sea Dios, justo y misericordioso!

Yo me acordé entonces, en aquel momento solemne de la despedida (y ve tú también a saber por qué) del salmo 84:

La justicia y la misericordia se abrazan...

Cuando abandoné el palacio episcopal era ya de noche y había comenzado a enfriar. Brillaban algunas estrellas en el limpio cielo azul. Y la ciudad gozaba de esa paz virgiliana de que suelen gozar las ciudades medievales al comenzar a oscurecer.

## 5. CRISTO EJEMPLAR Y MODELO

**P**or cierto, Venerable Padre Luis, que nuestro seráfico Padre San Francisco es una persona sumamente entusiasta. Sí, endiosada, transfigurada, diría yo.

¡Qué santo entusiasmo el suyo! ¡Qué ardor imprime a su palabra! ¡Con qué gozo invita a sus hermanos, incluso a las avecillas del campo, a convertirse en adoradores del Padre! Tomás de Celano, su mejor biógrafo, dice que al encontrarse el Seráfico Padre en presencia de muchas flores, les predicaba, invitándolas a adorar al Señor, como si gozaran del don de la razón.

- Desde luego, hijo mío, desde luego que así es, sí, por extraño que nos pueda parecer. No olvides que Francisco es una persona sumamente afectiva. Al menos así nos lo ha transmitido la historia. Tiene alma de poeta provenzal. Se ha formado en las tierras de la Umbría, en la campiña de Asís. Francisco, a las primeras luces del alba, canta las laudes ante el Cristo de San Damián. Y en la Foresta Umbría pasa el día contemplando las maravillas de su Señor. Y esto resolea el espíritu, crea almas sensibles. ¿No lo crees así?

- A propósito de laudes en la iglesita de San Damián. ¿Recuerdas, Padre Luis, cuando el seráfico Padre exclamaba?: “¡Oh, cuán glorioso es tener en el cielo un padre santo y grande! ¡Oh, cuán santo es tener un tal esposo, consolador, hermoso y admirable! ¡Oh, cuán santo y cuán amado es tener un tal hermano y un tal hijo, agradable, humilde, pacífico, dulce, amable y más que todas las cosas deseable, Nuestro Señor Jesucristo! El que dio su vida por sus ovejas y que oró al Padre por nosotros”.

¿Lo recuerdas, Padre Luis?

- Cómo no, claro que lo recuerdo. ¡Qué maravilla de texto trinitario! Aunque el pasaje no es del *Oficio de la Pasión*, como pudiera parecer en una primera impresión. Pero no, es de su *Carta a los Fieles*. Más que oración propiamente dicha es una invitación cordial a la plegaria.

De todos modos por el texto fácilmente comprenderás que la espiritualidad de nuestro Seráfico Padre es una espiritualidad trinitaria, fundamentalmente elaborada sobre textos bíblicos. Y muy cordial, es verdad, eso sí.

- Perdona, Padre Luis, pero yo siempre creí que la espiritualidad franciscano capuchina y amigoniense, es una espiritualidad esencialmente cristocéntrica, mucho más que trinitaria. Y, por lo que veo, no es así. ¿Podrías explicarte mejor, Padre?

- Desde luego, desde luego que sí. Toda espiritualidad cristiana, y por añadidura católica, es trinitaria y, al mismo tiempo, cristocéntrica. Que si no fuera así no sería verdadera espiritualidad.



Por eso las espiritualidades, todas, coinciden en la vida trinitaria y convienen en admitir la primacía moral de Cristo. Sin embargo hay variedad de aspectos, aunque no esenciales, sino más bien accidentales, que concretan matices, formas y modalidades con que Cristo es vivido como centro en cada una de ellas.

- De tus palabras, Padre Luis, deduzco que el cristocentrismo es algo esencial, pero no exclusivo, de nuestra familia seráfica. ¿O me equivoco?

- ¡Oh, no, no, no! Efectivamente, así es. Yo creo que es así. Y en esa perspectiva es preciso contemplar la devoción que la espiritualidad franciscana ha profesado siempre a la humanidad de Jesús, especialmente en el misterio de su nacimiento y de su pasión...

- Y centrada, además, en la devoción a su santísimo nombre, a su sagrado corazón, a la eucaristía, y a su preciosísima sangre...

- Sí, así es; e incluso a la realeza de Cristo, no lo olvides. Por lo demás la espiritualidad franciscana no es sólo, no puede ser sólo, inteligencia y corazón. Sobre todo está hecha de vida, es vida.

- Ahora comprendo, mi venerado Padre Luis, por qué el comportamiento del alma franciscana para con Cristo no se limita en realidad al aspecto devocional, sino que impregna toda la teología y vida franciscanas y se manifiesta en el seguimiento fiel de Cristo, en su imitación amorosa y en la identificación mística con Él.

Permíteme que te diga, Padre Luis, que posees una rara habilidad para descender de la pater-nidad divina, como adoradores del Padre, a la fraternidad humana en que Cristo se presenta como ejemplar y modelo de nuestras vidas. Ahora comprendo, Padre Luis, por qué en tus escritos insistes tanto en el seguimiento de Cristo pobre y crucificado, en la imitación de Cristo y en el Cristo redentor, ejemplar y modelo.

- Sí, sí. Has sintetizado muy bien. Y por eso yo os escribo en cierta ocasión que Dios, para nues-tro rescate y libertad, no dudó en entregar a su Hijo que, con su ejemplo, doctrina y muerte de cruz, nos condujese a la gloria, verdadera tierra de promisión.

- ¡Ah!, por lo que veo entiendo que nuestra espi-ritualidad que, según dices, es vida no concluye aquí. Que tú sacaste unas consecuencias. Y tal vez por esto nos escribes asimismo: “Siguiendo, pues, el espíritu y las huellas de nuestro Señor Jesucristo y de su fiel imitador Nuestro Padre San Francisco... procuremos en lo sucesivo ser mode-los y ejemplares de virtud, y con palabras y obras atraer muchas almas al Señor, para que resplan-dezcan las nuestras como estrellas en la gloria”.

- Claro, claro, que el espíritu ni es, ni puede ser, algo etéreo, no. Es algo esencial al ser humano para poder comprender el sentido del mundo y de la vida en una cierta perspectiva. Además anima, vivifica e impulsa a la persona a desarrollarse en ese contexto y a obrar en esa precisa dirección.

- Carísimo Padre Luis. Una vez más veo que aprecias las realidades con certera precisión. Que cuanto más alto se planea se aprecian mejor las cosas y más estabilidad manifiesta la persona. A propósito. ¿Por qué nos presentas como modelo de seguimiento e imitación un Cristo doliente, penitente y crucificado?

- Muy sencillo. Yo diría que es evidente.

- Para ti, que ves todo desde arriba, no lo dudo. Será evidente, sí. Pero, créeme, que para mí no lo es tanto. Y hasta me resulta un poco confuso.

- Pues, me manifiesta el Padre Luis, porque el Cristo franciscano, y por añadidura capuchino, es un Cristo ejemplar y modelo de despropio, de despojo y de sufrimiento. Pero es un Cristo vital y cordial. Y sobre todo amable, sumamente amable. ¡Es la imagen de un Dios amante hasta la cruz! ¿Quién nos podrá apartar, hermanos, del amor que Cristo nos profesa?, dice el Apóstol.

- Desde luego que la fraternidad, aun con la creación entera, le digo, es una de las notas más brillantes de la espiritualidad franciscana, que por eso prorrumplía San Francisco en una eclosión de gozo espiritual: “¡El señor me dio hermanos, aleluya!”

- Sí, y por eso también san Buenaventura, biógrafo y gran conocedor de Francisco, pudo escribir: “Como la piedad del corazón lo había hecho hermano de todas las demás criaturas, así la caridad de Cristo lo volvía más intensamente aún hermano de quienes llevan en si mismos la imagen del Creador y han sido redimidos por la sangre del Redentor”.

- Sí, y el mismo san Buenaventura dice que Francisco a todas las criaturas las llamaba hermanas, como quien había llegado ya a la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

- Bueno, Venerable Padre Luis, pero aun no me has contestado, al menos claramente, por qué nos presentas como ejemplar y modelo a un Cristo crucificado, redentor, obediente y sumiso.

- Bueno, pues porque tal vez ese era el signo de los tiempos de entonces; porque la formación franciscana -y tú lo sabes muy bien- se transmite por contagio, por ósmosis, vitalmente; porque la formación va en la dirección de robustecer la voluntad, y para ello nada mejor sin duda que acentuar las virtudes llamadas pasivas; incluso por necesidad, que más de una virtud ha brotado por esa vereda. ¡Y ve tú a saber por qué! Además de que hay realidades (entre ellas las de la fe) que aceptamos por gracia, sin más. Que no es cuestión de estar con el porqué en los labios hasta la tarde del juicio final. Vamos, así lo pienso yo.

- Comprendo, comprendo. De ahí tu forma de proponer el modelo y deducir luego las consecuencias, ¿no? Y el modelo y ejemplar es Cristo, naturalmente. Por eso nos dices que quiere el Señor que le sigamos cargados con nuestra cruz, símbolo de la mortificación y de la penitencia. Camino que él quiso seguir también para entrar en su Reino, a fin de estimularnos con su ejemplo.

Y en otra ocasión te preguntas: “Pero, ¿en qué y cómo hemos de seguir a Jesucristo?”

Y a renglón seguido te respondes: “En la negación de nosotros mismos y cargados a su ejemplo con nuestra cruz. Que así nos lo dice también Él mismo por san Mateo: El que quiera seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”.

Y, mientras yo recordaba estos textos de mi buen Padre Luis, él me miraba como con cierta delicia y comprensión, pero no me decía nada, pues es sabido que siempre resulta embarazoso por demás escuchar citas o elogios sobre uno mismo. Que en esto de la humildad fue siempre muy cuidado el Venerable Padre Luis.

Por lo demás presentar a Cristo como modelo y ejemplar, para sacar luego las lógicas consecuencias, fue falsilla muy usada durante siglos. De todos modos no puedo retirarme de nuestro diálogo sin que me venga a la mente aquella cita de mi buen Padre Fundador: “Era necesario que el Salvador del linaje humano se constituyese en su ejemplar y modelo, enseñándole prácticamente el camino del cielo, que por eso este divino Libertador quiso morar entre nosotros treinta y tres años y constituirse nuestro guía para enseñarnos, con la doctrina y ejemplo, la práctica de las virtudes necesarias para salvarnos”.

Por lo demás ya se sabe que la espiritualidad franciscano capuchina se transmite por contagio, con el trato, vamos, y que el ejemplo es el mejor predicador, y cuya fuerza de persuasión es irresistible.

Que así lo decía también el Venerable Padre Luis.



## 6. SEGUIMIENTO DE CRISTO

**Y**o, Fray Luis de Masamagrell o Luis Amigó, que es lo mismo, te dije en cierta ocasión que Cristo es el principio, camino y meta de la vida religiosa. Y que la esencia de la consagración es el seguimiento de Cristo. Más aún, te comenté que la esencia de la vida religiosa consiste en configurarse con Cristo, con su ser y con su obrar.

Sí, ya sé que esto se dice pronto. De un envitón, como aseguran allá por tu tierra castellana. Casi sin respirar. Como se dice algo serio, vamos. Pero para que las verdades sean operativas, por mayor carga de evidencia que en sí mismas encierran, no es suficiente con pensarlas, ni con creerlas, ni siquiera con decirlas. Es necesario vivirlas, crearlas y recrearlas una y muchas veces, constantemente. Es necesario encarnarlas, como decimos hoy.

¡Ah! ¿Que si el seguimiento de Cristo es algo propio y específico de nuestro espíritu amigoniano, me preguntas? Pues no más de lo que pueda ser la luz para el resto de los mortales. El seguimiento de Cristo es algo común a todos los cris-

tianos. Su mismo nombre así lo indica. Lo propio y específico nuestro es únicamente la *sfumatura*, como dicen los italianos, los matices y el estilo de seguimiento. ¿Comprendes?

Lo nuestro es el seguimiento del Cristo total, a la letra, sin glosa, al modo como lo sigue Francisco de Asís. Un seguimiento del Cristo doliente, compasivo y misericordioso. Seguimos las huellas de un Cristo obediente, pobre y humilde. Que por algo os escribo yo, creo que al comienzo de las primeras Constituciones -no lo recuerdo con precisión, ¡hace ya de esto tanto tiempo!- pero, sí, creo que os escribí:

- Siguiendo el espíritu y las huellas de nuestro señor Jesucristo, y de su fiel imitador san Francisco, servirán al Señor en vida mixta, tanto más perfecta que las otras, cuanto es más conforme con la de Nuestro Señor Jesucristo.

También por eso mismo yo, Fray Luis de Masamagrell, como Pablo de Tarso o como el Serafín de Asís, nunca me precié de saber cosa alguna sino de seguir a Cristo y Cristo crucificado. Porque, como se pregunta Tomás, el de Celano, “¿quién podría expresar, quién entender siquiera cómo se gloriaba el Seráfico Padre únicamente en la cruz del Señor?”

Por eso recoge muy bien los matices del seguimiento de Cristo nuestra *Regla y Vida* cuando manifiesta:

- Siguiendo a Jesucristo, a ejemplo de san Francisco, están obligados a practicar más y



mayores cosas..., y deben negarse a sí mismos, como cada uno ha prometido al Señor...

Pues así debe de ser, creo yo, ya que prosigue nuestra *Regla y Vida*:

- Dejando de lado todo cuidado y toda preocupación, de la mejor manera que puedan deberán esforzarse por servir, amar, y honrar al Señor Dios con corazón limpio y mente pura, ya que así lo quería y practicaba también nuestro Seráfico Padre. ¿No te parece?

A propósito, un seguimiento a la letra, sin glosa, significa un seguimiento pleno y total en pos de las huellas del Señor. Vamos, al menos es lo que a mí me parece. Que por eso manifiesta también nuestra *Regla y Vida*:

- Ninguna otra cosa deseen sino a nuestro Salvador que se ofrece a sí mismo en el ara de la cruz, como sacrificio y hostia mediante su sangre por nuestros pecados, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas.

Por algo cuando los hermanos se reúnen en asamblea fraterna -¡en aquellos deliciosos Capítulos de las Esteras en la campa de Asís!- buscan primeramente el reino de Dios y su justicia, se exhortan entre sí sobre el modo de observar mejor la Regla que han prometido y se animan a seguir fielmente las huellas de Nuestro Señor Jesucristo. Que la fidelidad en el seguimiento de Jesús se cifra en los detalles. Y la perfección se justiprecia por el acabado de la obra artística.

Es posible que alguien confunda lo importante con lo principal, y que piense en la soledad de su interior que los detalles son de escaso valor, pero no es menos verdad que, si no se aprecia suficientemente el detalle, la esencia se la lleva el viento o, por mejor decir, no pasa de ser un ente intelectual sin la menor consistencia. Cuando en la vida religiosa se van quitando los detalles, dijo alguien, con el pretexto de que son accidentes, al final no le queda esencia ni para los funerales.

Por eso te comenté en cierta ocasión que nos dice el Señor: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”.

Y la perfección de la obra se aprecia en los detalles de la misma. Que lo demás, me parece a mí, no son más que ganas de bajar el listón de las exigencias y no dar la talla. Casi seguro que en aquel momento solemne me recordé yo de cuando el Seráfico Padre está escribiendo su *Regla y Vida* en Fonte Colombo, cerca de Rieti, y se le presentan el hermano Elías y los Ministros Provinciales temerosos de que redactara una nueva Regla demasiado estrecha. Entonces, el bienaventurado Francisco levanta su rostro hacia el cielo y le habla a Cristo así:

- Señor, ¿no dije bien que no te creerían?

Y en lo alto se escucha la voz del Crucificado que responde:

- Quiero que esta Regla sea observada a la letra, a la letra, a la letra; sin glosa, sin glosa, sin glosa.

Con anterioridad te dije yo, Fray Luis de Massamagrell, que seguimos las huellas de un Cristo obediente, pobre y humilde. Y así debe de ser para la familia amigoniana, pues nuestra espiritualidad, por sus profundas raíces franciscanas, capuchinas y terciarias, presenta unos matices y connotaciones marcadamente penitenciales. Por eso en cierta ocasión en que mis hijas de Yarumal, en Colombia, me piden consejo para la formación de las religiosas, les escribo:

- Nuestro Instituto, rama del tronco franciscano y por añadidura capuchino, debe de estar basado en una profunda humildad, una obediencia ciega y una total pobreza.

La verdad, yo ya sé que esto no es cosa que se lleve hoy y que mi corazón de padre me tiraba entonces por otras veredas, pero la coherencia de hijo no me deja apartarme de ese marchamo marcadamente penitencial de noble ascendencia franciscana. Que bien sabe el Señor que yo, como todo buen padre que se precie, para mis hijas e hijos espirituales siempre quise lo mejor en esta vida y el gozo del Señor en la otra.

Estos matices de abnegación y de anonadamiento, que tan profundamente marcan la vida y existencia de nuestros conventos capuchinos en el seguimiento de Cristo, es sin duda una de las notas que hacen amable el hábito franciscano por nuestras huertas y campiñas levantinas. ¡Oh!, perdona, hijo, pero es que a mi edad el sentimiento se sobrepone a la razón. No obstante para mí el hábito y la sandalia capuchina siempre fueron

un signo evidente de pobreza y consagración que, por lo demás, asimismo lo recoge nuestro derecho particular. Seguramente que por eso os escribí:

- Nos hemos de ganar el cielo con nuestras obras llevando la cruz en seguimiento de nuestro divino Redentor, como Él mismo nos lo dice: “El que quiera venir en pos de Mí, que tome su cruz y que me siga”.

Por lo demás también mi seráfico padre san Francisco lo quería así, y así también lo subraya en sus predicaciones:

- Esfuércense todos los hermanos en seguir la humildad y pobreza de nuestro Señor Jesucristo y recuerden que nada hemos de tener en este mundo sino que, como dice el Apóstol, estemos contentos teniendo qué comer y con qué vestirnos. Porque, ¿quién más humilde que el Seráfico Padre, que fue humilde en su hábito, más humilde en los sentimientos, humildísimo en el juicio de sí mismo, como manifiesta el de Celano? Pues este príncipe de Dios no se distinguía cual prelado sino por esta gema brillantísima: que era el mínimo entre los menores.

¡Ah!, creo yo, Fray Luis de Masamagrell, que asimismo te indiqué ya con anterioridad que seguimos las huellas de un Cristo doliente, compasivo y misericordioso. Todas las órdenes franciscanas manifiestan unas connotaciones populares por cuanto están sumamente conectadas con la vida fraterna y popular, en la que se ejercitan en vivir las obras de misericordia con el espíritu de las bienaventuranzas. Y nuestra rama

amigoniana participa particularmente de estos mismos caracteres.

Esto me recuerda a mí una de las etapas más deliciosas de mi vida religiosa. Me refiero, naturalmente, a mi etapa como Comisario de las Órdenes Terceras. Ese afán por preparar a los hermanos a bien morir; ese recoger a los huérfanos en asilos; ese asistir a los enfermos a domicilio; ese enseñar a los niños en escuelitas nocturnas; ese recoger en los buzones de las iglesias buenas lecturas para los presos y enfermos; ese reunir ropas para cubrir al desnudo... no eran sino otras tantas formas de vivir las obras de misericordia en clave franciscana y con el estilo gozoso de las bienaventuranzas.

Y es que los franciscanos seguimos a un Cristo misericordioso, lento a la ira y rico en piedad. Y es que nuestra espiritualidad -como la de Francisco de Asís, a quien dotó el Señor de un espíritu generoso, clemente y compasivo- presenta connotaciones de comprensión, sensibilidad y benignidad extraordinarias, impresionantes.

Por eso, cuando quiero dotar de una finalidad a mis dos Congregaciones, oro insistentemente al Señor, realizo las consultas necesarias, reflexiono serenamente, y, sobre todo, me dejo inspirar por una espiritualidad del seguimiento literal de Cristo Buen Pastor, misericordioso y compasivo. Y creo que, como a Francisco de Asís, también a mí el Altísimo en persona me revela que debo vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo así lo escribo sencillamente y en pocas palabras, y el

señor papa León XIII me lo confirma posteriormente.

Reconozco que en nuestros días, y por lo que se refiere al seguimiento literal de Cristo, tal vez acentuáis un poco en demasía los rasgos festivos sobre los penitenciales. Seguramente que en el Cristo total hoy subrayáis mucho más la dimensión eucarística y sacramental que no la de memorial de su pasión. Pero no resulta menos arriesgado supervalorar el carácter de banquete sobre el de sacrificio. Que toda celebración es el colofón lógico y natural de un empeño y trabajo felizmente concluido.

He comenzado recordándote que el seguimiento es un configurarse con Cristo, con su ser y con su obrar. Y que la esencia de la consagración es el seguimiento. Que yo, al menos, así lo entendí siempre. Y por eso en cierta ocasión os escribí:

- Por ser Él la verdad eterna que no puede engañarse ni engañarnos, siguiendo sus pasos estaremos seguros de no andar entre las tinieblas del error, pues Él mismo dijo que quien me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

*En seguimiento y alabanza de Cristo. Amén.*

## 7. IMITACIÓN DE CRISTO

**E**n nuestra última conversación, mi Venerable Padre Luis, me hablaste de la espiritualidad como seguimiento de Cristo. Permite mi osadía, Padre, pero... ¿No es lo mismo seguimiento de Cristo que imitación de Cristo?

- Es una buena pregunta, sí, responde a mi interpelación el bueno del Padre Luis. Pues la diferencia, si es que la hay, no puede ser demasiado profunda. El mismo San Agustín, el más brillante de los padres de la iglesia latina, en cierta ocasión se pregunta: “¿Qué es, pues, seguimiento sino imitación?”

Por esto creo que la diferencia no puede ser demasiada. De todos modos la idea de seguimiento ofrece unas connotaciones más dinámicas y comunitarias. La de imitación, en cambio, muestra unas connotaciones más estáticas, individualistas y de evidente trasfondo ascético y moral. Al menos ese matiz diferencial aprecio yo.

Por otra parte seguimiento e imitación se han venido acentuando, con mayor o menor insistencia, según las determinadas épocas históricas lo requerían. En la Baja Edad Media, y aún en los

comienzos de la Edad Moderna, en que se acentúa la huida del mundo y el exacto cumplimiento del propio deber como base de una espiritualidad personal, preferentemente se subraya la idea de imitación. Hoy, más dados a una idea optimista y comunitaria de la vida, se habla sobre todo del seguimiento de Cristo. El seguimiento presenta la imagen del camino y la vereda. La imitación, la figura de la fuente o el espejo. Tal vez ambas realidades no sean exactamente idénticas, pero sí equivalentes.

- A propósito, opino, es curioso observar que el evangelio hable preferentemente de seguimiento de Cristo. Pablo de Tarso, en cambio, que de datos históricos elabora su propia teología, propende más a la imitación. ¿Por qué crees, Padre Luis?

- Cierto, cierto. Así se expresan, sí. Y aún se aprecian otros matices diferenciados más.

Cristo invita a su seguimiento personal: “Ven y sígueme”. “Quien desee seguirme, cargue con su cruz y me siga”.

Pablo, por su parte, invita a la imitación de su persona: “Os ruego que seáis mis imitadores”. “Sabéis cómo debéis imitarnos”.

A lo más aconseja o recomienda: “Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo”.

Posiblemente el seguimiento postule la presencia de Jesús. En la primitiva iglesia, en cambio, arraiga mayormente la idea de imitación.



- Venerable Padre Luis, en Francisco de Asís, tal vez por provenir su espiritualidad del Cristo total, si bien por vía de San Pablo, prevalece sobre todo la idea de seguimiento. ¿No es así?

- Puede ser, sí, puede ser. Si bien no lo sé a ciencia cierta. Pues el seguimiento en él se hace imitación al detalle, porque ¡quién podría describir dignamente con qué fidelidad y semejanza trata de imitar la vida mortal de Cristo! Todo su empeño, tanto en público como en privado, se dirige a esto: a renovar en sí mismo y en los demás las huellas de Cristo, por desgracia cubiertas u olvidadas. Que así al menos se expresa un tal Ubertino de Casale.

No obstante sí hay que decir que no se trata de una imitación servil, de las formas no más, no. Es una imitación interior, de las actitudes. De tal modo que, cuando abre los evangelios, Cristo le revela claramente que, como le ha imitado en las acciones de su vida, así también debe de configurarse con él en los sufrimientos y dolores de su Pasión, lo que cumple fielmente antes de salir de este mundo, según lo narra San Buenaventura.

- Sea como fuere, lo cierto es que en las postimerías de la Baja Edad Media, no sé si acierto a expresarme bien, Padre, se vuelve a una espiritualidad más de imitación, de silencio, de soledad, de concentración; a una espiritualidad de mayor desapego del mundo, de encuentro sincero consigo mismo y con el Señor. Yo diría que se vuelve a una espiritualidad de repliegue, vamos.

- Tienes razón, sí, me asegura mi buen Padre Luis Amigó. Posiblemente fuera por el contexto histórico religioso de la época. Se había desequilibrado razón y fe. Se daba un cierto distanciamiento entre la ciencia y la creencia. Había inflación de lo intelectual y especulativo en detrimento de la fe. Como reacción, naturalmente, se pretende no tanto entender cuanto vivir, y vivir en fe y fidelidad. Se da, al menos entre los católicos, supremacía de la voluntad sobre la razón y la inteligencia. Y se prefiere lo claro y sencillo a lo tortuoso e intrincado. En una palabra, que tiene más y mejor cartel el monje y el asceta que no el teólogo.

- A propósito, en esta época ve la luz el librito *De La Imitación de Cristo*, del conocido monje alemán Tomás de Kempis. Es un librito delicioso, fenomenal para la época en que se escribe. Ha formado a generaciones de religiosas y religiosos hasta ayer mismo, como quien dice. ¡Lástima que éste fuera un librito escrito por un monje y para los monjes! Promueve una espiritualidad de corte más bien voluntarista y de dimensión meramente personal e interior. Hay que comprender, es verdad, que el carácter colectivo de la cristiandad medieval había abierto ya entonces paso a un interés por la individualidad de cada uno de sus componentes.

- Sí, es un librito que propende a un desapego del mundo, desapropio de sí mismo y a presentar al hombre como morada de Dios. Acentúa la dimensión ascética en la vida del creyente. Considera que es necesario un proceso de purificación y de ascensión para poder estar en el mundo sin ser del mundo. El librito, digámoslo

claramente, es de camino, no de llegada, no de meta.

- Hablas, Venerable Padre Luis, del Kempis ó *De La Imitación de Cristo* como quien lo conoce bien...

- Claro, claro que sí. Y es que el librito (que por otra parte es una joya de la ascética cristiana) antes lo leíamos todos los días del año durante el desayuno o colación, lo que, dicho sea con el mayor de los respetos, parece ser que también formaba parte de esta ascética de la voluntad. De todos modos *De La Imitación de Cristo* que, como te digo, leíamos todos los días en común y *El Combate Espiritual*, de Lorenzo Scúpoli, que con frecuencia leímos en común, como lectura espiritual, ambos libros marcan a numerosas generaciones de religiosos.

- ¿De capuchinos también?...

- Por supuesto, también de capuchinos. Y tal vez nos marcan aún más que a otras órdenes y congregaciones religiosas. A ese espíritu ascético, voluntarista, *De La Imitación de Cristo*, se viene a sumar ese otro espíritu caballeresco, andante, del *Combate Espiritual* y a los capuchinos, que por esas fechas acertamos a pasar por allí (pues vimos la luz en dicha época ascética y caballeresca) nos tocó de lleno.

La minoridad, la negación de sí mismos, el desamparo y la pobreza como ascética recogen unas connotaciones de que carecía, ciertamente, la espiritualidad amable del desprendimiento, la ale-

gría y la libertad interior franciscanos. Al menos, Francisco, y sus Penitentes de Asís, no lo habían entendido así.

- Perdona, Venerable Padre Luis, que volvamos sobre *De La Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, y sobre *El Combate Espiritual*, de Lorenzo Scúpoli. Tú, que los conoces bien, ¿puedes indicarnos cuáles son sus temas más importantes y recurrentes?

- El primero de ellos es muy dado a exponer la vanidad del mundo, la falsa felicidad, la radical pobreza de los bienes sensibles, la huida del amor propio y de los afectos desordenados. Asimismo propugna la libertad interior, el abandono total en Dios, la gratuidad de la gracia, la paciencia, la oración,... la Eucaristía... Por lo demás los temas nunca son tratados en sentido meramente moralizador, sino como camino para la imitación de Cristo y la unión con Dios. Por esto te indiqué ya anteriormente que es libro de camino, no de llegada. En pocas palabras, el libro *De La Imitación de Cristo* hace una apología del silencio, de la soledad y la concentración, que llevan al despegue del mundo y al encuentro consigo mismo y con Dios.

- ¿Y el libro del *Combate Espiritual*?

- El título mismo lo indica. Es... eso, un libro centrado en la imagen del caballero y en las armas espirituales para la guerra. Armas segurísimas y siempre muy necesarias para la victoria final, según su autor, cuales son la confianza en Dios y la desconfianza en uno mismo, el ejercicio y la

oración. Seguramente sus fuentes encimeras se encuentran ya en San Pablo.

¡Y, qué firmeza no ponían nuestros maestros espirituales en acentuar lo de combate, lo de caballeros, y lo de las armas para la guerra! En esto no había Pablo que les igualase. ¡Con lo contrario que a todo esto era nuestro Seráfico Padre, ya ves! Y a estas armas añadían nuestros formadores las de la modestia, la humildad, la pobreza,... y no sé cuantas más. ¿Qué te parece?

- ¿Y tú crees, Padre, ahora que todo lo ves claro y como en espejo, en la bondad de dichos libros?

- Perdona, hijo, pero aquí arriba no me permiten hablar mal de nadie, menos todavía de los ausentes. Que a esto se llama hombría de bien. Y no lo haré porque ambos libros intencionalmente iban dirigidos a preparar imitadores y soldados de Cristo. Y su intención primera era buena, buenísima. Y a mí, personalmente, me hicieron mucho bien. Me sellaron y me marcaron profundamente. Tal vez su mayor defecto no se encuentre en ambos libros, muy buenos en sí mismos, sino en el excesivo relieve que les otorgaron nuestros formadores, muy superior al que fuera de desear.

De todos modos comprendo que son libros que provienen del mundo monacal, tienen como destinatarios a monjes y son compuestos en un contexto histórico religioso de finales de la Baja Edad Media, sin duda muy diferente al contexto actual.

- Entonces...

- Sí, ya sé lo que me quieres decir, lo que me vas a preguntar: Entonces... ¿Por qué tú, y por tu mediación tus hijos espirituales, hemos recibido una espiritualidad con tantos matices monásticos?

Pues, y te respondo, porque cada uno es hijo de su tiempo y padre de sus hechos. Desde luego la espiritualidad que yo recibí, y seguramente vosotros también en los primeros tiempos, no era una espiritualidad que ayudase demasiado a iluminar vidas activas que tienden a llenárenos de ruidos y de palabras, de imágenes y de sonidos; en un mundo que propende a la dispersión más que a la interioridad, a la manifestación más que al recogimiento... a la exposición más que a la vida interior. De todos modos el ejercicio de la voluntad nunca viene mal, ¿no te parece?

- Por supuesto, por supuesto, respondo a su pregunta. Que ahora me explico por qué tan paternal y amablemente nos aconsejas: “Por imitar a Jesucristo quisieron los santos vivir ocultos y aun despreciados del mundo; reputaron por basura las riquezas terrenales; amaron la soledad, el silencio y el retiro”.

- Seguro que este pensamiento lo hubiera firmado y rubricado con sumo gusto Tomás de Kempis y, por supuesto, no hubiera desentonado en su libro *De La Imitación de Cristo*.

- Desde luego. Cierto. Pero también es verdad que al inculcar la imitación de Cristo yo propendí a una imitación interior, de la oración, la gracia y la virtud. ¿Recuerdas cuando os dije: “Podemos con toda confianza llegarnos a Dios en la oración

y llamarle padre, seguros de no ser rechazados, porque nos mira en Jesucristo, su Unigénito Hijo, de quien el cristiano viene a ser una copia, por la gracia que lo justifica y las virtudes que a imitación suya lo santifican”?

- Está bien, está bien...

- De todos modos (y te lo dice un padre que, como comprenderás, ha de tener más interés que nadie por sus hijos) la espiritualidad de la imitación de Cristo es uno de los caracteres de la nuestra, si bien reconozco que en cada época y en cada circunstancia histórica se ha de acompañar la imitación y el seguimiento de Cristo al paso de la gracia y al andar del Maestro.

Perdona, hijo. La frase no es de ningún santo padre, ciertamente; pero no me dirás que no me salió brillante y hasta redonda, al menos por esta vez, ¿eh? Y, dejando escapar un leve suspiro “Ay, Jesús”, me dijo:

- ¡Hasta la próxima!

- ¡Hasta la próxima, pues, Padre!

Hago a mi buen Padre Fundador, pues, un vago saludo de adiós con la mano y abandono el palacio. Bajo la carretera Sagunto-Burgos y me dirijo, como tantas otras veces, a Autobuses. No hay nadie ya por la calle. La calle está desierta. Segorbe es una ciudad fresca y tranquila. Especialmente en las últimas horas de una tarde de invierno.





## 8. CRISTO NUESTRO REDENTOR

Venerable Padre Luis, yo creo que la espiritualidad *De La Imitación de Cristo y del Combate Espiritual* del capítulo anterior nos lleva de la mano a la contemplación amorosa de Cristo Nuestro Redentor. ¿No te parece, Padre? Y es que este tema entra por su propio pie, como por derecho propio, vamos, en la teología de la cruz. Pues sin derramamiento de sangre no hay redención, según el aforismo clásico.

- Así es, sí, claro, me replica el Venerable Padre Luis. Que por esto se pregunta Tomás de Celano, refiriéndose a la actitud del Seráfico Padre, y siguiendo en todo al hilo de San Pablo: “¿Quién podría decir, quién podría comprender cuán lejos estaba de gloriarse si no era en la cruz del Señor? Sólo a quien lo ha experimentado le es dado saberlo”.

Por lo demás la teología de la cruz, que en su mayor parte no es otra que la teología de la redención, ha estado siempre muy presente en la espiritualidad capuchina y también en nuestra propia espiritualidad. De hecho la espiritualidad de la cruz, junto con la espiritualidad del combate espi-

ritual, ilumina mi pensamiento en muchos de mis escritos. ¿No crees?

- Sí, claro que sí. Y especialmente en los de tu primera época (los entendidos llaman escritos del primer Amigó). Yo recuerdo muy bien que Mons. Lauzurica dice que tú siempre tenías delante el ejemplo de la cruz. Tal vez por eso nos repites, si bien siempre con diversos matices, claro, aquel pensamiento: “No olvidéis, amados hijos, que el camino recto y seguro para la santificación es la santa cruz”.

¡Ah!, y en lo referente al combate espiritual, recuerdo cuando, refiriéndote al Seráfico Padre como al hombre que hoy se necesita, escribías: “Penetrado este esforzado campeón de la altísima misión que la Divina Providencia le confiara enarbolando el estandarte de su milicia seráfica y, apenas se ve rodeado de doce discípulos que, admirados de su doctrina y movidos de superior impulso, se cobijaban a la sombra de su bandera, creyéndose ya con elementos y fuerzas suficientes para dar la batalla en toda la línea al enemigo, les instruye y adiestra en el manejo de las armas espirituales que han de esgrimir en el combate contra sus enemigos”.

El pensamiento sin duda, dalo por seguro, lo hubiera suscrito gustosamente el autor del *Combate Espiritual*.

- Es verdad. Es verdad. Además, y para que no hubiere lugar a dudas de la influencia del *Combate Espiritual* en nuestra espiritualidad yo mismo añadía a continuación: “Diez años sólo

habían transcurrido y ya tuvo la satisfacción este valeroso caudillo de ver acampados a sus órdenes más de cinco mil religiosos, aguerridos soldados de la milicia de Cristo, que bien pronto llenaron toda la tierra, con lo que vino a ser el ejército más numeroso y de los más formidables de la iglesia católica”.

Desde luego el *Combate Espiritual* influyó mucho en mí y, a través de mí, en mis hijos. Desgraciadamente las más de las veces se ha ignorado y otras no se ha entendido correctamente. Claro, yo comprendo que eran otros tiempos. Y es que a mí me tocó vivir una época especialmente abundante en luchas e intrigas, en reyes y emperadores.

- Perdóname, Venerable Padre Luis, pero yo considero que este espíritu caballeresco y combativo (y a estas alturas no hay razón para avergonzarse de él) lo infundiste admirablemente en las órdenes terceras, con quienes escribiste las páginas más bellas de tu vida religiosa en la huerta levantina. ¿No?

- Por supuesto, claro que sí. ¿Recuerdas ese hormiguar de terciarios y terciarias los cuartos domingos de mes, desde las primeras horas de la mañana, camino de la montañita de nuestro convento capuchino de La Magdalena? ¿Y las grandes peregrinaciones al Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles del Puig? Desde luego nunca se hubieran realizado si yo no hubiera infundido en mis terciarios ese espíritu fuerte y combativo de las legiones cristianas de la primitiva cristiandad.

Claro que el móvil de las peregrinaciones al Santuario de Nuestra Señora de Los Ángeles del Puig de Santa María, altar mayor y fortaleza del Reino de Valencia, te lo digo yo que las realicé, no era otro que peregrinar, cual ejército de aguerridos macabeos, para implorar de la Señora la libertad del Papa que (y quede esto entre nosotros) a finales del siglo XIX presenta el lamentable estado de un emperador caído. Que no nos ha dado Dios espíritu de timidez, sino de fortaleza, amor y sentido común. Que así lo dice, creo, el apóstol Pablo.

- Venerable Padre Luis, veo que te estás pasando un pelín, como decimos por aquí ahora. Que esto ya no se lleva. Que, a pesar de tu espíritu de franciscano menor, y por añadidura capuchino, con facilidad suma te enciendes, cual otro San Juan Eudes, que hervía de santa ira al sólo oír el nombre de un hereje. Y eso no es, no.

- Perdona, hijo. Tal vez tengas razón. De todos modos no creo que la serenidad esté reñida con la fortaleza, ni que se haya de confundir suavidad con apocamiento, ni que la dulzura exija pusilanimidad. Por otra parte la historia, como la energía, ni se crea ni se destruye, ni se ignora ni se silencia. Sencillamente, los historiadores interpretan con ojos de hoy las que fueron realizaciones de ayer.

- Perdóname una vez más, mi venerado y ya Venerable Padre Luis, pero creo que nos estamos desviando levemente del tema, que es (no lo olvides) Cristo Nuestro Redentor, una de las compo-

nentes de tu espiritualidad y de nuestra propia espiritualidad.

No sé si interpreto correctamente tu pensamiento, y si no fuere así me corriges, pero tengo la impresión de que, como buen hijo del Serafín de Asís e imitando las actitudes de Cristo Buen Pastor, tu espiritualidad gira en torno a la figura de un Cristo misericordioso y redentor y a una mariología dolorosa de Nuestra Señora al pie de la cruz. O más precisamente, de María en su soledad que la mañana del sábado santo desciende del Calvario.

- Sí, sí, es posible que la tuya sea una síntesis precisa y correcta, pero sintetizar excesivamente lleva consigo el riesgo de mutilar infinidad de detalles sumamente significativos. Lo que sí es cierto es que en mi pensar y sentir influye notablemente la figura del Cristo Redentor. Y es que hasta nuestra misma regla franciscana, y la vuestra de terciarios, induce a ello: "Ninguna otra cosa deseen sino a nuestro Salvador, que se ofreció a sí mismo en el ara de la cruz como sacrificio y hostia mediante su sangre por nuestros pecados".

- Seguramente que en el fondo, intervengo, el Cristo franciscano es un Cristo misericordioso y redentor.

- Pudiera ser, sí. Que el Cristo que a mí me transmitieron, lo recuerdo muy bien, era un Cristo sencillo y amable; humilde, misericordioso y mortificado; pobre, obediente y sacrificado; en una palabra, el Cristo de la Eucaristía y del Calvario...

Y no cabe duda de que éste sea un Cristo de corte franciscano y redentor.

- ¡Ah!, tengo para mí, carísimo Padre Luis, que la sombra del Cristo Redentor se proyecta en toda tu vida en forma de amor misericordioso y en un sentido pascual del sufrimiento y del dolor. La contemplación de la obra de la redención se traduce, en teoría, en una espiritualidad de la teología de la cruz y, en la práctica, en una vivencia de las parábolas de la misericordia con el espíritu nuevo de las bienaventuranzas, ¿no?

- Ciertamente, así es, sí. No debes olvidar que el capuchino, no recuerdo si te lo dije ya o no, en todo caso ahora te lo digo, cada día medita el misterio de la pasión y muerte en cruz del Señor, con frecuencia realiza el ejercicio del vía crucis, y hasta la vida misma le lleva a una actitud penitencial.

- Alguien escribió, con mucha precisión por cierto, que, junto a la figura central del Cristo Redentor, que desde el propio ejemplo de vida invita al hombre concreto a la cristiana aventura de un amor vivido radicalmente aceptando gozosamente la cruz, en tus enseñanzas pastorales no faltan referencias a la Virgen María y a Francisco de Asís, los otros dos amores de tu personal vida espiritual. Y creo que es así. ¿Puedes explicarte, Padre, con mayor precisión?

- Desde luego mi amor por Francisco de Asís no es sino el amor de un hijo hacia su padre espiritual, pero un padre que es trasunto fiel del Redentor, el santo más parecido a su Divino Corazón y cuyo espíritu seráfico es el único que

puede restaurar nuestra sociedad. Que así lo confirma Su Santidad León XIII. Francisco de Asís, por su fidelidad imitativa, se convierte así en el más válido cooperador a la gran obra de la Redención.

Y a la Santísima Virgen, pues por ser madre y corredentora del género humano. ¿No te parece que es título suficiente?

- Por supuesto, claro que sí. Pero, además, porque tú mismo nos lo has dicho: “A la mujer la vemos asociada al hombre en todas las grandes obras, y hasta en la de la Redención quiso el Señor estuviese representada en la Santísima Virgen, Corredentora del linaje humano”.

Evidentemente tu espiritualidad, nuestra espiritualidad, partiendo del amor de un Cristo Redentor, presenta la componente de la contemplación amorosa de la cruz y posee unas connotaciones características de tinte franciscano, mariano y corredentor, en las que algún día hemos de profundizar.

- Por supuesto. Por supuesto. Pero mientras tanto: “Habéis de procurar, amados hijos e hijas, formar muy bien vuestro espíritu y conformar vuestra vida a la del modelo que el Señor nos presenta en el Seráfico Padre San Francisco...”

- ¡Que así sea, mi Venerable Padre Luis!





## 9. VIDA EN EL ESPÍRITU

**E**n mis diálogos con el Venerable Padre Luis hay ocasiones en que me comporto cual un Sócrates cualquiera que trata de alumbrar cuanto hay de mejor y más auténtico en el interior del Venerable Padre Fundador. Otras veces, como timonel que conduce su bajel a través de las aguas procelosas de su espíritu. Pero siempre trato de ser un cronista imparcial o un simple amanuense de sus intimidades. Hoy prefiero largar cable y red para que mi buen Padre Luis se pueda mover más a sus anchas, como pez en el agua, y nunca mejor dicho, que esto es lo que hacen los pescadores en la noche. Por eso largo una pregunta amplia y espaciosa, la que sirve de epígrafe al presente diálogo y me acurruco a sus pies pacientemente a escuchar:

- ¿Y la vida interior, es decir, la vida en el Espíritu?...

- Sí, ya en los primeros años de mi infancia, responde mi buen Padre Luis, tenía yo una idea muy clara: era la de vivir la vida en el Espíritu. Pues, gracias a Dios, sabía muy bien que el hombre ha sido puesto en esta tierra para conocer,

amar y servir a Dios en esta vida y después gozarle en la eterna. Que así lo aprendí yo textualmente, creo que en el catecismo del Padre Astete, en la escuelita que don Sebastián Piedra tenía instalada en la Valencia antigua.

Así es que, cuanto antes pude, me dirigí a Bayona, siguiendo siempre la que yo creí que era voluntad de Dios, y con el firme propósito de vivir la vida del Espíritu en el puerto seguro (así lo llamábamos entonces) de la religión. En el conventito capuchino tomé el santo hábito, que así decíamos también en aquel entonces, y troqué mi nombre de José María Amigó y Ferrer por el de Fray Luis de Masamagrell. Se trataba de cubrir el puesto dejado por otro Luis de mi pueblo natal que años ha había emprendido ya la senda de retorno al mundo o a la casa del Padre, que esto lo ignoro.

Y en el conventito capuchino, con un vientecillo de Las Landas que pela, y de la mano firme y segura de mi buen Padre Maestro, fray Antonio de Tolosa, me fui adentrando por las veredas de la vida interior en los verdes campos del Espíritu.

Siempre me impresionó lo que me refería mi Padre Maestro, es decir, que nuestro Seráfico Padre San Francisco quería que su Religión fuera lo mismo para pobres e iletrados que para ricos y sabios. Pues, solía decir él, Dios no hace acepción de personas. Que por eso el ministro general de la Orden, que es el Espíritu Santo, lo mismo puede descansar sobre el pobre que sobre el rico. ¡Qué idealismo el suyo! Más tarde pude saber y comprobar que esto ya lo refería textualmente Celano

en su vida del Seráfico Padre. Yo, la verdad, eso de que el Espíritu fuera el general de la Orden no lo comprendí por entonces -dice mi buen Padre Luis girándose hacia mí- y hasta me tenía un tanto amilanado.

Más tarde, conforme fui ahondando cada vez más en la forma de vida y en el espíritu franciscano, pude comprender que la idea de mi Seráfico Padre era el pensamiento más lógico y natural del mundo. Al menos así me lo parece a mí ahora. Y comprendí perfectamente que el Padre San Francisco nos prescribiese en su *Regla y Vida* a todos, sí, a todos indistintamente, a sabios y a ignorantes: “Apliquense a lo que por encima de todo deben anhelar, es decir, a tener el Espíritu del Señor y su santa operación, a orar continuamente al Señor con corazón puro y a tener humildad y paciencia en la persecución y en la enfermedad...”

¡Sea todo por el amor de Dios!

Entendía yo entonces (no sé si correctamente o no, esto lo ignoro) que si el Espíritu Santo es el general de la Orden y que si todos hemos sido consagrados en el mismo Espíritu, no pueden existir tantas diferencias, sino igualdad, amor y fraternidad. Y hasta creo que me dio un acceso de entusiasmo que me hizo salir corriendo y cantando por la vecina campiña, apenas florecida, aquel conocido texto de Pablo: “¡Un sólo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Señor de todos, que lo obra todo en todos!...”

Llegados a este punto intento recoger cable y reducir espacios en la red como para reunir la pesca dispersa, y pregunto:

- ¿Y qué influencia tiene todo esto, Padre, en nuestro propio espíritu?

- ¿Que si esto tiene alguna influencia en nuestro espíritu amigoniano, dices? Pues claro que sí, y mucha. ¡Cómo no!

Y mi buen Padre Luis se larga nuevamente en una especie de soliloquio en su intento por ilustrar a mi persona. Y me dice:

- Pues esto ha supuesto por mi parte un estilo diferente de concebir la vida franciscana. ¿Que en qué se manifiesta, me preguntas? Pues mira, hijo, ya en las primitivas constituciones dejé yo plasmado: “Nuestra Congregación se compondrá de Religiosos Sacerdotes y de Hermanos Coadjutores aunque, en atención a las obras a que se dedica el Instituto, estos últimos deberán ser los más pues, gracias a Dios, también tenía yo muy claro que no distingue el Señor a las criaturas por la grandeza de sus ministerios, sino por la de sus obras; ni les ha de pedir cuenta el Señor de cuánto, sino de cuán bien hayan obrado”.

¡Ah!, ¿que qué tiene que ver esto con la vida en el Espíritu? ¿Tanto tiempo que estoy con vosotros y todavía no me conoces, Felipe?

Pregunta retórica que el Venerable Padre Luis lanza al aire al tiempo que en su semblante se dibuja un leve rictus de extrañeza. Luego de una breve pausa, como para recopilar ideas, prosigue:

Sencillamente, ya desde el principio ponía yo el acento no en la diversidad de ministerios, o en la actividad para llevarlos a cabo en más o menos obras apostólicas, sino en la vida en el Espíritu, que así lo entendió también mi Seráfico Padre San Francisco.

A propósito, este mismo espíritu, de ascendencia netamente franciscana, lo ha recogido, o más bien lo ha vuelto a retomar, vuestra misma *Regla y Vida*, pues dice: “Pongan empeño todos los hermanos y hermanas en aspirar, sobre todas las cosas, a poseer el espíritu del Señor y su santa operación”.

¡Ah!, es lo que yo mismo os escribí ya en las primitivas constituciones: “Ocúpense, sí, en el servicio de sus hermanos; pero no olvidando que el verdadero amor del prójimo no puede existir sin el amor de Dios y que el mejor medio de hacer bien a los otros, es el de estar siempre llenos del espíritu del Señor, que es caridad, y este espíritu se adquiere en las prácticas de devoción, especialmente en el de la oración”.

Llegados a este punto nuevamente me dispongo a dar segundo golpe de red a la conversación y pregunto:

- Al valorar en demasía la vida en el espíritu, ¿no se resentirá el ministerio apostólico? Y me responde el piadoso Padre Luis, como movido por un resorte automático:

- ¡Oh, no, no, no! No creas que por esto yo minusvalore el ministerio apostólico, no. Sólo que

ministerio apostólico que no nace naturalmente de la sobreabundancia del espíritu (así lo creía yo entonces, y luego la vida misma me lo ha venido a confirmar) con demasiada frecuencia no es sino metal que suena o címbalo que retiñe. Que así lo dice también el Apóstol Pablo.

En cuanto a la vida en el espíritu en diversas ocasiones y de diversas maneras ya os lo expresé, pero, permíteme que me ciña exclusivamente a dos: El Espíritu del Señor como quien lleva a feliz término la obra redentora del Verbo y el Espíritu como santificador.

En una de mis exhortaciones pastorales escribía yo a mis diocesanos: “Dios nos concedió también su Santo Espíritu, que perfeccionase en nosotros la obra del Verbo Divino; porque, a la manera que el sol vivifica y hace germinar la semilla depositada en la tierra, así el Espíritu santo hace que lo que había comenzado en nosotros el Hijo de Dios prospere y llegue a su perfección”.

Para mí es una traducción libre de lo que en otra parte dice el apóstol Pablo: “El Señor no sólo nos indica lo que debemos hacer, sino que inicia la acción y nos acompaña hasta llevarla a feliz término”. Por lo demás yo siempre creí que la obra se realiza en el Espíritu, por lo cual todo es gracia, como dice el mismo Apóstol.

Por otra parte el Espíritu santificador nos purifica de nuestros pecados; nos comunica la vida de la gracia, uniéndonos a Dios y haciéndonos su templo santo; nos infunde el hábito de las virtudes, y, en una palabra, nos enriquece con sus

divinos dones para que lleguemos a la perfección y santidad que el Señor exige de nosotros.

De ahí que concluyese yo diciendo que también de nosotros quiere el Señor que seamos santos, pues para ello nos dio el ser, creándonos a su imagen y semejanza; nos redimió con el precio de la sangre de su Divino Hijo; nos dio su santa ley; envió su Divino Espíritu, y en Él y por Él nos comunicó todos los auxilios y gracias que necesitábamos para que pudiésemos llegar a salvarnos como santos, que es su voluntad santísima sobre nosotros.

¡Caray, hijo, que texto tan rico y tan largo! Por lo demás es claro, o al menos así lo aprecio yo ahora, que el ser humano -como los restantes seres de la creación y cada uno de ellos a su modo, en su medio y en su medida- no hemos sido llamados tanto a ser sabios o a desempeñar altos puestos, cuanto a ser felices y a ser santos, es decir, a vivir la vida interior en el Espíritu, que es vida de gracia y de santidad.

De todos modos yo creo que la vida en el Espíritu es un rasgo básico y esencial de toda espiritualidad. Tanto es así que alguien, creo que fue Karl Rahner, se arriesga a decir que en el siglo XXI la vida religiosa o será vida espiritual y testifical o, sencillamente, no será. Ignoro si el interfecto goza del carisma profético o no, pero es muy probable que la vida religiosa discorra por dichos derroteros.

Por otra parte siempre que la vida religiosa se ha basado sobre formulaciones más o menos

felices sobre el modo de obrar no ha conseguido superar el tiempo de una moda más o menos contingente y pasajera. Por eso yo siempre tuve bien claro mi deber de exhortaros a vivir la vida del espíritu y la fidelidad a la propia vocación. Pues, gracias a Dios, conocía bien que debemos estar muy bien penetrados del Espíritu que debe animar a los hijos del Seráfico Patriarca.

¡Uy!, perdona, hijo, lo siento, pero también esta vez me he vuelto trascendente y sentencioso como un obispo, lo que, como comprenderás, no dice bien de mi estado actual ni de mis años.

Mi conversación con el Venerable Padre Luis concluyó -como concluyen siempre las noches de pesca- al amanecer de un día cualquiera, cuando las primeras luces del día iluminan ya los alcornocales de una hacienda cualquiera, y en los días felices del otoño, también de un año cualquiera.

De todos modos, de lo que sí pude darme cuenta bien es de que el Venerable Padre Luis me hablaba larga y cálidamente, sin prisas, sobre la Vida Interior o Vida del Espíritu. Como habla una persona sumamente experimentada, sencilla y espiritual.



## 10. CAMINO DE PERFECCIÓN

**V**enerable Padre Luis, he hojeado reposadamente tus numerosos escritos. Y me ha llamado agradablemente la atención la infinidad de veces que en ellos nos hablas de senda, vereda y camino. Especialmente cuando te refieres a camino de salvación, camino de penitencia y camino de perfección. ¿Cómo así, Padre Luis?

- ¡Eh, sí! Es verdad que en numerosas ocasiones hablo de camino. Pero no es menos cierto que hablo en la perspectiva de camino de la cruz, camino de la paz y camino del bien. Tienes razón, sí. Verdaderamente, a mi edad me repito ya más que chirimía de ciego o despedida de circo pobre.

La verdad es que en el ambiente de la época estaba muy presente la meditación de los dos caminos y de las dos banderas -recuerda sino lo que ya te dije sobre el combate espiritual- para invitar luego a seguir el camino real de la santa cruz que, sin solución de continuidad, empalma directamente con la subida al Monte Carmelo. Camino ascensional y difícil que conduce a la cima del monte de la perfección, como sabes.

- Pero, Venerable Padre Luis, la idea de los dos caminos y de las dos banderas, ¿no pertenece más bien a una espiritualidad de corte ignaciano? Pues es san Ignacio quien afirma que la Compañía de Jesús es *la caballería ligera del Papa*. ¿No responde a una espiritualidad de los ejercicios de san Ignacio? Vamos, creo yo. En otras palabras, ¿qué influencia ha tenido la espiritualidad de la Compañía de Jesús en nuestra propia espiritualidad amigoniana?

- Sí, es verdad que la meditación de los dos caminos y de las dos banderas responde, más bien, a una espiritualidad de corte ignaciano. Pero no es menos verdad que en siglos pasados -me refiero concretamente al siglo XIX- los padres jesuitas gozaron de un gran prestigio. Y su influencia espiritual, gracias a Dios naturalmente y en el sentido literal de la palabra, claro, nos alcanza también a nosotros. Lo mismo nos ocurre con sus devociones. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, por ejemplo.

De todos modos, y para que no saques una conclusión precipitada, sí te puedo asegurar que en mis escritos hablo con mucho mayor abundamiento (así se decía en mis tiempos jóvenes) del camino real de la cruz, de la perfección y de la salvación. Este camino ofrece unas connotaciones, como tú bien sabes, marcadamente franciscanas.

- Desde luego, Padre, desde luego. Por otra parte el camino de perfección, siguiendo el pensamiento de san Pablo, es un camino -más bien una vereda creo que dice el Apóstol- de anonada-

miento, desapropio y cruz, lo que evidentemente es muy franciscano por cierto y, sobre todo muy, muy capuchino. Pero, me pregunto y te pregunto, Padre. ¿Estos rasgos no alimentan una espiritualidad, al menos externamente, de aspecto un tanto desabrido, áspero y duro?

- No lo creo, no, a fe mía. Es cierto que la idea de la senda y del camino lleva directamente a una espiritualidad de tipo personalista, voluntarista y ascético. Y no es menos cierto que si se acentúa en demasía lo de camino de penitencia y de cruz puede poner de relieve rasgos poco amables. Pero no es menos cierto que el espíritu franciscano encierra en sí un concepto optimista del mundo y de la vida. El franciscano tiene muy claro que cada ser, tiende hacia su propia perfección y felicidad. Cada ser propende al bien. A su propio, solo y único bien. Y nunca nada, ni nadie, se lo podrán arrebatar. Pensamiento, por lo demás, que es también el pensamiento de san Pablo.

El franciscano sabe perfectamente que tiene el derecho de ser feliz y, a la vez, el deber de cooperar a la felicidad de la fraternidad. De ahí ese su talante profundamente gozoso, tolerante, libre y fraterno frente a la vida y a sus hermanos, los hombres. El franciscano sabe, sí, como san Pablo, que la vida es un combate espiritual. Armados con el cinturón de la verdad, la coraza de la justicia y el casco de la salvación, embrazando el escudo de la fe y empuñando las armas del Espíritu, dice el Apóstol. La vida del hombre sobre la tierra es milicia, mientras asciende por el camino de la cruz y de la perfección.

Por eso, siguiendo el razonar de san Pablo, a que anteriormente haces referencia, pude escribir yo que los primeros cristianos, para correr más desembarazados por el camino de la perfección y copiar en sí lo más posible a nuestro modelo Jesucristo que, despreciando las riquezas quiso nacer, vivir y morir pobremente, vendían cuanto tenían y ponían su producto a disposición de los apóstoles. De todos modos del desapropio, como primer estadio en el camino de la perfección, tendremos ocasión de hablar luego.

- Por supuesto. Así lo espero, Venerable Padre Luis. Pero, por lo que manifiestas en tus escritos y yo claramente descubro en ellos, veo que propondes a cumplir en todo, por todo y sobre todo, la voluntad de Dios. Es decir, a imitar la vida y rasgos de su Divino Hijo.

- Lo ves, y ves bien. Pues el camino de perfección no es sino una dinámica para llegar a ser santos. Esa es la voluntad de Dios y el *leif motiv* de toda mi vida religiosa y apostólica. Que por eso os repito yo, con ocasión y sin ella, como insiste el Apóstol a su buen discípulo Timoteo, que para cumplir plenamente la divina voluntad debemos aspirar a la perfección y santidad que el Señor exige de nosotros cuando nos insta a ser perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto, y a ser santos como yo, vuestro Dios, soy santo.

Indudablemente este camino de perfección es un camino de justicia humana y social, pero mucho más que de justicia humana trátase de voluntad divina. Más que esfuerzo personal

es gracia de Dios y, por supuesto, se trata más que de activismo, de amorosa contemplación de los designios divinos. Que limitarse a la justicia humana es pararse a mitad de camino, y éste - no lo podemos olvidar- es camino ascensional y de perfección cristiana.

Por otra parte en nuestra espiritualidad franciscana, en la que todo se nos comunica y transmite por contagio, paralelamente al camino de perfección discurre asimismo el camino de la amorosa imitación. Por ello no debe extrañarte el que yo escriba que Dios envía a su Unigénito quien, con su doctrina admirable, su predicación y su ejemplo, nos muestra el camino de la perfección, desconocido ya de los hombres.

- Sí, claro. O cuando dices también que para facilitarnos el camino de la salvación, ya que por nuestra viciada naturaleza tanta dificultad habíamos de encontrar en él, quiere el divino Redentor mostrársenos como guía y ejemplo durante su vida entre nosotros.

- Sí, así es. Aparte de que también os di por modelos a los santos. ¿Recuerdas cuando os escribo que el Señor, a fin de alentarnos y estimularnos en el camino de la perfección, pone delante de nosotros el ejemplo de los santos, que pudieron llegar, cooperando a la gracia, al estado sublime de la santidad?

- Claro, claro. Que es lo que ya nos dice también Tomás de Kempis: “Nos falta decisión para adelantar un poco todos los días en el camino de la perfección, y por eso nos quedamos inmóviles y

tibios. Esclavos de nuestras pasiones y de nuestros deseos, ni nos esforzamos por entrar en la senda de la perfección, que fue el camino de los santos”.

- ¿Y recuerdas cuando yo, Fray Luis Amigó, os prescribía que “para mantener el espíritu que nosotros con nuestra vocación especial hemos sido llamados a imitar, nuestras lecturas sean seráficas, seráficas nuestras devociones, seráficos los santos de nuestra devoción y seráfico también el amor a María Inmaculada nuestra Madre, Rosa fragantísima del Jardín Seráfico”?

- Por supuesto, claro que me acuerdo, replico al bondadoso Padre, mientras me dispongo a incorporarme del asiento.

Y en aquel momento solemne de la media tarde, resonando todavía en mis oídos lo de María Inmaculada nuestra Madre, Rosa fragantísima del Jardín Seráfico, quise invitar a mi buen Padre Fundador a que concluyera nuestro peripatético diálogo con alguna referencia a la Santísima Virgen, como lo hace siempre Su Santidad Juan Pablo II. Y me replica, no sin un deje de amable complacencia:

- ¡Cómo no, claro, claro!

Por lo demás -me dice mi buen Padre Fundador- ya lo he hecho en muchas otras ocasiones. Y me recuerda lo que ha escrito concretamente hace años a modo de bendición a sus hijos terciarios capuchinos, los nuevos benjamines italianos: “Los pongo a todos bajo el manto de nuestra Santísima

Madre, para que ella los guíe y conduzca por el camino de la perfección de sus almas, para que luego puedan esparcir el olor de las virtudes y atraer muchas almas al servicio del Señor, dándole con ello mucha gloria y honra a nuestra madre la Religión, en esa amada nación de Italia”.

Mientras tanto me despido de mi buen Padre Fundador y me retiro de la conversación intentando retener en mi mente y grabar en mi corazón el último pensamiento de mi buen Padre Fundador: “Que ella, la Santísima Virgen, les guíe y conduzca por el camino de la perfección de sus almas...”

¡Ah!, y aquella deliciosa tarde otoñal me retiré a mis estancias despaciosamente y recordando al salmista: “Instrúyeme, Señor, en el camino de tus mandatos. Haz que camine por la senda de tus mandamientos”.





## 11. ANSIAS DE CIELO

**L**os santos, almas escogidas por Dios, durante su vida frecuentemente manifiestan el deseo de morir para unirse con el Amado. En una palabra, repetidamente muestran sus ansias de cielo. ¿O me equivoco, mi Venerable Padre Luis?

- ¡Oh, no, no, no!, me responde amablemente. Así es, sí. De tal manera que Pablo de Tarso, hombre profundamente contemplativo en la acción, escribe a los de Filipos de Macedonia: “Para mí el vivir es Cristo, y la muerte una ganancia. Pero si mi vida puede todavía ser útil, no sé qué elegir”.

Y añade seguidamente el Apóstol: “Por un lado deseo morir para estar con Cristo, que para mí es lo mejor con mucho; pero por otro lado quisiera permanecer en la carne, lo que es más necesario para vosotros”.

- ¡Oh!, creo haber encontrado esta misma actitud de Pablo de Tarso en la vida de San Martín de Tours. ¿No, Padre Luis?

- Sí, sí, ciertamente.

- A propósito, hablando de ansias de cielo, Tomás de Celano refiere que también el Seráfico

Padre San Francisco deseaba morir para estar con Cristo. Y San Buenaventura relata que “la oración ciertamente era para este hombre contemplativo un verdadero solaz, mientras, convertido ya en conciudadano de los ángeles en las mansiones celestiales, buscaba con ardiente anhelo a su Amado, de quien únicamente le separaba el muro de la carne”.

- Seguramente quien mejor y más ardentemente manifiesta ansias de cielo es santa Teresa de Jesús, la dulce santa abulense, la gran reformadora del Carmelo. Pues ella misma escribe en cierta ocasión que “esta vida es el paso de una mala noche en una mala posada”. ¡Y mira que de esto la santa entendía un rato! Y en sus mejores momentos y de mayor misticismo escribe: “Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero / que muero porque no muero”.

¡Sólo en santos así, en Pablo de Tarso, en Francisco de Asís o en Teresa de Jesús, se permite el Señor imprimir las Llagas o "herir del corazón en el más profundo centro", es decir, la Transverberación!

- De todos modos, mi Venerable Padre Luis, tengo la impresión de que en determinados momentos de la historia, y en ciertas épocas de la vida, este deseo de salir del cuerpo mortal y estas ansias de cielo son más perceptibles. Los mismos monjes suelen percibir como algo lógico y natural sus deseos de paraíso, sus anhelos por llegar a la Nueva Jerusalén o sus ansias por gozar de la

quietud celeste del sábado eterno... ¡Que el deseo de encuentro con el amado tira mucho!

- Sí, de esto no me cabe la menor duda, hijo. Pero desde luego es preciso confesar que hoy, en nuestra civilización occidental, no se goza de esa atmósfera de espiritualidad de otros tiempos. El porqué no es fácil adivinarlo, y menos aún decirlo. Pero lo cierto es que tiene razón Ch. Dawson cuando asegura que la última de las grandes herejías del occidente cristiano ha sido el postergar la espiritualidad al progreso material. Y esto seguramente se paga. Sí, esto naturalmente tiene un precio, un gran precio, que es preciso abonar.

- A propósito, y aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid como ya dice el clásico, cuando recibes la visita del Señor bajo la forma de Viático la tarde del 24 de septiembre de 1934, también tú manifiestas, Venerable Padre, que pronto, muy pronto, acabaría todo y podrías ir al cielo. Y a lo que te responde Mons. Javier Lauzurica: “¡Oh, no, no! Que aún les es necesario a sus hijos”.

A lo cual replicas seguidamente, cual otro Pablo, Martín de Tours o Francisco de Asís: “Si aún soy necesario, no rehuyo el trabajo”.

¿Lo recuerdas, Padre Luis?

Y prosigo, sin esperar respuesta a mi pregunta retórica. Por lo demás en diversas ocasiones, mi Venerable Padre Luis, manifiestas esas ansias de cielo, especialmente en tus últimos años y en tus cartas más cordiales.

- No conviene exagerar, hijo, que no es bueno. Ni dice bien de quien se encuentra en proceso de beatificación. No olvides que los clásicos griegos, siempre tan moderados ellos, tan ponderados siempre, aconsejaban: Nunca en exceso, nunca demasiado.

De todos modos es también lógico y natural que si el hombre ha sido creado por Dios y para Dios manifieste sus deseos de unión con el Señor en forma de ansias de cielo. Vamos, es lo que a mí me parece.

- ¡Ah!, tal vez por eso escribe el gran Agustín de Hipona, Padre, a quien tú citas con tan inusitada frecuencia: “Nos hiciste, Señor, para Ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en Ti”.

- Así es, hijo, sí.

- Desde luego, desde luego. Y así lo hiciste también tú. Te recuerdo, Padre Luis, por si te has olvidado -¡hace de ello ya tanto tiempo!- que tú manifiestas: “Entremos, hijos, en el corazón de Jesús por la llaga de su costado, y en él constitu-yamos nuestra mansión para que, viviendo en Él, por Él y para Él aquí en la tierra, gocemos de su vista en el cielo”.

- Claro que lo recuerdo, ¡cómo no me voy a acordar! Y también recuerdo que escribía a mis hijos e hijas espirituales y les decía, poco más o menos, que me alegraría mucho poderles ver y conocerlos a todos personalmente pero, como por mi edad y achaques considero esto muy difícil, nos limitare-

mos unos y otros a vivir muy unidos en el espíritu reservando nuestra vista para el cielo.

De todos modos vivir unidos en espíritu y manifestar ansias de cielo puede ser fruto de la vida en el espíritu. Pero no estoy tan seguro de que esta actitud manifieste ansias de cielo sino más bien efusiones del normal amor paternal.

- Sea como fuere, la verdad es esa. Por lo demás no sé en quién leí una vez -creo que fue en don Miguel de Unamuno- que el deseo de cielo no es alienarse de la vida presente, sino un síntoma de salud espiritual. Y que su crecimiento denota normalidad y madurez humana.

- Tal vez sea así. ¡Si el gran Unamuno lo dice...! Por lo demás la madurez no es sino una tensión hacia la unidad y la síntesis.

En el hombre maduro, así también se expresaba textualmente don Miguel, todo propende a la unidad del ser, tanto individual como colectivamente. Unidad con Dios, con el hombre y con la creación. Por esto el místico es seguramente el mejor poeta y el amante más fiel.

- Perdona, Padre Luis. Pero, tal vez por esto, tus mejores conocedores han declarado, tanto en el proceso diocesano como en el proceso apostólico, que tu presencia de Dios era algo extraordinario; más aún, que vivías colgado de la mano de Dios, e incluso que vivías como endiosado o que vivías como inmerso en Dios y en una constante oración...

- Bueno, bueno, creo que no conviene exagerar, recuerda sino lo de nunca demasiado, nunca en exceso, que es una buena guía de prudentes y brida de desbocados. De todos modos sí que es cierto que la madurez humana concluye necesariamente en un deseo de cumplir en todo y por todo la voluntad de Dios, en una tensión a ser santos, en ansias de cielo y, en una palabra, en la tensión hacia la santidad, que es tensión hacia la unión con Dios con todo ser, que todo es bueno. Y esto se consigue a través de la oración de contemplación e intimidad.

- Me parece, Venerable Padre, que estás en sintonía con lo que dice el Kempis al respecto: “Esto sólo pido y esto sólo deseo: unirme totalmente a ti, desprender mi corazón de todas las cosas creadas y acostumbrarme a gustar las celestiales y eternas por medio de la sagrada comunión y la frecuente celebración de la misa”.

Y seguidamente añade: “¡Oh! ¡Señor Dios! ¿Cuándo, olvidándome por completo de mí, estaré eternamente unido a ti y como abismado en tu presencia? Tú en mí y yo en ti. Haz que podamos permanecer así unidos eternamente”.

Es, desde luego, el pensamiento que el Venerable Padre Luis frecuentemente repite en las cartas a sus hijas e hijos espirituales. Es el estribillo de sus últimos tiempos: “Mucho me alegraría -escribe a sus religiosos de Italia- de poder conocerles a todos, mis amados hijos, pero esto habremos de dejarlo para el cielo”.

Y a sus religiosas de las tierras de la lejana Colombia: “Bien quisiera yo conocer personalmente a todas mis amadas hijas, pero lo habremos de dejar para el cielo”...

¡Que así sea!, Venerable Padre Luis.





## 12. SALVACIÓN DE LAS ALMAS

**N**o está bien que yo, Fray Luis de Masamagrell, lo diga pero he de manifestar que me da el Señor, en su gran misericordia, unos padres muy católicos quienes, sin pérdida de tiempo, disponen que sea regenerado en las aguas del bautismo.

Tampoco está bien que yo lo diga, pero de tan buenos padres recibo, ya desde los primeros años, una esmerada educación tanto religiosa como literaria en Valencia.

Por otra parte tan buenos padres no pueden descuidar mi educación cristiana, y a su tiempo procuran que yo reciba los Santos Sacramentos.

Por lo demás ya desde niño me da también el Señor inclinación al sacerdocio, por lo que mis juegos son de ordinario hacer altares, decir misas y celebrar fiestas, costumbre que tengo hasta bien mayor. Y, desde entonces, empieza a despertarse en mí un gran deseo de vida más perfecta, deseando ingresar en Religión.

¡Ah!, ¿que por qué comienzo por referir estas cosas? Pues, sencillamente, porque desde los primeros momentos de mi existencia soy llevado

como de la mano de Dios hacia el claustro, hacia el altar y hacia el dador de todo bien. Es como colocarle a uno ya en el camino de la salvación, lo que siempre es muy de agradecer. ¡Gracias sean dadas eternamente al Señor por su amor de predilección para conmigo!

Y he referido esto porque ya desde los primeros años, y en los sucesivos se ve más claramente, yo estoy como propendido hacia lo divino en este triple aspecto: la gloria de Dios, la honra de la orden y la salvación de las almas.

¿Recuerdas qué dice el Padre San Francisco cuando en el Capítulo de Pentecostés de 1217 envía a sus compañeros de dos en dos, a semejanza del Maestro, para evangelizar el mundo? Pues les recoge en torno a sí y les pide:

- Id, pues, y rogad al Señor para que también me dé a conocer a mí la provincia donde yo pueda trabajar para mayor gloria suya, salvación de las almas y buen ejemplo de nuestra Religión.

Pues bien, también yo a este triple empeño dedico siempre mis mayores y mejores energías.

¡Ah!, ¿que de dónde -dices- recibo ese celo por la salvación de la almas? Seguramente, yo al menos así lo creo, es algo innato a la naturaleza humana ese su deseo de mayor perfección en todo orden de cosas. Por esto seguramente el hombre está como propendido a hacer el bien. El hombre desea su propia salvación, lo que le empuja a obrar el bien. Pues creo que difícilmente trabaja

por la salvación de los demás quien no manifiesta un gran aprecio por la salvación propia.

De todos modos la formación franciscana propende al celo por la salvación de las almas. ¿Acaso Francisco de Asís no recibe el Jubileo de la Porciúncula precisamente como premio a su celo por la salvación de las almas? ¿Qué es sino el llamado Perdón de Asís?

Y cuando alcanza del Señor la célebre indulgencia de la Porciúncula en favor de los pecadores, al pedirle la confirmación a Su Santidad y preguntar éste por cuántos años la pide, Francisco responde todo rebotante de celo:

- Santísimo Padre, yo no pido años, sino almas para Cristo.

¿Acaso Francisco, según el Papa ordena escribir sobre su tumba, no es el *varón todo católico y todo apostólico*?

Con razón los santos, pues, inflamados en el celo del amor divino -como ya te dije-, no perdonan sacrificio alguno, hasta el de su propia vida, para conseguir la salvación de las almas. ¡Cuántas penalidades, injurias, calumnias, persecuciones y tormentos no sufren los Apóstoles para implantar la religión y llevar la luz de la fe a las almas! Por eso el celo por la salvación de las almas que yo desplegué en la Montaña y en Valencia fue algo más que fervores de juventud. Pues, gracias a Dios, sabía muy bien que el Señor es el Sumo Bien, el Único Bien, el Todo Bien -como dice nues-

tro seráfico padre san Francisco-, y a su consecución hemos de enderezar todas nuestras energías.

Con esta finalidad hice yo las diversas fundaciones: Asociaciones religiosas, Órdenes Terceras, Congregaciones, Seminarios... Pues tenía muy bien asimilado, por mis lecturas de vidas de santos, que éstos han demostrado siempre tan ardiente celo por la salvación de sus prójimos, por quienes no dudaron en sacrificar gustosos sus bienes, su reposo, su salud y hasta su vida, con la seguridad de que quien salva un alma predestina la suya, como dice el Apóstol.

Sobre esta segura base se alza el espíritu capuchino, siempre tan peregrinante y tan misionero. ¡Ah! recuerdo que entre los primeros acuerdos que tomamos para echar adelante la recién nacida provincia capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo de Valencia, y a modo de colofón, el último de ellos rezaba así:

- Desea la Muy Reverenda Definición que se fomenten entre nosotros las Misiones, que han sido siempre la gracia especial de nuestra Orden y en lo que más en todos los tiempos se ha distinguido.

De ahí -no lo olvides- ese mi deseo de fundar una congregación de Misioneros, un seminario de Misiones, y ese mi afán por enviar, ya en vida, a mis hijas a las Misiones de la Guajira, en Colombia; del Bajo Orinoco, en Vanezuela; o al Kansu Oriental, la región más pobre de la China. Alguien puede llamar a esto imprudentes ímpetus de juventud. Yo más bien te puedo asegurar

que fue celo por la salvación de las almas. Que ir en 1929 a la China, como también a Filipinas o a Corea hoy, no se va así porque sí, sino por celo de la salvación de los hermanos, sabiendo bien, como yo sabía, que quien salva un alma, predestina la suya.

Que así lo asegura el Apóstol Santiago, como te dije.

Por esto, y ya casi al final de mis días, cuando escribía a mis hijas del Orfelinato de San Antonio de la Guajira -y tampoco está bien que yo lo recuerde- les decía:

- Una mirada tan sólo a nuestro divino Redentor, que por esas almas a quienes atienden Vuestras Caridades dio hasta su vida en una cruz, no sólo las alentará a sufrir sino que aún les parecerá poco lo que pueden hacer en bien de esas almas. Además que, si el que salva un alma predestina la suya, ¡Cuánto no debe consolarlas el ver tan asegurada su salvación!

Y en mi amor paternal le decía a la Madre Milagro, en un intento por ayudarle:

- Comprendo bien que habrá tenido que hacer grande sacrificio al tener que bajar de la Residencia de Sierra Nevada a la Guajira, siendo tan distintos los climas, pero en ambas partes está Dios y en su compañía siempre y en todo lugar podemos y debemos estar contentos.

Y a la madre general y a las hermanas destinadas a las misiones venezolanas de Upata les escribía en una deliciosa postal:

- Que la Santísima Virgen, Nuestra Madre de los Dolores, acompañe y dirija los pasos de la muy reverenda madre general y de las religiosas que marchan a la Misión del Caroní, para que atraigan multitud de almas a Jesucristo, vida nuestra.

Sí, también, también a mis hijos terciarios les recordaba frecuentemente su ministerio apostólico de trabajar sin descanso por la salvación de las almas. Y en momentos, para ellos y para mí difíciles, les escribía:

- Con la fidelidad a vuestra vocación daréis al Señor la gloria que de vosotros espera en la salvación de tantas almas extraviadas; honraréis a vuestra Madre, la Religión Seráfica; y aseguraréis la recompensa eterna que se os prometió en vuestra profesión religiosa.

Y a mis hijos e hijas, en el momento más solemne de la vida y ya frente a la eternidad, como es en el testamento, les dejaba escrito:

- El Señor, amados hijos e hijas, os tiene ya trazado en la Regla y Constituciones de vuestra Congregación, el camino que debéis seguir para su glorificación, salvación de muchas almas y santificación de la vuestra.

Sí, ya sé que la misma vida ciudadana española de finales del siglo XIX y primer tercio del XX, que a mí me tocó vivir, no ofrecía demasiados visos para el optimismo, por lo que las ilusiones se ponían en el Más Allá. Pero los mismos formadores capuchinos nos imprimían una ilusión misionera y una sed de almas tal que inconscientemente nos

parecía natural el deseo de aquel santo: *da mihi animas, Domine; coetera tolle (dame almas, Señor; quítame lo demás)*.

Y también es verdad que mi época tenía un corte más espiritualista; la vuestra, más social. Pero también lo es -y no me lo negarás- que nuestras ansias de salvación propia, mediante la salvación de las almas de los demás, pudo aflorar al exterior porque en los años de formación se nos infundió una mística y una espiritualidad muy dadas a la propia salvación mediante un servicio misionero de evangelización.

¡Ah!, se me olvidaba, pero en dicha carta testamento, que es la síntesis más fiel de mi última voluntad, en que las ideas fluyen de la mente y del corazón y no ha lugar a posibles veleidades, yo animaba a mis hijas e hijos espirituales con estas palabras:

- Y no temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida; ni os arredren los zarzales y emboscadas con que tratará de envolveros el enemigo, pues podéis estar seguros de que, si lográis salvar un alma, con ello predetermináis la vuestra.

Por lo demás la salvación del alma es el único negocio -así lo certificaban mis formadores-, el que da contenido a la propia vocación, el que da densidad al ministerio específico y, en una palabra, el que más nos asemeja a Cristo Buen Pastor y el único que puede explicar el arriesgar la vida, hasta el martirio, si preciso fuere.

¡Ah!, también Su Santidad Juan Pablo II ha organizado el jubileo del año 2.000 en torno a la nueva evangelización. ¿Y qué significa la nueva evangelización, sino un afán misionero por la salvación total de la humanidad y del mismo cosmos en que ésta se realiza?

Pero, hijo mío, no deseo volverme trascendente en los últimos momentos -lo que me resultaría demasiado fácil- y menos aún luego de haber dado años ha el paso hacia el descanso del sábado eterno.



### **13. VENERACIÓN, REVERENCIA Y SUMISIÓN**

**E**s verdad que el Señor en su gran misericordia me da a mí, Fray Luis de Masamagrell, unos padres muy buenos y muy católicos, como te he dicho. De ellos recibo desde los primeros años una esmerada educación religiosa y literaria en Valencia. ¡Gracias sean dadas por todo al Señor!

Pero he de confesar que no es menor su divina providencia cuando, huérfano yo, abatido y en la más espantosa soledad, en su gran bondad me orienta hacia el puerto de la Religión dándome por intercesor y padre al Serafín de Asís, a quien estaré eternamente agradecido.

Por eso, y como prueba de mi filial afecto y gratitud hacia él, ya desde los primeros años me doy al estudio y profesión de su vida y de la vida de los primeros hermanos. ¡Con qué entusiasmo de principiante, y con qué fervor de novicio, me doy a estudiar la vida y ocupación de los primeros franciscanos!... Me deleita leer sus Capítulos de las Esteras en la Campa de Asís, alrededor de la iglesita de la Porciúncula; sus rutas a Las Cabañas de Rivo Torto; sus travesías desde Spello, por las

crestas del benedictino Monte Subasio, hasta recalar en el Eremitorio de Las Cárceles; sus caminatas a los santuarios franciscanos del Valle de Rieti, o su peregrinación a Roma para pedir al Papa la aprobación de su *Regla y Vida...*

Y a propósito de esta romería -y nunca mejor dicho- yo, Fray Luis de Masamagrell, me quedaba entusiasmado ante esa noble actitud del Seráfico Padre y de los doce primeros hermanos, actitud a un tiempo festiva y peregrinante, despaciosa y gozosa; y esa su veneración, reverencia y sumisión al señor Papa y a los presbíteros; y ese su retorno al valle de Asís. Se hospedan en las cabañas de Rivo Torto, como en su propia casa, durante meses.

¡Ah!, pero un buen día cierto labriego, dueño de aquellas cabañas, azuza y jalea a su pollino a que se abra paso entre los frailes y se acomode en su natural habitáculo. Francisco y los primeros hermanos levantan el vuelo hacia Nuestra Señora de los Ángeles de Asís. Que aquel labriego -un Sancho cualquiera con el gracejo y buen sentido de las gentes de la Umbría- tiene esta feliz idea en el intento de recuperar las pertenencias para sí y para su jumento.

Yo, la verdad, gozaba con estas *floreillas franciscanas*, y de ellas intentaba extraer y asimilar ese espíritu religioso hecho de humilde simplicidad, sumisión y reverencia, y que yo quise plasmar en las Constituciones de mis hijas e hijos espirituales. Pues yo siempre quise que mis hijos -a ejemplo y semejanza de los del Serafín de Asís-

siguiesen la pobreza y humildad de Nuestro Señor Jesucristo, que entre todos no hubiese clases, sino fraternidad. ¡Ah!, y que ninguno aspirase a ser mayor, sino que todos ellos fuesen menores, sencillos, apacibles, modestos, humildes y fraternos. Que así debería ser -pensaba yo- que el ministro sea el servidor de los hermanos y que quien manda sea como el que sirve. Que hasta el evangelio lo dice y el Seráfico Padre San Francisco lo ratifica.

Pues bien, el espíritu propio por lo que a este punto se refiere -así lo creo yo- ha de ser heredero de esa noble tradición franciscano capuchina de una espiritualidad característica y peculiar de hermanos menores y, por lo mismo, de veneración, respeto y sumisión al señor Papa y a los ministros de la Iglesia, los sacerdotes; a sus hermanos en religión y a los hombres todos. Incluso de respeto y veneración a la creación entera, pues que se rige por las leyes de que amorosamente le dotó el Señor.

Y es que, gracias a Dios, sé muy bien que nuestro espíritu propio, partiendo de que Dios es amor y por amor se encarnó en el Jesús de Belén de Judá y en el Cristo del Calvario, constituye una espiritualidad que se manifiesta con unas connotaciones franciscanas de confianza en la providencia divina, de estilo mortificado y sencillo, pobre y austero, propia del hijo que reposa en el regazo de la madre, y por lo mismo de veneración, reverencia y sumisión a la Iglesia de Dios.

Este espíritu crea actitudes de humildad ante todo ser, al que considera bueno por naturaleza, así como también actitudes de servicio y de hospitalidad, de desapropio y de sumisión, y, ante la creación, de respeto y contemplación.

Pero, ¿de dónde -te preguntarás- proviene ese estilo de vida, ese aire de familia, ese matiz espiritual del terciario capuchino?

Cuando Francisco de Asís obtiene de Inocencio III la aprobación de la Regla -como tú bien sabes- el Seráfico Padre da gracias a Dios y, a continuación, puesto de rodillas, con gran humildad y devoción promete al señor Papa obediencia y espeto. Los otros hermanos prometen obediencia y reverencia al bienaventurado Francisco, como lo había mandado el Papa. Y todos, Francisco y los hermanos, reciben la bendición del Sumo Pontífice.

El piadoso Celano -y creo que está bien que él lo diga- afirma que Francisco, en efecto, se había ligado al cardenal Hugolino, obispo de Ostia, como un hijo con el padre, más aún, como el hijo único con la madre, durmiendo y reposando seguro en el seno de su clemencia. Tanto -refiere Celano- que se puede decir en verdad que el cardenal cumplía su oficio de pastor de la nueva fraternidad.

Esta actitud reverente, piadosa y confiada y, por supuesto, plenamente franciscana (permíteme que sea yo quien ahora lo diga) la quise recoger en las diversas constituciones de mis dos congregaciones religiosas.

- Deben todas las religiosas, así legislé, mirar con suma veneración y respeto y prestar una obediencia sin límites a la madre general, como a representante de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, y acudir a ella en todas sus necesidades con la confianza con que acuden los hijos a su madre.

Y en similares o parecidos términos lo hice escribir en las constituciones de mis religiosos:

- Todos los religiosos tendrán suma veneración y respeto a sus superiores como a vicarios y representantes de Nuestro Padre San Francisco, y acudirán a ellos en todas sus necesidades con la confianza con que acude un hijo a su padre.

Desgraciadamente no siempre ha sucedido así, si bien no es defecto de precisión legislativa, sino más bien de incumplimiento de la misma.

Por lo demás este talante es el que manifiestan los Hermanos Menores de Asís en los albores de su vocación religiosa. Pues Francisco cree que es un sacrosanto deber suyo observar, venerar y seguir en todo y sobre todo las enseñanzas de la santa Iglesia romana, sólo en la cual se encuentra la salvación, venera a los sacerdotes y profesa un grandísimo amor a toda la jerarquía eclesiástica.

Y los hermanos cuando se desplazan por la llanura de Asís, por las montañas de la Umbría, o por la provincia de Francia, doquiera encuentran un sacerdote, fuese éste rico o pobre, digno o indigno, se inclinan y lo saludan reverentemente,

como les ha enseñado el bienaventurado hermano Francisco.

Esta actitud reverente y piadosa, perdona que lo repita una vez más, es la que yo, Fray Luis de Masamagrell, quise transmitir en el siguiente pensamiento a mis diocesanos de Solsona al comienzo de mi pontificado:

- Debéis profesar, amados hijos, suma veneración y afecto a los prelados que en cualquier tiempo os rijan y gobiernen, haciendo abstracción de sus cualidades personales, pues es Dios quien los envía.

¿Y mi veneración y reverencia a los sacerdotes? Seguramente no está bien que yo lo diga pero, gracias a Dios, conocía muy bien la actitud que tuvo mi Seráfico Padre San Francisco respecto a los sacerdotes, a quienes gustaba llamar *sus señores*. Tanto que hubiera saludado antes, según él decía, a un sacerdote que a un santo. Pues decía frecuentemente:

- Si me sucediere encontrarme al mismo tiempo con algún santo que viene del cielo y con un sacerdote pobrecillo, me adelantaría a presentar mis respetos al presbítero y correría a besarle las manos, y le diría: ¡Oye, san Lorenzo, espera!, porque las manos de éste tocan al Verbo de la vida y poseen algo que está por encima de lo humano.

Yo, por mi parte, puedo decirte que a cuantos he ordenado de presbíteros, reverentemente y de rodillas, besé sus manos unguidas. Y de los primeros hermanos de nuestra Congregación puedo

asegurar que se ponían en manos del sacerdote superior como niños en las manos de Dios y le manifestaban reverencia y veneración en el trato que de palabra y de obra le tributaban.

De san Antonio Abad dice san Atanasio que era tal su veneración al estado sacerdotal que, en viendo un sacerdote, se hincaba de rodillas y no se levantaba hasta besar su mano y pedir su bendición. Esta actitud la pude observar con gusto en los primeros hermanos cuando un presbítero se despedía de la comunidad y partía camino de las Misiones o de una nueva fraternidad.

Por lo demás, como mi seráfico padre San Francisco, también yo siempre profesé veneración, reverencia y sumisión al señor Papa, a sus prelados y a los sacerdotes. Ante Su Santidad Pío X protesté veneración, respeto, obediencia y sumisión a la cátedra de Pedro. Y así lo deseé siempre en mis hijos espirituales, lo que viene constituyendo, creo yo, un rasgo característico y peculiar de nuestra espiritualidad de hermanos menores dentro de la gran familia franciscana.





## 14. EUCARISTÍA, LITURGIA Y PALABRA

**E**n diversas ocasiones, mi Venerable Padre Luis, hemos dialogado ampliamente sobre nuestra propia espiritualidad. Y en alguna de ellas te has largado tú solo como en un eterno soliloquio didáctico. Permite que en la presente sea yo quien, solo ante el peligro, me eche a la mar, me engolfe en el tema y lo desarrolle a mi modo. Para ello, como el clásico, *pido la paz y la palabra*, dimensiones ambas que poseen unas connotaciones tan netamente franciscanas, y que discurren hasta nuestro propio espíritu.

Refiriéndose a la primitiva fraternidad franciscana escribe Tomás, el de Celano, que los hermanos eran disciplinados en todo su proceder, pues no había en ellos envidia alguna, ni malicia, ni rencor, ni murmuración, ni sospecha, ni amargura; entre ellos reinaba una gran concordia y paz continua; y su ocupación era la acción de gracias y los cantos de alabanza.

Vamos, algo así como la idílica existencia que lleva la primitiva fraternidad apostólica. Pues también en aquella los hermanos son bien vistos, tienen un solo corazón y una sola alma, poseen todo

en común, cada día acuden al templo y tienen en las casas la celebración de la Eucaristía y las oraciones litúrgicas. Y cada día el Señor va incorporando a los que han de ser salvados.

Por otra parte nuestra santa *Regla y Vida*, joya de la más auténtica espiritualidad franciscana, nos manda que tributemos toda la reverencia y todo el amor posibles al santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, y a sus santísimos nombres y palabras escritas. Es decir, eucaristía y liturgia; palabra, signo y sacramento; y realizando todo con espíritu piadoso y devoto, contemplativo y festivo, celebrando los sagrados misterios con verdadera unción y devoción como conviene al servicio del Señor Dios.

Pero, ¿qué te voy a contar, mi Venerable Padre Luis, que tú no sepas, si tus mejores conocedores (perdona que te lo recuerde y quede esto entre nosotros) alaban la unción con que tú mismo celebras y veneras el misterio eucarístico, y la piedad y devoción que manifiestas en las funciones litúrgicas?

Verle celebrar la Eucaristía, asegura la Madre Angélica de Almoines, era la mejor meditación que podíamos hacer.

Sea como fuere, mi Venerable Padre Fundador, lo cierto es que nuestra humilde Congregación, rama de la orden franciscana, y por añadidura capuchina, y con profundas connotaciones de las órdenes terceras, de todo este filón que arranca de los Penitentes de Asís, hemos recibido ese espíritu propio. Un espíritu tan abundante en manifes-

taciones de reverencia y veneración a la casa del Señor, al sacratísimo cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, de gozosas manifestaciones litúrgicas y de reverencia a los santos nombres y palabras escritas del Señor que consagran su cuerpo.

Es verdad que en ti, Venerable Padre Luis, no he encontrado esas efusiones del espíritu, como eclosiones de amor, que incitaban al Seráfico Padre a escribir a los hermanos custodios:

- Os ruego supliquéis humildemente a los clérigos a que veneren, por encima de todo, el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo y los santos nombres y palabras escritas del Señor que consagran su cuerpo.

Es verdad, sí; pero no lo esmenos que tú, a los diocesanos de Solsona, la ciudad más pirenaica del Principado, les escribes:

- Para que no decaiga nuestro espíritu de fervor... nada más propio que la devoción a la Sagrada Eucaristía, fuente de amor y de gracia, y a la Virgen Santísima, acueducto de esta misma divina gracia.

Por lo demás las funciones litúrgicas de los primeros hermanos en el conventito alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrente, y a las que acudías gozoso y gozabas asistiendo, eran fiestas religiosas, con sermón de canónigo y mote-tes sacros, con mucho incienso y abundancia de revestidos. Tardes de domingos interminables, pero eternamente bellas y populares. Fiestas de

franciscana sencillez donde la tarde se hacía oración, incienso y luz en una iglesia esplendorosa de severa línea clásica, en exaltación del Cuerpo del Señor, de la Paz y la Palabra.

¡Ah!, por ello sabemos, Venerable Padre Luis, que, por tu espíritu piadoso y rezador, mostraste siempre una especial predilección por las fiestas del convento de Nuestra Señora de Monte Sión... y por el noble y abierto espíritu de los buenos torrentinos.

Excúsame, mi Venerable Padre Luis, este arrebatado lírico del que participa la primitiva fraternidad del conventito alcantarino de Torrente, pero no podía por menos de expresar lo que en sus comienzos es el fuego que caldea los espíritus de los primeros hermanos, en torno a la Madre, como en la primitiva fraternidad franciscana en torno a Nuestra Señora de los Ángeles de la Porciúncula, en Asís.

Por otra parte en los célebres capítulos, llamados de *Las Esteras*, que anualmente celebran los hermanos franciscanos en la Campa de Asís, el Seráfico Padre les exhorta muy especialmente a que veneren los ministerios y ordenanzas eclesiásticas; a que oigan misa y contemplen el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo con atención y devoción; a que reverencien a los sacerdotes que administran este venerable y augusto sacramento, y a que dondequiera los encontraren, inclinada la cabeza ante ellos, les besen la mano.

Así mismo, con pequeños matices y en diversas ocasiones, aconsejas tú, Venerable Padre Luis, a tus hijos:

- No desoigamos a Jesús, les escribes, que desde el sagrario nos llama. Entremos en su corazón por la llaga de su costado, y en él construamos nuestra mansión para que, viviendo en Él, por Él y para Él aquí en la tierra, gocemos de su vista en el cielo.

Y también:

- Deben procurar los Religiosos no se les pase día alguno sin asistir a la Santa Misa y oírla con la mayor devoción posible, para penetrarse bien de aquel espíritu de inmolación y sacrificio que nos haga semejantes a Jesucristo Crucificado, que es el fundamento de la vida religiosa.

¡Ah!, manifestación de tu devoción a los sacerdotes (recuerda lo que me dijiste en el capitulito anterior) es lo que escribes a tus amados solsonenses:

- Respetad y venerad, amados hijos, a los ministros del Señor y consiguientemente debéis tributarles sumisión y obediencia filial.

Por lo demás hasta tal punto llevas tú la devoción a la Sagrada Eucaristía, Liturgia y Palabra, que hasta la haces presente en el método pedagógico, pues los sacerdotes debían dedicarse a los reformandos, y éstos tienen la Eucaristía como primer medio de moralización.

Cuando visitas la Escuela de Reforma de Santa Rita les dejas una deliciosa ordenación que dice así:

- Tanto por la mayor gloria de Dios como por el bien espiritual que reportará a las almas, deseáramos que en nuestras casas de corrección se estableciera la vela diaria a Jesús sacramentado.

¡Ah!, y en la división de los niños corrigendos en tras clases, siguiendo la pedagogía amigonia de la época, ordenas que se les distribuya en Catecúmenos, Perseverantes y Adoradores, designándose con este nombre a los niños cuya conducta ejemplar pudiera servir de norma y modelo a los demás, llevando como distintivo en el pecho una pequeña efigie del Sacramento con lazo encarnado.

La verdad, es posible que la pedagogía moderna no encuentre demasiados puntos pedagógicos en la exposición de Su Divina Majestad dentro de un programa de la reforma de la juventud extraviada. Pero, sin embargo, en un programa pedagógico de formación, mediante la emulación, es probable que el ejemplo y el modelo tengan bastante que decir.

Por otra parte también te interesas que entre tus religiosos se pague al Señor el tributo de la liturgia con esa unción y devoción con que se practica en los mejores monasterios. Pues ordenas a los superiores del conventito alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrente, que el Oficio Divino se rece con la mayor gravedad posible y sin precipitación, con uniformidad de voces,

haciendo la debida pausa en el asterisco y, como entonces decían las constituciones capuchinas, sin colas ni falsetes.

Y por segunda vez ordenas:

- Que, pues es un oficio todo angélico el de cantar las divinas alabanzas, procure el superior con toda solicitud se pague al Señor este tributo con la mayor devoción, atención, gravedad y uniformidad de voces.

Y, asimismo te preocupas de que la Palabra de Dios se proclame con la entonación y seguridad que exigen las funciones litúrgicas.

- Por lo que se refiere a la proclamación de la palabra divina, los hermanos procurarán, les ordenabas, como encargaba y practicaba, a pesar de su sabiduría, el seráfico doctor San Buenaventura, repasar antes lo que han de leer en público, para que, con injuria de las cosas divinas, como dicen también las constituciones capuchinas, no turben a los oyentes ni provoquen contra sí a los ángeles santos que están presentes en las divinas alabanzas.

Eucaristía, Liturgia, Palabra...Tres pilares para resolear el espíritu propio. Como la primitiva comunidad apostólica, como los primeros hermanos de Asís, así también los primeros terciarios capuchinos viven en una gran concordia y paz continuas; y la acción de gracias y cantos de alabanzas son su principal ocupación.





## 15. AUTORIDAD ECLESIAL

**M**i venerado Padre Luis, hace ya algunas fechas me hablaste con verdadero entusiasmo de esa actitud peregrinante y festiva del Seráfico Padre San Francisco y de sus primeros compañeros camino de Roma. Van en romería a recabar del Papa, me decías, la aprobación de la *Regla y Vida* de la nueva fraternidad. Y, la verdad, me hablaste con el fervor de un novicio de esa su veneración, reverencia y sumisión al señor papa y a los sacerdotes. Pero me queda una duda, Padre. ¿Su humilde rendimiento a la suma autoridad de la Iglesia significa aceptación plena de dicha autoridad eclesial?

- Desde luego lo cortés no quita lo valiente, responde mi buen Padre Luis; que ambas virtudes cultivó en grado sumo el Seráfico Padre. Y venerar la autoridad eclesial no significa ceder de los propios ideales evangélicos. Es verdad que Francisco de Asís profesa una profunda devoción al señor Papa. Pero también es verdad que nunca renuncia a sus ideales de perfección. Eso sí, si el señor Papa le expulsa de casa por la puerta, él humildemente vuelve con los hermanos por la ventana. Que así se lo hace saber el Seráfico Padre.

- ¿En esta clave, pues, se pueden explicar las palabras de su testamento?

- Sí, ciertamente, pues todo testamento recoge las últimas voluntades del testador. Y Francisco, en su testamento, fija su última voluntad. El Seráfico Padre, dentro siempre de una profunda veneración y respeto a la autoridad del Papa, asegura que el Señor le enseña el camino y le da compañeros que viven en la pobreza y humildad de los hermanos menores, que trabajan con sus manos y que, cuando no se les paga el salario, acuden confiadamente a la mesa del Señor pidiendo limosna de puerta en puerta.

- ¡Ah!, ¿y tal vez por esto el Seráfico Padre prohíbe a los hermanos que se atrevan a recabar de la Curia Romana, por sí o por intermediario, privilegio alguno?

- Ciertamente. Pues el Seráfico Padre sabe muy bien que el verdadero peligro que acecha sus primeros ideales evangélicos proviene del deseo de algunos hermanos de obtener privilegios de Roma, de la tentación por hacer más científica y eclesiástica la Orden, y de los deseos de organización y grandeza de la misma promovidos por quienes se convertirán con el tiempo en sus generales y reformadores.

- ¡Ay!, perdona, Venerable Padre Luis, pero me parece barruntar que mucho de lo mismo ha ocurrido también en los comienzos de nuestra humilde Congregación. Por una parte está esa tu franciscana veneración al señor Papa junto con el deseo de vivir el espíritu de libertad en una reli-

gión de simples y humildes. Y, por otra, está esa tentación de la autoridad eclesial por ahogar la autonomía e independencia de la misma, mediante las reformas que de Roma te piden.

- Efectivamente, sí, claro. Y es que cada uno desea que la propia obra se asemeje lo más ajustadamente posible al ideal soñado en los primeros fervores de juventud. Y, por otra, Roma, en el ejercicio de su autoridad eclesial, frecuentemente intenta que éstas se parezcan unas a otras y no desentonen demasiado. Que toda autoridad, de ordinario, suele ser más proclive a dictar leyes que no a defender carismas.

Por esto, con ocasión de las Normas de 28 de junio de 1901, Roma pretende que nuestro amado Instituto, más que una congregación de hermanos menores que viven en la humildad y pobreza del Hijo de Dios, sea una congregación clerical, organizada con espíritu científico y eclesiástico y más conforme a la prudencia y razones humanas.

Por eso en el testamento espiritual también yo quise dejar bien claro mi último pensamiento y voluntad. Que por eso os escribí: “A vuestros superiores y superioras debéis mirar con suma veneración y acatar con docilidad sus disposiciones; sin distingos ni reparos en su edad, ciencia, carácter, etc., pues ellos tienen en su favor la asistencia de Dios para el acierto en sus disposiciones. Y en prestigio de su autoridad endereza el Señor muchas veces lo que a todas luces parecerían desaciertos”.

- Mi venerable Padre Luis, le digo, me parece a mí que la autoridad eclesial, con la mejor buena voluntad de cooperar al afianzamiento de los institutos religiosos, en demasiadas ocasiones contribuye al atropello de los ideales evangélicos y a desvirtuar los más primitivos ideales apostólicos de los mismos fundadores, ¿no?

- Yo no diría tanto, no. Pero sí es verdad, y siempre con la mejor de las intenciones, que la autoridad eclesial parece ignorar que a nuestra humilde Congregación, rama de la orden franciscana y por añadidura capuchina, la quise yo fundar sobre la sólida base de una fraternidad de hermanos menores que viven la pobreza y humildad de los Hijos de Dios.

- A pesar de todo, Venerable Padre Luis, tú siempre profesas suma veneración y respeto a la autoridad eclesial, y no le regateas elogios...

- Gracias a Dios conozco bien el pensamiento e ideales franciscanos. Que por eso os escribo: "Los hermanos estén obligados a tener siempre a uno como ministro y siervo de la fraternidad y a él estén obligados firmemente a obedecer en todas las cosas que prometieron al Señor guardar".

- De todos modos tengo la impresión, Padre, que cuando Roma trata de meter en cintura a nuestro instituto, a raíz de las Normas de 1901, al trasformarle en congregación clerical, perdimos buena parte de la sencillez, pobreza y humildad franciscanas. Y, con la reducción de la primitiva finalidad a escuelas de reforma y establecimientos similares, nos dieron amos. Y los hermanos

pierden la libertad y espontaneidad de los hijos de Dios, ¿no crees?

- Sí, es posible. *Mos han ficat en amo*, que escribe uno de mis hijos más ilustres. De todos modos yo, aún manifestando mi veneración y reverencia a la autoridad papal, en diversas ocasiones protesto, y protesto fuertemente, como tú muy bien sabes. De todos modos entonces hube de resignarme a cuanto de Roma se me imponía y a manifestar a los hermanos, que no deseaban abandonar el primitivo espíritu e ideales evangélicos y se oponían al cambio, que: “No es a Vuestro Padre Fundador y a los Superiores Generales a quienes con esta actitud hostil ofendéis y agraváis, sino más bien a la Santa Sede, de quien emanan estas disposiciones y acuerdos y de la que los Institutos religiosos reciben su ser y su existencia”.

- Perdona, Padre Luis, pero ya conoces que soy un confiado hijo y un pobre diablo. Con la confianza del primero, pues, y la audacia del segundo me atrevo a preguntarte: ¿Ésta tu pronta y devota obediencia a la autoridad eclesial responde a franciscana reverencia y sumisión o a que sabes que la Iglesia no acostumbra a conocer más que fieles o rebeldes, como en cierta ocasión aseguraba alguien?

- Desde luego si el famoso aforismo de que el fin justifica los medios es criminal cuando se examina la propia conducta, es de elemental prudencia cuando se juzga la conducta de los demás, por lo que estoy seguro de que dicha intervención ecle-

sial hubo de responder únicamente, me parece a mí, vamos, a interés de la Iglesia.

- De todos modos creo que la veneración y rendida sumisión de tu parte no la tributas sólo a la autoridad eclesial, sino también a toda autoridad constituida. Vamos, me parece a mí.

- Sí, seguro. En este punto me confieso seguidor fiel de San Pedro por mi formación, por mi temperamento y hasta por esa mi franciscana reverencia a Roma. Y es que, como sabes, yo siempre profesé respeto a todo orden constituido. No sé si fue ya de mi buen padre de quien aprendí que la esencia de la belleza es el esplendor del orden, por lo que siempre profesé franciscana devoción a la autoridad, a la ley, al orden, a la disciplina y a la belleza.

- Por eso escribes...

- Sí, por eso escribo que es la Autoridad nervio de toda disciplina, sal preservante de toda corrupción, *quid divinum*, y por lo mismo santo, intangible, adorable, cuya presencia y respeto es la vida, cuya ausencia, olvido o demolición es la muerte.

- Desde luego nunca te había escuchado hacer, Padre Luis, un elogio tan encendido, y hasta tan poética belleza, de la autoridad. Algo que, por lo demás, parece que hoy ya no se lleva.

- Tienes razón en ambas afirmaciones, sí. Es poético el elogio por cuanto la frase debe ser de uno de los santos padres, posiblemente de San Agustín. Y en cuanto a lo de que ya no se lleva seguramente es porque hoy la autoridad se va

diluyendo en el grupo y no es tan evidente su ejercicio.

- Perdona, Padre Luis, pero permite que te pregunte: ¿el concepto franciscano de sumisión y aceptación de la autoridad eclesial es también parte integral de nuestro espíritu propio?

- Sin duda, sí. Ciertamente que, si no lo integra, debiera integrarlo por cuanto ese respeto y veneración a la autoridad eclesial, a los sacerdotes, a los ministros y superiores y a toda autoridad constituida, incluida la civil, creo modestamente que es una constante de mi persona y nada hay tan justo y puesto en razón como que un hijo reproduzca en sí mismo la imagen y virtudes de su Padre, según dice vuestra *Regla y Vida*.

Por esto yo siempre os he recomendado sumisión y obediencia filial a toda autoridad constituida.

- Gracias, Venerable Padre Luis. ¡Muchas gracias!

Y, como en tantas y tantas otras peripatéticas conversaciones, también de ésta me retiro rumiando las últimas palabras de mi buen Padre Fundador. Esta vez sobre la autoridad eclesial.





## 16. SEÑORA NUESTRA

**F**recuentemente he oído decir que nuestra espiritualidad es cristocéntrica, mariana y corredentora. Y, ciertamente, creo que no es decir demasiado por cuanto ¿qué espiritualidad hay hoy en los diversos institutos religiosos que no sea cristocéntrica, mariana y misericordiosa o corredentora? Yo, al menos, no conozco espiritualidad alguna que en mayor o menor medida no se vea adornada de tales rasgos o caracteres.

Asimismo -y refiriéndome única y exclusivamente a la vertiente mariológica- tampoco conozco fundador alguno que no haya profesado un tierno amor a la Madre del Señor. ¡Ah!, eso sí, frecuentemente ha centrado este amor en una devoción bien precisa, o lo ha desarrollado en torno a un santuario mariano concreto y, amorosamente, ha tratado también de transmitir e inculcar este amor a sus hijos espirituales.

De ahí que la característica de la espiritualidad amigoniana haya que situarla, mucho más que en dichas vertientes o caracteres, creo yo, en el peculiar modo de vivirla y transmitirla. Esto es lo que constituye ese no sé qué, que forma como el

aire de familia propio de nuestro Instituto. Por ello creo que la peculiar devoción de la familia amigoniana a la Virgen, Nuestra Señora, nos viene a través de ese filón mariológico de ya casi veinte siglos de existencia.

- Has dicho casi veinte siglos, y has dicho bien, me interrumpe mi Venerable Padre Luis, pues la devoción a la Virgen Nuestra Señora proviene sin duda de los más remotos tiempos apostólicos.

- Además, Venerable Padre Luis, yo creo que nace ya con esos precisos caracteres del amor maternal, doliente y misericordioso, a raíz misma de la muerte del Hijo de Dios. Nace en ese retorno sereno y doloroso de la Virgen de la Soledad que, en la mañana del sábado santo, a las primeras luces del alba, desciende del cerrillo del Calvario a la ciudad de Jerusalén llevando consigo los signos de la pasión. Es la imagen de la Virgen de los Dolores o de la Soledad, la Madre del Crucificado y Mártir del Calvario.

- Es posible, y se comprende, que la devoción a la Madre del Señor haya brotado en el pecho de sus hijos en momentos de especial dificultad y con esos caracteres de la Madre del Mártir del Calvario. Sí, es muy posible.

- No sé si también sabes, Padre, que cuando la piedad cristiana se llega a poder expresar libremente, y levanta las primeras iglesias a la Madre del Salvador, lo hace bajo el signo de esa precisa advocación. De tal manera que la basílica de Nuestra Señora de las Nieves, en la colina romana

del Esquilino, inicialmente se dedica a María bajo la advocación de Reina de los Mártires.

- Y asimismo, no lo olvides tampoco, cuando se consagra el Coliseo se hace juntamente a María y a los primeros mártires cristianos. De ahí la advocación de Sancta Maria ad Martyres con que se la conoce hasta el día de hoy. Y asimismo cuando se consagra el Pantheon romano se dedica a María Reina de los Mártires.

- Así a primera vista me da la impresión, Venerable Padre Luis, que los templos marianos brotan luego de la persecución, como brotan los hongos a centenares al primer sol de marzo, luego de los últimos fríos del invierno.

- Sí, así es en muchas ocasiones. Los santuarios marianos van brotando al compás del avance de las tropas y al calor de la devoción popular. Yo estoy convencido de que así han nacido a centenares tantas y tantas advocaciones marianas como tapizan hoy la geografía de nuestra vieja Europa y más concretamente de nuestra España.

- Precisamente casi a los comienzos, en los albores del siglo IX, tenemos esas deliciosas iglesitas del arte asturiano, de Santa María del Naranco, dedicada a María. Luego, ya en el siglo XII, tenemos las grandes manifestaciones del románico, estilo sobrio y monacal, con sus virgencitas de dimensiones reducidas, coronadas, en el trono y con el cetro en la mano. Y los monjes que, al final de cada jornada, cantan los loores a la Virgen del Monasterio, cuyos Milagros de Nuestra Señora

compone en su celda Gonzalo de Berceo en los albores de la lengua castellana.

- Y en el siguiente siglo XIII florecen las catedrales góticas, que son todo un canto a la Señora. A ella están consagradas una gran mayoría. Y la devoción de las Órdenes Mendicantes. Francisco de Asís, con su devoción a Nuestra Señora de la Porciúncula. Santo Domingo con su fervor a la Virgen del Rosario. Los Siete Santos Florentinos con su veneración a los Dolores de María en Monte Senario, en la Toscana. Y poco antes los Carmelitas, con su devoción a la Virgen del Carmen, en el Santuario de Stella Maris, en el promontorio del Carmelo galileo frente al mar.

- ¡Qué arranque de lirismo mariano el tuyo, Padre Luis! ¡Ahí es nada! Seguramente que nuestro espíritu amigoniano es deudor, en su vertiente mariológica, a esa profunda tradición mariana que rezuma desde hace ya casi veinte siglos. Eso sí, esmaltada de esos tintes devocionales, característicos de los Hermanos Menores y especialmente Capuchinos, de quienes procedemos y de cuyo espíritu participamos y vivimos, ¿no, Padre Luis?

- Así es, sí, efectivamente. Pues el Seráfico Padre durante toda su vida profesa un profundo amor a Nuestra Señora de los Ángeles. Tanto es así que da comienzo a su etapa penitencial restaurando la iglesita de La Porciúncula. En ella hace la fundación de la Orden de Hermanos Menores. Y, en los umbrales de la iglesia, concluye sus días terrenales camino del sábado eterno. ¡Ah!, y al menos una vez anualmente, recoge a sus frailes

bajo el manto de la Señora para vivir unos días de fraternidad y para tratar de cumplir mejor la *Regla y Vida* en lo que mira al fiel seguimiento del Señor.

Tratando, pues, de perfilar aún más estos caracteres mariológicos, pregunto al Venerable Padre Luis: ¿Por qué nuestra *Regla y Vida* nos ordena que pongamos los ojos, ante todo, en el ejemplo de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios y Señor Nuestro Jesucristo, siguiendo el mandato de San Francisco, que profesó una grandísima veneración a Santa María, Señora y Reina, virgen hecha iglesia?

- Seguramente te ha impresionado el texto y lo preguntas por lo de Señora y Reina, virgen hecha iglesia. ¿No?

- Efectivamente. Así es, sí.

- Mira, me contesta mi Venerable Padre Luis, el Seráfico Padre San Francisco vive a caballo de los siglos XII y XIII. Y seguramente une la devoción a María Señora y Reina, procedente de las Órdenes Monásticas del siglo XII, con la virgen hecha iglesia del gótico del siglo XIII. Que la inmensa mayoría de las catedrales, filigranas en piedra, están dedicadas a Nuestra Señora, no lo olvides.

Por otra parte en ocasiones anteriores hemos conversado lenta y despaciosamente de la veneración franciscana a la Eucaristía, a la Liturgia y a la Palabra del Señor. Como consecuencia lógica y natural de ahí proviene también, creo yo, esa devoción a las iglesias, en que habita el Señor, a

los sacerdotes que nos lo transmiten mediante sus palabras, y a María, la Madre de Dios, virgen hecha iglesia, que nos da a Cristo nuestro hermano y primer sagrario que lo custodia.

¡Uy!, perdona la parrafada, hijo, pero es que la devoción insensiblemente me lleva a copiar hasta las mismas formas de expresión de los primeros biógrafos de los Hermanos Penitentes de Asís.

- Ya lo veo, ya. Pero creo que la devoción del terciario capuchino a María viene además tamizada a través de la espiritualidad popular de las órdenes terceras y con las características con que la viviste también tú, Venerable Padre Luis.

- Ciertamente. Así es, sí. Que yo siempre deseé que mis religiosos y religiosas, en la ardua empresa de la moralización de los jóvenes a ellos encomendados, actuasen siempre con esa actitud maternal y misericordiosa de la Madre del Señor. Que por eso les dejé ordenado que a los niños se les procurará inculcar una gran devoción a la Santísima Virgen, secreto para hacer grandes progresos en la virtud y, al efecto, se formará de ellos una Asociación Mariana.

Aún más. Incluso en esta gran obra que el Señor en sus designios quiso encomendar a nuestra humilde Congregación, se la propongo como Corredentora, pues les indico que a la mujer la encontramos asociada al hombre en todas las grandes obras, y hasta en la de la Redención quiere el Señor que esté representada en la Santísima Virgen, Corredentora del linaje humano.

Por otra parte, sabiéndola como omnipotencia suplicante, la considero mediadora de todas las gracias. Por ello invito incesantemente a mis hijos: “Interpongamos la mediación de la que es madre y refugio de pecadores, ofreciendo a la Santísima Virgen nuestras lágrimas, nuestra penitencia y los propósitos de apartarnos del pecado para que ella los presente a su Divino Hijo, juntamente con sus méritos y lágrimas, y nos obtenga del Señor el perdón”.

- Muy bien, Padre Luis. Te agradezco el que me hayas señalado la trayectoria mariana que lleva a nuestra espiritualidad. Y también el que me hayas sorprendido con tu pensamiento sobre María Corredentora y Mediadora. Pero nuestra espiritualidad, en su aspecto mariano, ¿no se orienta más bien hacia la Virgen de los Dolores o hacia la Madre Dolorosa de la Sagrada Familia?

- Por supuesto. Claro que sí. Pero, permite, estos aspectos los trataremos, Dios mediante, más detenidamente en siguientes conversaciones, ¿no te parece?

Cuando nos despedimos, el astro rey giraba a occidente y hundía ya sus rayos en la lejanía de los arrozales levantinos.





## 17. NUESTRA MADRE DE LOS DOLORES

**H**oy ha salido un día medio cubierto y, por cierto, bastante frío. Un día cualquiera, vamos. A ratos, sobre la huerta levantina, luce un sol bobo, abotagado y bermejo, como de polvo de ladrillo. Es uno de esos días que no hace para casi nada. Tan sólo para dialogar con uno mismo o, en todo caso, con alguien no lejano ni en el tiempo ni en el espacio. Vamos, que no hace sino para tener un monólogo a dúo, que es lo que frecuentemente practicamos los humanos. Constituye el mejor pretexto para el diálogo, en las más diversas circunstancias.

Así pues, me arrebujo bien dentro de mí mismo, elevo la mirada hacia lo alto y me dirijo cordialmente al Venerable Padre Luis, a quien me parece columbrar allá lejos, muy lejos, en un cielo infinito cuajado de ángeles benditos.

Los siete Dolores de Nuestra Señora, tal cual los hallamos formulados hoy, se deben a la piedad de los Siervos de María, también llamados Servitas. Ahora bien, concretar los dolores en número de siete, pregunto a mi buen Padre Fundador, ¿se debe a ser éste un número bíblico que indica

abundancia y plenitud, o más bien es en honor de los siete santos florentinos?

- Seguramente que fue por ambas razones a la vez. Si bien, y a pesar que desde estas alturas celestiales se perciben bastante bien hasta las realidades históricas más remotas, a ciencia cierta no te lo sabría decir. De todos modos lo que sí es cierto es que a mediados del siglo XIII ya se formula el septenario a la Virgen de los Dolores tal cual lo recitamos el día de hoy. Eso sí. Esto es poco, pero seguro.

- Y, ¿por qué esa devoción tuya a la Virgen de los Dolores de los Servitas, hasta tal punto que quisiste que el escapulario de tus hijos fuera el mismo, incluso en el color, que el de los Siervos de María?

- Efectivamente, así fue, sí. Lo bien cierto es que, a no ser por el padre José Calasanz de Llevaneras, quien me sirvió de asesor en todo y mucho me alentó para llevar a cabo tan grande obra, el escapulario hubiera sido en forma y color el de los Siervos de María, toda vez que dedicaba la Congregación a Nuestra Madre de los Dolores. De todos modos fue del color franciscano, como el hábito, pero con el escudo de los dolores ante el pecho.

Sea como fuere lo cierto es que la Virgen Dolorosa, que los siete santos fundadores florentinos veneran casi desde su fundación en el Santuario de Monte Senario, era ya de mi devoción si bien, como sabes, Nuestra Madre de los Dolores es la que hallamos la tarde del Domingo de Ramos de 1889 en los claustros de la Cartuja de Ara Christi, del Puig de Santa María (Valencia).

Y los hermanos y yo la adoptamos por madre nuestra.

- Y, tu devoción a la Virgen de los Dolores, ¿se remonta asimismo hasta los Padres Servitas? ¿De cuándo data?

- No exactamente. Como ya anteriormente te dije, no hay fundador que no haya profesado una gran devoción a la Virgen, que no la haya concretado en una advocación, que no la haya desarrollado en torno a un santuario y haya tratado de imprimirla en sus hijos espirituales. Por eso, una cosa es el origen remoto de la devoción, otra mi veneración a la Señora, y otra bien diferente la posterior evolución de la misma.

- ¿Quieres explicarte mejor, Venerable Padre Luis?

- Con sumo gusto. Lo intentaré, al menos. Mi primera devoción a la Virgen la recibí yo de mis buenos padres quienes, aunque no está bien que yo lo diga, pero fueron muy devotos de Nuestra Señora. Tanto es así que al nacer me pusieron ya bajo la protección de la Santísima Virgen y del Patriarca San José, dándome por nombre el de José María. Y anualmente la familia toda Amigó-Ferrer nos trasladábamos a Puçol, Valencia, a casa de los abuelos primero, y de los tíos después, para celebrar las fiestas en honor de Nuestra Señora al pie de la Cruz. Son en el mes de septiembre. Nuestra Señora al Pie de la Cruz es la patrona del pueblo.

Recuerdo perfectamente la última vez que yo asistí. Fue a finales del verano de 1870. Asistí con mi padre a las fiestas centenarias y era ya tal el

estado de abatimiento en que se encontraba que nublaba toda mi alegría el triste presentimiento de su próxima muerte, la que acaeció al anocheecer del 6 de noviembre del mismo año.

- ¡Ah!, y apenas nueve meses después quiero recordar que fallece también doña Genoveva Ferrer, tu buena madre (le digo), lo que sin duda hace que desde entonces recibas por madre a María al Pie de la Cruz, ¿no?

- Sí, seguro. Pues en tan tristes circunstancias nos faltó, a mis hermanas y a mí, el apoyo necesario de la familia. Tan funestos acontecimientos contribuían a desprender más y más mi afecto de las cosas de la tierra y avivaban en mí el deseo de dejar la sociedad e ingresar en Religión. Sin duda desde entonces tomo a la Virgen de los Dolores por madre y protectora.

- Y tu vida, como hermano menor y por añadidura capuchino, ¿no influye también en esta tu determinación?

- Mucho, sí, influye mucho. Los capuchinos de la Restauración, por las constituciones, cada día meditábamos la Pasión de Cristo, la que frecuentemente nos hacía meditar a María en la Calle de la Amargura, al pie de la cruz, en el descendimiento del Hijo o en su soledad. En una palabra, a María Nuestra Señora de los Dolores. Esto es lo que me lleva a tomarla por madre y dársela también a vosotros por patrona y titular de la Congregación.

- Además creo recordar que en el convento de Santa María Magdalena de Masamagrell, Valencia, en la fachada principal del templo, teníais los siete

dolores de la Virgen en bellísimas cerámicas de Manises, ¿no?

- Sí, efectivamente. Se ignora quién los coloca allí, pero lo cierto es que, con sus deliciosas cuartetos explicativas, invitan al peregrino a la penitencia y conversión. Yo antes me las sabía todas de memoria. Pues en el patinillo de los cipreses, a la entrada de la iglesia, teníamos los recreos comunitarios en la mayor parte de primavera, verano y otoño que, ¡para qué decir!, eran también deleitosos en grado sumo. ¡Ya lo creo que sí!

- Deliciosos, ¿el tiempo o los recreos de comunidad?

- Uno y otros, sí. Ambos dos. Al menos a mí me lo parecían. Pues los recreos en el convento de La Magdalena, en la huerta, eran amenos y deliciosos, animados con la conversación de novicios y profesos. ¡Y con el agua tan fresca de aquel aljibe!...

- Pero, esa tu devoción a la Virgen de los Dolores fue anterior a las fundaciones de tus religiosas y religiosos.

- Por supuesto. Que por eso tengo yo gran interés en escribir vuestras Constituciones y el día dos de febrero de dicho año 1889, festividad de la Purificación de Nuestra Señora, celebro la santa misa y en las manos de la Santísima Virgen de los Dolores, que hay al pie de la cruz, pongo las Constituciones, que las tiene durante la celebración, en la que pido a la Señora bendiga y reciba bajo su protección y amparo la fundación que se hace en su honor.

- Y la fundación del Instituto, si no estoy mal informado, también la haces en una fecha mariana, es decir, el Viernes de Dolores. ¿No?

- Sí, claro. Terminadas de escribir las Constituciones y todo ya dispuesto para que pudiera hacerse la inauguración de la Congregación el día de Nuestra Madre de los Dolores... por fin, en tan deseada fecha de Nuestra Santísima Madre, hago la fundación. ¡Laus Deo, Mariae et Francisco! (¡Gloria y honor a Dios, a María y a Francisco!).

- Y, ¿tanta importancia tiene el matiz doloroso para que se constituya en un aspecto de especial relieve en nuestra propia espiritualidad?

- Mira, hijo, la importancia es muy relativa. La importancia dice relación, no tanto al objeto, cuanto a la persona. Y una realidad resulta importante para quien le da importancia. ¡Cuántas veces a la substancia se le van quitando uno tras otro los accidentes, con el pretexto de que no son importantes, y se concluye con que al final no queda ya sujeto ni para el funeral, como te dije! Que aunque el Alcalde de Zalamea diga que no interesa tanto el cómo sino el porqué se litigue, también los accidentes contribuyen directamente las más de las veces a la clave del éxito. Que, ya sabes, quien no es fiel en lo poco... Bueno, para qué, la Biblia ya lo dice.

- Y, ¿cómo tratas de imprimir este rasgo en la espiritualidad de tus hijas e hijos los religiosos?

- Yo aprovechaba las numerosas ocasiones que de ordinario brinda la Divina Providencia, como es la felicitación a los hermanos el día de Nuestra Madre, levantar altares en su honor, presidir sus

fiestas patronales... En realidad acciones todas ellas sencillas, que suele ser la forma corriente de inflamar en el amor filial. Vamos, así lo creo yo.

- ¡Ah!, y también en situaciones difíciles por las que a veces atraviesa la vida de fraternidad.

- Sí, ¡cómo no, también, también! Por eso, cuando hay disensiones en el seno del Instituto, yo os escribo: “Mis carísimos hijos, si bien nunca, como padre, puedo olvidaros aumenta no obstante mi recuerdo y, si se quiere, mi afecto, todos los años al llegar la festividad de Nuestra Santísima Madre de los Dolores y la fecha de la fundación de nuestro Instituto. Unámonos aquel día en el santuario del corazón dolorido de Nuestra Madre y pidámosle con fervor nos continúe sus bendiciones, dando a los prelados luz y acierto en sus disposiciones; a los súbditos, unión, celo y sumisión y, por vuestros méritos, el perdón de sus pecados a este vuestro padre y siervo en Cristo”.

- Venerable Padre Luis, no quisiera que finalizáramos hoy nuestro diálogo sin una última pregunta. No comprendo por qué mantenemos los siete dolores y gozos en honor del Patriarca San José y, en cambio, tan sólo mantenemos los siete dolores a la Santísima Virgen, hasta el punto de que la llamamos La Dolorosa. Y hasta el mismo nombre de Dolores, me parece a mí, abunda en la nomenclatura cristiana más de lo que fuera de desear. ¿Por qué, Padre Luis?

- Sí, tienes razón, hijo, pero sólo hasta cierto punto. Tal vez sea porque en la tradición cristiana hayamos acentuado principalmente la figura de Cristo como varón de dolores, y la ascética como

camino de perfección. Lo cierto es que Don Jaime I El Conquistador ya se dirigía a Nuestra Señora por medio de las siete alegrías y los siete dolores. Y asimismo en nuestras tierras levantinas se vinieron cantando los sábados de la Cuaresma en el convento de la Encarnación, de Valencia.

- Y, ¿en las fraternidades amigonianas? (perdón, Padre Luis, por el patronímico).

- Sí, también, también. Yo recuerdo que en vuestro *Oficio Parvo* y primer manual, me refiero al de 1899, teníamos los siete dolores y también los siete gozos, ya que a la conclusión de cada dolor normalmente corresponde un gozo. Pues no está bien quedarse con una sola cara de la moneda, cuando hasta las realidades más simples presentan dos al menos. Vamos, digo yo.

Padre Luis, le digo al concluir nuestro paseo peripatético, ya sé que cuando vas de viaje, así como los clérigos de otros tiempos se llevan su tríptico para altarcito, tú en cambio te llevas el díptico que recoge tus dos grandes amores, es decir, llevas una estampa de la Pasión de Nuestro Señor y otra de la Virgen de los Dolores. El hecho es suficientemente elocuente para reflejar el gran amor que tu profesas y que deseas tengamos siempre nosotros a Nuestra Madre de los Dolores. Es un rasgo integrante que presenta gran relieve en nuestra espiritualidad.

Cuando concluimos nuestra conversación aquel sol, al amanecer ceniciento y bobo, como dije, se hunde ya, cual náufrago impenitente, en las oscuras serranías del ocaso.

¡Gracias, Venerable Padre Luis!



## 18. LA SAGRADA FAMILIA

**E**l otoño en la huerta valenciana -al igual que el otoño romano- es sumamente delicioso. El cielo es intensamente azul y transparente. De entre la fronda verde de los naranjales emergen innumerables globos del amarillo más intenso. La huerta se presenta ubérrima, los días soleados, el ambiente perfumado, el tiempo en calma... La huerta valenciana posee la belleza de lo que deseáramos perennemente eterno.

Uno de esos días del otoño tomo el trenecillo, ahora ya con ínfulas de metro, y entre inmensos naranjales, el borbotear de las acequias y los verdes campos de chufas, me llego hasta Massamagrell. En el trasagrario de la iglesia de las Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia reposan los restos mortales del Venerable Luis Amigó. Me postro ante él. No sé cómo -el hombre de fe lo llama providencia- caigo en la cuenta de que en la vida del Venerable Luis Amigó presenta escaso relieve su devoción a la Sagrada Familia de Nazaret. En nuestro conversar, como inconscientemente, me dirijo a su sepulcro y le pregunto:

- Venerable Padre Luis, quienes mejor te han conocido en vida declaran que tú, por hermano menor y además por capuchino, siempre profesaste una profunda devoción a la Eucaristía, a Cristo crucificado y a la Virgen de los Dolores. En cambio nada insinúan de tu devoción a la Sagrada Familia. ¿Por qué, Venerable Padre Luis? ¿Cómo así?

- Mira, hijo, me responde pacientemente mi Venerable Padre Fundador, no siempre lo que presenta mayor relieve es más profundo, ni la manifestación externa significa mayor piedad. Que a veces se debe a falta de ocasiones en que poder manifestarse, o también a error de perspectiva. Es verdad que a mis hijas les puse bajo la advocación de la Sagrada Familia, porque su misión necesita de la protección de la Sagrada Familia, y luego no desarrollé la piedad correspondiente, o al menos no la desarrollé lo suficiente, pero esto no quiere decir que no la hubiese.

- Y, ¿cómo se inicia en ti esa devoción hacia la Sagrada Familia, tanto que tu primera fundación la consagraste a ella?

- Hay hechos en la vida a los que no es fácil hallar una explicación y otros a los que, teniéndola fácil, no se les puede encontrar una lo suficientemente convincente. El presente caso tal vez responda más a este segundo hecho.

Lo bien cierto es que, como en la anterior charla te comenté, los Amigó Ferrer muy pronto nos quedamos huérfanos y, en tan tristes circunstancias, nos faltó a mis hermanas y a mí el apoyo

necesario de la familia. Comprendo que no resulta hoy fácil darse cuenta uno del vacío que deja en una casa la muerte de los padres, especialmente en el siglo XIX en que tanta miseria había y en que todo estaba montado sobre la piedra angular de la familia tradicional. ¡Esto me hizo sufrir lo indecible!...

- ¿Quieres decir, Padre, que esto te marca profundamente?

- Ciertamente sí, seguro. A nadie se lo he manifestado, por más que lo haya dejado traslucir en *Apuntes sobre mi vida*, pero así fue por cierto. Yo había disfrutado de una niñez dichosa, en el seno de una familia bienestante, como en aquel tiempo se decía, y que había cultivado y puesto en mi persona las más bellas ilusiones... En fin, que la vida es así y Dios que la ha hecho sabe por qué. ¡Misterios de la Divina Providencia!

- ¡Ah!, por eso al primer infante que bautizas, casualmente en Escalante, Cantabria, y ser éste un expósito, le aplicas los nombre de la Sagrada Familia, ¿no?

- No fue exactamente así, pues ya traía los nombres que se le habrían de imponer. Pero sí, el imponer los nombres de Jesús, María y José al primer niño que bauticé, y ser éste un expósito, nada de particular me parecía tener por entonces, pero comprendí con el tiempo ser como un anuncio de la fundación que más tarde hice de la Congregación de la Sagrada Familia, que tiene por uno de sus fines el dedicarse al amparo y educación de las niñas huérfanas y desamparadas,

finalidad que ya de por sí requiere grandes dosis de amor, abnegación y sacrificio.

- Y, ¿de ahí arranca tu devoción a la Sagrada Familia?

- Sí. En buena parte sí. Luego, posteriormente, la fui concretando con ilusión en una estampa particular, incluso en un santuario concreto, como fue la edificación de la iglesia de la Sagrada Familia que mis hijas tienen en Masamagrell. Los hechos concretos ya los conoces.

- ¿Cuáles, Padre Luis?

- Bien, sucedió, pues, que un día me presentan una estampa de la Sagrada Familia, en la que el Niño Jesús estrecha entre sus brazos la cruz y la Santísima Virgen y San José le miran con tristeza. La Señora, con su corazón atravesado por siete espadas.

- ¿Y esa es la imagen de la Sagrada Familia que quisiste para tus hijas espirituales?

- Así es, sí, porque quedé prendado de la estampa, la que entregué a la Madre Patrocinio de Benisa, como sabes, diciéndole: "Guárdela bien, porque si algún día quiere el Señor que se haga la iglesia, como así se realizó, la imagen de la Sagrada Familia deberá ser de esta forma, pues que en ella están simbolizadas nuestras dos Congregaciones. ¡Gracias sean dadas por todo al Señor!"

- Yo recuerdo que cuando Su Santidad Pablo VI visita en 1964 la casita de Nazaret, la flor de

Galilea, en un discurso memorable presenta a la Sagrada Familia como modelo de oración, de silencio y de trabajo manual. Tú, ¿qué sentido quisiste darle a la Sagrada Familia como titular de tus Religiosas?

- Desde luego que mucho más que el cómo a mí siempre me ha interesado el qué y el porqué de las cosas. Entendía yo entonces que, como todo hombre tiene necesidad de una madre, en cada uno de los hogares de huérfanos y asilados hay siempre necesidad del ejemplo de la Sagrada Familia de Nazaret. Porque, así pensaba yo entonces y así lo escribí, si los individuos que componen las familias fijasen su mirada en la Divina Familia de Nazaret, modelo que el Señor les presenta para su imitación, ¡qué dicha, qué paz y qué felicidad se gozarían en el mundo!

De todos modos en cada época se destacan más unos valores que otros. Yo acentuaba mayormente los caracteres de sumisión, obediencia, recogimiento y laboriosidad, junto con el desvelo y solicitud paternas. Creía entonces, y ahora estoy aún más convencido de ello, que son facetas interesantes tanto para los centros misionales, como para los orfanatos y escuelas de reforma a que destinaba a mis hijas.

- Ciertamente que es ésta una faceta de la espiritualidad de tus religiosas, a quienes destinaste a estos menesteres. No sé por qué pero quiero recordar que así lo insinuaste en algunos de tus mejores escritos. ¿No Padre Luis?

- Así es, sí. Yo escribí una exhortación pastoral, cuya síntesis final recogía en las palabras que a continuación te voy a leer.

Y me parece verlo como elevarse y extraer del anaquele una colección de las pastorales que sus hijas lujosamente le han encuadrado en un precioso tomo. Y me lee:

“Fijad todos bien la vista en el modelo que el Padre Eterno nos presenta a todos en la Sagrada Familia de Nazaret para su imitación. Los jóvenes aprended del Niño Jesús la sumisión y obediencia con que se sujetó a María y a José. Las madres imitad de la Santísima Virgen su recogimiento, laboriosidad y omnímoda dependencia del Patriarca San José. Y vosotros, padres de familia, seguid las huellas del santo Patriarca en su desvelo y solicitud paternal para cumplir la altísima misión que el Señor le confiara como jefe de la Sagrada Familia”.

Naturalmente que, por el contexto histórico y por mi espiritualidad de rica raigambre franciscano capuchina, pongo el acento en la sumisión, obediencia y respeto a la autoridad, de lo que ya hemos dialogado ampliamente antes. ¿Lo recuerdas?

- Efectivamente, Venerable Padre Luis, y por eso me pregunto qué puesto tiene la devoción a la Sagrada Familia en nuestra espiritualidad. Pues no acabo de apreciarlo debidamente.

- En nuestra espiritualidad es posible que tenga escaso relieve, por cuanto la espiritualidad se

refiere más bien al particular punto de vista según el cual se valoran y coordinan los diversos factores de la vida espiritual. En una palabra, es lo que da color al espíritu y confiere al Instituto su estilo propio, es decir, su aire de familia.

En cambio, por lo que al espíritu se refiere, creo que presenta un gran relieve por cuanto de él forma también parte el fin específico de la Congregación percibido, vivido y concretado en la *Regla y Constituciones*. Y ahí, referido al desarrollo del fin específico, el espíritu de la Sagrada Familia de Nazaret tiene mucho que decir, especialmente a las Religiosas.

- En cambio en sus Constituciones presenta un escaso relieve...

- Es posible, pero de esto hablaremos en otra ocasión, si te parece.

Llegado a este punto todavía me hallaba de hinojos, enfrascado aún en mi interminable soliloquio con el Padre Luis. Perezosamente me incorporo y tomo mi posición normal de peregrino. Abandono la capilla, atravieso el patio claustal, cruzo la puerta principal y alcanzo la plaza mayor del pueblo.

En esos momentos el sol llegaba ya a su cenit.





## 19. AMOR SERÁFICO

**A**segura el Dante Alighieri que Francisco de Asís es un sol radiante puesto en las montañas de la Umbría para imprimir en el mundo luz y calor. Y en idéntica longitud de onda se pregunta san Buenaventura:

- ¿Quién es capaz de describir el amor seráfico en que se abrasaba Francisco, el amigo del Esposo, pues, cual carbón ardiente, parecía todo él devorado por la llama del divino amor?

Y asegura el seráfico doctor san Buenaventura que en tal grado ha prendido en Francisco el incendio incontenible del amor hacia el buen Jesús, hasta convertirse en una gran llamada de fuego, que las aguas torrenciales no serían capaces de extinguir amor tan apasionado.

Pues bien, también el espíritu, la mente y el corazón del Venerable Luis Amigó se ven invadidos de este mismo amor seráfico, ya desde los primeros momentos de su ingreso en la religión capuchina. En él este amor seráfico se convierte en eje de su vida, alma de su apostolado y móvil de todas sus acciones. Tanto es así que en varios momentos de su existencia, con seguridad los más

decisivos de su vida, lo propone a sus hijos espirituales como el eje de su espíritu y el alma de todo su apostolado.

- Era el pecho del Serafín de Asís, así se expresa el Venerable Luis Amigó, un volcán de fuego del amor divino al que, para dar desahogo, abrió el Señor cinco heridas en sus manos, pies y costado, haciéndole así imagen suya.

- Imitad, pues, escribe en su cartatestamente, al Seráfico Padre San Francisco en su vehemente amor a Dios, que le hacía llorar inconsolable al ver que el amor, que es Dios, no era amado de los hombres y que le mereció ser transformado en viva imagen de Jesucristo por la impresión de sus llagas.

Los biógrafos de San Francisco aseguran que su amor seráfico se centra, ya desde los primeros instantes de su conversión en la iglesita de San Damián, en fervor compasivo por el Crucificado. Cual otro Pablo de Tarso puede afirmar con toda verdad:

- Líbreme Dios de gloriarme si no es en la cruz de Cristo, y Cristo crucificado, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo.

Desde entonces tan entrañablemente se le graba en la médula de su corazón la memoria de la pasión de Cristo, que casi de continuo ve con los ojos del alma las llagas del Señor crucificado y apenas puede contener externamente las lágrimas y los gemidos.

Posiblemente el Venerable Luis Amigó se refiera a este preciso pasaje cuando, en una de sus ordenaciones de santa visita canónica, manda a sus religiosos meditar cada día la pasión de Cristo. Pues les deja escrito que es la pasión y muerte del Señor la materia ordinaria de meditación que han usado los santos, y en especial nuestro Patriarca, el cual vino a perder la vista por las continuas lágrimas que derramaba en su contemplación.

El Venerable Luis Amigó resuelve esta espiritualidad, que tiene como núcleo el amor seráfico al Crucificado, en unos ejercicios de piedad henchidos de piadoso y humilde afecto hacia Dios, y la plasma en unas devociones bien precisas que personalmente practica. En su despacho siempre tiene la imagen del Crucificado, de tamaño natural, al que gusta llamar su *quitapenas*. De viaje lleva consigo una imagen de la Pasión del Señor. Y su devoción a la práctica del vía crucis es extraordinaria. Todos los días indefectiblemente, a continuación de la santa misa, lo practica. Devoción que, por lo demás, aconseja asimismo a sus religiosos, a sus religiosas y fieles diocesanos con estas palabras:

- El ejercicio del vía crucis es el más grato a Dios, después de la Santa Misa, y el más propio para inflamar nuestro corazón con el amor de un Dios que por amor nuestro y por nuestra salvación dio su vida en una cruz.

Gracias a Dios sabe muy bien el Venerable Padre Luis que, formado nuestro corazón para amar, y amar a Dios, el amor es su vida (como dice

san Agustín), amar, su función capital y el centro a que naturalmente se dirige. Por lo que escribe a sus diocesanos que todo lo que somos, podemos y valemos lo hemos de poner, amadísimos hijos, al servicio del Señor, de quien lo hemos recibido, y a cuya gloria se ordena.

Por una parte ese amor seráfico lo hace extensivo el Venerable Luis Amigó, no ya sólo a los hombres, sino también a la creación entera -amor cósmico, dirán sesudos teólogos- por lo que en este punto se eleva hasta san Agustín y san Pablo, pues al acervo cultural del Padre Luis pertenece el siguiente pensamiento:

- Las obras todas de la creación pregonan cada cual a su manera la gloria de Dios, y al unísono entonan un himno de alabanza a su infinito poder, sabiduría y bondad, dándonos a entender claramente a nosotros, reyes de la creación, el amor que en retorno le debemos por el que Él nos demuestra sujetando todas las cosas a nuestro imperio y servicio.

Y, comentando esa invitación y clamor cósmico de toda la creación a amar a Dios, dice el Venerable que este lenguaje mudo, pero elocuente, de la naturaleza lo entendía muy bien el gran Padre de la Iglesia San Agustín cuando, hablando con las flores del campo mientras paseaba, les decía:

- Callad, ya sé lo que me queréis decir: *Que ame a Dios.*

Por otra parte ese amor seráfico, especialmente centrado sobre el Crucificado, en Luis Amigó, como también en Francisco de Asís, se hace celo apostólico por la salvación de las almas, como ya se ha podido apreciar. Clavado ya en la cruz, juntamente con Cristo, tanto en su carne como en su espíritu, el varón de Dios Francisco no sólo se eleva a Dios por el incendio del amor seráfico, sino que, atravesado su corazón por un ferviente celo de las almas, a una con el Señor crucificado anhela la salvación de todos los que han de salvarse, según refiere san Buenaventura.

El celo de la salvación eterna de las almas le remuerde las entrañas, hasta al punto que no se juzga amigo de Cristo si no incendia de amor las almas por Él redimidas, según refiere Ubertino de Casale en el tratado del *Árbol de la Vida*.

En esta misma longitud de onda vibra Luis Amigó cuando habla del celo del Serafín de Asís. Tanto es así que este pensamiento acaba por convertirse en el *leif motiv* de muchos de sus consejos. Enteramente lleno de celo, como está, por la salvación de las almas, quiere que también sus hijos se le semejen de veras. De ahí que, en su carta testamento, les ordena con la fuerza de la que es sin duda su última voluntad de Padre:

- Habéis de procurar, amados hijos e hijas, formar muy bien vuestro espíritu y conformar vuestra vida a la del modelo que el Señor nos presenta en el Seráfico Padre San Francisco,... imitándole en el celo por la salvación de las almas, por el que le concedió el Señor, por la intercesión de la

Santísima Virgen, el famoso jubileo llamado de la Porciúncula. En su vehemente amor a Dios, que le hacía llorar inconsolable al ver que el amor, que es Dios, no era amado de los hombres, y que le mereció ser transformado en imagen viva de Jesucristo con la impresión de sus sagradas llagas.

Es claro que el Seráfico Padre San Francisco transforma su amor seráfico en celo incontenible por la salvación de las almas. Pues san Buenaventura, sucesor suyo en el gobierno de la Orden de Hermanos Menores desde la cúpula de la misma, dice:

- El celo por la salvación de los hermanos, que procede del horno de la caridad, de tal modo penetra como aguda y llameante espada el corazón de Francisco, que este celoso varón parece estar todo él inflamado en el ardor y deseo de ganar almas, así como también llagado por el dolor de compasión.

Pero no queda aquí, sino que ese mismo celo lo transmite a sus hermanos, pues aseguran los biógrafos que, enteramente lleno como estaba de celo por las almas, quería que también sus hijos se le asemejasen de veras.

De la misma esencia era el alma apostólica del Venerable Luis Amigó, pues el corazón del Siervo de Dios ardía en caridad hacia Dios y hacia el prójimo. Así lo reflejan fielmente sus escritos, unánimemente lo aseguran los testigos y lo vienen a rubricar sus obras apostólicas.

Imitador fiel y constante del Serafín de Asís, el mismo celo apostólico y amor seráfico inculca a

sus hijas e hijos espirituales. Y cuando les recomienda gratitud y amor a la Congregación lo hace asegurándoles que es su Madre, y que con la vida religiosa les ha comunicado su espíritu propio, su carácter y predilección por las virtudes de humildad, sencillez, caridad y celo apostólico que caracteriza nuestra Orden Seráfica.

Y cuando en situaciones dolorosas escribe a sus hijos, en el intento paterno de mitigar sus dolores, les exhorta a que tengan espíritu de oración y celo por la salvación de los jóvenes que el Señor pone bajo su custodia. Con ello les asegura que todo su trabajo se les hará así más llevadero y, aun a imitación de los santos, pedirán al Señor les aumente sus trabajos.

Es verdad que el ardor seráfico que impulsa fuertemente su celo apostólico no tiene los caracteres del de un Francisco de Asís, a quien le devora el celo de su Señor. Ni tampoco el de un San Juan Eudes, quien montaba en cólera apenas veía un hereje. Pero sí es cierto en el espíritu del Venerable Luis Amigó lo que él mismo escribe al respecto:

- Que no es posible amar a Dios sin amar también por Él al hombre, su obra predilecta; ni amar a éste con verdadero amor de caridad si se prescinde del amor de Dios. Pues ambos amores son como flores de un mismo tallo.

Su intenso amor seráfico hacia Dios en él se convierte en piedad ferviente y su amor al prójimo le empuja a ir en busca de los pobres, de los marginados y de los enfermos.

Su intenso amor seráfico se hace en el Venerable Luis Amigó piedad ferviente, ternura por la creación, amor al crucificado y celo por la salvación de las almas. Es decir, pasión que transmite a sus hijas e hijos espirituales por curar a los heridos, vendar a los quebrantados y volver al recto camino a los extraviados.



## 20. FRATERNIDAD

**A**lguien dijo que nuestra religión consiste en vivir la fraternidad. Y así lo entiende la primitiva comunidad cristiana. Todos los creyentes viven unidos y tienen todas las cosas en común. Nada poseen sino un solo corazón y una sola alma. Son una fraternidad exigente. Viven su fe en fraternidad. Realizan gozosamente el servicio como koinonía; cada día suben al templo para tener la diaria meditación, la fracción del pan y las oraciones. Y cada día, también, se preparan para el compromiso cristiano.

La primitiva comunidad vive bajo la sombra que proyecta un Padre común y en la fraternidad de la solariega casa paterna. Tienen una sola fe, un solo Señor, un solo Dios y Padre de todos, que lo realiza todo en todos, como afirma el apóstol. Es la realización plena de la unidad en la fraternidad.

Por su parte uno de los primeros textos bíblicos con que se topa en vida Francisco de Asís es sin duda aquél que dice: “Uno solo es vuestro Padre, el del cielo, y todos vosotros sois hermanos”. Pues en seguida su primer acto de verdadera libertad de hijo de Dios va a consistir en deponer sus ves-

tidos ante el obispo de Asís, Guido, devolvérselos a Pedro Bernardone, su padre, y dar así comienzo a su vida penitencial. A partir de entonces ya puede proclamar con toda verdad:

- Padre mío que estás en los cielos.

Por esto al final de sus días, en un acto de recapitulación y con el deseo de que no le cambien su primitiva inspiración de la Orden, consigna en su Testamento como su última voluntad:

- Después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer sino que el Altísimo me reveló que debía de vivir según la forma del santo evangelio. Y yo hice escribir esto con pocas palabras y sencillamente y el señor Papa me lo confirmó.

Sin duda este es el comienzo de la vida penitencial de Francisco de Asís como primer hermano menor. A él luego se le añaden Bernardo de Quintavalle, Pedro Cattani, Gil de Asís y Felipe Longo, y Sabbatino de Asís y Morico, también de Asís, y Juan Capella, sus siete primeros hermanos y compañeros. Y todos ellos dan comienzo a una vida de unidad en el gozo de la fraternidad.

De esta primera fraternidad más tarde Fray Jordano de Jano, el curioso cronista de los hechos de los primeros franciscanos en Alemania, se pregunta:

- ¿Pero quién conseguiría expresar cuán grande era en aquel tiempo la caridad entre los hermanos, cuánta la paciencia, la humildad, la obediencia?

cia y cuánta la alegría fraterna? Y se responde a continuación:

- Es que se querían mutuamente con amor entrañable; mutuamente se servían y se preocupaban los unos de los otros, como una madre sirve a su hijo y se cuida de él. Tan ardiente resultaba en ellos el fuego de la caridad, que les parecía cosa fácil el entregar la propia persona no sólo por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, sino también unos por otros. Y lo hacían gustosamente.

Por lo demás este estilo de vida de unidad en la fraternidad lo han deseado siempre los fundadores en el seno de sus propias congregaciones religiosas. Tanto es así que, más que nota característica y específica de una determinada espiritualidad, constituye una constante de todas ellas.

El Venerable Luis Amigó, de la escuela del Serafín de Asís y deseoso asimismo de la mutua unión y caridad de la primitiva fraternidad amigoniana, escribe a sus hijos, mis hermanos:

- Debéis procurar también haya entre vosotros una íntima unión, pues que en ella está el secreto de la fuerza. Y para ello que os améis los unos a los otros, como tan insistentemente lo encargaba San Juan a sus discípulos.

Y Luis Amigó hace referencia al Seráfico Padre San Francisco quien inculca a los hermanos la paz y caridad fraternas, que deben ejercitar con todos, como la principal de todas las virtudes y por lo que, decía el Señor, habíamos de ser reconocidos por discípulos suyos. Y apela a la frater-

nidad de la Trinidad, pues aseguraba que lo que el Señor quiere y desea de nosotros es que de tal modo vivamos unidos entre sí por los vínculos de la caridad que seamos uno como Él lo es con su Eterno Padre y el Padre con Él.

Y en momentos de especial dificultad, por la que atraviesa la vida de los hermanos en 1904, les anima a mantener la fraternidad en la unión con estas palabras:

- Uníos ante todo, como en apretado haz, con el estrecho lazo de la caridad. Así os haréis fuertes y formidables a vuestros enemigos, pues que en la unión está la fuerza; y, por el contrario, en la desunión, la ruina y la muerte.

Pero no se ha de reducir la fraternidad a los estrechos límites de la fraternidad humana, no. En Francisco de Asís es fraternidad universal con todos los seres de la creación, y especialmente con los seres que mayormente reflejaban la imagen del Creador. Y así es pues, al encontrarse en presencia de muchas flores, les predica, invitándoles a loar al Señor, como si gozaran de razón. Y lo mismo hace con las mieses y las viñas, con las piedras y las selvas, y con todo lo bello de los campos, las aguas de las fuentes, la frondosidad de los huertos, la tierra y el fuego, el aire y el viento, invitándoles con ingenua pureza al amor divino y a una gustosa fidelidad.

Y es tal la delicadeza de Francisco de Asís que retira del camino los gusanillos para que no les pisoteen los viandantes; y manda poner a las abejas miel y el mejor vino para que en los días hela-

dos del invierno no mueran de hambre. Llama hermanos a todos los animales si bien ama particularmente, entre todos, a los mansos.

El colofón de toda su vida es el Canto a las Criaturas con su mística loa al Señor por el sol, la luna, las estrellas, hasta concluir con la alabanza final a la hermana muerte. “Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal”.

Aunque no con la brillantez de palabra con que lo expresan los biógrafos del Seráfico Padre, sí con no menor sentimiento espiritual canta también la fraternidad espiritual el Venerable Luis Amigó:

- Si en el Universo -dice- se observa tan admirable orden y concierto en todos los seres, al que podríamos llamar paz universal, no es otra la causa que su omnímota sujeción a las leyes del Supremo Legislador que todas las cosas ha dispuesto con peso y medida”.

Y, siguiendo esa filosofía cordial que va de Pablo de Tarso, pasando por Agustín de Hipona, hasta llegar a Fray Luis de León, se extasía ante la armonía, orden y concierto de la esfera celeste. Tanto que exclama con el salmista:

- ¡Señor, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! Los cielos proclaman la gloria del Señor y el firmamento anuncia las obras de sus manos.

Y a ese orden y concierto el Venerable Luis Amigó llama paz de la creación y fraternidad universal.

¡Ah!, y ante las bellezas de la creación, que Luis Amigó aprecia en las primaveras solsonenses, en

tierras del Principado, asegura que este lenguaje mudo, pero elocuente, lo entendía muy bien el gran Padre de la Iglesia San Agustín cuando, hablando con las flores del campo mientras paseaba, les decía:

- Callad, ya sé lo que me queréis decir, que ame a Dios.

Es la traslación del sentimiento mismo que experimenta San Francisco cuando desciende de la iglesia de San Damián, por la campiña de Asís, a las cabañas de Nuestra Señora de los Ángeles.

La primitiva fraternidad apostólica se reúne en el cenáculo con la Madre de Jesús. Y los Penitentes de Asís, en sus mejores tiempos, centran todo el afecto en la fraternidad, se esfuerzan en darse a sí mismos para subvenir a las necesidades de los hermanos, desean reunirse y, reunidos en La Porciúncula, se sienten felices. En cambio les es penosa la ausencia; la separación, amarga, y dolorosa la partida.

Pero, aún en las comunidades mejor estructuradas, la monotonía del tiempo que inexorablemente va pasando, con frecuencia mina y deteriora la fraternidad y no siempre la convivencia resulta gozosa en ella. En la primitiva iglesia Pedro recuerda que todos deben tener un mismo sentir, que todos han de ser compasivos, fraternales, misericordiosos y humildes. Que deben honrar a todos los hermanos y amar la fraternidad.

Francisco de Asís, por su parte, anota en su *Regla y Vida*:

- Los hermanos y hermanas ámense entre sí por amor de Dios, como dice el Señor, y muestren con las obras el amor que mutuamente se profesan.

Por supuesto, Luis Amigó asimismo en su carta testamento recomienda el amor y la unión fraterna. Y lo hace con estas palabras:

- Debéis procurar haya entre vosotros una íntima unión, pues que en ella está el secreto de la fuerza. Y para ello que os améis los unos a los otros, como tan insistentemente lo encargaba San Juan a sus discípulos.

Deseosos, pues, los fundadores de que el amor fraterno se manifieste no sólo con obras, sino también con palabras, es a este nivel cuando las suyas se hacen más fuertes y cortantes. El Venerable Luis Amigó indica que una de las mortificaciones en que con más empeño deberán ejercitarse los hermanos es en el de la lengua, asegurando que si en todo tiempo y lugar deben proceder los Religiosos con mucha circunspección y cuidado en todas las cosas, y especialmente en las palabras, mucho deberán mirarse cuando salen de casa.

Por su parte el Seráfico Padre amonesta a los Hermanos Menores:

- Dichoso el siervo que tanto ama y respeta a su hermano cuando está lejos de él como cuando está con él, y no dice detrás de él nada que no pueda decir con caridad si el hermano está delante.

Por otra parte los hermanos de entonces habían dispuesto entre sí, con una sanción en firme, evitar cuidadosamente todo cuanto rebajara el honor de los demás o sonara a injuria. Y se pregunta

Celano, el primer biógrafo de la fraternidad, muy recta y acertadamente por cierto:

- Pues, ¿qué es el hombre de lengua doble sino escándalo de la Religión, veneno del claustro y desintegración de la unidad?

Santiago, el varón hebreo sobrio y práctico, no es menos tajante en sus afirmaciones, pues deja escrito:

- Dejad de denigraros unos a otros, hermanos. Quien denigra a su hermano o juzga a su hermano denigra a la ley y juzga a la ley. Y, si juzgas a la ley, ya no la estás cumpliendo, eres su juez. Y concluye el Apóstol preguntándose asimismo:

- ¿Quién eres tú para juzgar a tu hermano?

La fraternidad, evidentemente, no es tan sólo una característica esencial de la primitiva comunidad apostólica y de la familia franciscana, en general, sino también de la familia amigoniana por su neta ascendencia cristiana, seráfica y amigoniana.

Por ello, sin duda, ordena el Venerable Luis Amigó a los hermanos:

- Dejando a un lado las ceremonias afectadas del siglo, se tratarán entre sí con tanta familiaridad y llaneza, y con urbanidad tan religiosa que todos echen de ver que se aman con amor fraterno, y queden con ello edificados.

¡En alabanza de Cristo! Amén.



## 21. MINORIDAD

**J**unto a la palabra fraternidad seguramente el vocablo minoridad es el término que con mayor precisión recoge la esencia de la espiritualidad y carisma franciscanos. De tal manera es así, a mi parecer, que su misma designación oficial es la de Orden de Hermanos Menores. De hecho ya el Seráfico Padre San Francisco escribe en su primera regla que nadie sea llamado prior sino que todos, sin excepción, se llamen Hermanos Menores. Y, para que no quede lugar a dudas, añade a continuación:

- Y lávense los pies el uno al otro.

Efectivamente, la misma regla primera dice en otra parte: *y sean menores*. Al escuchar estas palabras, en aquel preciso momento, como iluminado por una luz superior exclama el Seráfico Padre:

- Quiero que esta fraternidad se llame Orden de Hermanos Menores.

En vida del Seráfico Padre, muchas veces y en distintas ocasiones, tanto los cardenales protectores como asimismo los papas, con el noble intento de fortalecer y dotar de mayor eficacia la vida de la

Orden, la van dotando de bulas y privilegios hasta última hora. Tanto es así que el mismo Serafín de Asís, con el noble deseo de mantener la Orden en humildad y minoridad, se ve obligado a precisar en el Testamento su última voluntad:

- Mando firmemente por obediencia a todos los hermanos que, estén donde estén, no se atrevan a pedir en la curia romana, ni por sí ni por intermediarios, documento alguno en favor de una iglesia o de otro lugar, ni so pretexto de predicación, ni por persecución de sus cuerpos; sino que, si en algún lugar no son recibidos, márchense a otras tierras a hacer penitencia con la bendición de Dios.

Y es que el varón de Dios, procediendo sabiamente, desde su misma conversión se cimienta a sí mismo y fundamenta la propia Orden sobre la extrema humildad y pobreza del Hijo de Dios, llamando su Orden de Hermanos Menores. Ahora bien, ¿qué entiende Francisco por Hermanos Menores? Y, ¿qué entendemos hoy por minoridad como nota característica del espíritu y carisma franciscanos?

El mismo Serafín de Asís, requerido a hablar ante el papa, lo precisa en los siguientes términos:

- Señor, le responde Francisco al Papa, mis hermanos se llaman menores precisamente para que no aspiren a hacerse mayores, pues su misma vocación les enseña a vivir en sencillez y pobreza y a seguir las huellas de la humildad de Cristo.

La minoridad, pues, como espiritualidad seráfica y estilo de vida franciscanos, es una mezcla de pobreza y humildad, de obediencia confiada a los ministros y filial devoción a la Iglesia. Es vivir con el estilo nuevo de las bienaventuranzas. Es asimismo una liberación interior y la actitud evangélica de no ocupar los primeros puestos, de no estar o imponerse sobre los demás, de ponerse al servicio de todos y lavar los pies a todos.

Siguiendo el razonar evangélico Francisco sabe muy bien que los reyes de las naciones imperan sobre ellas y que los que ejercen la autoridad sobre las mismas son llamados bienhechores. Pero no sea así entre vosotros, dice, sino que el mayor entre vosotros será como el menor, y el que manda como el que sirve. Por esto mismo:

- Francisco, ejemplo de humildad, quiere que sus hermanos se llamen menores, y los prelados de su orden ministros, para usar la misma nomenclatura del evangelio, cuya observancia ha prometido. Que así lo asegura san Buenaventura.

El Venerable Luis Amigó, por su parte, incorpora esta misma espiritualidad de hermanos menores, preciosa perla de la gran familia franciscana, y quiere dotar de la misma a sus dos congregaciones religiosas. Como Francisco de Asís también Luis Amigó fundamenta sus fundaciones sobre la roca firme de la humildad y pobreza evangélicas. ¡Ah! ¿Cómo, dices?

Precisamente cuando la superiora de la casa noviciado de Yarumal, Colombia, escribe a Luis Amigó solicitándole algunos consejos paterna-

les para la fraternidad, el Venerable Padre Luis le contesta indicándole que:

- Cada Orden y cada Congregación tiene su espíritu propio, conforme a la misión que el Señor le confía; y el de nuestro Instituto, rama del tronco franciscano, y por añadidura capuchino, debe de estar basado en una profunda humildad, una obediencia ciega y una total pobreza. Esta ha de ser la piedra de toque con que Vuestras Reverencias conozcan si las jóvenes confiadas a su cuidado reúnen las condiciones necesarias para una buena religiosa terciaria capuchina.

¡Ah!, y para que no haya duda del espíritu que Luis Amigó desea para sus hijas, concluye su misiva añadiendo que, aunque la carta va dirigida a la superiora de la casa noviciado, la tomen también para sí la superiora general en Colombia, la maestra de novicias y todas las religiosas que tengan a su cargo las aspirantes que deseen ingresar en la congregación.

¿Y qué es la profunda humildad, obediencia ciega y total pobreza, que el Padre Luis Amigó desea para sus hijas, sino el espíritu de franciscana minoridad?

Por otra parte, tanto entre sus religiosas como entre sus religiosos, jamás el piadosísimo Padre consiente en que haya más clases, distinciones o estamentos que los normalmente originados del propio ministerio, por lo que todos se ocuparán indiferentemente en los oficios en que les coloque la santa obediencia, pues, gracias a Dios, sabe bien que:

- No distingue el Señor a las criaturas por la grandeza de sus ministerios sino por la de sus obras; ni les ha de pedir el Señor cuenta de cuánto, sino de cuán bien hayan obrado. Por lo que deben arrojarse con gran alegría en brazos de la obediencia santa y en ella abandonar todos sus cuidados.

Más aún, les aconseja que por conservarse en humildad y minoridad, fundamento de toda virtud, recibirán con más alegría los oficios más despreciados. Por ello en la fundación de los hermanos no consiente que entre sus religiosos haya clases, sino que sitúa la consagración religiosa como centro y esencia para la vida franciscana en fraternidad y minoridad.

Desde luego la verdadera minoridad de la familia franciscana la sintetiza magistralmente Giacomo da Vitry en los comienzos de la Orden. Este canónigo de Oignies se traslada a Perugia en 1216 y en dicho año escribe:

- Ésta es la Religión de los verdaderos pobres del Crucificado, ésta la orden de predicadores que llamamos de Hermanos Menores. Y verdaderamente por los hábitos que llevan, por su desaproio de todo, y por su desprecio del mundo, son los menores y más humildes de todos los religiosos contemporáneos.

Giacomo da Vitry en tres breves pinceladas describe la pobreza, obediencia y humildad de Francisco y de sus compañeros. Tres pinceladas que luego recoge Luis Amigó como síntesis del espíritu de sus dos congregaciones, es decir, la

profunda humildad, la obediencia ciega y la total pobreza.

Sobre la minoridad-humildad dice Francisco que los hermanos se llaman menores porque, de la misma manera que por el nombre, también por su conducta y ejemplo, deben ser humildes con todos los demás hombres de este mundo. Y el Venerable Luis Amigó dice al respecto que los prelados religiosos no deben ser como los príncipes gentiles, que con la dignidad se engrandecen, sino que tanto más deben abatirse por humildad, cuanto sobre ellos carga mayor peso. Y añade:

- Acuérdense de que son ministros y siervos de sus hermanos.

Respecto de la minoridad-obediencia recuerda Francisco que aquel a quien ha sido encomendada la obediencia y que es tenido por mayor, sea el menor y siervo de los otros hermanos. Y el Venerable Luis Amigó recomienda a sus religiosas que las hermanas procuren ponerse como niñas en manos de la santa obediencia y acudir a la superiora general en todas sus necesidades con la confianza con que acuden los hijos a su madre.

El Serafin de Asís tiene la santa pobreza por su reina y señora, y en su amor no quiere que nadie le aventaje. Por ello ordena a los hermanos que profesen una veneración especial por Nuestra Señora de los Ángeles, de Asís, y quiere que se conserve siempre como espejo de la Orden en humildad y altísima pobreza. Y el Venerable Luis Amigó ordena a los superiores, tanto de sus hijos como de sus hijas, que en sus visitas castiguen severamen-

te cualquier abuso introducido en la fraternidad, prohibiendo el uso de todo aquello que se oponga a la pobreza y simplicidad franciscanas.

Francisco de Asís, como también Luis Amigó, desea que sus hijos permanezcan absolutamente en la minoridad franciscana como nota característica de su espiritualidad. Y tienen buen cuidado de dejarlo bien preciso como su última voluntad en sus respectivos testamentos. Evidentemente la suya es una espiritualidad típicamente de menores, frente a la de clérigos y caballeros que, en tiempos de Francisco, son considerados mayores.

Francisco de Asís deja escrito sobre quienes piden ingresar en la Orden de los Hermanos Menores:

- Los que venían a abrazar nuestra vida, daban a los pobres todo lo que podían tener, muy gustosamente permanecíamos en iglesias pobres, éramos indoctos y sometidos a todos.

Por su parte Luis Amigó, asimismo en su cartatamento, escribe:

- La congregación es vuestra Madre que, con la vida religiosa, os ha comunicado su espíritu, su carácter y su predilección por las virtudes de humildad, sencillez, caridad y celo apostólico que caracterizan nuestra Orden Seráfica.

¿Será preciso indicar que la minoridad es característica esencial de la espiritualidad franciscano amigoniana? O, ¿será preciso mostrar que el Venerable Luis Amigó vive el espíritu del hermano menor, y por añadidura capuchino?

Baste decir que sus mejores conocedores así lo certifican, sus biógrafos así lo describen, y el decreto de Venerable así también lo recoge. El afirmar que todo su comportamiento transpira humildad, en cuanto a obediencia se pone en manos de sus superiores como un niño, y de su pobreza dice que en esta virtud, como San Francisco, no quiere que nadie le aventaje, es la mejor síntesis de su vivencia de la minoridad franciscana.

Luis Amigó, por su ascendiente franciscano, y por añadidura capuchino, es seguramente uno de los mejores retratos del verdadero hermano menor.



## 22. ACTITUD CONTEMPLATIVA

**P**asó ya el invierno. Cesaron los días interminables. Cesó también la lluvia menuda, intermitente y tonta que cala los huesos. Y llegó ya la primavera. Por otra parte hace tiempo que no dialogo con el Venerable Luis Amigó, mi ilustre Padre Fundador. Aprovecho, pues, los días claros, serenos, y la excusa del largo tiempo ayuno de diálogo, y me llevo a Segorbe para reemprender con el Venerable Padre Luis nuestros coloquios y peripatéticas conversaciones. Deseo que sigamos dialogando sobre los rasgos espirituales de su persona, sobre su silueta espiritual. Hoy, concretamente, charlaremos de su actitud contemplativa, tan amplia también en devociones en los primeros religiosos amigonianos.

Por lo demás, por franciscano y por añadidura capuchino, la actitud contemplativa en el Venerable Padre Luis, como la magnanimidad en los reyes o la valentía en los militares, se le supone. No obstante me acerco y le pregunto: ¿Los religiosos terciarios capuchinos debemos ser, como afirma Su Santidad Pablo VI de la vida religiosa, contemplativos en la acción?

- Por supuesto, cómo no. Claro, me responde el Padre Luis. Ya el Señor se manifiesta en este sentido. Pasa las noches en contemplación y oración al Padre. Se retira frecuentemente a la montaña. Y la misma noche del primer viernes santo se aísla en el Huerto de los Olivos y se entrega a la plegaria en la gruta de la Traición. Asimismo se guarece con frecuencia, bien al lado de allá del río Jordán, bien en Betania, en casa de su amigo Lázaro, bien en Cafarnaún, en la hacienda de Pedro...

- El espíritu franciscano, pregunto nuevamente, posee unas innegables connotaciones de actitud contemplativa. ¿Es por ese afán de seguir al Señor a la letra e imitarle en todas sus actitudes?

- Posiblemente, me responde nuestro buen Padre Luis. Lo cierto es que Francisco de Asís se retira frecuentemente a lugares solitarios, aislados y escarpados. Manifiesta una especial predilección por los llamados eremitorios.

Le agrada trasladarse al Alvernia para dedicarse más libremente allí, en el interior de la foresta, a la contemplación. Francisco de Asís, según escribe Celano, escoge preferentemente lugares solitarios para dirigir su alma totalmente a Dios. Su puerto segurísimo es la oración. Pero no una oración fugaz, vacía y presuntuosa, sino una oración prolongada, colmada de devoción y tranquilidad en la humildad.

- ¡Qué a gusto moraba el Seráfico Padre no sólo en el eremitorio del Alvernia, sino también en el de Greccio, Celle de Cortona ó Las Cárceles, el delicioso eremitorio aquel de Asís recostado a la

falda de Monte Subasio! ¿Es Francisco un espíritu esencialmente contemplativo?

- Desde luego que el santo mora muy a gusto en Greccio, en el santuario de los hermanos, ya porque lo encuentra rico en pobreza, ya porque en una celdilla apartada, adaptada en el saliente de una roca, se entrega con mayor libertad a la contemplación de las cosas celestiales.

De todos modos no se puede afirmar que en Francisco de Asís predomine la actitud contemplativa sobre la vida activa. Es, más bien, un contemplativo en acción o un activo en contemplación. El mismo San Buenaventura asegura que el bienaventurado Francisco ha aprendido a distribuir tan prudentemente el tiempo del día que parte de él lo emplea en trabajosas ganancias en favor del prójimo y la otra parte la dedica a los éxtasis de la contemplación.

- ¿Quieres decir, Padre, que su actitud contemplativa responde mayormente a la de un espíritu activo, que es el complemento al receso en su actividad apostólica?

- Algo así, sí. Pues para este hombre contemplativo la oración es un verdadero solaz, asegura san Buenaventura, mientras, convertido ya en conciudadano de los ángeles busca con ardiente anhelo al Amado, de quien solamente le separa el muro de la carne. Es también la oración para este hombre dinámico un refugio, pues, desconfiando de sí mismo y fiado en la bondad divina, en medio de su actividad descarga en el Señor, por el ejercicio continuo de la oración, todos sus afanes.

Seguramente por eso también nos deja escrito en la Regla bulada: “Aquellos hermanos a quienes ha dado el Señor la gracia del trabajo, trabajen fiel y devotamente, de forma que, evitando el ocio, que es enemigo del alma, no apaguen el espíritu de la santa oración y devoción, a cuyo servicio deberán estar las demás cosas temporales”.

- Sí, ya sé que los primeros hermanos, a semejanza de la primitiva comunidad apostólica, todos los días se dedican a la oración y al trabajo manual para ahuyentar hasta la sombra de la ociosidad, enemiga del alma. Y también sé que los hermanos, con idéntica solicitud, se levantan a media noche, según la palabra del profeta, para contemplar y celebrar las maravillas del Señor. Pero..., esa actitud contemplativa, ¿no es un especial patrimonio del espíritu capuchino?

- Sí, claro, me responde el Venerable Padre. Que los capuchinos nacimos en un siglo de profunda espiritualidad contemplativa y somos fruto de una reforma franciscana que acentúa especialmente la primacía de la contemplación, junto con una vivencia más estricta de la pobreza evangélica. Significa una vuelta sincera al primer Francisco de Asís, poniendo de relieve los valores de la intimidad con Dios, del retiro y de la soledad. Nuestros mismos conventos capuchinos, pobrísimos y un tanto alejados de las poblaciones, plasman nuestro espíritu franciscano de *Hermanos Menores de Vida Eremítica*, que esa es nuestra denominación de origen, y ponen de relieve nuestro esencial talante contemplativo y penitencial.

- ¡Ah! Conozco ese espíritu contemplativo de los primeros reformadores. No obstante, que Bernardino de Asti llegue a decir que la oración es el fin de la regla franciscana, más aún, que la vida religiosa consiste en la oración, creo que es exagerar esa misma actitud contemplativa. Es afirmar demasiado, ¿no te parece, Padre Luis?

- Desde luego. Es cierto que Fray Bernardino escribe: “Si me preguntáis en qué consiste la vida religiosa, os respondo que consiste en la oración. Y si mil veces me lo preguntáis, os diré siempre que consiste en la oración”.

Pero esta aseveración habrá que colocarla como afirmación de un deseo, afirmación un tanto retórica, en una época en que la razón se usa más como instrumento apologético para llevar las almas a la piedad que no con respeto a la veracidad de la afirmación. Me parece un aserto perdonable, más que censurable, en un espíritu tan profundamente contemplativo y que es el alma y vida de la reforma capuchina.

- ¡Ah!, por esto alertas, Padre, a tus religiosos para que tengan cuidado de no entregarse tanto a las obras exteriores que por esta causa pierdan la santa oración y devoción y abandonen la vida interior. Seguramente es la concreción de la regla franciscana de aplicarse a lo que por encima de todo deben anhelar los religiosos, es decir, a poseer el espíritu del Señor y su santa operación y a orar continuamente al Señor con mente pura y sincero corazón.

- Evidentemente. Y lo que ordeno a mis hijos lo predico asimismo, con las debidas proporciones, a mis diocesanos de Segorbe. El cristiano (les digo allá por la Cuaresma de 1928) no ha de aflojar por el trabajo en las cosas del servicio del Señor. Lo inculca ya el Seráfico Padre San Francisco a sus hijos, no queriendo que, ni aun por el estudio de las letras, aflojen en el espíritu de oración y contemplación.

- Ya sé, Venerable Padre Luis, que tú eres un espíritu amante del retiro, la soledad y la contemplación. Y también conozco tu deseo de ingresar en la Cartuja, o de retirarte frecuentemente al monasterio de Nuestra Señora de Montiel o al Santuario de Nuestra Señora de la Cueva Santa, eremitorios amigonianos.

Y asimismo sé que tus mejores conocedores y biógrafos afirman que tu espíritu estaba protendido a lo divino, que vivías como colgado de Dios y que nunca perdías su presencia, pero, ¿esta actitud contemplativa tuya no te viene del espíritu de las órdenes terceras de las que fuiste un activo director y organizador?

- Indudablemente. Que el espíritu terciario, ya desde su mismo nacimiento, posee unas connotaciones contemplativas. Seguramente que del espíritu de las órdenes terceras rescato yo aquel pensamiento que luego plasmo en el frontispicio de vuestras constituciones: “No olviden que el verdadero amor del prójimo no puede existir sin el amor de Dios, y que el mejor modo de hacer bien a los otros, es el de estar bien llenos del espíritu del

Señor, que es caridad; y este espíritu se adquiere en las prácticas de devoción, especialmente en la de la oración”.

Cuando llegamos a este punto del diálogo la tarde aún sigue en calma, y la primavera se manifiesta eternamente bella y en todo su esplendor, como es siempre la primavera levantina. Y en el rostro del Venerable Padre Luis se dibuja el semblante de pacífica satisfacción de un espíritu altamente contemplativo.

Así, al menos, lo percibo yo.





## 23. PAZ INTERIOR

**E**l Señor te dé la paz, hermano. Hazme, Señor, instrumento de tu paz. Paz y Bien, hermanos. Indudablemente todas estas expresiones rezuman un sabor netamente franciscano. De tal manera esto es así que, según san Buenaventura, al comienzo de todas sus predicaciones Francisco saluda al pueblo anunciándole la paz con estas palabras: “¡El Señor os de la paz!”

Por lo demás el Seráfico Padre siempre desea que los hermanos sean mansos, pacíficos y modestos, apacibles y humildes, hablando cortésmente, como conviene. ¡Ah!, y que en toda casa en la que entren digan lo primero: “¡Paz a esta casa!”

Pero, Venerable Padre Luis, tú que sabes bien esto por tus estudios y por el gozo pacífico del sábado eterno, ¿dónde ahínca sus raíces más profundas esta paz del espíritu, esta paz interior que se constituye en síntesis de la mística franciscana y en meta de su itinerario espiritual?

- Desde luego la fuente encimera (me responde el Venerable Padre Luis luego de breve reflexión) de donde brota el espíritu de paz interior se encuentra sin duda alguna en la Biblia. Es frecuente, en

momentos de una especial conmoción política y religiosa del pueblo de Israel, que los verdaderos profetas clamen por la paz. Aarón desea la paz a Israel con esta bendición: “Que Yavé te bendiga y te guarde. Haga resplandecer su faz sobre ti y te dé su gracia. Vuelva su rostro hacia ti y te conceda su paz”.

- Esta bendición fue siempre muy grata al Hermano Francisco, ¿no, Padre Luis?

- Por supuesto, claro. Y también lo es la figura profética del que anuncia la paz, y que nosotros los capuchinos incorporamos a nuestro acervo espiritual. Creo que es el profeta Isaías quien exclama: “¡Cuán bellos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz!” Y es que los mismos profetas, como el summum de la paz y felicidad, anhelan habitar sobre un picacho rocoso con provisiones de pan y de agua. Profetismo monástico nada desdeñable, ¿no te parece?

- Y el Señor Jesús...

- Sí, el Señor Jesús envía a sus discípulos de dos en dos, a los lugares a los que va a ir Él. Y les envía como heraldos de la paz y la palabra. Precisamente les da estas instrucciones: “No llevéis oro, ni plata, ni calderilla al cinto, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón...”

- ¿Y no es precisamente éste uno de los textos de la llamada vocacional de Francisco y sus compañeros, mediante la triple apertura de los evangelios en la catedral de San Rufino, en Asís?

- Sin duda alguna, si bien Celano cita libremente y mezcla los textos evangélicos. Pero no hay duda de que uno de ellos es precisamente este de San Mateo: “No llevéis oro, ni plata, ni calderilla al cinto, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón. Y, al entrar en la casa, deseadle la paz”.

El hermano Francisco inserta el texto en su primera Regla. En la segunda lo elabora un poquito y escribe: “Aconsejo, amonesto y exhorto en el Señor Jesucristo a mis hermanos que, cuando vayan por el mundo, no litiguen ni contiendan de palabra, ni juzguen a otros; sino sean apacibles, pacíficos y mesurados, mansos y humildes, hablando a todos decorosamente, como conviene. Y no deben cabalgar sino apremiados por una manifiesta necesidad o enfermedad. Y en toda casa en que entren digan primero: Paz a esta casa”.

- De todas las maneras, Venerable Padre Luis, a mí me parece -¡oh!, perdón por mi intromisión- que tu anhelo de paz interior tiene mucho que ver con esa forma agustiniana de paz interior, paz total, cósmica diría yo, pues lo citas en numerosas ocasiones. Creo que es una de tus citas más socorridas. Sabes a cuál me refiero, ¿no Padre?

- Sí, claro, sí. “Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”. Es el pórtico a sus Confesiones. A mí me influyó muchísimo. Y es que ese hondo sentido penitencial de las Confesiones es muy a propósito para infundir ese estilo característico de la conversión de los Penitentes de Asís. Sí, en ese sentido, san

Agustín nos influye mucho a los capuchinos que siempre propendimos a volver a ese sentido pobre, ascético, eremítico y penitencial del Francisco de Asís de los primeros tiempos.

- Perdona, Padre Luis, pero este sentido de la paz cósmica encierra una espiritualidad de corte muy agustiniana, ¿no?

- Si, ciertamente así es. Pues agustianiano es aquel pensamiento mío que os transmití: “Si en el universo se observa tan admirable orden y concierto en todos los seres, al que podemos llamar paz universal, no obstante la dependencia que tienen unos seres de otros, no es otra la causa que la omnímoda sujeción a las Leyes del Supremo Legislador”.

- Perdona una vez más, Venerable Padre Luis, pero en alguna ocasión me dijiste que la lectura de Don Tomás de Kempis influye no poco en tu propia formación. Pero, en concreto, ¿qué influencia tiene por lo que se refiere a la consecución de la paz del espíritu? Expílicate, ¿quieres?

- ¡Oh!, sí. Muchísima, muchísima. Por el siglo en que le toca vivir y por esa su consagración a la vida de claustro, Don Tomás de Kempis es todo un ilusionado buscador de la paz del espíritu. Siempre lo fue. ¿No recuerdas aquellas palabras tuyas: “Hay algunos que viven en paz consigo mismos y con el prójimo. Y les hay que ni tienen serenidad ellos ni la dejan tener a los demás. Constituyen una carga para los otros y, todavía más pesada, para sí mismos?”

Nosotros, a fuerza de leer diariamente sus palabras, aprendimos de memoria la mayoría de sus textos y expresiones.

- ¡Ah!, ahora que recuerdo, creo que en cuatro reglas de oro indica asimismo el camino que conduce a la verdadera paz y libertad espiritual. Quiero recordar que es así.

- Sí, ciertamente. A pesar de los años que han pasado todavía las retengo en la memoria. Escucha, suenan así: “Esfuézate, hijo, en cumplir antes la voluntad de los otros que la tuya. Elige siempre tener menos que más. Busca siempre el lugar más bajo y está sometido a todos. Procura siempre y pide que se cumpla íntegramente en ti la voluntad de Dios”. Y concluye asegurando que un hombre que haga eso ya ha entrado en el reino de la paz y de la tranquilidad.

- Vamos, Padre Luis, que el texto suena un poquito al undécimo mandamiento que tiene a gala saber de memoria todo buen italiano que se precie, y que poco más o menos reza así: “No meter las narices en aquello que no os importa”.

Exacto, exacto. Si bien tengo la impresión de que no es sino una adaptación de Don Tomás de Kempis quien ya escribió que podríamos gozar de mucha paz y serenidad si no nos metiéramos en los asuntos ajenos y en lo que los otros dicen o hacen. Y así es. De todas las maneras lo bueno no es que lo diga un italiano o un sajón, lo bueno es que entrambos tienen razón.

- De todos modos tengo la impresión -y corri-  
geme, Venerable Padre Luis si yerro o me equivo-  
co- pero creo que este concepto de la paz es más  
superficial que el que tú nos manifestaste cuando  
nos escribes: “La sólida y verdadera paz sólo se  
consigue, amados hijos, cuando se tiene con Dios,  
consigo mismo y con el prójimo, sin que pueda  
lograrse si no van las tres hermanadas; y ésta es  
la paz que nos trajo y enseñó Jesucristo con su  
doctrina y ejemplo”.

- Sí, es posible. Y hasta es posible que mis  
escritos hagan referencia mayormente a la paz  
interior, a la paz del espíritu, pues quiero recor-  
dar que en alguna ocasión ya escribí que la paz es  
fruto de la buena conciencia, del santo temor de  
Dios, de la sumisión a sus divinos preceptos, de la  
mutua unión y caridad fraternas; en una palabra,  
la recompensa a los hombres que de buena volun-  
tad sirven a Dios y aman a sus prójimos. Sin estas  
condiciones (recuerdo que os decía) ni se puede  
tener paz con Dios, ni con los semejantes, ni aun  
consigo mismo.

Por lo demás, modestia aparte, y aunque no  
esté bien que yo lo diga, pero siempre tuve una  
idea de la paz amplia, cósmica, universal, como  
meta del itinerario espiritual. Por ello os pude  
decir que Jesucristo no sólo nos pone en paz con  
Dios, sino que también nos enseña a procurar la  
paz interior del alma, que tan sólo se consigue por  
la unión del entendimiento y de la voluntad a la de  
Dios, centro armónico de la creación como princi-  
pio y fin que es de todas las cosas.

- Desde luego que tienes muy claro, Padre Luis, que la paz del espíritu es la meta final en el ejercicio de las virtudes, pues dijiste: “El testimonio de la buena conciencia; la conformidad con la voluntad de Dios, aun en medio de las tribulaciones, las privaciones y la pobreza; la fuga de los vicios; el desprendimiento de las cosas terrenas, y, en suma, la práctica de la virtud, es el único medio de conseguir la verdadera paz”.

- No quisiera alargarme, hijo, pero lo cierto es que la paz interior es siempre una interesante faceta del espíritu de todo buen franciscano, y por lo tanto de nuestra propia espiritualidad. El Seráfico Padre nos deja dicho: “La paz que proclamáis con la boca, debéis tenerla desbordante en vuestros corazones, de tal suerte que para nadie seáis motivo de ira ni de escándalo, antes bien, por vuestra paz y mansedumbre invitéis a todos a la paz y benignidad...” Así poco más o menos lo recoge vuestra *Regla y Vida*.

Llegados a este punto de nuestro diálogo aprovecho la oportunidad que se me brinda para poner de manifiesto lo que su gran amigo, Mons. Javier Lauzurica, dice de él. “Que el fondo de su ser era la paz, que poseyó como pocos el raro don de una vida inalterablemente serena, sin relieves, sin deslumbramientos, callada en la superficie, pero de profundo cauce espiritual”.

El Venerable Padre Luis hace un ademán como de complaciente aquiescencia, y guarda silencio. Es como si, al escuchar tales elogios a su humilde persona, le produjese un profundo pudor.

Mayormente viniendo de su buen amigo Javier. Y, como en sus tiempos de capuchino, recoge ambas manos en las amplias bocamangas de su hábito color café y queda inmóvil por breves instantes.

Y por breves instantes percibo también, como flotando en la lejanía de un ambiente feliz, la mejor silueta que conservo impresa en mi mente. Es la que de él hace su gran amigo Mons. Javier Lauzurica:

- *¡El fondo de su ser, la paz!*



## 24. SENTIDO PENITENCIAL

¿Qué te apetece tomar?, pregunto al Venerable Padre Luis.

Cualquier cosa, hijo mío, me responde amablemente mi buen Padre Fundador.

Me apresuro a ofrecerle un licor cualquiera y, nuevamente, le pregunto:

- ¿Y, cuánto te sirvo?

- Pues, poco más o menos, me responde, una cosa que esté bien.

Reconozco que jamás en vida mía se me ha ofrecido respuesta alguna que tanto me facilitase el servicio. Además es una forma elegante de iniciar nuestra conversación la que, también poco más o menos, se desarrolla en los términos siguientes:

- ¿Sabes, Padre Luis, que al hablar san Pablo sobre el sentido penitencial de la conversión dice en una de sus cartas: “Ya es hora de comenzar, hermanos; ya es hora de ponernos en pie?”.

- Sí, cierto. Es lo que también dice nuestro Padre San Francisco al inicio de su conversión: “Comencemos, hermanos, a servir al Señor, por-

que hasta ahora bien poco o nada es lo que hemos hecho”.

- Y así da comienzo a su vida penitencial, repli-co a mi buen Padre Luis. Pues para Pablo, como para Francisco de Asís, levantarse y comenzar es iniciar el camino de la penitencia, o el camino de la cruz, en seguimiento e imitación de Cristo nuestro Señor. Amén.

Por esto el Seráfico Padre asegura en su Testamento que el Señor le concedió a él, hermano Francisco, comenzar a hacer penitencia. De hecho a los primeros hermanos se les conoce como los Penitentes de Asís. Más aún, con el tiempo todo un sinnúmero de clérigos y laicos, vírgenes, continentes y casados pasarán a integrar su orden tercera, entonces también llamada Orden de Hermanos de la Penitencia. Y es cierto asimismo que la vida penitencial supone para él un cambio total en su manera de pensar, de sentir y de actuar. Pero, el comienzo de su vida de penitencia ¿no es un enraizarse en la corriente espiritual de su época? Quiero decir, ¿Francisco no ve la luz en un ambiente de profunda corriente penitencial, de que podemos hablar más adelante?

- Sí, por cierto, me responde el piadoso Padre Luis. En aquella época se piensa que las dos únicas vías que pueden conducir al hombre a la patria feliz de los bienaventurados son la inocencia y la penitencia. Y que, agotada la primera vía, tan sólo por la segunda se puede acceder a la mansión de los justos. Ten presente que el Divino Redentor, camino, verdad y vida, nos dice terminantemen-

te que sólo dos caminos hay para la salvación, el de la inocencia y el de la penitencia, y que el que quiera seguirle ha de ser tomando su cruz.

¡Oh!, perdón por autocitarme, pero no tenía más remedio que hacerlo. Éste es el pensamiento entonces. ¡Ah!, y también el mío ahora. De ahí las cruzadas para conquistar Tierra Santa. Y de ahí también las peregrinaciones, en todos los tiempos, a los santos lugares de Roma, Jerusalén o Santiago. No está bien que yo lo diga pero, el sentido penitencial, está siempre muy presente en mi vida.

- ¿Y en Francisco de Asís...?

- Desde luego, desde luego también. Porque ¿quién pudiera decir, quién pudiera comprender siquiera cómo Francisco fue ángel de la verdadera paz, destinado por Dios, a imitación y semejanza del Precursor, a predicar la penitencia con el ejemplo y la palabra, preparando en el desierto el camino de la altísima pobreza? No lo digo yo, es el mismo san Buenaventura quien lo asegura.

- Desde luego. Pero es que, además, lo deja ya bien claro el mismo Francisco de Asís en su Testamento, seguramente el escrito que con mayor sencillez y claridad manifiesta su última voluntad.

- ¿Y qué dice el Seráfico Padre, si se puede saber?

- Pues dice poco más o menos, y perdóname que cite de memoria, que los hermanos, si en algún lugar no fueren bien recibidos, márchense

a otras tierras, con la bendición de Dios, a hacer penitencia.

- Ciertamente que Francisco de Asís tiene siempre muy claro su camino penitencial pues, viendo el varón de Dios Francisco que son muchos los que, a la luz de su ejemplo, se animan a llevar con ardiente entusiasmo la cruz de Cristo, se enardecía también él mismo (como buen caudillo del ejército de Cristo) por alcanzar la palma de la victoria mediante el ejercicio de las más excelsas virtudes.

- De todas las maneras, y si bien los primeros Hermanos Menores son conocidos como los Penitentes de Asís, sin embargo la verdadera orden de penitencia es la tercera pues, desde sus comienzos, vive la penitencia como norma de vida. ¿No, Padre Luis?

- Ciertamente. Tanto es así que, para el bienaventurado Francisco, hermano de penitencia es aquél hermano que abraza un estado de vida en constante y continua conversión.

- De cuanto te escucho, Venerable Padre Luis, ¿puedo deducir que para el hermano menor su penitencia es la vida común? Para la Orden Tercera, en cambio, el sentido penitencial de los hermanos está en llevar una vida de renuncia, en dar buen ejemplo, en ser portadores de paz, en ejercitarse en obras de misericordia...

- Sí, en un cierto modo así es. Pues el sentido penitencial mucho más que a ejercicios de penitencia, se orienta a una conversión constante, a

una piedad sincera y a una reforma de la vida y costumbres...

- Desde luego, Padre. Así lo pienso yo también. Y es que el sentido penitencial del evangelio significa un radical cambio interior en forma de conversión. De lo dicho deduzco que nuestra amable espiritualidad amigoniana presenta un matiz profundamente penitencial. ¡Ah! y, si me apuras, hasta por un triple o cuádruple motivo.

- ¿Sí?... ¿Quieres explicarte mejor, hijo.

- Con sumo gusto. En seguida. En primer lugar yo percibo el sentido penitencial por franciscanos; en segundo, por capuchinos; en tercero, por terciarios, y hasta por Nuestra Señora de los Dolores, en cuarto lugar, si me apuras. Que por algo nos diste por nombre el de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Y siempre el nombre recoge y resume la esencia. Es como el carnet ó billetito de presentación de la mercancía. ¿O me equivoco?

- ¡Oh, no, no, no! ¡Qué te vas a equivocar, hijo!, me responde el Venerable Padre Luis. De todos modos, y llegados a este punto, hasta la propia finalidad de reforma de la juventud extraviada, a que os destiné, presenta un marcado tinte penitencial. Pues si el Concilio habla del carácter corredentor y penitencial del trabajo humano... no cabe la menor duda de que el vuestro es uno de los más arduos y difíciles. De todas las formas, y por lo que a vuestra Congregación se refiere, yo siempre propendí a infundiros esa espiritualidad de los hermanos menores juntamente con una

finalidad penitencial y misericordiosa propia de las órdenes terceras. ¿Acaso, por capuchinos y por terciarios, no recogéis ambas realidades? Por otra parte la penitencia, como conversión interior, ¿no supone un retorno a Dios como servicio misericordioso a los hermanos más necesitados?

- ¡Ah!, entonces por eso el Seráfico Padre San Francisco da comienzo a su Testamento con estas palabras: “El Señor me dio a mí, el hermano Francisco, comenzar a hacer penitencia; y, efectivamente, como estaba en pecado, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia”.

- Cierto, cierto. Así es, efectivamente. Pues, si nos fuese dado, amados hijos, seguir paso a paso la vida mortificada de Francisco, y penetrar en el santuario de su alma, para conocer su mortificación interior, veríamos que en nada cede a la de los anacoretas, y que con razón se le llama el Penitente de Asís. ¡Uy, perdón por autocitarme otra vez!

Por lo demás vuestra misma *Regla y Vida*, el escrito más franciscanamente bello y precioso que poseéis, os dice: “Déjense guiar por el Señor, e inicien la vida de penitencia, sabiendo que todos hemos de estar en disposición de conversión permanente”.

- A propósito, Venerable Padre Luis, ¿nuestra labor en pro de la reforma de la juventud extraviada no supone también un ejercicio del sentido penitencial, quiero decir, de ejercicio de conversión?

- Por supuesto, claro que sí. Y las tres etapas en que distribuíamos a los jóvenes de aislamiento provisional, vida social y libertad relativa respondían a un camino o proceso penitencial de conversión del joven. Con el tiempo incluso se las llamó etapas de esperanza, perseverancia y confianza. O también, como tu dices, de principiantes, proficientes y adoradores. Como ves, siempre con un claro matiz de conversión cristiana.

- ¡Ah!, por eso también nuestros estatutos para las Escuelas de Reforma dicen: “Con el tiempo y los medios necesarios para asegurar en lo posible el buen éxito, se dispondrá al alumno para la primera confesión en la Escuela, de la cual depende en muchos casos el comienzo de su eficaz enmienda en lo futuro”.

- Sí, claro. Y a continuación añaden: “De esta manera llegará el alumno bien dispuesto a la Sagrada Comunión la que, si resulta bien hecha, influirá totalmente en el cambio de vida deseado. Además, como la conversión del joven es sólo un medio necesario y principal para la enmienda, pero no es ella misma, con la repetición de actos buenos que den por resultado la formación y arraigo de las virtudes, se llegará a conseguir que los alumnos adquieran buenos hábitos y la enmienda de vida”.

- En resumidas cuentas, Padre, que pusiste la catequesis y sacramentalización como medios indispensables en el proceso penitencial de conversión del alumno...

- En cierto modo así fue, sí.

- Carísimo Padre Luis, hemos dialogado sobre el sentido penitencial en Pablo de Tarso, en Francisco de Asís y en los Hermanos Menores, en las Órdenes Terceras, en tu persona y en la de tus religiosos, y hasta en el proceso penitencial o de conversión de los jóvenes acogidos en nuestros centros de reeducación, ¿qué más nos queda?

- Nada más por hoy, hijo mío, sino quedar para proseguir dialogando en otras ocasiones.

- Sí, es la conclusión lógica y natural, y a veces única-le digo-, de toda reunión que se precie, aunque sea únicamente de dos. Así lo acordamos y nos despedimos hasta la próxima, no sin antes ofrecerle nuevamente del licor pretexto de nuestra conversación. Pero esta vez, con un sencillo movimiento de cabeza me transmite su negativa, al tiempo mismo que me dice: No, gracias.

A cuya negativa, obviamente, le respondo: No hay de qué.

Y es la pura verdad.

Confieso que nunca salió de mis labios una respuesta tan verdadera, pues lo cierto es que nada le serví. Por lo demás, ¿cómo iba a servir licor a quien fue tan parco en vida, máxime si desde hace tantos años disfruta ya de los gozos del sábado eterno?



## 25. DESAPROPIO FRANCISCANO

**E**n la espiritualidad franciscana el desapropio, es decir, la renuncia a poseer cosa alguna como propia, va íntimamente unido a la virtud de la pobreza, la minoridad y aún a la negación de sí mismos. Y hasta tal punto llega el desapropio del hermano menor que mucho más que de una renuncia externa se trata de una exigencia interior, personal.

Dice Francisco de Asís:

- ¡Ay de aquel religioso que ha sido colocado en lo alto por los hermanos y no quiere abajarse por su voluntad!

Pues, a tal punto llega el verdadero desapropio del hermano menor que mucho más que el desapropio de casas, cosas, cargos y personas, exige el desapropio de su misma libertad y voluntad.

Y los buenos franciscanos -¡y he aquí la verdadera novedad!- conceden tanta importancia al desapropio de todos y de cada uno de los hermanos en particular como al desapropio de cada fraternidad en cuanto tal. Entre ellos no se da que, haciendo cada hermano voto de pobreza, su morada sea luego un grandioso monasterio rodea-

do de cuantiosas posesiones. En pobres palabras, pudiéramos afirmar que el desapropio y la pobreza franciscanos no son la pobreza y el desapropio monásticos, fruto de la renuncia individual de quienes siguen el modelo de la vida en común de sus monasterios, sino la pobreza apostólica de Jesús y de sus primeros discípulos.

Precisamente este es el desapropio y pobreza que desea vivir con todas sus fuerzas el Venerable Luis Amigó. Y de tal manera lo consigue que el Decreto de Venerable asegura al respecto que:

- A ejemplo del mismo Padre San Francisco, en la virtud de la pobreza no quiso que nadie le aventajase.

Pero, ¿de dónde nace en Luis Amigó el amable desapropio franciscano?

Seguramente que se origina, a tenor de la Regla seráfica, del seguimiento literal de un Cristo pobre y desamparado, propio de quienes, siguiendo el ejemplo del Señor, no hacen de cosa alguna objeto de apropiación reservándola egoístamente para sí, sino que viven como peregrinos y forasteros en este mundo.

Precisamente una mañana de invierno del año 1208 Francisco está oyendo misa en la iglesuca de la Porciúncula, en la Campa de Asís. Al escuchar el santo que los discípulos de Jesús no deben poseer ni oro, ni plata, ni calderilla; ni llevar alforja, ni bolsa, ni pan, ni bastón para el camino; ni tener calzado, ni dos túnicas, sino solamente predicar el reino de Dios y la penitencia, al instante, lleno del

Espíritu del Señor y saltando de indecible alegría, el enamorado de la pobreza evangélica exclama:

- Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica.

Y el Seráfico Padre, a tal punto de perfección llega en el desapropio de casas o domicilios, que luego deja escrito en su *Regla y Vida*:

- Guárdense los hermanos, dondequiera que estén, en eremitorios o en otros lugares, de apropiarse para sí ningún lugar, ni de vedárselo a nadie. Y todo aquel que venga a ellos, amigo o adversario, ladrón o bandido, sea acogido benignamente.

Este espíritu de desapropio personal es el que vive el Venerable Luis Amigó y que recoge asimismo en la *Regla y Vida* con estas palabras:

- Los hermanos y hermanas tengan presente que no debemos poseer nada de cuanto hay en el mundo, sino contentarnos, como dice el apóstol, con tener qué comer y con qué vestirnos.

Precisamente la reforma capuchina, juntamente con un retorno a la vida contemplativa y eremítica de los primeros Penitentes de Asís, supone asimismo una vuelta a la vida franciscana y apostólica de los primeros tiempos en total pobreza y desapropio. En una vida de fraternidad y minoridad de corte eremítico aceptan la pobreza evangélica, la gran liberadora, en sus dimensiones de abdicación, peregrinación, minoridad y austeridad. ¡Ah!, y los primeros capuchinos de la Restauración,

entre quienes se cuenta el Venerable Padre Luis Amigó, lo saben muy bien.

Resulta sumamente amable recorrer las sencillas páginas de *Apuntes sobre mi vida, o Autobiografía*, de Luis Amigó y poder apreciar el desapropio de los primeros restauradores, ese su sentido de la vida profundamente desprendido, peregrinante y providencialista, propio de quienes han hecho profesión de vivir cual viajeros y forasteros en este mundo.

¡Qué providencia amorosa la del Señor para con los conventitos capuchinos de Masamagrell o de La Ollería! ¡Qué conformidad con la voluntad de Dios, propia del hijo bienamado! ¡Qué vivir de la providencia diaria, mediante la diaria limosna en especie, para cada día poder proclamar que el Señor es su Bien, su Único Bien, su Sumo Bien, el Padre amoroso que amorosamente cuida de sus hijos, quienes se ponen felices en las manos del Señor, cual niños en los brazos de la madre!

Y cuando el Venerable Padre Luis da comienzo a obras importantes, lo hace para mayor gloria de Dios, honra de la Orden y salvación de las almas, pero siempre fiado en la Divina Providencia que de tal manera mueve los corazones de los hombres que nada de lo necesario falte a quienes confían en Él.

Llegados a este punto es curioso observar cómo las primeras Constituciones Capuchinas, en su primitiva ingenuidad, recuerdan al respecto:

- De los procuradores y síndicos no queremos ni hacer mención... Ordenamos, por lo tanto, que

no se tenga otro procurador ni otro síndico que Cristo bendito, y nuestra procuradora y protectora sea nuestra Señora la Madre de Dios, y nuestro sustituto sea nuestro Padre San Francisco.

Por su parte el Venerable Luis Amigó desea transmitir este mismo espíritu de desapropio a sus dos congregaciones religiosas. De hecho en las primeras Constituciones, tanto de las hermanas cuanto de los hermanos, ni se contempla el cargo de procurador o administrador, pues deben vivir el desapropio franciscano y evangélico. ¡Ah!, y a las hermanas por dos veces les ordena en sus Constituciones que la mendicación debe de ser el único patrimonio de las religiosas.

Asimismo manifiestan una frescura, sencillez y simplicidad franciscanas los relatos en que los hermanos de Asís hacen partícipes a los demás de lo que la Divina Providencia amablemente les suministra, pues:

- A pesar de que los hermanos abundan en extrema pobreza (según dice el Anónimo Perusino) son siempre espléndidos y comparten de buen grado sus limosnas con quienes se las piden por amor.

¡Ah!, y ocasión hubo en vida del Venerable Padre Luis en que, encontrándose limosneros capuchinos y amigonianos, se avienen a repartirse fraternalmente lo conseguido, llevando así a la práctica el ejemplo de los primeros hermanos. ¿Se imaginan hoy, a principios ya del siglo XXI, lo ocurrido entonces, a finales del XIX?

Volviendo al desapropio franciscano, y por añadidura capuchino, de los fervores de los primeros hermanos capuchinos cabe decir que es heroico. Especialmente en tiempos de carestía o de peste. En el primero de los casos sus mismas Constituciones les ordenan que, para salir al paso de las necesidades de los pobres, se pida limosna para ellos por medio de hermanos expresamente deputados por los guardianes, a ejemplo del piadosísimo Patriarca, que sentía gran compasión hacia los pobres.

Y en cuanto al desapropio personal, hasta del propio querer, se pone de relieve especialmente en tiempos de peste, lo que era entonces demasiado frecuente por desgracia. Pues, en estos casos, las mismas Constituciones ordenan que, puesto que a aquellos que tienen el corazón libre de afectos terrenos, les resulta dulce, justo y obligado morir por quien murió por nosotros en la cruz, se ordena que los hermanos vayan a servir a los apestados.

El Venerable Padre Luis, que profesa y vive esta vida capuchina, envía a sus religiosas durante el cólera de 1885 a atender a los apestados en Benaguacil y Masamagrell. Cuatro de las hermanas mueren mártires de la caridad. En tan aflictiva situación, como él mismo escribe, también él personalmente y sus religiosos de La Magdalena atienden a los apestados. La fraternidad capuchina paga asimismo el tributo de cuatro vidas más, de cuatro jóvenes religiosos.

Quien vive el desapropio personal en sí y en sus religiosas, puede luego proclamar que del desinterés y desapropio de los bienes terrenos nos dan admirables ejemplos que imitar los primeros cristianos, o que para imitar al Seráfico Padre en esta virtud se esforzarán los religiosos por vivir desprendidos de todas las cosas de la tierra, no buscando más que a Dios, único y verdadero bien.

El Seráfico Padre, a ejemplo del Señor, quien dice que las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, pero que el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza, no quiere nunca tener casa ni celda que llamen suya, ni consiente jamás en que se la hagan. Y si acontece que en alguna ocasión dice a los hermanos:

- Id y preparadme aquella celda.

No quiere luego entrar y hospedarse en ella.

En la familia franciscana vivir sin propio es una integrante de su misma espiritualidad. Y el Venerable Luis Amigó lo sabe muy bien. Por ello vive sin propio, como prendido de la Divina Providencia. Ahora bien. ¿Cómo puede el religioso amigoniano vivir hoy ese espíritu de desprendimiento hasta de la propia voluntad? ¿Cómo puede renunciar incluso de la propia libertad personal? ¿Cómo se puede verter ese espíritu de desapropio a nuestras categorías mentales y religiosas de hoy? Este es indudablemente el verdadero problema, y no pequeño.

De todos modos de una cosa estoy bien cierto. Ya sé que esto es poco, pero es seguro. Creo que

el desapropio es un rasgo espiritual en la vida del Venerable Luis Amigó. Sé que este mismo espíritu desea traspasar él a sus religiosos y religiosas. Y sé que de tal manera desea vivir el desapropio, que muy bien pudiera hacer suyo aquel pensamiento con el que Francisco de Asís concluye su *Carta a toda la Orden*:

- En conclusión: nada de vosotros retengáis para vosotros mismos, para que enteros os reciba el que todo entero se os entrega.



## 26. ESPÍRITU PROPIO

**A**penas concluido el Concilio Vaticano II, Venerable Padre Luis, me encontraba yo en Roma cursando teología. Y en los pasillos y aulas universitarias continuamente resonaban las mismas palabras, es decir, renovación, aggiornamento, puesta al día.

A los religiosos, con ocasión y sin ella, como aconseja Pablo a su discípulo Timoteo, se nos decía que la renovación hay que ponerla más en vivir con mayor fidelidad al espíritu fundacional que no en la multiplicación de leyes. Y que toda la renovación de la vida religiosa exige una mayor fidelidad al espíritu de los fundadores, a sus intenciones evangélicas y al ejemplo de su santidad. El pensamiento lo recogería posteriormente Su Santidad Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangélica Testificatio*.

Desde luego que yo en seguida me puse manos a la obra para tratar de conocer en profundidad tu pensamiento y tu espíritu, e intenté establecer mayores lazos entre tu espíritu y tu ministerio apostólico. Quise conocer y dar a conocer tu pensamiento y tu obra. Pensaba yo, gracias a Dios y al calor de la juventud, que toda renovación o

aggiornamento exigen conocimiento previo. Creía yo entonces, con la ingenuidad de un Sócrates cualquiera, lo confieso, que el mal es fruto de la ignorancia y que todo hombre, si sabe hacer el bien, sin duda lo realizará. Pero, desgraciadamente... tal vez mi apreciación no fuera demasiado exacta. Por ello te pregunto, Venerable Padre Luis, a la vez que trato de clarificar y acercar tu espíritu a tus hijos:

- ¿Cuál es tu espíritu propio? ¿Y cuál el que deseas transmitir a tus hijas e hijos espirituales?

El Padre Luis con su mano derecha se atusa suavemente su cuidada barba, mientras con la otra toma las borlas del fiador de su manto y, luego de reflexionar brevemente, me contesta.

- Evidentemente muchas veces y en diversas ocasiones, me dice el Venerable Padre Luis, con obras y con palabras he manifestado mi espíritu. Sabía yo que a los comienzos de su nueva vida, Francisco, con la ayuda de Dios, como sabio arquitecto, se fundamentó sobre la roca viva, es decir, sobre la profunda humildad y pobreza del Hijo de Dios, llamando a su orden de Hermanos Menores por motivo de su gran humildad.

Mi buen Padre Luis me mira con la complacencia del más amante de los padres de este mundo. Y luego prosigue:

- Sinceramente ese mismo espíritu y carácter deseo también yo para mí y para mis hijos. Por eso siempre cultivé el espíritu capuchino propio de un hermano menor de vida eremítica, con cuyo nombre nacimos. Vamos, el espíritu de los herma-

nos menores, de los Penitentes de Asís, de los de la primera época.

Naturalmente, esto supone un espíritu seráfico de minoridad y fraternidad, contemplativo y penitencial, itinerante y desprendido. Por lo demás, mira, yo alguna vez ya he definido y condensado nuestro espíritu propio, aunque tal vez con no excesiva precisión, como un espíritu de caridad, pobreza y mortificación. Creo que así se lo manifesté a tus hermanas de América.

Nuevamente me mira el Padre con gran curiosidad, y con suma ternura. Y añade luego a continuación:

- En cuanto al espíritu que yo deseo para mis hijos, ni qué decir tiene que deseo asimismo un espíritu netamente franciscano. De todos modos a quienes alguna vez me solicitaron que cuál era, yo les respondí en cierta ocasión, y así lo dejé escrito: "La Congregación es vuestra Madre que, con la vida religiosa os ha comunicado su espíritu, su carácter y su predilección por las virtudes de humildad, sencillez, caridad y celo apostólico, que caracterizan a nuestra Orden Seráfica". Quiero decir que en estas breves palabras intento recoger vuestro espíritu seráfico.

Mientras los dos charlamos, el Padre Luis a veces acaricia su cruz pectoral, otras atusa las borlas del fiador de su manteo color café, y a veces se mesa la blanca barba, por cierto, muy bien tenida y cultivada, como digo. Aprovecho para preguntarle directamente:

- Quiero recordar, Venerable Padre Luis, que en cierta ocasión la hermana superiora de la casa noviciado de Yarumal, en Colombia, pidió tu parecer para la formación de las religiosas. ¿Se puede saber en qué dirección fueron entonces tus consejos?

- ¡Oh! Sí. Y me responde con la celeridad de quien se sabe ya la respuesta de memoria. Quiero recordar que así lo recoge el bueno del P. Joaquín Belda, como amanuense mío personal, en una de las cartas. Luego de recordar a mis hijas de Yarumal que era preciso confesar, aunque con dolor, que hasta ahora no se había formado el personal de aquella casa con el espíritu propio de nuestro Instituto, le decía que cada orden y cada congregación tienen su espíritu propio, conforme a la misión altísima que el Señor le confía; y que el de nuestro Instituto, rama del tronco franciscano, y por añadidura capuchino, debe estar basado: en una profunda humildad, una obediencia ciega y una total pobreza.

Así es que ese es el espíritu, me asegura mi buen padre fundador, que yo deseo transmitir a mis hijas e hijos espirituales y demás integrantes de la familia amigoniana, como decís hoy. ¡Que, por lo visto, por epítetos no queda! Por lo demás en vuestro mismo nombre fundacional quise yo recoger el espíritu y carácter que os quiero transmitir, ¿no?

- ¿En el de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores y en el de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia?

- Efectivamente, me dice. Pues el nombre constituye un poco como el carnet de identidad de la persona, o la tarjeta de visita que sintetiza las esencias, pues recoge el sabor franciscano capuchino, juntamente con el carácter misericordioso y penitencial de las órdenes terceras.

Al Padre Luis pasito a paso se le van iluminando los ojillos, detrás de sus gafas metálicas, como quien goza y disfruta en conversar de lo que más íntimamente lleva grabado en lo hondo del corazón. Yo me lanzo a preguntarle:

- ¿Y cómo infundiste el espíritu propio en tus hijos espirituales?

- Desde luego el espíritu propio, por su mismo carácter franciscano, procuramos inculcarlo con obras y palabras. Sí, porque el espíritu de la familia franciscana se transmite así, como por ósmosis o por contagio.

En las mismas Constituciones yo instituí, creo que por inspiración divina, la casa madre, es decir, la casa noviciado en la que teníamos los aspirantes, prenovicios, novicios, jóvenes profesos y profesos de votos perpetuos. ¡Ah! y con una parte destinada a prácticas en el ministerio específico a que destiné la Congregación. Por supuesto, el superior y el maestro de novicios eran cargos que, por su gran responsabilidad, ostentaba siempre uno de los consejeros generales.

Por lo demás procuré que los religiosos se penetrasen bien del espíritu seráfico, espíritu que nosotros, con nuestra vocación especial, hemos sido llamados a imitar.

Tampoco fui corto, al menos eso creo yo, por lo que a doctrina se refiere. Pues ya en las primeras constituciones escribí que depende en gran parte el bien espiritual y temporal de la Congregación de los maestros de novicios, encargados de formar el corazón y el espíritu de los jóvenes según el espíritu propio de la misma. ¡Ah!, por ello dejé consignado que los superiores mayores señalaran los autores de texto que se hubieran de estudiar, dando siempre la preferencia a los franciscanos para que los jóvenes se penetrasen bien del espíritu y amor de la Orden, y estimasen en más su vocación. Así que, como ves, también por escrito quise recordar a mis hijos el deber de cultivar el espíritu propio y la gratitud que por lo mismo debían mostrar por su Madre la Congregación.

Yo me apercibo que el Venerable se va animando como por momentos, a la vez que inserta párrafo tras párrafo, todos ellos literales y autobiográficos, como quien se los sabe de memoria y va insertando con toda naturalidad al hilo de la conversación. Por esto, apenas veo que hace una breve pausa para mirar por la ventana, aprovecho para preguntarle:

- ¿No fueron los momentos de especial dificultad, y pasan por mi mente las dificultades habidas con los capuchinos, jesuitas y hermanas de Colombia, no fueron los momentos de especial dificultad, digo, los que te obligan a precisar tu pensamiento e insistir en el cultivo del espíritu propio?

El Venerable Padre Luis se queda unos momentos como absorto. En seguida se apresta a responder a mi pregunta, con cita literal en cuanto le es posible a tanta distancia de los hechos. Y me dice:

- En la primavera de 1890 ya hubo ciertas injerencias jesuíticas en nuestra fraternidad de Torrente. Y, sí, hube de precisar nuestro espíritu propio, que no es otro que el espíritu seráfico. Y lo hice con la siguiente ordenación de santa visita: “Los religiosos procuren que sus lecturas sean seráficas, seráficas sus devociones, seráficos los santos de su devoción a quienes se proponga imitar, y seráfico también el amor a María Inmaculada nuestra Madre, rosa fragantísima del Jardín Seráfico”.

- Sí, Venerable Padre Luis, recuerdo haberla leído. Además, en la misma ocasión, les dirigiste otra ordenación.

- No recuerdo. ¿Cual?

- Pues... aquella que poco más o menos reza así: “Se procurará que las lecturas del refectorio sean de ordinario de obras de la Orden que inspiren a los Religiosos el espíritu seráfico, y con preferencia las vidas del Padre San Francisco y demás santos de la Orden”.

- ¡Uff, casi no lo recordaba ya! ¡Hace de esto tantos años!...

- ¿Y a tus religiosas de Colombia?

- Sí, también con ellas hubo sus problemillas. Por lo demás no es de extrañar, pues se encontra-

ba la Congregación en sus comienzos. La distancia de España era tan grande... Por otra parte las religiosas españolas, que eran las que al principio gobernaban, en su deseo por inculcar el espíritu propio no siempre sobresalieron por su prudencia y buenos modos. A pesar de todo, como entonces les escribí, las religiosas todas estaban adornadas de muy buena voluntad y deseos de perfección.

- Perdona, Padre Luis, pero seguramente donde con mayor interés manifiestas el espíritu propio es en la carta testamento. ¿Acaso tenías miedo, como el Padre San Francisco, de que con el tiempo se produjesen en tus hijos desvíos del espíritu primero querido por ti?

- Puede ser, puede ser (y esboza una leve sonrisa que se percibe en sus ojos garzos bajo las pobladas cejas). Y prosigue. Tal vez por eso os escribí entonces: "Habéis de procurar, amados hijos e hijas, formar muy bien vuestro espíritu y conformar vuestra vida a la del modelo que el Señor nos presenta en el Seráfico Padre San Francisco". Os le proponía como modelo de profunda humildad, santa pobreza, celo por la salvación de las almas y amor a Dios. Y concluía: "Con estos caracteres seréis conocidos todos como hijos del Serafín de Asís".

- Pues, ¡que así sea, Padre Luis!

- Amén, responde el Venerable Padre.

Con este deseo mutuo concluimos la diaria conversación. Al fin y al cabo no era ésta sino la manifestación de su última voluntad. Y las últimas voluntades, creo yo, se aceptan y se respetan.



## 27. CARIDAD FRATERNA

**L**a mañana, recuerdo, era fresca. Fresca y deliciosa como son siempre allí las mañanas. Y muy a propósito para hablar de temas íntimos. El Venerable Luis Amigó me recibe en su despacho. Luego de saludarle, y de besar su anillo, le digo:

- En fechas anteriores hemos hablado ampliamente del amor seráfico y de la fraternidad franciscana como rasgos espirituales, pero circunscritos a tu orden religiosa y a tu persona. Hoy desearía, más bien, que dialogáramos de entrambos, pero como rasgos espirituales tuyos y de tus hijas e hijos espirituales. Más bien de la caridad y unión que siempre deseaste para todos ellos.

- Conforme. Con sumo gusto, me responde mi Venerable Padre Luis.

Comienzo por recordarle el texto que al respecto incluye el Seráfico Padre en su Primera Regla. Es de lo más a propósito para entrar en materia: “Manifieste confiadamente el uno al otro su propia necesidad, dice San Francisco, para que le encuentre lo necesario y se lo proporcione. ¡Ah!, y

que cada uno ame y nutra a su hermano como la madre ama y nutre al hijo de sus entrañas”.

El Venerable Padre Luis que, además de haber sido siempre un profundo conocedor y fiel cumplidor del espíritu franciscano, aprecia todo desde las alturas de las estancias superiores en que mora, me dice:

- Y, ¿no conoces la forma de vida, según Celano, de la primitiva fraternidad?

Yo finjo ignorarla para tener el gozo de escuchar de labios de mi buen Padre Fundador la oportuna explicación, y pregunto:

- ¿Cuál...?

Entonces el Padre Luis, mientras me embobo yo fijando la mirada en el Cristo crucificado de tamaño natural de su despacho, toma del estante los escritos del Seráfico Padre y, abriendo el libro, luego de breves instantes de búsqueda, me lee: “¡Oh, cómo era ardiente el amor fraterno de los nuevos discípulos de Cristo! ¡Y cuán sólido se manifestaba en ellos el amor por la familia religiosa! Cada vez que en algún lugar o por el camino, como a menudo sucedía, se encontraban, había una verdadera explosión de afecto espiritual, el solo amor que sobre todo otro amor es la fuente de la verdadera caridad fraterna. Se manifestaba en castos abrazos, en tiernos afectos, en el ósculo santo, en la conversación agradable, en la modesta sonrisa, en el aspecto festivo, en el ojo sencillo, en la actitud humilde, en la lengua benigna, en la respuesta serena; eran concordes en el ideal,

diligentes en el trabajo e infatigables en el servicio mutuo”.

- ¿Y tus religiosos...?, me apresuro a preguntar. ¿Cómo vivían tus hijos la caridad fraterna?

El Venerable Padre Luis, de quien dicen sus mejores conocedores que nunca se le escuchó hablar mal de nadie, me responde:

- Como mi Seráfico Padre, yo siempre sigo muy de cerca la vida de la fraternidad. Por otra parte tengo asimismo muy presente lo que recoge actualmente vuestra *Regla y Vida*, es decir, que nadie por causa de los hermanos sea instigado a la ira o al escándalo, sino que todos sean estimulados, por su misma mansedumbre, a la paz, a la benignidad y a la concordia.

Por eso, como rasgo de nuestra espiritualidad, escribo en las primeras Constituciones de mis religiosas: “Las hermanas se amarán mutuamente con aquel amor santo tan recomendado de Nuestro Señor Jesucristo, que por él, decía, hemos de ser conocidos sus discípulos, y que nuestro Seráfico Padre San Francisco quería fuese en nosotros más intenso y fuerte aún que el que profesa una madre a su hijo carnal”.

Alguna vez he manifestado que yo soy un pobre y viejo diablo, y aún más diablo que viejo, por lo que me apresuro a preguntar directamente al Padre Luis:

- ¿Pero tus religiosos no siempre viven esa paz virgiliana que parece querer dar a entender? Y hasta creo saber, al menos que esté en un error,

que tus hijas tampoco. Que a raíz de las dificultades sin duda brotan tus mejores consejos sobre la caridad fraterna que vuelcas en cartas sumamente paternas.

- Es verdad, es verdad, me responde mi buen Padre Luis. Que en la vida de cada instituto religioso hay siempre sus dificultades. Y el nuestro no ha sido una excepción en esto. Pues nos quiere el Señor mártires a los religiosos, con martirio lento que unos a otros nos damos, y por lo regular sin quererlo ni pensarlo, me dice. Y remata este pensamiento textual de una de sus deliciosas cartas con el consabido suspiro. ¡Sea Dios bendito por todo!

Y prosigue. Sabes que a principios del pasado siglo, a raíz de la necesaria renovación de las Constituciones, se crea un gran desasosiego entre los hermanos. Hube de intervenir entonces. Y en una larga carta, que encabezo con mi nombre de Fray Luis de Masamagrell, miserable pecador y, no obstante, por disposición divina fundador de esta Congregación, les digo ya bien avanzada la misma: “Uníos, ante todo, como en apretado haz, con el estrecho lazo de la caridad. Así os haréis fuertes y formidables a vuestros enemigos, pues que en la unión está la fuerza; y, por el contrario, en la desunión, la ruina y la muerte”.

El malestar se va acrecentando en el Instituto. Cada año solía yo felicitar a mis hijos en el día de la Madre, Nuestra Señora de los Dolores. En la felicitación para el día de Nuestra Madre de 1906, hube de escribir suplicándoles con dolor:

“Unámonos en espíritu el Viernes de Dolores en el santuario del corazón dolorido de Nuestra Madre y pidámosle con fervor nos continúe sus bendiciones, dando a los prelados luz y acierto en sus disposiciones; a los súbditos, unión, celo y sumisión; y, por vuestros méritos, el perdón de sus pecados a este vuestro padre y siervo en Cristo”.

- Y, con motivo de la huida masiva de los jóvenes corrigendos de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, el día de la Inmaculada de 1920, ¿no escribiste también a tus religiosos?...

- Sí, también en aquella ocasión, luego de hacer a mis hijos una breve reflexión sobre el trato a los jóvenes, les recomiendo mucho la unión y caridad fraterna por la que, dice el Señor, nos han de conocer por discípulos suyos.

- ¿Y a tus religiosas, mis hermanas...?, pregunto a quien constantemente se manifiesta cual padre amante que siempre les tiene muy presentes.

- Sí, también, también entre tus hermanas hubo sus más y sus menos, como sabes, me dice el Venerable Padre Luis. Entre tanto se pone en pie para proseguir la conversación paseando por el despacho. Las dificultades nacen, como es natural, con el normal crecimiento del Instituto en Colombia. Y se manifiestan allá hacia 1923.

Con motivo de estas desavenencias recuerdo que el Venerable Padre Fundador les escribe una extensa misiva en la que, entre otros consejos, les incluye el siguiente: “En la unidad y caridad fraterna debéis también distinguiros, amadas hijas, como virtud tan recomendada por nuestro

Seráfico Padre, y sin la cual no podrían subsistir las órdenes religiosas, por ser ella el lazo de unión y el espíritu que las vivifica”.

- La vida de la Congregación en Colombia -me dice- se va complicando, como ocurre siempre cuando no se da solución al problema con la necesaria celeridad y prontitud. Y la vida de la fraternidad se va deteriorando y haciendo día a día más difícil. Y, como para colmar el vaso, viene a complicar aún más la solución al problema la petición que mis hijas elevan a la Santa Sede de una provincia autónoma de la Congregación.

La petición, sin duda, no fue formulada correctamente y en aquella ocasión también hube de derrochar mucha prudencia y amor paternal. Les digo a mis hijas de América que para el acrecentamiento y prosperidad de la Congregación uno de los principales medios que deben emplear es la íntima y fraternal unión de unas hermanas con otras.

Les indico asimismo que la diferencia de caracteres, temperamentos, educación y nacionalidad no debería en manera alguna extinguir ni aun menoscabar en ellas la mutua unión y caridad fraternas, virtud por la que dice el Señor hemos de ser reconocidos por discípulos suyos.

Y concluyo con un símil, que a mí, la verdad, me pareció entonces de lo más a propósito y acertado. “Dice el Eclesiastés: La cuerda de tres hilos difícilmente se rompe, ¿cuán sólida no debiera ser la que os liga y une entre sí a vosotras, que profesáis

la misma fe, pertenecéis a la misma Congregación y sois hijas de la misma madre España?”

- Con el correr del tiempo surgen nuevamente dificultades. El Venerable Padre Luis conoce bien la historia de sus hijas e hijos espirituales. ¿Y qué padre amante no conoce bien el historial de sus hijos?

Por lo demás la caridad y mutua unión la recomienda ya el Señor en el sermón de la Última Cena, la pondera asimismo el Apóstol Juan en sus últimos momentos, y la pide encarecidamente el apóstol Pablo antes de su partida de este mundo. Y la recomienda asimismo el Seráfico Padre y la inmensa mayoría de los fundadores...

¡Ah!, pero me doy cuenta de que tú mismo, Padre, nos la dejas en la carta testamento como tu última voluntad. ¿Por qué ese interés tuyo por la caridad y mutua unión de tus hijos espirituales?

- Efectivamente, sí. Porque si cumplís esto, como dice el apóstol Juan, cumplís la ley y los profetas. Por eso os dejo en el testamento: “Debéis procurar también haya entre vosotros una íntima unión, pues que en ella está el secreto de la fuerza. Y para ello que os améis los unos a los otros, como tan incesantemente lo encargaba san Juan a sus discípulos”.

Evidentemente el Venerable Padre Luis Amigó tiene muy asumido que la caridad fraterna debe de ser un rasgo esencial de la espiritualidad amigoniana o, más bien, el alma de la misma. ¡Cómo no

lo va a tener claro y presente un hermano menor, y por añadidura de vida eremítica...!

Cuando abandono el palacio episcopal, que de palacio tiene más bien poca cosa por lo humilde de los materiales de mampostería usados y la sencillez de sus moradores, el sol se levanta ya alto sobre el cerrillo de San Blas. Ilumina de luz y calor el valle segorbino. Fray Serafín M<sup>a</sup> de Ayelo de Malferit, familiar del Venerable Luis Amigó, me acompaña hasta la puertecita que da a la catedral. Y, luego de entrar en ella y despedirme de Nuestra Señora de la Asunción, me pierdo por un dédalo de callejuelas frescas y estrechas que tapizan la Ciudad del Agua Limpia hasta lograr alcanzar la vía de regreso.

¡Loado sea por todo el Señor!



## 28. SENCILLEZ Y HUMILDAD

Quienes mejor conocieron al Venerable Luis Amigó aseguran que era varón de una profundísima humildad, de una pobreza auténticamente franciscana, ¡ah! y de una sencillez y suavidad de trato encantadoras.

La primera luz del día se abre paso, viva, penetrante, al oriente. Y se inunda de luz nueva la verde fronda de la huerta levantina. Amanece la mañana tibia, deliciosa. Me apresuro camino de Segorbe. Precisamente voy a dialogar con mi Venerable Padre Luis. A dialogar sobre su profundísima humildad. Y también, cómo no, sobre esa su sencillez de trato que, dicen todos, encantaba. Virtudes ambas que, según creo, él desea y deseó siempre transmitir a sus hijas e hijos espirituales.

Son ya sobre las once de la mañana cuando entro y tomo asiento en su despachito. La estancia respira la proverbial sencillez y humildad capuchinas. Pues, aparte un cristo de tamaño natural, obra de su amigo Damián Pastor, nada más de extraordinario advierto en la misma. Para comenzar le espeto seguidamente:

- ¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti?

- ¿Cómo que por qué a mí?, me responde a su vez un tanto extrañado por pregunta tan indiscreta cuanto insólita.

- ¿Por qué a ti, le digo, te dota el Señor de esa profundísima humildad y de esa no menos encantadora sencillez?

El Venerable Padre Luis mueve levemente la cabeza y, un tanto ruborizado, me contesta con un: ¡Che! ¡Che!..., que yo interpreto como amable reconvencción por mi pregunta tal vez un tanto indiscreta. Luego se le ilumina súbitamente la mirada y, viniéndole a la cabeza la expresión de *Las Florecillas*, me devuelve la pregunta a su vez:

- ¿Deseas saber por qué a mí? ¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí? Pues, sencillamente, porque el Dios Altísimo, entre los pecadores, no halló ninguno más vil ni más inútil, ni más grande pecador que yo. Y me larga literalmente la misma respuesta que el Seráfico Padre ofreció en cierta ocasión al hermano Maseo en la Porciúncula. Que el poder del Señor se manifiesta en la debilidad humana, dice san Pablo. Y, cuanto más vil es el instrumento, menos priva al Señor de su gloria. Y a continuación, ya algo más distendido, me dice:

- Desde luego que la sencillez y humildad de nuestro Seráfico Padre ¡esa sí que era extraordinaria! Y, como nada hay tan justo y puesto en razón como que un hijo reproduzca en sí mismo la imagen y las virtudes de su Padre, y yo al menos

así lo entendí entonces, desde luego quise copiarlo en mi persona.

¡La humildad de Francisco de Asís! ¡Esa era su virtud característica! Es de la que todos los autores le citan como prototipo y ejemplar. Y tanto la inculcaba a sus hijos espirituales, que quiso se distinguiesen, como sabes, con el nombre de Menores.

Por lo demás (me sigue diciendo mientras camina despaciosamente por su despacho) los primeros hermanos llevaban una vida de profunda sencillez y humildad. En tal medida estaban repletos de santa simplicidad, tal era su inocencia de vida y pureza de corazón, que no sabían qué era doblez; pues, como era una la fe, así era uno el espíritu, una la voluntad, una la caridad; siempre en coherencia de espíritu, en identidad de costumbres; iguales en el sentido de la virtud; había conformidad en sus mentes y coincidencia en la piedad de las acciones.

El Seráfico Padre, en una eclosión de gozo pas-cual, hermana pobreza y humildad en su saludo a las virtudes: “¡Salve, decía, señora santa pobreza, el Señor te salve con tu hermana la santa humildad!” La tradición franciscana, como sabes Padre, la traduce como minoridad, y de la que ya tratamos anteriormente.

- Pero, ¿qué entendemos por sencillez y humildad franciscanas?

- No resulta fácil describirlas, y menos aún definir-las, me dice el Venerable Padre Luis mientras

distrae su vista por la ventana. De todos modos permítame que lo intente. Me fijaré especialmente en las actitudes del Seráfico Padre.

Él siempre deseó que sus hijos no fuesen mayores, sino menores y sujetos a toda autoridad. Y deseó que ninguno de los hermanos tuviese potestad o dominio, y menos entre ellos. Que se empeñasen en seguir la humildad y pobreza de Nuestro Señor Jesucristo y que, como dice el apóstol, estemos contentos teniendo qué comer y con qué vestirnos. Y deben gozarse cuando conviven con gente de baja condición y despreciada, con los pobres y débiles, con los enfermos y leprosos, y con los mendigos de los caminos. Los hermanos no deben ser sabios y prudentes, según la carne, sino más bien sencillos, humildes y puros. En una palabra, sencillos, inocentes, humildes y sin doblez.

- Tal vez por esto, me permito interrumpir su larga digresión, tal vez por esto al final de sus días Francisco, cuando ya estaba cercana la muerte, tanto más atento se mostraba a descubrir la mejor manera de vivir y morir en toda humildad y pobreza.

- Ciertamente, ciertamente, si bien yo quiero creer que observó esta actitud durante toda su vida de converso. Pues siempre tuvo muy claro que el Señor le había llamado por el camino de la sencillez y humildad, y le había manifestado que éste era el verdadero camino para sí y para cuantos quisieren creer en su palabra y seguir sus ejemplos.

Y tal vez el bienaventurado Francisco, que amaba mucho en sí y en los otros la pura y santa simplicidad y se complacía en ella, llevaba siempre consigo al hermano Juan como compañero desde que le vistió el hábito religioso. Era éste de tanta simplicidad, que creía que debía ejecutar materialmente cuanto el bienaventurado Francisco hiciera.

- Esa sencillez y humildad la deseó ver especialmente en sus ministros, ¿no, Venerable Padre Luis? Pues lo escribió así en la primera Regla, y así también lo volvió a plasmar en la segunda. “Los ministros, escribe el Seráfico Padre, acojan a los hermanos caritativa y benignamente, y tengan para con ellos una familiaridad tan grande que éstos puedan hablar y comportarse con los ministros como los señores con sus siervos. Pues así debe ser, que los ministros sean siervos de todos los hermanos”.

- Efectivamente. Que también yo deseé transmitir este mismo pensamiento. Y así lo plasmé en las constituciones de tus hermanas terciarias capuchinas: “Los prelados religiosos no deben ser como los príncipes gentiles, les decía yo, que con la dignidad se engrandecen, sino que tanto más deben abatirse por humildad, cuanto sobre ellos carga un mayor peso. Y acuérdense que son ministras y siervas de sus hermanas”.

- Y, ¿a los religiosos?

- Sí, también, también a los hermanos os escribí en términos parecidos o similares. Que, como Francisco de Asís, también yo deseé fundamentar

las congregaciones sobre el sólido fundamento de la sencillez y humildad franciscanas, si bien no os diese el apelativo de menores. Pues que el concepto mismo para entonces ya había perdido mucha de su anterior vigencia.

Seguimos dialogando sobre cuestiones de menor importancia. Sentimos claramente cómo daban las doce en el reloj de la catedral. Eran las doce en punto. También escuchamos la voz cantarina de la campana del claustro. Rezamos el ángelus y nos dirigimos al refectorio.

Luego del sobrio almuerzo y breve recreación mi buen Padre Fundador se retira a sus estancias a reposar, algo connatural, yo añadiría que consubstancial, en la larga tradición capuchina. Entre tanto me entretengo en rememorar la sencillez y humildad, tanto en las estancias de palacio, cuanto en su misma persona. Por la tarde también dialogamos brevemente sobre el mismo tema. Y, dado que me interesa más hablar de la vivencia de ese estilo pobre y humilde en su persona y en la de sus hijos, que no de la sencillez y humildad de Francisco y de los Penitentes de Asís, le digo:

- ¿Y, cómo pasa este espíritu seráfico a tus religiosos y religiosas?

- Sin duda alguna que la sencillez y humildad son caracteres que deben adornar nuestro espíritu. Seguramente te lo indiqué ya cuando hablamos sobre el espíritu propio, o en todo caso cuando dialogamos sobre la minoridad. Y hasta corremos el riesgo de repetirnos más que chirimía

de ciego o acordeón de feriante. Pero nunca por mayor abundancia es peor año.

A las hermanas les recordé su predilección por las virtudes de humildad, sencillez, caridad y celo apostólico que caracterizan nuestra Orden. Y en otra ocasión les recuerdo que nuestra Congregación debe de estar basada en una profunda humildad, una obediencia ciega y una total pobreza, como rama de la Orden Franciscana, y por añadidura capuchina, que es. Y a mis religiosos y religiosas, con la fuerza que siempre tienen las últimas voluntades, les decía que debían formar muy bien su espíritu y conformar su vida a la del modelo que el Señor les presenta en el Seráfico Padre. Imitándole en su profunda humildad, en su amor a la santa pobreza, en su vehemente amor a Dios, y en su celo por la salvación de las almas.

Así es que en momentos, y momentos solemnes claro, como ves, manifiesto la voluntad de que mis hijos vivan en sencillez y humildad, siguiendo el modelo que el Señor nos presenta en el Seráfico Padre San Francisco.

- ¿Se trata, pues, de un seguimiento literal y material, según lo entiende el hermano Juan el Simple?

- ¡Oh, no, no, no! Pero que yo deseo un seguimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y de su fiel imitador San Francisco, también en estas virtudes, esto es poco, pero es seguro.

En esto que nos coge la hora a entrambos, como diría Don Francisco de Quevedo. Y, como

al mediodía, también en estos momentos suena la voz de la campana. Como sonaba al atardecer en todos los monasterios del mundo. Y mi buen Padre Fundador aprovecha para recordarme que la voz de la campana es la voz de Dios.

- Debemos retirarnos, me dice, y me invita a cenar. El señor obispo lleva vida de fraternidad. En palacio todo va al son de la campana, según dice uno de sus familiares.

Por esta vez acepto la invitación de mi buen Padre Luis y me dispongo a cenar a su mesa, en la que, como todo buen franciscano, siempre conserva un puesto aparejado para quien a última hora recurre a su mesa.



## 29. CAMINO DE LA CRUZ

Los autores espirituales, Venerable Padre Luis, con harta frecuencia nos hablan del tema de los dos caminos, o de las dos sendas, para finalizar invitándonos a elegir y seguir el camino de la cruz. O, para ser más exactos, “el camino real de la santa cruz”. Que así le llama Tomás de Kempis en su libro *De la Imitación de Cristo*. Y así, creo recordar, que le llamas también tú en algunas ocasiones.

No sé por qué, pero siempre he tenido la impresión de que el tema de los dos caminos, o de las dos sendas, se remonta a muchos, muchos años ha. Poco más o menos a los tiempos de Caín y Abel, y que luego prosiguen Caín y Set y, posteriormente, sus muchos seguidores o más bien secueces. Con el tiempo el salmista llamará dichoso al hombre que sigue la senda de los justos, mientras asegura que el camino de los impíos acaba mal. Y otro texto bíblico dice:

- Mira, hoy pongo ante ti dos caminos: el de la muerte y el de la vida. Escoge el de la vida, vivirás y te irá bien a ti y a tu descendencia.

Y el Señor, ante la negación del joven rico a seguir sus huellas, concluirá diciendo que quien desee seguirle tome su cruz cada día y le siga. El hecho insensiblemente me hace recordar aquel pensamiento de mi buen Padre Fundador, y que él resolvió en pregunta:

- ¿No tenéis presente que el Divino Redentor, camino, verdad y vida, nos dice terminantemente que sólo dos caminos hay para la salvación, el de la inocencia y el de la penitencia, y el que quiera seguirle ha de ser tomando el camino de la cruz?

Pablo de Tarso, siguiendo el camino real de la santa cruz, asegura:

- ¡Libreme Dios de gloriarme si no es en la cruz de Cristo, y Cristo crucificado!

Lo que también recoge el Seráfico Padre San Francisco cuando dice que en la cruz de la tribulación y de la aflicción podemos gloriarnos, ya que esto es lo nuestro.

En fin, que la meditación de los dos caminos, o de las dos sendas, se remonta poco más o menos a los tiempos heroicos del resfriado. De todos modos seguramente uno de los que más profundamente medita el tema de los dos caminos, para optar finalmente por el camino real de la santa cruz, es nuestro Seráfico Padre San Francisco. Pues, en su afán por seguir las huellas del Maestro, los estigmas corporales brillan en el exterior de su carne; alimenta su espíritu con el rezo cotidiano del Oficio de la Pasión; medita con sus hermanos diariamente el libro de la cruz de Cristo; y convierte

la thau, en forma de cruz griega, en el sello oficial de su Orden.

Y es que toda la vida de este pobrecillo de Cristo se cifra en seguir el camino de la cruz, en gustar las dulzuras de la cruz y en predicar la gloria de la cruz. Por ello puede en verdad decir, en los comienzos de su conversión, con el Apóstol Pablo:

- Lejos de mí gloriarme si no es en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Por lo que Francisco y sus compañeros, que habían sido llamados y elegidos por Dios para llevar la cruz de Cristo en el corazón y en las obras y predicarla con la lengua, parecían, y eran en verdad, hombres crucificados en su manera de vestir, en su austeridad de vida, en sus acciones y en sus obras.

San Buenaventura asegura que Cristo Jesús crucificado moraba de continuo, como hacecillo de mirra, en la mente y en el corazón de Francisco y en Él deseaba transformarse totalmente por el incendio de su excesivo amor. Por lo que muy bien podemos concluir preguntándonos también con su biógrafo Tomás de Celano:

- ¿Quién podría decir, quién pudiera comprender cuán lejos estaba de gloriarse si no era en la cruz del Señor? Sólo a quien lo ha experimentado le es dado saberlo.

Tomás de Kempis, que tan profunda influencia ejerce en los religiosos en general, y en los capuchinos de primera época en particular, asegura en su libro *De la Imitación de Cristo* que no existe

otro camino para la vida y para la verdadera paz interior sino la senda de la santa cruz y de la mortificación diaria. Sube, baja; entra, sal; y en todas partes, asegura, hallarás la cruz. Ve donde quieras, busca lo que quisieres y no hallarás camino más elevado arriba ni más seguro abajo que el camino de la santa cruz.

Y ratifica su sentencia con una pregunta no menos acerada:

- ¿Crees poder evitar lo que no pudo eludir ningún mortal? ¿Qué santo hubo en la tierra sin cruz y sin tribulación?

El Venerable Luis Amigó dirá, al respecto, a sus hijos:

- No olvidéis que el camino recto y seguro para la santificación es la santa cruz. Y para corroborar la sentencia del Kempis les escribirá:

- En efecto, tened siempre presente esta quintilla: Sin cruz no hay gloria ninguna, / ni con cruz eterno llanto. / Santidad y cruz es una. / No hay cruz que no tenga santo / ni santo sin cruz alguna.

Tomás de Kempis aún irá más lejos en su reflexión:

- Ni Jesucristo Nuestro Señor mientras vivió, dice, pasó una hora sin el dolor de la Pasión. Y tú, ¿cómo andas buscando otra senda distinta de este camino real que es el sendero de la santa cruz? De ahí también que el Venerable escribiese a sus religiosos, en momentos de especial difícil-

tad para sus institutos, que en la situación por la que atravesamos no cabe más satisfacción que la de saber estar sufriendo por amor de Dios, que es quien quiere que le sigamos por el camino de la cruz y la tribulación.

Por lo demás, y así se expresa el Venerable, quiere el Señor que le sigamos cargados con nuestra cruz, símbolo de la mortificación y de la penitencia. Camino que Él quiso seguir también para entrar en su reino, a fin de estimularnos con su ejemplo.

Desde luego que resulta difícil dar una explicación al sufrimiento del Hijo de Dios, así como explicar el dolor humano, y todavía más el dolor de los inocentes. La conciencia se revela. Y del hondón del espíritu aflora a los labios una pregunta, o más bien diversas preguntas: ¿Por qué el dolor de los inocentes? ¿Por qué el sacrificio de los aún no nacidos? ¿Qué sentido tienen los sacrificios de los todavía sin pecado? ¿Su dolor es una respuesta clara de interrelación y fraternidad universal? Y, ¿por qué el Señor no perdona ni a su propio Hijo, sino que lo entrega a la muerte y muerte de cruz?

Desde luego es preciso considerar que, en la revelación cristiana, son los justos, son los santos, son los inocentes, los que pagan por los demás, los que pagan por el resto. Éste es el mensaje y el misterio de las Bienaventuranzas. Asegura George Bernanos:

- Creo que si Dios nos diera una idea clara de la solidaridad que nos une a los unos con los otros,

tanto en el bien como en el mal, no podríamos, en efecto, seguir viviendo.

Tal vez esto explique la misteriosa solidaridad de los inocentes con el sufrimiento de los demás. Su solidaridad no es más que su unión misteriosa a los sufrimientos de Cristo. De todos modos los autores espirituales, entre ellos los santos, han traducido la teología de la cruz en una vida de sacrificio y de piedad oblativa. Y, seguramente, la han traducido e interpretado bien.

Por otro lado han acentuado la idea de que es preciso el seguimiento de Cristo, especialmente en el camino de la cruz. Por ello han puesto de relieve que el Señor a quienes más ama, más les hace sufrir. A este respecto escribe Luis Amigó:

- El Maestro a los justos cuanto más les ama, tanto con mayor abundancia les da a beber el amargo cáliz de la tribulación, como lo vemos en la Santísima Virgen, a la que con razón llamamos Reina de los Mártires. Cuanto más perfecta en la criatura y más ama y sirve a Dios, más pesada cruz le impone el Señor, a fin de que sea mayor su recompensa en el cielo.

Seguramente que no siempre es así. Y hasta tal vez ésta no deje de ser una interpretación piadosa de hechos incuestionables, porque, ¿quién puede medir los quilates del dolor en espíritus de tan diversa sensibilidad, formación y religiosidad? Por esto, no obstante, nos seguimos preguntando con perplejidad, ¿qué sentido tiene el dolor del Hijo de Dios? Y, ¿qué sentido tiene el dolor de los demás inocentes? ¿Ayudarán a completar lo que falta a

la pasión de Cristo? ¿Será un sufrir piadoso por los hermanos?

Por eso Luis Amigó, siguiendo el ejemplo de toda la amplia tradición franciscana y capuchina, observa la práctica del piadoso acompañamiento a Jesús y María camino del Calvario, ordena a sus religiosos que diariamente tengan la meditación de la Pasión del Señor, y él mismo diariamente realiza el piadoso ejercicio del vía crucis. Sus mejores biógrafos así nos lo aseguran.

Por lo demás el Venerable Padre Luis sabe por experiencia de su vida religiosa como capuchino que el camino de la cruz es el medio de que el Señor se vale para nuestra propia santificación. Por ello recuerda frecuentemente a sus religiosos esta realidad:

- No cabe duda de que unos a otros -dice- nos hemos de servir de cruz, pero así lo dispone el Señor para nuestra santificación, y hemos de llevarla con resignación, y hasta con alegría, pues con ella hemos de ir al cielo.

Y, como todavía está presente en su pensamiento aquella sentencia de que la máxima penitencia del religioso es la vida común, escribe a sus religiosas, al final ya de sus días:

- Las crucecitas que unos a otros nos ofrecemos muchas veces, sin quererlo ni pensarlo, son los medios de que el Señor se vale para labrar nuestra santificación, pues nos quiere el Señor mártires a los religiosos, con martirio lento que unos a

otros nos damos y, por lo regular, sin quererlo ni pensarlo. ¡Sea Dios bendito por todo!

De todos modos no cabe duda de que esa contemplación piadosa de Jesús camino del Calvario, de María al pie de la Cruz, así como el ejercicio diario del vía crucis, han hecho del Venerable Luis Amigó un espíritu sumamente piadoso y misericordioso, rasgo que transmite a sus hijas e hijos espirituales, tanto en la concepción de su propia espiritualidad como en el ejercicio de su propio ministerio.



## 30. LA POBREZA

La virtud de la pobreza es tan connatural a la espiritualidad franciscana como la respiración misma a los seres vivos. Tal es el amor de Francisco de Asís a la santa pobreza que en esta virtud no permite que nadie le aventaje y se la pide al Señor como gracia especial para si y para su Orden.

Por otra parte siempre me ha cautivado esa actitud del Seráfico Padre como el pobrecillo de Yavé. Él -asegura el Pobrecillo de Asís- jamás fue ladrón de limosnas, ni en pedir las, ni en el usar de ellas más de lo necesario. Y siempre tomó de las mismas menos de lo que necesitaba, para que otros pobres no quedasen privados de su parte. Pues que obrar de otra manera sería robar.

Y, ¿qué decir del Venerable Luis Amigó? Pues que era asimismo de una humildad profundísima y de una pobreza auténticamente franciscana. En esta virtud tampoco quiso, a ejemplo del Seráfico Padre San Francisco, que nadie le aventajara, según refiere su *Decreto de Venerable*.

Por otro lado, y cuando de pobreza se trata, con demasiada frecuencia descendemos, so pre-

texto de ser prácticos, a hechos concretos, lo que reduce demasiado sus reales dimensiones. Y también sus propias exigencias. Por todo ello tenía yo grandes deseos de hablar sobre el tema con mi Venerable Padre Fundador que, a parte de vivir la pobreza capuchina, muestra siempre un espíritu transparente y sin doblez en la manifestación de sus apreciaciones. Por ello me acerco a su vera y me apresto a presentarle únicamente tres o cuatro cuestiones que, al hilo del tema, espontáneamente se me suscitan. Y, le pregunto sin más ni más:

- ¿Por qué razón, Padre, la reforma capuchina acentúa tanto la pobreza, en especial en sus aspectos de desapropio y de mendicación? Pues, yo al menos, tengo la impresión de que en Francisco de Asís, y también en la primitiva fraternidad, no fue así.

El Venerable Padre Luis me contempla con profunda ternura, como intentando calibrar bien el alcance de mi pregunta. Y luego pausadamente, como en él es costumbre, me responde:

- Mira, sí. En buena parte tienes razón. Pues es verdad que en la *Regla o Forma de Vida* el Seráfico Padre escribe a los hermanos: “Empéñense en seguir la humildad y pobreza de Nuestro Señor Jesucristo y recuerden que nada hemos de tener de este mundo, sino que, como dice el Apóstol, estemos contentos teniendo qué comer y con qué vestirnos”.

Pero no es menos verdad que el Seráfico Padre advierte también que quien no posea un oficio no sea admitido a la Orden, y que quien no sepa tra-

bajar, aprenda, para ser útil a los hermanos. Y que, por el trabajo, pueden recibir todas las cosas que son necesarias, menos dinero. Y, sólo en el caso de que no les den la paga de su trabajo, recurrirán a la mesa del Señor, es decir, a la mendicación pidiendo limosna de puerta en puerta, como los pobres de Yavé.

- Ciertamente. Además (me atrevo a puntualizar su pensamiento) si en alguna ocasión se ve al pacífico Francisco de Asís airado, es precisamente al hablar del hermano mosca, o del hermano zángano, pues come -dice él- del sudor de sus hermanos, no hace nada de bueno y estropea las buenas obras de los demás.

- Efectivamente. Por eso escribe en su *Regla y Vida*: “quien no tiene un trabajo, lo aprenda y, como hermanos y hermanas pobres, a quienes el Señor ha dado la gracia de servir y de trabajar, sirvan y trabajen con fidelidad y con devoción”. Manifiesta asimismo una especial predilección por el hermano Gil de Asís, quien seguramente es, después de San Francisco, la más hermosa encarnación del espíritu franciscano y el más vivo ejemplo y modelo del hermano menor de la primera época, por su espíritu contemplativo y por su dedicación al trabajo.

Y, además, Francisco de Asís en su *Regla y Vida*, asegura mi buen Padre Luis, pone las bases del trabajo y del modo de trabajar del hermano menor.

- Sí, claro. Y para que no hubiere lugar a dudas lo plasma también en su Testamento que, como

sabes, Padre, es el lógico complemento y la más cumplida explicación a la Regla. “Yo trabajaba con mis manos -dice Francisco- y quiero trabajar. Y quiero firmemente que todos los otros hermanos trabajen en algún oficio compatible con la decencia. Los que no lo saben, que lo aprendan, no por codicia de recibir la paga del trabajo, sino por el ejemplo y para combatir la ociosidad”. Y concluye: “Y cuando no nos den la paga del trabajo, recurramos a la mesa del señor, pidiendo limosna de puerta en puerta”.

- Luego... el recurrir a la mesa del Señor pidiendo limosna ¿será sólo en el caso de que los frutos del trabajo manual no lleguen a cubrir las necesidades del convento y para combatir la ociosidad en los hermanos?

- En cierto sentido sí, así es. Pero creo yo que no nos corresponde a nosotros precisar más, pues toda precisión supone una limitación y, en los terrenos del pensamiento, si se precisa demasiado, se corre el riesgo de ser injustos.

Comprendo perfectamente que quien escribe en las Constituciones de sus hijas que el único patrimonio de las religiosas sea la mendicación, no manifieste un especial entusiasmo en discutir sobre el tema, más aún habiendo sufrido en sus carnes las inclemencias de la mendicación. Apercebido de esto, y aprovechando de que el Pisuerga pasa por Valladolid, le pregunto:

- Tengo la impresión, Venerable Padre Luis, que la pobreza apostólica y evangélica es muy diferente de la pobreza monástica. Como también tengo la

impresión de que la pobreza que Francisco de Asís quiso para sí y para los hermanos es muy diferente de la que hoy practicamos sus hijos espirituales. ¿Es así? ¿Es interesante mi observación?

- Desde luego, me dice mi buen Padre Luis, la pobreza es virtud moral y, por lo tanto, sumamente sensible a los tiempos, circunstancias y costumbres de los humanos. Y en la vida religiosa la pobreza no es virtud de adecuación automática, sino variable, vital. La pobreza evangélica era y sigue siendo hoy una exigencia del vivir evangélico, siguiendo el ejemplo y modelo de quien no tiene ni donde reclinar su cabeza. Supone un desapropio total, no ya sólo a nivel personal, sino también a nivel colectivo e institucional.

En cambio en los cenobios -yo diría que también en los monasterios- se acentúa excesivamente la vida en común en detrimento de la vida en eremítica pobreza. Y lo que inicialmente comienza siendo vida en fraternidad frecuentemente concluye siendo simplemente vida en común o vida de comunidad. Y la pobreza personal, amparada por la riqueza del monasterio y de la vida comunitaria, proporciona al monje una mayor seguridad. En la vida monástica la mayor atención a la estabilidad y seguridad va en detrimento de la pobreza apostólica.

- Sin embargo la vida en pobreza, en cierto modo, se salvaguarda mediante la petición de permisos. ¿No, Padre Luis?

- No totalmente, pues la petición de permisos ejercita mucho más en la obediencia y, si se

quiere, en la humildad que no en el ejercicio de la pobreza. De hecho, siendo el monje cada vez más pobre, el monasterio en cambio suele ser cada vez más rico. Que no han sido los grandes monasterios quienes menos han disfrutado de beneficios y prebendas.

- A propósito de beneficios y prebendas, Venerable Padre Luis, al Seráfico Padre constantemente le recriminan obispos, cardenales y hasta papas que, habiendo fundado la Orden en tantísima pobreza, sin privilegios no podría subsistir. Y le atosigan una y otra vez para que los solicite. ¿No es por esto por lo que el beatísimo Padre manda firmemente por obediencia a todos los hermanos que, estuvieran donde estuvieren, no se atrevan a pedir en la curia romana, ni por sí ni por intermediario, privilegio alguno en favor de una iglesia o de algún lugar?

- Seguramente el padre de los pobres, el pobre-cillo Francisco de Asís, identificado con todos los pobres, no se siente tranquilo si ve a otro más pobre que él, según asevera Tomás de Celano. Y ésta, seguramente, es una buena fórmula para ejercitar la pobreza evangélica personal y fraternalmente, sin amasar bienes como frecuentemente acaece en la vida monástica. Al menos así lo pienso yo, vamos.

- ¿Y en tus hijos la práctica de la pobreza al día de hoy?

- Indudablemente no resulta fácil, ni siquiera desde aquí arriba, precisar cómo va a ser la pobreza religiosa ya en los comienzos del siglo XXI. Lo

que si parece bastante claro es que nuestro estilo de pobreza presenta hoy más semejanzas con la pobreza monástica que no con la pobreza evangélica o franciscana. También parece claro que lo que se nos pide es vivir la pobreza de los pobres de Yavé, de quienes carecen de seguridad. Asimismo se nos exige que estemos sujetos a la ley común del trabajo, más que a ejercitar la mendicidad. Finalmente, es preciso mostrar el lado amable de la pobreza, viviéndola con el talante gozoso de las bienaventuranzas.

Seguramente que el Venerable Padre Luis, como Francisco de Asís, practica con tanto rigor la pobreza y de tal modo la ama, que no quiere que en esta virtud le aventaje nadie. Con ella se desposa y la constituye también como base y fundamento de sus dos congregaciones religiosas. Seguramente que hubiera querido decir muchas más cosas acerca de la misma. Pero quisimos navegar por el firmamento de las ideas, sin bajar al farragoso campo de los hechos, tan sumamente intrincado cuanto interminable.

¡Ah!, por lo demás los primeros hermanos del instituto, caballeros de dama pobreza, a ejemplo de Egidio de Cortona, se ejercitaron también en el trabajo manual.

- ¡Hasta la próxima!, me dice mi buen Padre Luis, en que podamos dialogar sobre la pobreza, pero más que en su dimensión de renuncia, como llamada y puerta de la verdadera libertad. ¿No te parece?

Con una suave inclinación de cabeza accedo gustosamente a dialogar sobre idea tan deliciosa cuanto atractiva. Y, lentamente, abandono el lugar de nuestro diálogo.



## 31. LA OBEDIENCIA

**D**e qué quieres que hablemos el próximo día?, me pregunta el Venerable Padre Luis, despidiéndonos ya a la puerta de su despacho.

- De la obediencia, si os parece bien, le digo. Que siempre los súbditos nos hemos de ejercitarnos en alguna virtud más que el resto de los mortales. A lo que me replica, rápidamente, como movido por un resorte interior:

- Y los superiores, en la autoridad.

- ¡Eh!, no, no, no, le respondo. Que la autoridad siempre fue vicio, y no virtud. Y el Venerable Padre Luis ríe feliz y abundantemente de la ocurrencia.

Y de la obediencia franciscana pensaba hablar hoy con mi buen Padre Fundador. Pero el día ha salido desapacible y lluvioso, cosa insólita en la huerta levantina. Opto, pues, por encerrarme en mi despacho, colocarme frente al ordenador y tratar de reflexionar conmigo mismo.

Desde luego he de decir que siempre me ha cautivado la simplicidad y franciscana sencillez de Francisco de Asís y de los primeros hermanos.

Apenas llegan a la cifra de doce enseguida acuden a su madre, la santa romana iglesia, para que el pontífice Inocencio III les apruebe su *Regla o Forma de Vida*.

¡Qué sencillez para cruzar a pie la Umbría y el Lazio y allegarse hasta San Juan de Letrán! ¡Qué simplicidad para caer de hinojos ante el Sumo Pontífice y prometer humilde y devotamente obediencia y reverencia al Señor Papa! ¡Luego, a su vez, los hermanos prometen obediencia y reverencia al bienaventurado Francisco, como lo había mandado el Señor Papa! Pero, sobre todo, ¡qué franciscana sencillez e ingenuidad con que ha recogido el hecho la *Leyenda de los Tres Compañeros* y la ha pintado Giotto en la Basílica del Santo, en Asís!

Para mí es la escena que mejor recoge la obediencia franciscana; esa obediencia que nace de la vida en fraternidad de quienes poseen un sentido providencialista de la existencia, y que se concreta como obediencia y reverencia al Señor Papa y a sus sucesores. De hecho Francisco y los hermanos se ponen como niños en los brazos de la madre y llena sus almas de gozosa alegría el cobijo y seguridad que, como a menores, les produce el estar bajo el amparo de un tan gran padre y señor, según ellos aseguran.

Decía Paul Sabatier, y decía bien, que en todas partes la obediencia franciscana es la obediencia viva, activa y alegre. Yo aseguraría que es el sentido de la obediencia que recibe el Venerable Luis Amigó y que desea luego transmitir a sus hijas e

hijos espirituales. Pues, tanto a sus hijas como a sus hijos, les escribe en las Constituciones primitivas que “no distingue Dios a las criaturas por la grandeza de sus ministerios, sino por la de sus obras; ni les ha de pedir cuenta el Señor de cuánto, sino de cuán bien hayan obrado. Por lo que -escribe el Padre- deben arrojarse con alegría en brazos de la obediencia santa y en ella abandonar todos sus cuidados”.

Por otra parte Francisco de Asís, en sus escritos, frecuentemente reitera que los hermanos están obligados a tener siempre a uno de ellos como ministro y siervo de la fraternidad y a él están obligados firmemente a obedecer en todas las cosas que prometieron al Señor guardar.

Luis Amigó, como buen franciscano y por añadidura capuchino, retoma el pensamiento y lo incluye en las Constituciones, tanto en las de sus hijos como en las de sus hijas espirituales, ordenando que “a cada casa de la Congregación se le asignará un religioso como ministro, a quien todos los demás de aquella familia respetarán y obedecerán como a padre”. Las mismas expresiones manifiestan que la obediencia franciscana viene iluminada por los conceptos de paternidad y fraternidad, en los ministros se ejerce como servicio o ministerio, y los hermanos la ejercitan para edificación de la fraternidad con la confianza de un niño en los brazos maternos.

No puede, pues extrañar, que Francisco de Asís, plasme su última voluntad en su mismo *Testamento* y escriba:

- Y quiero firmemente obedecer al ministro general de esta fraternidad y al guardián que le plazca darme. Y de tal modo quiero ser esclavo en sus manos, que no pueda sobrepasarme en la obediencia a su voluntad, porque él es mi señor.

Evidentemente la obediencia franciscana viene tamizada por un profundo sentido del desapropio y asimismo del sentido providencialista de la vida. Es un hecho claro que el Venerable Padre Luis nunca se entromete en el régimen y gobierno de sus congregaciones religiosas, pues confía siempre en que a sus hijos nunca les ha de faltar la protección de Dios, como obra suya que son estas instituciones. El sentido providencialista del Padre propicia en sus hijos un crecimiento personal normal y una obediencia viva, activa y alegre, como lo es siempre la obediencia franciscana.

Por lo demás bastaría mirar la actitud obediente del Padre Luis en los momentos más difíciles y decisivos de su vida religiosa y apostólica para poder apreciar que su obediencia es pronta, devota y total. Que su obediencia es la propia de quien vive el desapropio hasta de su misma voluntad. Por esto en el ejercicio de la obediencia, no sólo se manifiesta resignado, sino aun contento por lo dispuesto por sus superiores, y gustoso y tranquilo la acepta.

Llegado a este punto me levanto del ordenador. Miro por la ventana. Y veo que el día ya levanta. Se le ve ya más apañadito. El sol se abre paso entre jirones de nubes blancas. El cielo azul, de un azul intenso, va tomando el relevo. Mientras

paseo por el despacho me acuerdo haber leído que en cierta ocasión dijo Francisco a sus compañeros que, entre otras gracias, el Altísimo le había concedido la de obedecer tan diligentemente a un novicio de un sólo día, si le fuese dado por guardián, como al primero y más anciano de los hermanos en religión. Pues el súbdito debe ver, en efecto, en su prelado no al hombre, sino a Dios, por cuyo amor obedece. Y veo que el hecho lo trae asimismo el Venerable Padre Luis en carta a sus religiosas de América.

El hecho me recuerda la obediencia ciega, *sicut cadaver*, del Serafín de Asís. ¿Cómo?, me preguntará alguien. ¿La obediencia ciega, total, de juicio, no es típica de una espiritualidad de corte ignaciano? ¿No es en la Compañía donde se hace el voto de obediencia al Papa?

Es posible que así parezca y que así sea. Pero lo cierto es que ya Francisco de Asís ejercita la virtud de la obediencia sin juicio, como infante en brazos de la madre. De tal manera que cuando los hermanos le dicen: “Padre, dínos cual es la obediencia más alta y más perfecta” describe al verdadero obediente con la imagen de un cadáver:

- Este es -les indica Francisco- el verdadero obediente, pues no juzga por qué se le cambia, no se preocupa dónde se le coloca, no insiste en que se le traslade. Promovido a un cargo, conserva la humildad de antes. Y, cuanto más honrado se ve, por más indigno se tiene.

Francisco de Asís, además, asegura que las obediencias que se otorgan a requerimiento de un

hermano, propiamente son licencias. En cambio son santas obediencias las que se imponen sin haberlas solicitado. Evidentemente, por más que la obediencia ciega deberá serlo por parte de quien obedece, puesto que así aquilata en virtud, no lo será por parte de quien mande que siempre ha de tratar de buscar la voluntad de Dios con el hermano y sobre el hermano.

De todos modos no es en la obediencia ciega sobre la que hoy se pone el acento. Más bien se tiende a una obediencia dialogada y a una búsqueda de la voluntad de Dios en común. Tengo la impresión de que el acento se pone, no tanto sobre el quién objeto de la obediencia, cuanto sobre el modo, es decir, sobre el cómo buscarla y el cómo armonizarla con la voluntad de Dios.

No obstante en el espíritu del Venerable Padre Luis el concepto que tiene de obediencia es muy claro, y se manifiesta en esta misma longitud de onda espiritual, pues asegura a sus religiosas:

- Cada Orden y cada Congregación tiene su espíritu propio, conforme a la misión altísima que el Señor le confía; y el de nuestro Instituto, rama del tronco franciscano, y por añadidura capuchino, deberá estar basado: en una profunda humildad, una obediencia ciega, y una total pobreza.

Nuevamente me levanto del escritorio para tratar de despejarme un poco. Tomo la *Positio* sobre la vida y virtudes heroicas del ya Venerable Luis Amigó. Busco lo que sus mejores conocedores han dicho sobre su obediencia. Y leo que el Padre Melchor de Benisa asegura:

- Toda la vida del Venerable fue un testimonio fehaciente de su obediencia. Nunca le oí, dice, ni vi nada en él, que significara anhelo de traer la voluntad de los superiores a la suya. El hecho mismo de haber sido elevado a la dignidad episcopal demuestra su gran espíritu de obediencia. Para mí, en este aspecto, lo más grande del Padre Luis es que supo compaginar perfectamente la sumisión y obediencia a los Superiores con sus preocupaciones de fundador. Durante el tiempo que andaba en estas preocupaciones fue destinado a distintos conventos. Nunca oí una queja de él, ni interpuso recurso alguno que le facilitara su obra de fundador.

Y concluye el padre Melchor de Benisa:

- Su carácter ante la obediencia era siempre igual; nunca parecía contrariado ni malhumorado. Prueba manifiesta de su espíritu de obediencia es que nunca, a pesar de sus preocupaciones de fundador, rompió con la Orden.

En términos parecidos o similares se pronuncian los demás testigos del proceso. No es de extrañar, pues, que exigiera la misma obediencia a sus religiosas y religiosos. La obediencia franciscana, de total rendimiento de juicio y criterio, también es característica de la espiritualidad de Luis Amigó y de sus hijas e hijos espirituales.

Suena el teléfono. Me indican que son las dos de la tarde, hora de ir acercándome ya al comedor, antes llamado refectorio. En tiempos pasados lo hacía puntualmente a la voz de la campana. Obediente a la nueva voz de Dios todavía me da

tiempo de acercarme al comedor antes de que haga su entrada la fraternidad en grupo, con el superior al frente.

En épocas anteriores el ingreso al comedor se realizaba en una larga fila de uno en uno. También el padre superior iba al frente, naturalmente.



## **32. SENTIDO PROVIDENCIALISTA**

**F**inales de noviembre. Amanece. También hoy despunta el día, un día un poquito lluvioso. Una llovizna tonta azota el asfalto del patio. A ratos, sólo a ratos, sobre la huerta luce un sol bobo, abotagado y bermejo, como polvo de ladrillo. Gritería infantil bajo las arcadas del claustro. Ante lo desapacible de la jornada opto por cambiar mis diálogos con mi buen Padre Luis Amigó por una reflexión a solas, interior, personal. ¡Me interesa tanto el sentido providencialista franciscano! ¡Y el del Venerable Luis Amigó y de sus hijos espirituales..!

Alguna vez ya escribí que los capuchinos de la Restauración -entre los que se encuentra el Venerable Padre Luis- parecen directamente conectados con la Providencia Divina. Y es verdad. A mi entender es nota característica que integra ese aire típico de familia del hermano menor. Pero especialmente de quienes manifiestan una especial predilección por la vida pobre, peregrinante y eremítica, cual es la vida del fraile capuchino.

Yo siempre he creído que ese sentido providencialista -ignoro si es antecedente o más bien

consecuencia- convive de una forma natural con ese profundo sentido del fraile menor, hijo amante de Dios, su natural padre y señor. En él se cobija, pobre, confiado y gozoso, como hijo en brazos de su madre. Y de tal manera lo veo así que el libro *Las Florecillas de San Francisco* siempre lo he considerado como un canto a la sencillez, a la pobreza y a la alegría de las bienaventuranzas en el lenguaje más humilde y más naif jamás escrito. Y en la *Autobiografía* del Venerable P. Luis, y que él acertadamente titula *Apuntes sobre mi Vida*, reconozco el mejor canto a la Providencia Divina, jamás superado por hijo alguno del Serafín de Asís.

Asimismo el sentido providencialista de la vida creo que nace de una manera natural en quienes, sabedores de que todo es gracia, de que todo es don, de que todo es providencia divina, viven con el espíritu gozoso de Pablo. Es el mejor canto a la libertad de los hijos de Dios. Es la cima de las bienaventuranzas y florece de forma sencilla y natural en el desapropio y obediencia franciscanos.

Cuando el Padre San Francisco y sus once primeros compañeros vuelven de Roma, luego de que el Papa Inocencio III les aprobase su *Regla y Vida*, permitiéndoles vivir el evangelio en obediencia, castidad y sin propio, caminan gozosos. Tíber arriba caminan alegres y contentos en dirección a Orte. La Divina Providencia les sale al encuentro en la figura de un campesino que trae en sus manos un pan; se lo obsequia amablemente y luego se va.

En la ciudad de Orte, lo poco que los hermanos logran conseguir de puerta en puerta se lo ofrecen a los otros hermanos y lo comen en común, con acción de gracias y gozo en el corazón. Y, depuesto todo cuidado de las cosas terrenas, les deleita sólo la divina consolación. Y aunque la belleza del lugar, que suele ejercer no pequeño influjo en la relajación del vigor del alma -como asegura Celano-, no había cautivado su afecto, a fin de que ni siquiera una permanencia excesivamente prolongada pudiera suscitar en ellos apariencia de propiedad, abandonan el lugar.

En el reloj de mi despacho apuntan ya las diez de la mañana. El tiempo parece como si quisiera levantar ya. Decididamente, está levantando.

A propósito del sentido providencialista franciscano recuerdo que el Seráfico Padre prohíbe a los hermanos que pidan limosna en pecunia o dinero, permitiéndoles mendigar tan sólo en especie. Pues, al ser ésta perecedera, la necesidad obliga a los hermanos a salir cada día a pedir nuevamente limosna. Esto no les da opción a capitalizar y, cada día también, se tienen que ejercitar en la mortificación, en la humildad y en la confianza en la Providencia Divina, que hasta a los pajarillos del campo alimenta.

Por otra parte tengo la impresión de que el sentido providencialista de la vida, por lo que al Venerable Luis Amigó se refiere, le viene, más que por ser hermano menor e hijo del Serafin de Asís, por su espiritualidad capuchina. Creo que el sentido de pobreza y desapropio, inclusive hasta de la

vida misma, se hace más evidente en el hermano menor capuchino, tal vez como fruto de una dura reforma. Precisamente el desapropio de casas, de cosas, de cargos, de personas, de la propia voluntad, e incluso de la misma vida, es la mejor manera para la apertura a la libertad de los hijos de Dios y a la Providencia Divina.

¿Desapropio de la propia voluntad e incluso de la misma vida me preguntas, caro lector? Pues sí, ya que las mismas Constituciones Capuchinas de 1536, prescriben que, en tiempos de carestía, los hermanos pidan limosna para los más pobres y, en tiempo de peste, se alleguen a servir a los apesados, lo que han cumplido y fielmente siguen cumpliendo, como ya te dije.

Y, ¿cómo se refleja en el Venerable Luis Amigó esa su confianza en la Divina Providencia?

La etapa de la historia que el Señor en su bondad concede vivir a Luis Amigó es más proclive a prodigar elogios a la Divina Providencia que no a hartazgos de bienestar humano y social. La España de entonces es más dada a producir pordioseros que no estómagos satisfechos. Y las gentes sencillas se alimentan más con el pan de las lágrimas, que no con el de las delicias.

- Quedó mi ánimo con la muerte de mis padres tan abatido y en una tan espantosa soledad que me parecía hallarme solo en el mundo, al que de muy buen grado hubiese yo dejado en seguimiento de mis padres. En tan tristes circunstancias -sigue diciendo el Padre Luis- nos faltó, a mis hermanas y a mí, el apoyo necesario de la familia. Pero el

Señor, que no abandono nunca a los suyos, nos ayudó. ¡Bendita sea su Divina Providencia!

Ya religioso, lleva la vida del perfecto fraile menor capuchino: sencillo, pobre, sacrificado, confiado y gozoso. Pero especialmente se manifiesta así en el convento capuchino de Masamagrell, Valencia. ¡Con qué unción religiosa narra cómo un bienhechor remedia de pan al convento un día en que la fraternidad sufre necesidad! Y concluye el Padre Luis:

- ¡Bendita sea la providencia y misericordia del Señor!

El año del cólera de 1885 acordonan los pueblos vecinos al monasterio. Ante tal situación eleva los ojos al cielo y exclama: “¡Pues Dios proveerá!” Y así fue. Pues es tanta la abundancia de comestibles con que les regala la Divina Providencia que lo considera un verdadero milagro que bien debiera consignarse en las crónicas del convento de La Magdalena para gloria del Señor, según dice él.

Y, siguiendo con la narración de las bondades y especial providencia del Señor para con el convento, relata cómo una mañana de lluvia les suministra el pan un vecino de la Punta de Ruzafa, o de cómo la Divina Providencia les viene al encuentro de su necesidad con un pellejo de aceite. Y exclama:

- ¡Bendito sea el Señor por sus providencias!

En sus fundaciones, traslados, injerencias extrañas en sus congregaciones, elección episcopal, obras apostólicas, incluso hasta en los más

pequeños detalles, como puede ser la coincidencia de fechas, todo, todo lo considera obra de la Divina Providencia que alimenta a las avechillas del campo, sin cuyas disposiciones no se mueve una sola hoja del árbol, ni cae un solo cabello de la cabeza sin su disposición. ¡Todo es gracia, todo es providencia!

De nuevo me incorporo en mi escritorio. Voy a la ventana y la abro. Y me doy cuenta de que fuera hace un día fantástico. La tierra húmeda despide ese glauco vapor tan característico de las mañanas otoñales. Es un día cualquiera, pero es fantástico.

¡Cómo no habré caído en la cuenta antes!

No obstante torno a mi mesa de estudio decidido a plasmar en el papel mis pensamientos. Se me golpean aquí, en las sienes. ¿Por qué el Venerable se muestra siempre tan ecuánime, tan inalterablemente sereno, me digo? Hasta en las circunstancias más duras y adversas se muestra ecuánime. ¿Por qué? Y me respondo que tal vez sea por esa su misma confianza en la Providencia Divina. Confianza de quien sabe bien que el Señor, si prueba, no abandona. Confianza de quien por experiencia conoce que ordinariamente el Señor suele mezclar los favores y gracias que nos otorga con penas y tribulaciones, a fin de que ni aquellas nos engrían ni éstas nos abatan y enerven, que poco más o menos así lo escribe el Venerable Padre Luis en sus *Apuntes sobre mi vida*.

Por lo demás, y a raíz de la aprobación pontificia de sus dos congregaciones, a las que siguen

lamentables injerencias extrañas en las mismas por parte de alguna orden religiosa, confiesa en Venerable Padre Luis:

- A tanta satisfacción y gozo como el Señor le había concedido, no podía por menos de seguirse alguna tribulación, según la ordinaria Providencia del Señor.

Y el Venerable Padre así se lo manifiesta a sus hijas e hijos espirituales, que es la Providencia Divina la que imprime orden y concierto a la creación.

Gracias a Dios el Venerable Padre Luis conoce muy bien por experiencia propia, y así se lo escribe a sus hijos espirituales, que:

- El Omnipotente Señor, al sacar de la nada todos los seres de la Creación, les marcó a cada uno la misión que debía desempeñar en el plan de la Divina Providencia, para el buen orden y armonía que quería resplandeciese en el mundo.

Concluyo mi reflexión mientras tomo de mi estantería los *Escritos de San Francisco* y leo en su primera Regla:

- Ruego al hermano enfermo que por todo dé gracias al Creador; y que desee estar tal como el Señor le quiere, sano o enfermo, porque a todos los que Dios ha predestinado para la vida eterna los educa con los estímulos de los azotes y de las enfermedades y con el espíritu de compunción, como dice el Señor.

Y, mientras devuelvo el libro a su sitio en el estante, sigo pensando que para quien tiene fe toda la historia es una historia religiosa, es decir, una historia de la salvación. Y para quien goza del don de la fe toda historia es providencia. Y la Providencia Divina ordena todo para el bien de los que ama, e incluso vuelve apañaditos hasta los días que han salido desapacibles y malos.

Abajo, en las arcadas del claustro, aún sigue la misma gritería infantil.



### 33. GRATITUD

**E**l agradecimiento o gratitud es una virtud moral que nace espontáneamente, y de forma natural, en espíritus profundamente bondadosos, compasivos y magnánimos. Es propia de quienes tienen clara conciencia de que deben dar gratis lo que gratuitamente han recibido. Brota ordinariamente de una forma lógica y natural en quienes, viviendo el espíritu de las bienaventuranzas, tienen profunda conciencia de que todo es gracia, todo es don y todo es providencia divina, como ya dije.

No cabe duda de que la gratitud nace de una manera espontánea y normal en corazones especialmente sensibles y desprendidos. Y se desarrolla, hacia Dios, en forma de oración y divinas alabanzas; hacia el hombre en actitud de reconocimiento; y hacia los seres es sencillamente gratitud.

Es curioso comprobar en los Libros Santos el espíritu de gratitud y de gozosa alabanza de los pobres de Yavé, de quienes tienen puesta toda su confianza en el Señor. Los apóstoles diariamente suben al templo de Jerusalén para tener la frac-

ción del pan y la acción de gracias. Y los discípulos, luego de la Ascensión del Señor -así concluye Lucas su evangelio-, están continuamente en el templo bendiciendo y dando gracias a Dios.

Por otro lado es curioso, si bien fácilmente explicable, que la gratitud del apóstol Pablo vaya íntimamente unida al gozo interior. Y que esta gratitud se manifieste particularmente en momentos de especial dificultad para el Apóstol. Precisamente las cartas de Pablo, las mayormente cargadas de gozo y gratitud, son las llamadas pastorales, que el apóstol escribe desde la prisión. Desde su cautiverio en Roma, y relativamente solo, escribe a los cristianos de Colosas:

- Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de un corazón compasivo, bondadoso, humilde, manso y magnánimo. Y sed agradecidos unos con otros. Haced todo en el nombre del Señor Jesús dando gracias a Dios Padre por su intercesión.

El espíritu de Pablo estalla, lo mismo en ésta que en su carta a los Efesios y a Filemón, en una amplia eclosión de gratitud:

- Doy gracias sin cesar a mi Dios, recordándoos en mis oraciones...

Entre los primeros cristianos se multiplica de forma inusual el nombre propio Deogracias. Y es que saben, y experimentan cada día, que la mejor acción de gracias a Dios Padre es la Eucaristía, pues la misma etimología de su nombre así lo revela. Y la fe cristiana se extiende en una impre-

sionante acción de gracias, de uno a otro confin, hasta en los nombres que se imponen a los primeros cristianos.

- En todo tiempo y lugar tened la acción de gracias, porque esto es lo que Dios quiere, dice Pablo.

Y es que la gratitud tal vez sea la virtud que mayormente desea el Señor en el hombre, pues lo único que exige de él es fe, reconocimiento y gratitud.

Desde luego los santos reconocen siempre agradecidos la obra maravillosa de Dios en la naturaleza, en la creación y en sus propias personas. Pero seguramente nadie lo ha reconocido con tonos tan cálidos y sinceros como lo hace Francisco de Asís, aquel espíritu profundamente pobre, sencillo e itinerante. Aquel espíritu que tanto influye en el Venerable Luis Amigó, y a quien frecuentemente se refiere él como a su dulce y buen padre. Precisamente el Serafín de Asís concluye su primera *Regla y Vida*, la que con mayor frescura recoge sus intenciones evangélicas, con una inacabable acción de gracias.

Da principio a la misma con una impresionante acción de gracias a la Trinidad suprema, al Padre santísimo y sumo Dios, al Hijo creador de las cosas espirituales y corporales y al Espíritu Santo salvador. ¡Aleluya! Y sigue, a la Bienaventurada Virgen María, y continúa su acción de gracias a los coros de espíritus celestes: serafines, querubines, tronos, dominaciones, principados, potestades, virtudes, ángeles y arcángeles. Y a los patriarcas,

apóstoles, evangelistas y profetas. Y a los mártires, vírgenes y confesores. E invoca a todos los santos que fueron, son y serán para que, por amor de Dios, le rindan gracias a Él, bien pleno, todo bien, bien total, verdadero y sumo bien.

¡Ah!, y concluye su *Regla y Vida*, no con una profesión de fe, o una confesión de amor, sino con un canto de gratitud y acción de gracias, que es la mejor síntesis de ambas.

- En suma, todos nosotros -dice- demos gracias al altísimo, sumo y eterno Dios.

Es la mejor y más confiada profesión de fe de un pobre de Yavé que tiene conciencia, guarda en su corazón y expresa con sus labios que lo único que su pobre ser puede ofrecer es su reconocimiento y gratitud.

Decía Pablo a los tesalonicenses:

- Estad siempre gozosos y orad sin cesar. Y dad gracias a Dios en todo, porque ésta es su voluntad en Cristo Jesús.

Y el padre San Francisco a los primeros hermanos:

- Restituyamos todos los bienes al Señor Dios altísimo y sumo, reconozcamos que todos son suyos, y démosle gracias por todos ellos, ya que todo bien procede de Él.

Siguiendo el curso teológico de estas fuentes Luis Amigó, por su parte, reconoce que el Señor hace el corazón del hombre naturalmente agra-

decido para que sienta la necesidad de amar y corresponder así a su Creador, Padre y Redentor.

El corazón del Venerable Luis Amigó, como el de Pablo o Francisco -espíritus nobles, sensibles y naturalmente agradecidos- manifiesta su gratitud en las más diversas situaciones y lugares a Dios, a la orden, a los superiores, a los bienhechores, a la familia, a la patria, e incluso a la misma creación entera. ¿Qué es, sino gratitud a la creación, la que el Venerable recoge en estas expresiones? :

- ¡Oh!, sí. Callad, ya sé lo que me queréis decir: que ame a Dios.

El Padre Luis, que vive el espíritu de las bienaventuranzas, con ese estilo transparente y sencillo del hermano menor, es grande en la piedad, que es como decir en la acción de gracias al Señor. Sus mejores biógrafos han dicho que Luis Amigó era constante en su unión con Dios, y que en la celebración de la santa misa y en su devoción a la Santísima Eucaristía, a Jesús Crucificado y a la Santísima Virgen era extraordinario. Que recitaba jaculatorias de un modo habitual, y que se le veía siempre con el rosario en las manos. Que era muy rezador...

La gratitud es la actitud lógica y natural de quien ha puesto toda su confianza en la Providencia Divina. Sus *Apuntes sobre mi vida*, su autobiografía, es el canto más bello de la misma. Y la acción de gracias a los bienhechores, la normal manifestación de un espíritu naturalmente agradecido y misericordioso.

De quien fuera protector suyo y de sus hermanas asegura: que ¡Dios habrá recompensado, sin duda, su obra de caridad! Y nosotros le quedamos eternamente agradecidos. Y del noble pueblo de Torrente, que en tiempos difíciles recibe a sus religiosos, dice que fueron recibidos con grandes demostraciones de afecto y regocijo, del que en todo tiempo ha dado inequívocas pruebas aquella población, a la que estaremos eternamente agradecidos. Y en términos idénticos se manifiesta el piadoso Padre Luis en carta al P. Bernardo de Andermat, ministro general de la Orden. Y asimismo en su pastoral de despedida de la diócesis de Solsona, implorando de todos y de cada uno indulgencia por su deficiencia en el desempeño de su ministerio pastoral, concluye:

- De todos y cada uno en particular estamos sumamente reconocidos y guardaremos perpetua memoria.

Este mismo espíritu de gratitud a la Orden es el que él mismo desea inculcar en sus religiosas y religiosos, sus hijos.

- Ante todo -escribe a sus hijas- no me cansaré jamás de recomendaros la gratitud y amor para con nuestra amada Congregación. De ella se ha servido el Señor para daros el ser de religiosas de que gozáis y que os distingue de los demás Institutos.

Y, a sus hijos:

- A la Orden, vuestra madre, mostraos agradecidos, trabajando sin descanso por su engran-

decimiento y honor, correspondiendo así al fin que Dios se propuso al llamaros a ella, pues con esto aseguraréis vuestra salvación. ¡Cuán grande debiera ser nuestra gratitud para con el Señor, amados hijos, si con la debida atención consideráramos su amor de predilección para con nosotros!, exclama el Padre Luis

Desde luego, Luis Amigó donde mayormente manifiesta su espíritu de gratitud es en las cartas de la última etapa de su vida, y de modo muy especial en la llamada carta testamento:

- En primer lugar os exhortamos, amados hijos e hijas -les dice-, a que os mostréis siempre muy agradecidos a la singular merced que el Señor os hizo sacándoos del mundo y trayéndoos al puerto de la Religión.

El Venerable Luis Amigó, al final de sus días, desea hacer una visita a las fraternidades de sus dos congregaciones religiosas en España, con el fin de agradecer a los patronos su interés por las mismas. Así, visita la casa de Teruel y también la de Pamplona, de donde se desplaza a Arizala para agradecer a su párroco, don Anacleto Osés, su interés por enviar vocaciones religiosas a sus dos congregaciones. Asimismo se traslada a Amurrio y a Respaldiza (Álava), a cuyos diversos patronos agradece su gran interés por los niños acogidos en los centros regentados por sus hijos.

Al llegar a este punto siento como que alguien me susurra por detrás, al oído:

- ¡Psis! ¡Psis!... Gracias, hijo.

Sin duda ha sido un aviso de mi buen Padre Fundador quien, a la vez que corta estas manifestaciones sobre su gratitud, que seguramente le ruborizan, muestra a la vez su espíritu sumamente sensible, siempre amable y, por supuesto, siempre también agradecido.

Así se manifestaban también los Hermanos de Asís en las más diversas ocasiones.



## 34. GOZO INTERIOR

**E**stos días de lluvia benéfica, y a causa de la misma, mi pluma ha debido caminar por vías del monólogo. Pero, finalmente, ha levantado ya el tiempo. Y puedo visitar a mi ilustre Padre Fundador Luis Amigó. Reanudamos, pues, nuestros diálogos peripatéticos y de corte preferentemente espiritual.

Casualmente hoy es domingo. Y hemos proclamado en la misa el evangelio de las bienaventuranzas, el código evangélico que recoge, como ninguno otro, el gozo interior de los pobres de Yavé. No recuerdo bien si el texto era el de Mateo, en todo caso, el de Lucas. De todos modos la diferencia no es que sea demasiada. Así pues, luego de un filial saludo y cordial abrazo, digo al Venerable Padre al respecto:

- Siempre me ha llamado la atención que en la Biblia existan diversos textos de las bienaventuranzas. Pero, sobre todo, que sirvan sin cesar de colofón a una etapa de persecución y sufrimientos. Y que, siempre también, se apliquen a los pobres de Yavé. ¿Es que únicamente los pobres pueden disfrutar del gozo interior? ¿Solamente los pobres de Yavé pueden ser bienaventurados?

- ¡Oh, no, no, no! Yo no diría tanto, hijo mío, me responde amablemente mi buen Padre Luis. Pero sí parece seguro que quien mayormente ha sufrido las inclemencias de la naturaleza y de los hombres luego disfrute de modo especial del gozo y de la paz interior.

- Tal vez por eso nuestro Seráfico Padre escribe en su primera *Regla y Vida*: “Guárdense los hermanos de mostrarse exteriormente tristes o hipócritamente ceñudos. Más bien manifiéstense gozosos en el Señor, alegres y convenientemente agradables”. ¿No, Padre?

- Efectivamente. Y es que debe de ser la actitud lógica y natural de los nuevos pobres de Yavé de la Edad Media, cuales eran los Penitentes de Asís y las Damas Pobres de la ciudad. Y es que aquellos mismos hermanos menores encarnaban esas actitudes de las bienaventuranzas, cuales son la sencillez, la humildad, el desapropio, el sentido peregrinante y festivo de la vida, la actitud de acción de gracias juntamente con el sentido providencialista de la existencia, esa actitud gozosa de quienes, no teniendo nada, todo lo poseen...

- Desde luego. Y perdona que te interrumpa. Pero es que los célebres *Capítulos de las Esteras*, que tienen los hermanos en la Campa de Nuestra Señora de los Ángeles de Asís, es toda una eclosión de franciscana sencillez, fraternidad y gozo interior. Cada año, cuando se retiran las últimas nieves de Monte Subasio y brotan ya las primeras margaritas en las solanas de San Damián, cuando los hermanos vuelven a verse con los hermanos, rebo-

san de tanta jovialidad y júbilo espiritual que para nada se acuerdan de las adversidades y pobreza extrema que padecen. Yo me imagino al hermano Francisco, en la despedida de cada Capítulo, que bendice al resto de los hermanos sentados sobre el quicial de cada una de las cabañas, y que les dice con el apóstol Pablo: “¡Que el gozo del Señor Jesús habite siempre con todos vosotros, y que nunca ni nadie os lo pueda arrebatarse!”

- Desde luego, desde luego, exclama mi buen Padre Fundador: ¡Qué alegría la de Francisco! ¡Cómo invita a los hermanos al gozo espiritual en medio de las tribulaciones! ¡Qué gozo el suyo en Greccio la noche de la Navidad de 1223! La selva resuena de voces y las rocas responden a los himnos de júbilo. Cantan los hermanos las alabanzas del Señor y toda la noche transcurre entre cantos de alegría. Y el santo de Dios está de pie ante el pesebre, desbordándose en suspiros, traspasado de piedad y derretido en inefable gozo. Y mi buen Padre Fundador ensimismado repite el texto de Celano que en su juventud había aprendido de memoria. Con una pregunta aprovecho para devolverlo nuevamente a la realidad.

- ¿Y, el capítulo sobre la perfecta alegría, aquel bello capitulito de *Las Florecillas de San Francisco*?

- ¡Una delicia efectivamente, sí, una completa delicia! ¡Una eclosión de verdadero gozo espiritual! Dicho capitulito siempre lo he considerado el mejor comentario a las bienaventuranzas evangélicas. Más aún, yo lo considero las bienaventuran-

zas en clave franciscana. Es la eclosión de gozo de quien sufre por amor de Dios, se vence a sí mismo y por amor de Cristo Jesús gustosamente soporta penas, injurias, oprobios e incomodidades. Pues dice el Seráfico Padre que en todos los demás dones de Dios no podemos gloriamos, ya que no son nuestros. Sin embargo en la cruz de la tribulación y de la aflicción sí podemos gloriarnos, ya que esto es lo nuestro. Por lo que dice el Apóstol: “Líbreme Dios de gloriarme, sino es en la cruz de Cristo”.

- Y, nuestros primeros hermanos, ¿también gozaron la perfecta alegría, Padre?

- Desde luego los tiempos fundacionales siempre son duros, por más que a esta distancia de los hechos nos pudieran parecer gozosos, y hasta poéticos. Pues, y me recita de memoria lo que escribe en *Apuntes sobre mi Vida*, si bien eran muchos los que ingresaban, varios, sin embargo, retrocedían también del camino emprendido, o bien se les despedía al comprender que no eran llamados por Dios, por hacérseles pesada la austeridad de la vida religiosa y muy duros los efectos de la santa pobreza.

- Desde luego los primeros días de la primitiva Iglesia en Jerusalén, los primeros días de la Orden Franciscana en Asís, o los de nuestra humilde Congregación en la Cartuja del Puig, y por más que se pondere el gozo de la fraternidad, no son buenos. Que los hechos, con machacona insistencia terminan siempre por demostrarlo. “Al llegar la hora de comer a mediodía, era frecuente tener

que esperar a los hermanos que por la mañana habían salido con la alforja al hombro a mendigar unos pedazos de pan a los pueblos vecinos”, asegura uno de los primeros hermanos. Y otro de ellos escribe: “En aquel caserón de la cartuja todo nos faltaba... menos la buena voluntad y fervoroso entusiasmo en proseguir nuestro ideal religioso”.

- A propósito, de la primera toma de hábito tan sólo perseveran dos hermanos terciarios, me asegura el Padre Luis. Y, de los compañeros de Francisco, ¿sabes cuántos hermanos perseveran?

La verdad es que no le supe responder pero, por su modo de preguntar, intuí perfectamente que toda bienaventuranza encierra un sabor agríndice. Y que el nacimiento de todo instituto religioso, como el de toda vida humana, también lo es. Y pregunto a mi vez:

- Venerable Padre Luis, ya sé que el gozo interior va hermanado con la paz del espíritu en el corazón de los pobres. Y sé también -pues así lo escribiste tú mismo- que Dios, que creó al hombre para su gloria, quiso que gozase de Él en el tiempo mediante su servicio y amor, y en la eternidad con su visión beatífica. De aquí que el corazón humano sienta constantes ansias y busque con vehemencia lo que juzga le ha de hacer dichoso y feliz. Y sé también que el gozo interior entra dentro del patrimonio espiritual del espíritu franciscano. Pero, si el hombre, más que para ser sabio, rico o poderoso, ha sido creado para ser feliz, ¿a qué tales ansias?

- Desde luego, desde luego. Si dedicásemos tanto tiempo y desvelos para ser felices, cuanto dedicamos para ser poderosos o afamados, seguramente ya lo habríamos conseguido. Por lo demás siempre he creído que el hombre, creado por Dios para que fuera eternamente feliz, con visión y gozo beatíficos, siente innata inclinación a desear y buscar su dicha y bienestar, que sólo en el servicio del Señor puede encontrarse.

- Y sin embargo, replico, y a pesar de ser ésta una de las características de nuestra espiritualidad amigoniana, en más de una ocasión hubiste de animar a tus hijos en el camino de la felicidad interior, ¿lo recuerdas?

- Efectivamente. ¡Cómo no! Y lo hice especialmente en momentos de duda y desencanto en mis dos congregaciones. “En este día de la Navidad -les escribo en cierta ocasión- debemos regocijarnos, amados hijos, siguiendo el ejemplo de nuestro Padre San Francisco, el loco de amor, y desterrar de nosotros todo motivo de sinsabor y tristeza. ¡Alegrémonos, pues, amados hijos, en el Señor!”

- También tengo la impresión (y corrígeme paternalmente, si me equivoco) que en tus años juveniles te mostraste sumamente alegre y jovial. En tu madurez tu espíritu manifestaba más bien gozo interior, ¿no?

- Desde luego no conviene confundir la actitud festiva con el gozo del espíritu. En los años jóvenes suele estar presente una alegría, a veces desbordante, por cuanto la persona carece aún de

historia, y por lo tanto carece también de perspectiva. Con el tiempo la persona se va reposando y remansando y el sentimiento se hace más profundo, aunque no tan impetuoso. La alegría parece mayormente un sentimiento. El gozo, en cambio, se asemeja más a una actitud.

- Yo recuerdo esa actitud festiva tuya en el dar gracias a Dios, al hombre y al viento por la unión del comisariato apostólico de España a la Orden Capuchina.

Y escribes al Ministro General proclamando el hecho de la unidad en la fraternidad. “De ningún modo puedo describir perfectamente, escribes al Reverendísimo Padre, cuán y cuántas manifestaciones del máximo gozo, de extraordinaria alegría y de total consolación nos ha sido dado contemplar por la solemne celebración de la unidad de la Orden. Verdaderamente en una como santa embriaguez de corazón ha permanecido toda la fraternidad de capuchinos durante los festejos de la unidad. ¡Oh día verdaderamente feliz! ¡Oh festividad santa!”.

Y concluyes con el salmista: “¡Oh cuán bueno y cuán deleitoso es habitar los hermanos unidos!”

En cambio, ya al final de tus días, insensiblemente manifiestas tu gozo interior, pero de modo sencillo, como en remanso de paz. “La bondad de tu hermosa alma se te irradiaba en la sonrisa que iluminaba tu rostro; sonrisa que ni la muerte pudo borrar”, escribe tu amigo Javier Lauzurica.

Esta alegría y gozo interior la manifiestas en forma de gratitud a tu ingreso en religión, en la

fundación de tus congregaciones religiosas, en la aprobación pontificia de tus institutos, en tu elevación al episcopado, en tus bodas de oro sacerdotales, pero especialmente en el progreso siempre creciente de tu obra al servicio del más necesitado...

Indudablemente no puedo sino asegurar que el gozo interior, que proviene de la fuente franciscana, es una característica de tu espiritualidad, y lo es también de la de sus hijas e hijos espirituales.

Al concluir nuestro diálogo el sol iba ya de caída. No obstante la tarde se presentaba cálida, casi primaveral para aquella época del año. En la placidez de la tarde levantina torné a la fraternidad conventual.



## 35. MINISTERIO ESPECÍFICO

**A**lguno de mis hermanos asegura, Venerable Padre Luis, que lo que define al religioso, y religioso terciario capuchino, es su ministerio específico. Es decir, esa su entrega amorosa a la reforma de la juventud extraviada. Esa es su esencia, según él, esa su teología y esa también su vida. Tanto que los niños constituyen el centro y la razón de ser de su vida religiosa.

Naturalmente, yo no ignoro el extraordinario relieve que presenta el fin propio o específico en la vida de las congregaciones religiosas, pero tengo mis dudas para aceptar que esto sea lo esencial. Más bien me inclino a creer que es algo determinante. La esencia es otra cosa. Por otro lado en la aprobación definitiva de las Constituciones por parte de la Santa Sede se habla de éste como fin secundario. De ahí deduzco yo que deberá existir otro que sea el fin primario o principal. A parte de que no se puede confundir esencia y finalidad, como tampoco se puede confundir el qué y el para qué de las instituciones.

De todos modos estoy convencido de la gran influencia que ejerce el fin propio o específico de las congregaciones religiosas sobre la espirituali-

dad de sus fundadores y en la vida de las mismas. Por esto, Venerable Padre Luis, experto en espiritualidades y en fundaciones, me atrevo a preguntarte: ¿Cuál es la esencia de la vida religiosa?

Mi Venerable Padre Fundador, haciendo gala de su proverbial prudencia, lo piensa dos veces y, luego, me responde amablemente con ese hilillo de voz que le ha ido dejando el paso de los años.

- También yo creo en la gran influencia del ministerio específico de las congregaciones en la espiritualidad de las mismas, pero no tanto como para que constituyan su esencia. Por otra parte te habrás dado cuenta de que las órdenes religiosas, hablo en general, carecen de esa finalidad específica, tan característica y determinante en las congregaciones. Si preguntas a un franciscano o a un capuchino cuál es su ministerio específico, posiblemente no te lo sabría precisar. ¡Fíjate bien que los capuchinos llegamos a ser los primeros bomberos de la ciudad de París! ¡Ministerio más desapropiado...!

Los primeros hermanos menores se reunían para vivir el evangelio, no para realizar tal o cual ministerio específico, que irá variando con el tiempo, te dirían. ¿No dice el hermano Francisco que después que el Señor le dio hermanos nadie le mostró qué debía hacer, sino que el Altísimo le reveló que debía vivir según la forma del santo evangelio? Por eso yo creo que la esencia de la vida religiosa la constituye la vivencia del santo evangelio en el seguimiento de Cristo. Los matices los irán determinando luego las circunstancias.

- Me llama la atención que el documento constituyente de una determinada orden religiosa sea la *Regla y Vida*, en cambio en las congregaciones lo sean las Constituciones.

- Sí, pero, bien examinado, no hay por qué. De hecho las reglas aprobadas por Roma se reducen únicamente a cuatro; las constituciones, en cambio, son casi infinitas. Las reglas recogen la esencia del seguimiento; las constituciones más bien determinan las modalidades del mismo. Tanto es así que en las órdenes, de estricta observancia, hemos prestado mucho mayor interés a las reglas que no a las constituciones, las que a veces nos han durado siglos, como es el caso nuestro.

- ¿Quieres decir, Padre, que esto de las constituciones, así como la finalidad de los institutos, se estructuran con el nacimiento de las congregaciones religiosas, siempre de menor exigencia que las primeras?

- Pues, por más sinuosa que se manifieste la historia de la vida religiosa, en cierto sentido sí, así es. De hecho las congregaciones nacen cuando se comienza a distinguir entre vida contemplativa y vida activa. Pues, generalmente, en el nacimiento de esta segunda modalidad se comenzó por distinguir fin primario, seguimiento de Cristo, y fin secundario que, por lo general, se concreta en alguno de los innumerables rasgos que se presentan en las obras de misericordia.

- Pero, la distinción de ambos fines no se produjo hasta la aprobación de las constituciones, bien entrado ya el siglo XX. ¿No?

- Sí, así es. Pero se venía preparando ya desde siglos atrás. Por eso también yo creo que el fin específico no constituye la esencia de la vida religiosa, pero sí es muy determinante. Por eso me habrás oído decir más de una vez que en el siglo futuro, el siglo XXI, la vida religiosa o será mística o simplemente no será, pues intuyo que la vida será muy acelerada y la circunstancia es siempre diversa y sumamente cambiante.

- Y nosotros, para terminar de complicar la cosa, no nos decidimos ni por la vida activa ni por la contemplativa, sino por vida mixta ¿no, Padre Luis?

- Efectivamente, así es, sí. Lo cual manifiesta aún con mayor transparencia que la esencia de la vida religiosa se recoge en la *Regla y Vida*, pero, el modo de vivirla, más bien en las *Constituciones*. De todos modos, como decía el apóstol Pablo al término de una disertación farragosa y poco menos que interminable, “si, a pesar de todo, a alguien le gusta disputar, nosotros no tenemos tal costumbre”. ¡Váyate por Dios, hombre!

- De todos modos, ¿qué rasgos del ministerio específico han influenciado mayormente tu espiritualidad y la de tus hijos?

- Decía Francisco a los hermanos, y así lo recoge nuestra santa Regla: “que la paz que anunciáis de palabra, la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones. Que ninguno se vea provocado por vosotros a ira o escándalo, sino que por vuestra mansedumbre todos sean inducidos a la paz, a la benignidad y a la concordia. Pues para

esto hemos sido llamados. Para curar a los heridos, para vendar a los quebrados y para corregir a los equivocados”.

Estoy convencido de que son numerosos los rasgos espirituales del fin específico incorporados a mi trayectoria espiritual y a la de mis hijos, por lo que yo siempre os hablé de la altísima misión apostólica de la reforma de la juventud a que habíamos sido llamados.

- ¿Quieres precisar más? ¿Puedes explicarte mejor, Padre?

- Desde luego, sí. Yo creo que al daros como finalidad propia la grande obra de la reforma de la juventud que el Señor ha encomendado a nuestra Congregación, implícitamente se define y determina esa característica propia de nuestra espiritualidad, esa peculiaridad de encarnar las actitudes del Buen Pastor, ese talante pastoral piadoso, esa actitud moralizante y catequística, de que luego hablaremos. Asimismo esa sensibilidad de un corazón clemente y compasivo para ejercitar con los jóvenes las parábolas de la misericordia, y ese hacernos todo para todos, como dice el Apóstol, para regenerar a algunos desviados del camino de la verdad y del bien.

- Padre, esto nos lo has dicho ya en otras ocasiones. Y no sólo a tus religiosos, sino también a tus mismos diocesanos de Segorbe: “Debemos nosotros (recuerdo que les escribes) hacernos todo para todos, como dice el Apóstol, levantando al caído, socorriendo al necesitado, consolando al

triste, auxiliando al enfermo y corrigiendo y aconsejando al que lo ha menester”.

- Sí, así se lo escribí, sí. ¡Qué memoria!

- Bien, padre, tengo entendido que realizaste primero la fundación de tus hijas, cuya finalidad recogiste en el ejercicio de las obras de misericordia corporales. Y, para completar la tarea, pasó por tu mente y se te fijó la idea, no sé si por inspiración divina, dices, de completar la obra con la fundación de una congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos que se dedicasen en los penales al cuidado y moralización de los presos, cuya finalidad centras en las obras de misericordia más bien espirituales. Hemos visto la influencia en tus hijos, pero, ¿cómo influye el fin específico de tus hijas en tus rasgos espirituales?

- Mucho, sí, influyen mucho. Y así lo expreso también, incluso hablando a mis diocesanos de Segorbe. ¿Recuerdas cuando les escribía: “La iglesia infunde el heroísmo con que esa pléyade de vírgenes consagradas al Señor sacrifican gustosas su juventud, su fortuna y esperanzas, para entregarse por entero al servicio de sus prójimos en los orfanatos, asilos y hospitales donde, como madres, son el consuelo y la providencia de sus acogidos?”.

Yo me dirigía a mis diocesanos, sí. A todos indistintamente, pero teniendo presente en el hondón del espíritu el ministerio apostólico de mis hijas espirituales.

- Creo que es en la misma exhortación cuando les dices: “para los enfermos que desfallecen por

falta de medios con que atender a sus dolencias, tiene la Iglesia por doquier establecidos hospitales, a la vez que les suministra lo necesario a su enfermedad, lleva la paz y la tranquilidad a sus espíritus por medio de las Religiosas a quienes confía su cuidado. Y a los que en su ancianidad se ven perecer faltos de recursos y aun del cariño de sus familias, la Iglesia los recibe entre sus brazos, les presta toda suerte de cuidados y consuelos y prepara sus almas para el paso del tiempo a la eternidad”.

- ¡Ah!, se me olvidaba, y perdón por lo extenso de la cita. Pues terminas diciendo que la Iglesia infunde a los Misioneros el celo apostólico que les hace cruzar los mares en busca de los pobres salvajes, a quienes civilizan e instruyen y, con el pan material, les hacen conocer a Dios, dador de todo bien”. En muy pocas pinceladas recoges el ministerio apostólico de tus hijas en orfanatos, asilos y hospicios; en hospitales y ancianatos; y hasta en los ambientes de evangelización inicial o misiones. Pero, ¿qué influencia tienen estos fines o apostolados en nuestra espiritualidad?

- ¿Que qué influencia ejercen? Pues son los fines apostólicos de Francisco de Asís, ese su espíritu hondamente misericordioso y compasivo, como vimos, ese espíritu abierto y profundamente hospitalario, esa su sintonía con los desamparados de la sociedad y de la fortuna, ese su vivir la actitud del hijo pródigo, ese su talante de minoridad y de servicio, esa su propensión a la abnegación y al sacrificio, esa su ternura y comprensión, esa su alegría de la fraternidad, esa su actitud

creadora de familia y hermandad, y, en una palabra, esa su actitud corredentora y misericordiosa.

Así mi buen padre fundador, con amplias pinceladas, me va enumerando infinidad de rasgos espirituales que delinean suavemente, como difuminándola, su silueta espiritual y la de sus hijos. No se olvida tampoco de la generosidad y misericordia, fortaleza y ternura, sencillez y dulzura, aire festivo y confianza amorosa en la providencia divina y en sus designios. Y este mosaico de virtudes cuaja en la atención a los menores con quienes no ha sido excesivamente complaciente la vida.

La espiritualidad es un complejo conjunto de virtudes, cualidades y estilo apostólico. Y la misión específica constituye una de sus fuentes encimeras.



## 36. ACTITUD DEL BUEN PASTOR

**L**a verdad, han sido ya muchas mis conversaciones con el Venerable Padre Luis Amigó. Unas veces serias, informales otras veces. Hoy no puedo por menos de preguntarle así, a bote pronto, sobre la amable figura del Buen Pastor. ¿Para nosotros es verdadero maestro y modelo de nuestra identificación espiritual?

- Ciertamente que tan sólo en cuatro o cinco ocasiones, me responde cortésmente mi buen Padre Luis, os hablo de la amable figura de Cristo Buen Pastor. ¡Ah!, eso sí. No me digas que no lo hago en ocasiones bien solemnes, ¡eh!

- Desde luego, desde luego. Que no lo ignoro.

- Por lo demás, me sigue diciendo el Venerable Padre Luis, no sé dónde leí que en ocasiones hay sentimientos, y a veces son los más delicados, los que la persona no llega a verbalizar, pero que se suelen transmitir envueltos en el callado idioma de las actitudes. Tal vez algo de eso me ocurre a mí en este caso. Y me dice, o más bien recita, con la voz segura y pausada de quien se lo sabe de memoria: “Y si aconteciere que, dando oídos al espíritu infernal, se apartan del redil del

Buen Pastor, también vosotros, mis amados hijos e hijas, a quienes Él ha constituido zagales de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor”.

El Venerable Padre, naturalmente, paladea con fruición el pensamiento que años ha escribe en su carta testamento. Me recuerda su última voluntad remansada a través del tiempo y plasmada en este magnífico párrafo, denso y solemne, como lo suelen ser siempre las últimas voluntades.

Me permito interrumpirle para afirmar: Sí, también yo conozco de memoria el párrafo. Pero, dime, Padre. ¿De donde te viene aquello de *zagales del Buen Pastor*? ¿No será tal vez por la mística franciscana de la imitación de Cristo? Mi Venerable Padre Luis, halagado y complacido por mi pregunta, esboza una media sonrisa y se dispone en seguida a responderme:

- A ciencia cierta que tampoco yo te sabría decir ahora mismo de dónde viene, pero que viene, sí, ciertamente. Yo recuerdo haber leído en una de las biografías de Celano que el Seráfico Padre, de tanto llorar la pasión del Señor, vino a perder la vista. Y decía dolorido, y así nos lo transmite en sus avisos espirituales: “Reparemos todos los hermanos en el Buen Pastor que, por salvar a sus ovejas, soportó la pasión de la cruz”.

- ¿No te vendría tal vez de meditar, con tanta frecuencia como Francisco de Asís, la humildad de la encarnación y la caridad de la pasión?

- Puede ser, puede ser. No digo que no. De hecho cada día los capuchinos meditamos la pasión de Cristo, lo que nos lleva a contemplar frecuentemente la figura de Cristo Buen Pastor y la de Nuestra Madre de los Dolores. Por lo demás, como capuchinos y sobre todo como misioneros, siempre fue notoria nuestra devoción al Buen Pastor y a su augusta Madre, la Divina Pastora y Celestial Zagala, como la llamamos.

- De todos modos hemos de reconocer que la figura del Buen Pastor es antigua en la tradición cristiana. La encontramos ya desarrollada en los profetas, la hallamos en los evangelistas y la recogemos esas primeras imágenes, ingenuas, en las catacumbas...

- Así es, sí. Sobre todo en esas deliciosas descripciones que nos brindan en sus evangelios Juan y Lucas y que recogen respectivamente el amor y la misericordia de los pastores de Israel personificados en las actitudes de Cristo Buen Pastor. Me refiero a las actitudes de sencillez, dulzura y disponibilidad; de compasión, fortaleza y humildad; de gozo sincero, riesgo y entrega de la propia vida; de conocimiento de la grey y actitud gozosa en el ir delante del rebaño a los pastos ubérrimos de los campos de Israel...

- ¿Y, por qué tomaste, Padre, como divisa de tu escudo episcopal el lema: *Doy mi vida por mis ovejas*?

- Mira, no sé si sabes que el escudo episcopal constituye un poco el borrador del que un día será el testamento espiritual, y recoge los amores

y mejores ilusiones del nuevo obispo. El escudo episcopal plasma las ilusiones más íntimas del nuevo pastor. Su primera exhortación pastoral es el programa de intenciones de su episcopado. Y el testamento espiritual es el acta o memoria del mismo. Y en los tres - no sé si llega a tanto tu intuición- ocupa lugar destacado la amable figura del Buen Pastor

- La verdad, no había caído en la cuenta, pero ahora que lo dices... ¿Quieres explicarte mejor, Padre?

- Efectivamente. En mi escudo episcopal recogí mis dos grandes amores, centrados en la veneración a la Orden, mi Madre, y a mis dos congregaciones religiosas, con esa misión sencilla, popular y misericordiosa de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor. Y no podía rubricar mejor mi escudo que con el lema que lo envuelve. Y no hallé mejor divisa que la de san Juan: *Doy mi vida por mis ovejas*.

En mi primera exhortación pastoral, programática o de intenciones, apliqué el lema a mi humilde persona. Y precisé más: dar la vida, si necesario fuera, por todos y cada uno de vosotros; apacentar con ejemplo y doctrina; constituirme en norma y dechado vuestro; vigilar cual solícito pastor nuestra amada grey; exhortaros, también con cariño, cuando os desviéis del camino de la salvación; además de estar dispuesto a todo sacrificio que fuere menester para ir delante de vosotros...

Finalmente, en la carta testamento quise recoger yo, como en acta ya cumplida, el que fuera mi

ministerio episcopal. Y hasta me rondó por la mente la idea de concluir como finalizó Francisco: “Yo hice ya mi trabajo, el Señor os enseñe el vuestro”.

Y por eso os dejé bien claro lo que yo siempre creí nervio rector de vuestro ministerio misericordioso: “Vosotros, zagales de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor. Y no temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida; ni os arredren los zarzales y emboscadas con que tratará de envolveros el enemigo, pues podéis estar seguros de que, si lográis salvar un alma, con ello predestináis la vuestra”.

Mi buen Padre Fundador encadena su razonamiento con la ilusión de un novicio y la lógica de quien ha rumiado mucho sus propias ideas. Mientras tanto yo guardo un silencio de todo el ser para no perderme ni una sola de sus amables palabras. Y hasta hago gala de una paciencia casi infinita para permitir concluya mi buen Padre su larga digresión. Luego aprovecho para preguntarle:

- Aparte estas citas, ¿en qué otros momentos nos hablas de la figura amable del Buen Pastor como nuestro modelo de identificación espiritual?

- Bueno, como ya te indiqué con anterioridad, no son demasiados los textos en que hago referencia a la figura del Buen Pastor. De todas las maneras sabes que la persona humana constituye una unidad armónica e indivisible. Por eso hay ocasiones en que me dirijo a mis diocesanos y pienso en

vosotros. Otras veces, en cambio, me dirijo a vosotros y sin embargo escribo a mis diocesanos.

¿En quienes pensaba yo cuando, dirigiéndome a mis diocesanos segobrigenses, les escribía: “Miradle trepar los montes y cruzar los collados, cual amante pastor, en busca de la oveja descarriada?” No te lo sabría decir.

Y, posteriormente, cuando escribo que el Señor nos eligió entre millares, e invistió de la misma autoridad que a sus Apóstoles para que, cual pastores solícitos, corriésemos en pos de la oveja descarriada hasta conducirla al aprisco y la apartásemos de los envenenados pastos... ¿A quiénes me dirigía? Pues tampoco lo sé, ni ya lo recuerdo.

- Sí, te entiendo perfectamente, Padre. Por lo demás he podido apreciar esa actitud tuya de Buen Pastor cuando, recordando el texto de san Lucas, escribes que hay más alegría en el cielo por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que no necesitan de ella. O cuando comentas el texto de san Mateo que nos refiere el gozo del pastor que, habiendo perdido una oveja, la encuentra, diciendo que se regocija más con ella que con noventa y nueve que no se le descarriaron. Tan sólo te ha faltado rematar la frase, como lo haces frecuentemente, con el texto de Santiago: "porque quien salva un alma predestina la suya..."

- ¡Qué quieres que te diga! Llegados a una cierta edad confieso que nos repetimos más que chirimía de ciego o acordeón de feriante, es decir, más de lo que fuera de desear. De todas las formas la cita de Santiago, al igual que la entera carta, era

muy frecuente en mi época, tocada excesivamente de una espiritualidad más bien voluntarista, ¿no crees? Así lo ejercieron también mis hijos en sus primeros años de ministerio apostólico.

- Efectivamente. La salvación de la propia alma en el ejercicio apostólico del propio ministerio lo cultivan los primeros hermanos. Y ejercen su ministerio pastoral siguiendo las actitudes del Buen Pastor. Por ello pudo escribir un gran amigoniano: “Mucho quiero a los corderillos y por ellos me sacrificaré; pero más he de querer a los zagales que con tanto gusto y abnegación dirigen y apacientan el rebaño”.

En el ambiente se respiraba esa pedagogía amigoniana, de tintes misericordiosos, según las actitudes del Buen Pastor. Por ello, acertadamente, el decreto de Venerable asegura que esta ofrenda generosa del Buen Pastor -*doy mi vida por mis ovejas*- es el quicio espiritual sobre el que gira la vida del Siervo de Dios Luis Amigó y Ferrer.

Yo también lo pienso así.





## 37. MORALIZACIÓN

**L**as catas, numerosas y variadas. Cuanto más abundantes y variadas, mejor. Más fiable es la estadística. ¡Ah!, ¿que por qué digo esto? La verdad, pues es algo muy sencillo. Porque, al delinear los rasgos espirituales del Venerable Luis Amigó, las citas o catas con inusitada frecuencia las tomo de *Apuntes sobre mi Vida*, o *Autobiografía*, que el Venerable Padre Luis escribe a sus 75 años. Obviamente, a dicha edad todo hombre es bueno. Mejor dicho, a esa edad los humanos casi sólo conservan ya los recuerdos buenos. Y aun éstos los expresan con la prudencia y mesura que dan los muchos años.

Yo sé bien que el Venerable Padre Luis, entre sus rasgos espirituales, atesora un gran celo e inquietud por la moralización de la juventud extraviada. No obstante, sobre moralización sólo habla en sus *Ordenaciones de Santa Visita*, como entonces se decía, y en sus *Apuntes sobre mi vida*. Y las citas ni son numerosas, ni tampoco demasiado variadas. Y esto, indudablemente, encierra sus riesgos. Por lo que a fiabilidad se refiere, claro.

Yo sé que en sus breves visitas a la Escuela de Reforma, en Madrid, el Venerable Padre Luis con-

versa con los jóvenes en sus celdas de reflexión. Y también sé que trata con ellos en los recreos. Y, siempre que se presenta la ocasión. Y asimismo sé (porque así lo han referido hermanos de aquella fraternidad) que les confiesa con gran fruto espiritual de muchos jóvenes, que salen transformados. Es su peculiar manera de moralizar.

De todos modos, y dicho esto, bueno será que preguntemos directamente al Venerable al respecto: ¿Qué se entiende en aquel entonces por moralizar? El Venerable Padre Luis, siempre tan fino cuanto amable, se incorpora levemente y me dice:

- Sí, ya sé que moralizar o reformar no es hoy una expresión demasiado grata a los oídos, en especial de las gentes modernas. De todos modos, y según mi entender, moralizar no es sino reformar las malas costumbres inculcando las buenas. Al fin y al cabo moralizar es hacer al joven mejor o más moral, lo que viene a ser lo mismo. De hecho nuestros propios establecimientos se denominan indistintamente escuelas de reforma o de rehabilitación moral.

- Pero bien sabes, Padre Luis, le digo dirigiéndome a él y como reflexionando en voz alta, que el tiempo pasa. Y que el rigor moral no es precisamente una de las virtudes más típicas de nuestro tiempo. Antes preparar a bien vivir era preparar a una vida sana, honrada y religiosa. Y moralizar era preparar para una vida en honradez y moralidad. Hoy vivir es algo muy diferente...

- Sí, tienes razón, sí. Antes, y perdona que mire hacia atrás con nostalgia, la gente de bien se

sentía inclinada a las obras de religión, piedad y misericordia. Por esto, cuando al momento pasa por mi mente (en la epidemia de cólera del año 1885) y se me fija la idea, no sé si por inspiración divina, de completar la obra de las hermanas terciarias capuchinas con la fundación de una congregación de religiosos terciarios capuchinos que se dediquen en los penales al cuidado y moralización de los presos, bien pronto se esparce la noticia y empiezan a presentármese jóvenes solicitando ser admitidos a formar parte de la nueva Congregación, atraídos, sin duda, por el fin de ocuparse en la instrucción y moralización de los penados.

¡Ah!, y cada vez que desde nuestro convento de Masamagrell me voy yo a Valencia, en seguida vienen a buscarme a nuestra residencia los jóvenes pretendientes, ávidos de noticias referentes a la fundación y deseosos de trabajar en los asuntos que pudieran activar su realización. La sociedad lo pide, lo reclama.

- Perdóname, Venerable Padre Luis, pero me asalta una duda.

- Tú dirás.

- Pues que no acierto a explicarme por qué fundas una congregación de religiosos terciarios capuchinos que se dediquen a la moralización de los penados (y leo lo que tú mismo escribes en *Apuntes sobre mi vida*) y, no obstante, ni una sola vez se encuentra la palabra moralizar en las constituciones que tú mismo escribes al efecto. ¿Nos puedes decir por qué razón?

- ¡Ah!, pues es verdad. Mira por dónde ni yo mismo había caído en la cuenta. Lo que sí te puedo asegurar es que la idea sí que está bien presente. Y que la voz se recoge literalmente en las Constituciones de 1902, al hablar de los ministerios a que en especial se consagra esta Congregación, a saber, la enseñanza y moralización de los acogidos en las Escuelas de Reforma y Correccionales. Y más claramente ya en las constituciones definitivas de 1910. Y para que no persista la duda en mí, el Venerable me invita a leer lo referente al fin especial de la congregación.

Leo. Dice así: “El fin propio de este Instituto consiste en la educación correccional, moralización y enseñanza de ciencias y artes a los acogidos en las Escuelas de Reforma y demás establecimientos similares, tanto públicos como privados”.

Naturalmente que yo no albergó duda alguna sobre el celo apostólico desplegado por el Venerable Padre Luis en la moralización de la juventud extraviada. Y asimismo tampoco sufro alguna perplejidad en que moralizar, reformar o resocializar (escójase la palabra que personalmente más apropiada sea o más agrade) forme parte del acervo espiritual y ministerial de Luis Amigó. Y asimismo de sus hijos e hijas espirituales. Pero sí resulta curioso, si bien es comprensible en una época de sacralidad, el que los medios para la moralización (peldaño que precede a la salvación temporal y eterna) sean la piedad, el estudio y el trabajo.

- Desde luego, me dice el Venerable Padre Luis, que puede parecer desproporcionado. Pero no lo es tanto si tenemos en cuenta que nos referimos a una etapa de la historia de España monolítica y de cristiandad. Y en este preciso contexto histórico, y de comienzos pedagógicos de la congregación, tiene explicación que para la moralización de los niños ordenase yo personalmente dividirlos en tres grupos: Catecúmenos, Perseverantes y Adoradores. No hago sino aplicar las categorías pedagógicas de centros normales a nuestra escuela de reforma.

- Comprendo, comprendo. ¡Cómo no! Pues he tenido la ocasión de comprobar que hasta los mismos horarios y actos piadosos de las prisiones de finales del pasado siglo XIX semejan mucho más a seminarios religiosos de hoy que no a cárceles modelo de ayer.

Por otro lado, le digo al Padre Luis poniendo en mis palabras el énfasis de quien quiere convencer de algo importante, resulta comprensible que la base religiosa se constituya en soporte del sistema pedagógico, pues hasta las mismas Constituciones entonces vigentes dan pie a ello.

- Expíciate, ¿quieres?, me dice amablemente mi buen Padre Fundador.

- Pues sí. Las propias Constituciones dan pie a ello, pues dicen que: “siendo el fundamento religioso la base necesaria de la verdadera moralidad, en él procurarán apoyarse los Religiosos, inspirándole suavemente en los corazones donde no exista y fomentando los gérmenes donde esté latente”.

- ¡Ah, sí!, y recuerda que a continuación dicen también: “de esta manera llegará el alumno bien dispuesto a la Sagrada Comunión la que, si resulta bien hecha, influirá totalmente en el cambio de vida deseado”, es decir, en el cambio moral.

Efectivamente, pues, como ya vimos en uno de nuestros anteriores diálogos, la idea básica es el pensamiento de la salvación. Y el camino hacia el mismo pasa necesariamente por la vía de la moralización, es decir, de una vida sobria, honrada y religiosa. Y a ella se accede mediante la catequesis, la sacramentalización y las conferencias morales y religiosas, que procuramos impartir a toda clase de personas, incluidos los jóvenes de nuestros centros de protección y de corrección paternal.

Incluso (tú lo recordarás perfectamente, me dice mi buen Padre Luis) incluso nuestras mismas Constituciones, para el progreso y perfección en el camino de la vida religiosa, nos ofrecen dos clases de ejercicios: las prácticas de mortificación exterior y los ejercicios de piedad. Es lo que, a su nivel, usamos en un principio como sistema pedagógico en nuestros centros. Esto es poco, pero es seguro.

- Bueno, Padre, ahora que no nos oye nadie o casi nadie. ¿Por qué dejaste como ordenación en la Escuela de Reforma de Madrid...?

- ¿A qué ordenación te refieres?

- Pues a aquella que dice que la Escuela de Santa Rita, de Madrid, no es un colegio, sino casa de reforma y protección, la cual no se ha de con-

seguir por medio del estudio, sino por la moralización y el trabajo.

- Pues, por lo que venimos diciendo: ejercicios de piedad y mortificaciones exteriores. Es decir, moralización y trabajo, piedad y trabajo. El relieve que luego se ha dado en la recuperación de los jóvenes al estudio, la dimensión científica, viene después. En los principios es moralización y trabajo. Luego mis hijos, sin olvidar estos dos pivotes para la recuperación moral del menor, desarrollan la dimensión científica y dotan a los centros de los mejores gabinetes de psicopedagogía para una más fácil recuperación del menor y su posterior inserción en la sociedad.

El Venerable Padre Luis me mira como extrañado, como no sabiendo a ciencia cierta dónde nos va a llevar el presente diálogo sobre sus rasgos espirituales. Ya te indiqué alguna vez, amable lector, que la misión propia o específica es una de las fuentes de sus rasgos espirituales y de los de sus hijos. Pues seguramente, siguiendo el decir del clásico, “si quieres conmoverme, antes has de estar conmovido tú”, el Venerable Luis Amigó y sus hijos espirituales se dieron al ejercicio de la moralización de la juventud, siguiendo el camino de perfección de la vida religiosa.

El Venerable Padre Luis me mira como si esperara alguna otra pregunta, la que ya no se produce por el momento. Pues de la catequesis, como medio de moralización, seguramente dialogaremos en alguna próxima ocasión.

Cuando me despido del Padre Luis, camino de la cancela, las sombras de la tarde avanzan ya por la vega de Segorbe. Y me viene a la mente el texto del clásico:

- “Corriendo van por la vega a las puertas de Granada”.

Cuando dejo Segorbe, la Ciudad del Agua Limpia se mueve ya entre dos luces.



## 38. CATEQUESIS Y MISIONES

**L**a mañana está azul, transparente. Como están las mañanas levantinas en primavera cuando estalla la flor del naranjo. Hoy es jueves. En un plis plas me planto en Segorbe. Me abre la puerta el Venerable Padre Luis. He de decir que el oficio de portero de palacio, durante más de veinticinco años, lo desempeñó de modo impecable un hermano coadjutor llamado fray Serafín M<sup>a</sup> de Ayelo.

- ¿Y fray Serafín?..., pregunto un tanto extrañado de no encontrármelo a la puerta.

- ¡Eh, sí, Fray Serafín!..., me dice. Un buen religioso, sencillo y limpio, organizado y servicial. Y un buen espíritu franciscano también, sí.

- Pues bien, Fray Serafín, le digo mientras ascendemos la escalera de piedra que conduce a sus habitaciones del plano superior, refiriéndose a las fundaciones, confiesa que vuestra primera idea fue fundar una congregación de religiosos que se dedicasen a la enseñanza del catecismo a los enfermos y a los encarcelados.

- Efectivamente. Sí, señor. Pues yo tenía entonces muy claro que el ministerio pastoral, tanto el

de mis hijos como el mío, no tiene otro sentido sino el de llevar las almas a Dios. Y para ello consideraba que nada hay mejor que la catequesis y las misiones populares. Por esto yo escribí en cierta ocasión que las Misiones han sido siempre la gracia especial de nuestra Orden y en lo que más en todos los tiempos se ha distinguido, con preferencia a todo otro género de predicación. Y las misiones, tanto las populares como las de evangelización inicial, son... eso, catequesis y sacramentalización.

- Entre los primeros terciarios capuchinos las catequesis las impartían los hermanos coadjutores. Y la sacramentalización, los religiosos sacerdotes. Ambos unidos en una y misma profesión religiosa; y complementarios en el ejercicio ministerial, ¿no?

- Claro, claro, me dice mi buen Padre Luis. Esto lo aprendí yo muy bien en mis años de seminarista en la ciudad de Valencia.

- ¿Y de quién lo aprendiste, si no es mucho pedir?, le pregunto un tanto perplejo.

- ¡De quién iba a ser!, me responde un poco extrañado de que no recordase yo magisterio tan evidente. Pues de don Gregorio Gea y de la Escuela de Cristo. Ten presente que en ambas asociaciones nos distribuíamos en grupos por cárceles y hospitales, poblados y alquerías de toda la huerta valenciana. Íbamos un sacerdote y dos o más seglares. Que así lo establecían las Constituciones de la Escuela. Éstos para impartir la catequesis. Y aquél para administrar los sacramentos.

Principalmente el de la penitencia, la eucaristía y el matrimonio. Quiero recordar que sobre esto has escrito tú al respecto. Y muy bien, por cierto, y con mucho acierto y aplomo.

Cuando de estos temas se trata el Venerable Padre Luis habla, habla y habla sin cansarse, a pesar de sus muchos años. Y con inusitado entusiasmo y fruición. Conversa como quien siente y goza con el relato. ¡Ah! y con exquisita sencillez, por lo que yo opto por no interrumpirle. Tan sólo de vez en cuando le hago alguna leve pregunta, más que por avivar la conversación (que, gracias a Dios, no hace falta) para centrarlo más en el tema.

- ¿Y la catequesis como medio de reeducación de la juventud extraviada?

- Imprescindible, me dice, sí, imprescindible. Y continúa: la enseñanza y repaso del catecismo ha de ser constante en nuestras casas, por la misión a que estamos destinados, y por ser el catecismo la base de operaciones de nuestro ministerio pastoral. Y los superiores, entre nosotros llamamos guardianes, tienen la obligación de enseñar el catecismo, tanto a los religiosos como a los niños. Y he de añadir que la instrucción a los Hermanos Coadjutores ha de procurar trabajarse mucho sobre la Doctrina Cristiana y la Urbanidad Religiosa.

Tal vez sin darse cuenta el Padre Luis ha concatenado algunas ordenaciones tuyas de santa visita que, cien años ha, había dejado a sus hijos de

la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, con otras de los superiores mayores de entonces.

También me cuenta que entre todos los géneros de predicación el más excelente, el más importante y el más necesario es, sin duda alguna, la catequesis o enseñanza del catecismo. Y me asegura, posiblemente para dotar de mayor peso su afirmación: no lo digo yo, es el Vicario de Cristo, Su Santidad Pío X, quien predicó estas palabras: “la obra del catecismo es la más excelente a que podamos dedicarnos, mejor que predicar y confesar y dar misiones, enseñar en el seminario y otros ministerios”.

Al sentir en mis oídos que la obra del catecismo es más excelente que la de dar misiones, me dirijo a él para preguntarle directamente:

- Pues la obra de catequesis de tus religiosas en las Misiones, en las de evangelización inicial por lo menos, no ha sido ni poca, ni escasa, ni pequeña.

- Desde luego, desde luego. Lo sé. Y los catecismos de Astete y Ripalda, a lo largo de más de tres siglos, han sido los instrumentos de trabajo en las misiones de primera evangelización. Yo, en seguida que pude, envié a mis hijas a cooperar con los capuchinos en la gran obra de la evangelización inicial. En seguida salieron para los indios guajiros, aruhacos y motilones del norte de Colombia. Y luego a los waraos del Caroní y del Orinoco venezolano. Y el mismo año 1929 al Kansu Oriental, la misión más pobre de la China. Una profunda fe y un gran afán evangelizador animaban a mis hijas. Y, ¿qué pretendían? Sencillamente, catequizar. Y,

con el catecismo en la mano, escriben las páginas más sublimes y bellas de su historia religiosa.

Y al Padre Luis se le va iluminando el semblante, y algunas lagrimillas pujan por afluir a sus ojos mientras, entusiasmado, relata las gestas de sus hijas. Al hilo de la conversación le digo:

- Quiero recordar, Padre Luis, que en tu ministerio episcopal imprimiste también gran impulso al servicio de la catequesis y misiones populares. Y que fue una forma amable de que te serviste para conquistar el corazón de sus diocesanos de los valles pirenaicos de Solsona...

- Y de Segorbe también, sí. Yo tenía la costumbre de preparar bien la visita pastoral, con tres días de misiones populares. Ordinariamente las impartían los padres franciscanos y capuchinos. Y alguna que otra vez los padres claretianos también. Ellos catequizaban al pueblo. Y luego yo rubricaba la obra con la confirmación y la eucaristía. Y los pueblos quedaban complacidos y contentos, según ellos mismos me decían. ¡Ah!, también escribí varias exhortaciones pastorales al respecto.

- ¿Sí?...

- Aún recuerdo que en una de las primeras exhortaciones, creo que con ocasión del adviento de 1909, decía que la predicación y enseñanza de la doctrina de Jesucristo que se contiene en el catecismo es, sin duda, la más excelente e importante de todas las obras que podemos hacer, religiosa y socialmente considerada. Y encarecía a todos la enseñanza del catecismo en la diócesis.

- Por cierto, le digo, que ésta era tu peculiar forma de oposición a una sociedad que presumía saberlo todo y, sin embargo, caía en los errores más crasos. Yo diría que muy parecida a la nuestra actual, ¿no?

- Es posible, sí. Mejor, es casi seguro. Que en esto de diferencias ni siempre son tantas, ni tampoco cada tiempo pasado fue mejor, gracias a Dios.

El Padre Luis se queda un tanto pensativo y luego me pregunta:

- ¿Y sabes tú de dónde me vino a mí la inclinación por la catequesis y las misiones?

- ¿De dónde?, le digo. Y él comienza a referirme: Mira, nosotros vivíamos en Valencia, cerquita de la Plaza de la Virgen, donde está la basílica de Nuestra Señora de los Desamparados. Y cada día, luego de merendar, íbamos a despedirnos de la Señora. Y, a la vuelta, rezábamos en casa el rosario. Lo dirigía mi padre casi siempre. Y lo hacía con un rosario grueso, engarzado en plata sobredorada, de aquellos de antes de a cuatro pesetas. Y ante un crucifijo pobre y dos candelabros pequeños de hierro fundido.

Una tarde volvía yo a casa con mi madre. Era ya un poquito tarde. La basílica estaba cerrada. Pero en la puerta sur tiene una rejilla formada con barras de metal amarillo. Y por entre las mismas se divisa perfectamente al fondo la imagen de la Virgen de los Desamparados. Nos arrodillamos en el escalón de la puerta para rezar, como se suele hacer siempre que se llega tarde y la basílica se

encuentra ya cerrada. Al levantarnos del escalón en que estábamos de hinojos me dice mi buena madre:

- Mira, hijo, aquella sí que es tu verdadera madre.

- No sé si ella barruntaba ya su temprana muerte. Ni sé si es porque la Virgen es de indefensos y desamparados. Pero yo comprendí perfectamente lo que mi madre quiso decirme en aquella ocasión.

Yo cada tarde, al volver del seminario, pasaba a despedirme de la Virgen. Y con el tiempo fui comprendiendo que en el mundo hay mucha gente que carece de familia o, al menos, de una madre en su vida.

Aquella fue la mejor catequesis que nunca he recibido. Y mis padres, mis mejores catequistas. Andando el tiempo dedicaría una de mis fundaciones a la Sagrada Familia, y la otra a la Virgen de los Dolores. Y es que todos tenemos necesidad de una familia o, al menos, de una madre en la vida. Cuando quedé huérfano de mis padres, y al frente de la propia familia, lo comprendí todavía mejor.

Yo dejé que mi Venerable Padre Luis se explicase, bien por lo novedoso que me resultaba el relato, bien porque no acertaba a intuir dónde iba a terminar. Pero ciertamente estoy de acuerdo con mi Venerable Padre Fundador en que los primeros catequistas y misioneros son siempre los padres o quienes, tratando de sustituir buenamente a los padres, nos aman.

La catequesis es cuestión de testimonio y de amor. Al menos así fue en la familia Amigó Ferrer. Y el espíritu catequístico y misionero, una constante en la vida y espiritualidad del Venerable Padre Luis.



## **39. CON DOCTRINA Y EJEMPLO**

**E**l último día, al concluir nuestra conversación, Venerable Padre Luis, te decía yo que la catequesis, al fin y al cabo, es cuestión de testimonio y de amor. Incluso me pareció notar que movías la cabeza como asintiendo complacido.

- Sí, así es, sí (me dice). Y a continuación añade:

"Pero también es cuestión de doctrina y de ejemplo".

- A propósito, de este tema me gustaría que dialogáramos hoy. Pues yo siempre he creído que la espiritualidad franciscana se transmite como por ósmosis, es decir, por contagio. Y el testimonio del buen ejemplo me ha parecido siempre un punto fuerte de su espiritualidad, especialmente de la orden franciscana seglar. ¿No es así?

- Así es, ciertamente. Pues en la familia franciscana tenemos muy presente aquel adagio que asegura que las palabras mueven, pero que los ejemplos arrastran. Por eso en cierta ocasión yo mismo escribí, dirigiéndome a los padres de familia: "Si queréis que vuestros hijos sean devotos, piadosos, humildes, sufridos, respetuosos, id

delante de ellos con el ejemplo, que es el mejor predicador y cuya fuerza de persuasión es irresistible”.

- Bueno, bueno (le digo) tampoco hay que exagerar. Que son numerosos los jóvenes que manifiestan unas ganas bárbaras de seguir el buen ejemplo de sus mayores, ¡pero... se las aguantan! A esta ocurrencia mía el Venerable Padre Luis ríe abundantemente tras los anteojos metálicos, con pretensiones de gafas, estilo Schubert.

Ya en serio, y teniendo presente que el seguimiento franciscano tiene mucho de copia de las actitudes del Señor, que comienza a enseñar primero con obras que con palabras, le pregunto:

- ¿Cómo lo vivió nuestro Seráfico Padre San Francisco?

- En este punto, me responde el Venerable Padre Luis, fue una delicia. Y me recita de memoria lo que el mejor biógrafo del Seráfico Padre escribe, es decir, que la más alta aspiración, el más vivo deseo y la más firme voluntad de Francisco era observar perfectamente y siempre el santo evangelio e imitar con fidelidad, con todo el empeño, con todo el arrojío del alma y del corazón, la doctrina y los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo.

Y me añade a continuación, como para rubricar la actitud del Padre con un ejemplo del mismo: “Y, para que los hermanos fuesen inexcusables delante de Dios, cumplía en si mismo lo que predicaba a los hermanos y les confirmaba con el ejemplo de las obras lo que enseñaba con las palabras”.

- De ahí, seguramente, la actitud de Fray Juan el Simple. ¿No crees, Padre Luis?, le digo.

- Sí, sí. No lo dudes. Fray Juan el Simple fue uno de los primeros hermanos de la fraternidad franciscana. Era un labriego. En cierta ocasión en que Francisco pasaba junto a una villa cercana a Asís, el tal Juan le salió al encuentro, pidiendo al humilde Padre el ingreso en su Religión, lo que le concedió. Creyó Fray Juan que la perfección religiosa consistía en imitar la doctrina y ejemplo de Francisco como aquél la de Cristo. Y tan a pechos se lo tomó que si san Francisco estaba (donde fuere) meditando, Juan el Simple repetía e imitaba inmediatamente todos los gestos y posturas de aquél. Si el santo escupía, él escupía; si tosía, él tosía; unía suspiros a suspiros y llanto a llanto; y cuando el santo levantaba las manos al cielo, levantaba él también las suyas.

Como imitación, sí, era casi perfecta. Como regla, vida y seguimiento no estoy tan seguro de que lo fuera.

Y mi buen Padre Luis sonrío dulcemente de la ingenuidad del bueno de Fray Juan el Simple. Al hilo de la reflexión me permito preguntarle:

- Aunque sea una indiscreción por mi parte, quiero recordar que también tú, al comienzo de tu ministerio pastoral, cual otro Francisco de Asís cuando los hermanos comienzan a aumentar, éste es tu primer y principal afán: enseñarles, más con obras que con palabras, qué debían hacer o evitar, ¿no?

- Por supuesto, claro. Y precisamente manifiesto este mi deseo en la primera exhortación pastoral. En ella recojo un poco mi programa de intenciones para el régimen y dirección de la diócesis. Recuerdo que en ella manifiesto mi deseo en primer lugar de seguir las huellas del Buen Pastor dispuesto a dar la vida, si necesario fuere, por todos y por cada uno de mis diocesanos; que va delante de su rebaño y que empieza a obrar antes que a enseñar.

Recuerdo que, siguiendo las actitudes de Cristo Buen Pastor y de mi Seráfico Padre San Francisco, su más fiel imitador, les recuerdo que el Divino Maestro nos manda apacentar con el ejemplo y la doctrina la porción del rebaño a Nos encomendado. Y les digo: “Podemos asegurarnos que estamos dispuestos a todo sacrificio que fuere menester para ir delante de vosotros, cual caudillo, aunque oscuro y humilde, en el camino de la abnegación y del ejemplo...”

Y prosigue el Padre Luis con su argumentación. “Por lo demás, cuán bien anteponga la Sabiduría increada el ejemplo a la instrucción en el régimen y dirección de las almas, nuestra misma naturaleza nos lo indica con su innata propensión a fiarse y creer más que a las palabras en el ejemplo de vida de quien nos exhorta”.

Siempre procuré constituirme, aunque me esté mal el decirlo, en norma y dechado vuestro por la práctica de todas las virtudes. ¿Lo he conseguido? Desgraciadamente siempre suelen alcanzar mayor vuelo las aspiraciones e ilusiones, que las

posteriores realizaciones. ¡Sea todo por el amor de Dios!

El Venerable Padre Luis, no sé si con intención o sin ella, Dios lo sabe, pero lo cierto es que me ha iluminado sobre lo que constituye el nervio y programa de intenciones de su primera exhortación pastoral, es decir, su intención de preceder a sus ovejas con la doctrina y el buen ejemplo. Si bien yo creo que ésta es una de las notas de su espiritualidad por cuanto constituye una constante en su vida religiosa y pastoral.

De todos modos el Venerable Luis Amigó, fiel hijo del Seráfico Padre San Francisco, sabe muy bien que ha sido elegido como ejemplo para los hermanos. Y sabe también que debe enseñar primero con obras que con palabras. Y esto mismo quiere y desea en sus hijos. Por eso, a la vez que les reconviene amorosamente, indica a sus religiosos de la Escuela de Reforma de Madrid: “No os quepa duda de que el buen ejemplo es lo que tiene más ascendiente sobre el corazón humano y la más eficaz exhortación para la práctica del bien”.

Lo que asimismo exhorta a los directores del Seminario.

Yo sé que, desde su elección a obispo hasta su muerte en 1934, despliega una gran actividad a favor del seminario al que da sabias normas, tanto al de Solsona, primero, como al de Segorbe después. Por esto, mientras caminamos por el sendero, me vuelvo a él y le digo:

- ¿Y tus desvelos por los seminarios?

- Efectivamente, me dice, mi principal cuidado y desvelo siempre estuvo fijo en el seminario, escuela en donde se han de formar e instruir los jóvenes en las ciencias y en la virtud necesaria para poder apacentar a las almas con doctrina y ejemplo. Y así lo manifesté a principios de mi ministerio episcopal en la ciudad de Solsona, creo que hacia el otoño de 1907.

- ¿Y en Segorbe?

- También, sí, también. Que a raíz del Código de Derecho Canónico de 1917 doy unas nuevas constituciones al seminario para su mejor evolución y progreso.

Yo, prudentemente, no se lo quiero recordar pero, ya al final de sus días, cuando Don Marcelino Olaechea gira visita al seminario de Segorbe, recuerda la gratisima impresión que le produce el Venerable Padre Luis, estando ya muy enfermo, de piedad y de bondad. Y la emoción que refleja su semblante, con lágrimas en los ojos, al contarle que no puede dar de comer a sus sacerdotes. Tanto es así que le ruega ser relevado del cargo de pastor de la diócesis. A lo que le responde el Visitador: "Vuestra Excelencia, con su doctrina y ejemplo, es el mejor testimonio para sus sacerdotes".

Por lo demás, el Venerable Padre Luis, que durante su vida con tanto acierto se ejercita en el ministerio del mando, tiene muy presente que los superiores son ministros de sus hermanos, y que nada hay tan justo y puesto en razón como que un ministro sea siervo de sus hermanos.

Precisamente por esto escribe que los Ministros de las casas del Instituto, como padres y jefes de la familia que se les ha confiado, deberán ir siempre delante de sus súbditos con la doctrina y el ejemplo.

Mientras nos despedimos recuerdo que el Padre Luis nunca se inmiscuyó en el régimen y dirección de sus religiosos. No tengo la menor duda de que, en este punto, él se guió siempre por la actitud del Seráfico Padre, quien decía: “Los hermanos tienen una Regla; incluso se comprometieron a ella... Por eso, desde que los hermanos saben lo que han de hacer y han de evitar, no me queda sino predicarles con el ejemplo, ya que para esto les he sido dado durante mi vida y después de mi muerte”.

Y hasta me parece escucharle en la lejanía, imperceptiblemente, lo que escribe a sus diócesanos de Solsona:

“¡Cuán felices seríamos, amados hijos, si no nos desviásemos jamás del camino que el Señor nos traza con su doctrina y ejemplos!”





## 40. EMULACIÓN Y TRABAJO

**F**uentes *Franciscanas* es un libro delicioso. Recoge los escritos, biografías y crónicas de Francisco de Asís y de los primeros hermanos. ¡Ah!, y asimismo los escritos de Clara y compañeras de San Damián. Es un libro un tanto robusto, lo reconozco, pero sumamente interesante para todo buen franciscano. El Venerable Luis Amigó lo observa como un poco extrañado, digamos que impresionado. Al final se decide a confesarme:

- En mis tiempos no disponíamos de las *Fuentes Franciscanas*. ¡Cómo hubiera disfrutado yo con su lectura! Y añade, con un rictus como de amargura apenas contenida: ¡Ni siquiera podíamos disponer en aquel entonces de libros, a no ser con el permiso expreso del nuestro padre guardián! Y, para qué decir, ¡pues no eran exigentes los guardianes de entonces!

Yo mientras tanto, intencionadamente distraído, voy hojeando el libro hasta que, por fin, doy con la *Crónica del establecimiento de los franciscanos en Inglaterra*.

En ella leo cómo Fray Guillermo cuenta que el obispo de Lincoln, predicando cierto día al capítulo conventual sobre la pobreza, dice que el escalón más cercano al cielo, en la escala de la pobreza, es el de la mendicidad. Pero luego añade, confidencialmente, a Fray Guillermo que hay un escalón todavía más alto: “Es el de vivir del propio trabajo”.

- Efectivamente, me dice el Venerable Padre Luis, a quien un gozo incontenible le estalla ya por las facciones todas de su cara, sin poderlo remediar. La verdad, no conocía el texto, no. Pero recoge admirablemente el sentir franciscano sobre el trabajo y la mendicación. Y me dice: El Seráfico Padre tiene palabras muy duras contra el hermano mosca, el hermano ocioso que se aprovecha del sudor de los demás. Por eso en su Testamento deja escrito: “Yo trabajaba con mis manos, y quiero trabajar; y quiero firmemente que todos los hermanos trabajen en algún oficio compatible con la decencia. Los que no lo saben, que lo aprendan, no por la codicia de recibir la paga del trabajo, sino por el buen ejemplo y para combatir la ociosidad. Y cuando no nos den la paga del trabajo, recurramos a la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta”.

- ¡Y yo que siempre creí, le digo al Padre Luis, que la más sublime pobreza franciscana hunde sus raíces en la mendicación!...

- ¡Oh, no, no, no! Cuando no alcance a los hermanos la paga del trabajo entonces, sólo entonces, pueden recurrir a la mesa del Señor, es decir, a la limosna. Pero el espíritu franciscano sobre el

trabajo es el mismo espíritu de Pablo de Tarso. Francisco conoce muy bien que, como hermanos y hermanas pobres a quien el Señor ha dado la gracia de servir y de trabajar, debemos servir y trabajar con fidelidad y con devoción.

¡Ay, no puedes tener idea de cuanto mal ha hecho a la Orden, al sintetizar demasiado, llamándola Orden Mendicante!

- Entonces, padre, ¿por qué escribes en las primeras Constituciones de tus hijas terciarias capuchinas que la mendicación sea el único patrimonio de las religiosas?

- Evidentemente, como Francisco, también yo trataba entonces de fundamentarme a mí mismo y a los institutos que fundé sobre la piedra firme de la excelsa humildad y pobreza del Hijo de Dios. Pero seguramente la expresión peca más bien de un exceso de espiritualismo, por mi parte, y ciertamente no es una de las expresiones más afortunadas, no. De hecho algunos años después las llamadas Normas de 1901 vienen a desautorizarme. A partir de ahí la expresión desaparece ya de las constituciones.

- De todos modos yo creo que donde mejor se ha recogido el espíritu franciscano sobre el trabajo y la manera de trabajar, a parte de en la primera Regla del Seráfico Padre, es en las constituciones capuchinas, las que tú mismo profesaste, ¿no?

- Desde luego. Aquellas constituciones que yo profesé, como bien dices, tenían una gran carga de espiritualidad y de sentido común. ¡Ah! y manifestaban, antes del qué, la razón y el porqué de

lo que ordenaban. Aquellas constituciones, en la práctica, nos duraron más de tres siglos. “Que la experiencia enseña...”

Sigue, sigue, me dice mi buen Padre Fundador.

“Que la experiencia enseña que los cambios frecuentes de constituciones disminuyen la observancia regular y causan otros muchos daños en las congregaciones”.

Mientras el Venerable Padre Luis recuerda con nostalgia la bondad de sus reglas y constituciones aprovecho para buscar en las mismas lo que contienen sobre el trabajo. Y, a continuación, le digo:

- Si permites, Padre Luis, puedo leer lo que dicen al respecto. El Venerable Padre hace una leve señal como indicación para que proceda en la lectura. Y yo así lo hago con la seriedad que exige el caso:

“Como es cosa difícil que el hombre esté siempre elevado en Dios; para evitar la ociosidad, raíz de todo mal; dar buen ejemplo al prójimo, ser menos gravosos al mundo, e imitar al vaso de elección el Apóstol Pablo, que predicando trabajaba, y a otros muchos santos; y por guardar el ejemplo de trabajar que nos da nuestro Padre San Francisco en la Regla, y conformarnos con su voluntad expresa en el Testamento: se ordena que los religiosos, cuando no estén ocupados en ejercicios espirituales, trabajen cada uno manualmente en algún trabajo honesto”.

El Venerable Padre Luis, por todo comentario a lo leído por mí, me dice que es lo que ya él

recoge en las constituciones y a que destina a los novicios:

- Escribo yo (me dice): “porque es imposible al hombre viador estar elevado siempre en Dios, y por cumplir con la ley del trabajo dado por Dios al hombre en pena de su pecado, los novicios, fuera del tiempo destinado a los ejercicios espirituales, ocuparán el restante en el trabajo manual”.

Y el Venerable, que asimismo conoce de memoria el texto capuchino, prosigue: “Guárdense los Religiosos de poner su fin ni su afecto en el trabajo, ni entregarse tanto a él que sufra detrimento el espíritu, al cual deben servir todas las cosas”.

Yo me acordé entonces de lo que nos escribe en nuestras Constituciones, es decir, “que los hermanos deberán tener cuidado de no entregarse tanto a las obras exteriores, que por esta causa pierdan el espíritu de la santa oración y devoción, y abandonen la vida interior. Pensamiento que muy bien expresa Francisco en su Regla para que, a quienes el Señor ha dado la gracia del trabajo, trabajen fiel y devotamente, de forma tal que no apaguen el espíritu de la santa oración y devoción”.

Luego el Venerable Padre Luis me insinúa que el capítulo sobre el trabajo y la manera de trabajar va unido juntamente con el del silencio, y forma con él posiblemente uno de los textos más bellos de las mismas del que espero, me dice, hablemos en alguna conversación posterior. Yo así se lo prometo. Pero antes de finalizar la presente, y aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, le digo:

- Venerable Padre Luis, en tus escritos repetidas veces hablas sobre la emulación y, casi siempre, como acicate del trabajo. ¿Por qué?

- Pues verás, porque la emulación es eso, el mejor acicate, la mejor espuela para la superación en todo trabajo corporal y espiritual. Francisco de Asís, según sus biógrafos, rivalizaba por alcanzar la perfección evangélica, la suma pobreza y la gracia del martirio. Y tal vez con este acicate de la emulación llega a ser evangelio viviente, el esposo más fiel de dama pobreza, y el crucificado de Asís. ¡Tan alto raya su emulación y trabajos por el Reino de Dios!

Pablo de Tarso incita a los primeros cristianos a correr, como los atletas en el estadio, y se estimula a sí mismo para que no fuera a sucederle que, habiendo sido heraldo para los demás, al final quedase él descalificado.

- Pero, donde más hablas sobre la emulación es en las *Ordenaciones de Santa Visita* y, concretamente, refiriéndote a los niños.

- Claro, claro, porque, atendida la índole del corazón humano, el medio más hermoso para estimular a los niños, así a la práctica de la virtud como a la aplicación al estudio o al trabajo, es el de despertar entre ellos la emulación.

Por ello, le digo, y para que sirva de estímulo a los niños, al propio tiempo que de afrenta si no hubieran tenido buen comportamiento, se pondrán en público todos los meses las notas que durante ellos hubieren merecido en relación a la piedad, estudio y trabajo. Al menos así lo escri-

be en una de sus ordenaciones de visita canónica. ¿No?

- Sí, efectivamente. Y por eso en la Escuela de Reforma, de Madrid, se publicaba la deliciosa revista *La Emulación*, que trataba de estimular a los niños a la superación personal mediante incentivos y apoyos propios de la época y educación de entonces. Por lo demás tampoco creas que la diferencia sea tanta entre los niños y los mayores, que frecuentemente somos también como niños.

Entendí muy bien la observación que me hacía mi buen Padre Luis, por lo que no deseé ya seguir dialogando. Pues, por otra parte, la diferencia no es tanta, si bien los niños aún pueden corregirse, cosa ya bastante más difícil en los mayores. Y por otra, porque el día se escapaba ya al occidente por las luces del ocaso.

Cuando salí de Segorbe, la luz artificial alumbraba ya la plazuela del episcopado. Y la plaza del Agua Limpia también. En aquella hora solemne la plaza se animaba del griterío infantil en torno al surtidor central, órgano de luz y frescor que iluminaba y batía de fresca brisa aquel corazón vivo y palpitante de la ciudad.

Lo confieso. Me deleité unos momentos contemplando cómo brotaba el agua de los deliciosos mascarones con la transparencia de la luz y la abundancia de lo que se desea eterno.





## 41. CIRCUNSPECCIÓN Y SILENCIO

**Y**a casi al finalizar nuestra anterior conversación peripatética me indicaba mi Venerable Padre Luis que el capítulo sobre *el trabajo y la manera de trabajar*, de las constituciones capuchinas, va siempre unido con el del silencio. Constituye posiblemente, me aseguraba, uno de los textos más bellos de las constituciones. Y del que espero, me recalca amablemente, que hablemos algún día en posterior conversación.

Pues bien, hoy puede ser el día, aunque por razones que ignoro, y que no son del caso, mi Venerable Padre Luis no haya acudido a la cita..., por el momento, claro. Trataré no obstante de suplirle del mejor modo posible, aun a riesgo de convertirme en otro Maese Pérez el Organista, de la leyenda de Bécquer.

Emulación y trabajo, circunspección y silencio, son virtudes profundamente monásticas. Lo sé muy bien. Y los monjes las han elogiado constantemente en sus escritos. Pues, la paz y armonía del claustro, a lo largo de los siglos, siempre han pivotado sobre los pilares de la contemplación, el silencio y el trabajo. Es cuanto anhela Pablo VI en su visita a la casita de Nazaret, pequeña escue-

la monástica del Evangelio, que Su Santidad nos propone como modelo de vida familiar, de silencio y de trabajo.

Ahora bien, la circunspección y el silencio, ¿constituyen también rasgos integrantes de la espiritualidad del Venerable Padre Luis Amigó?

Seguramente no constituyen rasgos característicos de su espiritualidad. Ni son con seguridad sus rasgos más peculiares, pero forman parte indudablemente de la misma. No se puede ignorar que la orden capuchina nace en el siglo XVI, cuando España entera constituye todo un inmenso monasterio. Y nace, además, como retorno al espíritu del primitivo franciscanismo, hecho de fraternidad y de pobreza, de espíritu contemplativo y de silencio eremítico.

Por otra parte en aquel dichoso siglo la influencia de Tomás de Kempis, como a su debido tiempo ya manifestamos, es decisiva. Su libro *De la Imitación de Cristo* asegura: “Hallarás tiempo suficiente y oportuno para dedicarte a buenas meditaciones si te apartas de las charlas superfluas, de las pérdidas de tiempo y de oír novedades y murmuraciones”.

Y añade a modo de explicación: “Siempre es más fácil callar que hablar sin errar. Es más sencillo encerrarse en la propia casa que controlarse convenientemente fuera de ella. Por eso, aquél que desee allegarse a la espiritualidad interior debe, con Jesús, apartarse del bullicio del mundo”.

Pasar este pensamiento a las constituciones de las diversas órdenes religiosas, y de éstas a las

constituciones de las congregaciones que de ellas nacen, constituye más bien problema de copistas, que no de fundadores. De ahí que estas virtudes, de corte netamente monástico, se perciben más latentes en los escritos del Luis Amigó de la primera época, que no en los posteriores.

Tanto es así que, incluso de por vida, le queda al Venerable Luis Amigó la razonable duda de si no debiera haber seguido su primitiva vocación a la orden monástica de la cartuja, organizada en torno a la contemplación, el silencio y el trabajo manual.

Imperceptiblemente, como sin querer, estos pensamientos se me entrelazan y entrecruzan con el del clásico: “Dejadme... solo esta tarde. / Que tengo que hablar conmigo, / y Dios tiene que escucharme”.

También me viene a la mente el caso del diestro taurino Manolete, quien, luego de una ajetreada jornada de tienta de toros en su hacienda, conversa a solas con un subalterno, sentados ambos bajo una encina. Murmura éste:

- ¡Qué bien se está callado!

A lo que le responde el diestro:

- Pues mejor se está sin decir ná.

Seguramente es éste el mejor elogio jamás tributado al silencio.

En éstas estaba yo, cuando mi buen Padre Luis hace su ingreso en la habitación, como de puntillas, como para no molestar. Se me acerca por detrás, tan comedido, tan circunspecto él siem-

pre. Tanto que, apenas percibo su presencia, me apresuro a preguntarle:

- A propósito de circunspección en el lenguaje, ¿qué decían tus constituciones al respecto? ¿Lo recuerdas, Padre?

- La verdad es que de memoria, y así a bote pronto (me responde afablemente) no te lo sabría decir con precisión, pero sí recuerdo que las que yo profesé exhortan a los hermanos a que mientras trabajan, siempre se hable de Dios con voz baja y humilde, o se lea algún libro espiritual y devoto, o se guarde silencio.

- Efectivamente, así se expresaban, sí. Y a continuación, como en un intento por explicar la sentencia, exhortan a todos los hermanos a que jamás estén ociosos, ni gasten su tiempo en cosas de poca o ninguna utilidad, y mucho menos en palabras vanas e inútiles, recordándose siempre de aquella tremenda sentencia de la Verdad infalible, que de toda palabra ociosa hemos de dar cuenta en el día del Juicio.

Evidentemente los capuchinos, como los hermanos franciscanos en general, en medio de esta vida ejercitan la paz y la mansedumbre con todos; son intachables y pacíficos en su comportamiento, y evitan con exquisita diligencia todo escándalo. Apenas si hablan cuanto es necesario, y de su boca nunca sale palabra chocarrera ni ociosa, para que en su vida y en sus relaciones no pueda encontrarse nada que sea indecente o deshonesto.

- Desde luego, me dice el Venerable Padre Luis, así lo dice Tomás, el de Celano, sí, y así era y es

también entre nosotros. Que en el mucho hablar no falta pecado. Que por eso también os escribo yo en vuestras constituciones que una de las virtudes que con más empeño debe procurar el alma religiosa es la del silencio, por ser grandes los bienes que nos reporta, y mayores los males de que nos libra.

- Padre, ¿por qué en tus escritos unes con tanta frecuencia la circunspección con el silencio?

- Sí, es verdad. Tienes razón. Yo creo que han nacido para marchar unidos. Son como las dos caras de una misma moneda. El circunspecto es el que es bien mirado, el recatado. Posiblemente sea el fruto lógico y natural de la sencillez y humildad franciscanas. Yo, la verdad, así lo recojo en nuestras leyes: “Si en todo tiempo y lugar deben proceder los religiosos con mucha circunspección y cuidado en todas las cosas, y especialmente en las palabras, mucho más deberán mirarse en esto cuando salen de casa”.

Y a las Hermanas: “Cuando las Religiosas se vean precisadas a salir fuera de casa, procedan en todo con mucha circunspección y cuidado, particularmente en el hablar, pues deben acordarse de que entonces más que nunca se cumplen en ellas las palabras del Apóstol que dice: Estamos hechos espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres”.

- Desde luego. Desde luego. Ahora comprendo por qué es tan frecuente en la legislación religiosa el advertir que una de las virtudes que con más empeño debe procurar el alma devota es el silen-

cio evangélico, por ser grandes los bienes que nos reporta, y mayores los males de que nos libra.

- Sí, que por eso, cuando hube de exhortar y animar a la fraternidad de la Escuela de Reforma de Santa Rita, de Madrid, luego de un período de habladurías, desunión y discordias de la fraternidad, les escribo: “Debéis ir siempre delante de vuestros alumnos en la comunión diaria, en la práctica de la oración, en la modestia religiosa, en la circunspección del lenguaje y en todas las virtudes que deben resplandecer en todo buen religioso”.

Y es que el silencio, así lo aseguran nuestras constituciones, es el custodio de todas las virtudes, y sin él no podemos tener virtud alguna verdadera, pues dice el apóstol Santiago que es vana la religión de quien no sabe refrenar su lengua.

- De todos modos, Padre, me asalta un pensamiento.

- Tú me dirás...

- ¿Por qué razón Francisco de Asís no habla del silencio, o lo hace solamente en muy contadas ocasiones, y en cambio recibe tales honores en siglos posteriores?

- Desde luego, es verdad. Francisco de Asís está más inclinado hacia la vida en minoridad y fraternidad, que no a la vida eremítica. Ciertamente es más dado a cantar las laudes al Creador, la armonía y belleza de los campos, que no la de los claustros.

- Tú en cambio, padre, nos escribes que por imitar a Jesucristo quisieron los santos vivir ocul-

tos y aun despreciados del mundo; reputaron por basura las riquezas terrenas; amaron la soledad, el silencio y el retiro.

Evidentemente que esto así lo concibe, y así también lo escribe, el Venerable Padre Luis. Pero me doy cuenta en seguida de que éste no es tema de su agrado, por lo que me apresuro más bien a echar un párrafo piadoso sobre la circunspección. Pero me percaté de que tampoco es muy propenso a explanarse de momento sobre este tema. Tal vez lo considera un tema menor.

Por ello me despido de mi buen padre Luis Amigó, no sin antes recordarle que todavía nos queda una última reflexión sobre diversos puntos en los que él ha incidido repetidamente en sus escritos o, en todo caso, sobre su carta testamento como síntesis magnífica de sus rasgos espirituales. No puedo olvidar de que es su última voluntad, y la última voluntad siempre es algo serio y sagrado. Y de obligado cumplimiento.

Lamentablemente mi buen Padre Luis declina toda invitación por su parte, limitándose a sugerirme que, si deseo concluir con un epílogo, lo puedo encontrar en su carta testamento, en la que recoge su última voluntad en forma de consejos paternales.

Comprendo que los rasgos espirituales del Venerable Luis Amigó apenas son esbozados, y no agotados. Por otra parte no es cuestión de insistir a quien tan amablemente me ha acompañado hasta aquí. Por lo que echo pie a tierra y, a modo de epílogo, intento dar el descabello final a la obra.

¡Hasta siempre, pues, Venerable Padre Luis!, le digo.

Y me despido efusivamente dándole las más expresivas gracias por las deliciosas conversaciones peripatéticas que me ha proporcionado en nuestros diversos encuentros.

Y me retiro de su presencia, no sin antes esbozar un rictus de amable melancolía en el semblante.



## 42. CARTA TESTAMENTO

**F**rancisco de Asís marcha hacia la muerte cantando, dice Celano. No obstante la Orden de Hermanos Menores, en el tramo final de la vida del santo, conduce una existencia turbulenta y agitada. Por una parte, la fraternidad se va extendiendo amplia y rápidamente. Influencias externas tratan de velar el ideal franciscano, por otra. Y su mensaje de amor y de paz corre el riesgo de ser completamente alterado o desconocido.

Ante esta situación Francisco se ve en la necesidad de dictar su testamento. Es un intento supremo por precisar y fijar mejor el espíritu fundacional de la orden. Es su última voluntad. Tanto es así que la regla y el testamento, que recogen las mejores esencias del espíritu franciscano, en lo sucesivo irán íntimamente unidos. El testamento incluso, en ciertas épocas de profunda espiritualidad, llega a gozar de una autoridad moral superior a la de la misma regla.

Cristo, en su oración sacerdotal, ruega con insistencia al Padre:

- Que todos sean uno como Tú y Yo, Padre, somos uno.

San Pablo, a guisa de testamento, asimismo escribe:

- Aunque un ángel os dijere lo contrario, vosotros permaneced en lo que aprendisteis de mí.

Y Francisco de Asís, fija como su última voluntad:

- Mando firmemente por obediencia a todos los hermanos que, estén donde estén, no se atrevan a pedir en la curia romana, ni por sí ni por intermediarios, ningún documento a favor de una iglesia o de otro lugar, ni so pretexto de predicación, ni por persecución de sus cuerpos; sino que, si en algún lugar no son recibidos, márchense a otra tierra a hacer penitencia con la bendición de Dios.

El Venerable Luis Amigó, en sus últimos momentos, también quiere precisar su pensamiento, expresado en la regla y constituciones. Desea fijarlo en una carta testamento. No obstante, para cuando el Venerable Padre Luis se decide a precisar su última voluntad, son grandes las diferencias con el caso del Padre San Francisco.

Por una parte sus institutos religiosos han realizado ya un largo caminar en el tiempo. Sus Congregaciones tampoco se han extendido vertiginosamente, como la Orden Franciscana. Por otra parte el Venerable, ya desde los comienzos fundacionales, ha dotado a sus hijos de una amplia autonomía. El recorrido histórico de las congregaciones no se manifiesta tan tumultuoso, por lo que su testamento, más que fijar su pensamiento se limita a recoger piadosamente gran parte de su espiritualidad en forma de última voluntad.

Su testamento es preferentemente paternal y espiritual. El del Seráfico Padre es más bien doctrinal.

El Venerable Padre Luis da comienzo a su testamento indicando que ha creído conveniente dirigir a todos y a cada uno de sus hijas e hijos algunas exhortaciones y avisos, con el deseo de que los graben bien en sus corazones, como prenda de amor de este su padre y fundador. Y a continuación pasa a exhortar a la gratitud para con el Señor por la llamada vocacional, a la humildad ante los dones recibidos, a la fidelidad a la vocación religiosa y a profesar una grande estima de la madre Congregación.

Partiendo de ese su espíritu cristocéntrico, misericordioso y redentor, de tintes ampliamente franciscanos, centra su testamento, en primer lugar, en el espíritu y misión amigonianos, a desarrollar con ese estilo propio de las bienaventuranzas y el desprendimiento redentor del Cristo Buen Pastor.

- Y si acontece que se apartan del redil del Buen Pastor (dice), también vosotros, mis amados hijos e hijas, a quienes Él ha constituido zagales de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor.

Luego de recoger la finalidad propia de los amigonianos y el modo de desarrollarla, como zagales, apunta a la finalidad, la que constituye idea obsesiva de toda su vida, es decir, para gloria de Dios, honor de la Congregación y salvación de las almas que el Señor pondrá en vuestro camino.

Pasa luego el Venerable P. Luis Amigó a indicar en su testamento la necesidad de una buena formación en el espíritu propio, ese espíritu franciscano hecho de profunda humildad, total pobreza, celo apostólico y amor de Dios.

Desarrolla a continuación lo que considera espíritu propio amigoniano, es decir: el amor seráfico, la fraternidad, cumplimiento de la voluntad de Dios, la obediencia y veneración a los superiores legítimamente elegidos, a quienes deberán acudir en todas sus necesidades con la confianza, sumisión y respeto con que acude un hijo a sus padres.

¿No nos recuerda esta actitud la que inspira a Francisco a obedecer a un novicio de un solo día de hábito, si se le diera por guardián, o cuando el mismo Venerable Padre Luis invita a ponerse con la confianza de un niño en los brazos de la madre?

Nuevamente recuerda que el Señor, amados hijos e hijas, os tiene ya trazado, en la Regla y Constituciones de vuestra Congregación, el camino que habéis de seguir para su glorificación, salvación de muchas almas y santificación de la vuestra.

Concluye, finalmente, con una invitación a la fidelidad, pues -según dice- en la fiel observancia de vuestra Regla y Constituciones está cifrada toda vuestra perfección religiosa.

El testamento agrupa, tal vez como ningún otro de sus escritos, los rasgos espirituales que el Venerable Luis Amigó desea transmitir a sus hijas

e hijos, pues en él se recoge cordialmente el espíritu franciscano, la formación en el espíritu propio, la misión específica, el estilo de vida, y todo ello dentro de un gran espíritu de libertad, de amor y de servicio.

Si Cristo, en su testamento de la hora suprema, dice:

- ¡Padre, les he dado las palabras que me habéis dado! Os ruego por ellos.

Y Francisco expresa su última voluntad diciendo:

- Yo he cumplido con mi deber. ¡Que Cristo os enseñe el vuestro!

El Venerable Luis Amigó pone fin a su carta testamento con el que fue su leif motiv durante su vida:

- Sed, pues, fieles a vuestra Regla y Constituciones y procurad que en ello nadie os aventaje, con lo que lograréis el fin que el Señor se propuso al llamaros a la Religión, es decir, que os salvéis como santos, llevando muchas almas a su gloria.

El testamento es una pieza magistral que refleja el amor paternal y recoge su última voluntad. Reúne a modo de croquis o silueta espiritual los rasgos más sobresalientes de la espiritualidad de Luis Amigó.

Y ahora, Venerable Padre Luis, permite que concluya la presente obrita sobre tus rasgos espirituales parafraseando la plegaria con que Tomás de Celano pone fin a su Vida Primera del Penitente de Asís:

- Santísimo y bendito Padre, he aquí que he tratado de honrarte con justos y merecidos elogios, si bien insuficientes. Y he tratado de delinear, como he podido, tu silueta espiritual. Concédeme por ello que te siga en la presente vida con tal fidelidad que, por la misericordia divina, merezca alcanzarte en la futura. Acuérdate, piadoso, de tus pobres hijas e hijos a quienes, después de ti -su único y singular consuelo- apenas si les queda alguno. Pues aunque tú, la mayor y mejor parte de su herencia, te encuentres ya unido al coro de los ángeles y en el trono de gloria de los apóstoles, ellos, no obstante, aún yacen encerrados en la oscura cárcel de este valle de lágrimas, desde donde claman a ti. Intercede por tus hijos ante el Padre para que Él se muestre propicio y misericordioso con todos nosotros, pobres pecadores.

En alabanza de Cristo. Amén.



*Así fue Mons. Luis Amigó.*

*Éste era, como aparece en su autobiografía, su verdadero retrato.*

*El fondo de su ser, la paz; su vestidura, la humildad.*

*Fue su vida correr manso de un río,  
sin declives pronunciados ni desbordamientos que rebasan el cauce.*

*A su paso florecieron las flores de toda virtud:  
la caridad, la pobreza, la humildad, la obediencia, la austeridad, el  
sacrificio...*

*La bondad de su hermosa alma se le irradiaba en la sonrisa,  
que iluminaba su rostro;*

*sonrisa que ni la muerte pudo borrar.*

*Poseyó, como pocos, el raro don de una vida inalterablemente serena,  
sin relieves, sin deslumbramientos,*

*callada en la superficie pura de profundo cauce espiritual.*

*Javier, Obispo A.A. de Vitoria.*